Revista trimestral
Número 1 (nueva serie)
año IV abril/junio de 1973

PP

PASADO Y PRESENTE

Pasado y Presente	**Tema: el 25 de mayo de 1973**
Juan Carlos Portantiero	**Clases dominantes y crisis política**
Rui Mauro Marini	**Chile: ¿transición o revolución?**
Antonio Gramsci	**Democracia obrera**
Charles Bettelheim	**Carta sobre Mao**

PASADO Y PRESENTE

Revista Trimestral

Año IV (nueva serie - nº 1-abril-junio de 1973

1	*Temas*	
3	*Pasado y Presente*	La "larga marcha" al socialismo en la Argentina
31	*Juan C. Portantiero*	Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual
65	*Rui Mauro Marini*	La pequeña burguesía y el problema del poder: el caso chileno
	TEXTOS	
87	*José Aricó*	Espontaneidad y dirección consciente en el pensamiento de Gramsci
103	*Antonio Gramsci*	Democracia obrera y socialismo
	DOCUMENTOS	
141		Declaración de apoyo al Frejuli
	PROBLEMAS	
145	*Ben Brewster*	Insurrección y dualidad de poder
157	*Charles Bettelheim*	La dialéctica en Mao

Editor responsable	José Aricó Casilla de Correo 80 - Córdoba (Rep. Argentina) Registro de la propiedad intelectual (en trámite)
Diagramación *Composición en frío*	Carlos Boccardo Centrograf, Riobamba 436 - 8º - 16 - Buenos Aires
Impresión *Distribución exclusiva*	Edigraf, Delgado 834 - Buenos Aires Siglo XXI Argentina S.A., Córdoba 2064 Buenos Aires
	Precio del ejemplar: $ 12 Suscripción anual (4 números): $ 40 Precio del ejemplar en el exterior: u$s 1,20 Suscripción anual en el exterior: u$s 4

Colaboraron en la preparación de este número: José Aricó; Oscar del Barco; Jorge Feldman; José Nun ; Juan Carlos Portantiero; Juan Carlos Torre y Jorge Tula.

CeDInCI

TEMAS

El 11 de marzo y el 25 de mayo de 1973 pueden quedar, en la Argentina, como fechas límites de profundos procesos sociales y políticos. La primera marca el cierre de una etapa, abierta en 1966, en la que el capital monopolista extranjero, figura predominante en la estructura productiva de nuestra sociedad, despliega avasalladoramente una ofensiva para consolidar ese poder económico como poder político. Esa ofensiva chocó, claramente desde 1969, con la resistencia de los grupos representativos de las clases sociales afectadas y el país entró en una ola de convulsiones que finalmente impidieron la estabilización de un modelo político autoritario que, en cambio, contemporáneamente tuvo éxito en Brasil.

Sería un error considerar que la resistencia contra la ofensiva política del capital monopolista tuvo como protagonistas exclusivos al proletariado y a sus aliados más cercanos. El papel que las llamadas contradicciones secundarias han jugado en este proceso ha sido muy grande y este tema —rico para el análisis teórico y preñado de significaciones políticas— es el que aparece expuesto en el artículo de Juan Carlos Portantiero.

Si las luchas sociales desde 1969 hasta ahora no podrían ser consideradas bajo el único prisma de la participación del proletariado en ellas, a riesgo de parcializar su examen y obtener conclusiones simplistas, tampoco podrían ser estudiadas en profundidad sin sacar a luz los elementos de nueva conciencia socialista que ellas presuponen. Las posibilidades de entroncar en la lucha del movimiento obrero y popular temas y consignas anticapitalistas y de poner en marcha instituciones de democracia revolucionaria que prefiguren el futuro en las movilizaciones del presente, alcanzan hoy en nuestra sociedad una vigencia desconocida. El primer artículo de esta segunda época de PASADO Y PRESENTE, *producto*

de la discusión y la redacción colectiva, intenta abrir el campo para esa discusión, cuyo sentido más significativo podrá apreciarse a partir del 25 de mayo. En cuando a la declaración del Comité de movilización y de apoyo a las candidaturas del Frejuli de Córdoba, que incorporamos en la sección "documentos", fue redactada por un conjunto de militantes de izquierda, incluido el grupo de P y P de Córdoba, y defiende puntos de vistas coincidentes con los de la revista.

Los textos de Antonio Gramsci que se publican en esta edición buscan aportar para la discusión acerca de los caminos organizativos que la clase obrera escoge para expresar su voluntad de autonomía frente a las otras clases; la forma en que, desde instituciones creadas en su interior, aparecen como creación propia las metas del socialismo. Esto remite, por supuesto, a un debate muy amplio sobre temas como la conciencia socialista, la espontaneidad, el partido, los intelectuales, la relación entre vanguardia y masas y tantos otros, planteados tradicionalmente por el marxismo. Elegir una antología gramsciana para abrir esta discusión supone una decisión por parte de la revista acerca de cuál debe ser su punto de partida.

Otro tema importante es el de la participación de la pequeña burguesía en los procesos de transformación que está viviendo América Latina. El artículo de Ruy Mauro Marini sobre Chile, en muchos aspectos proclive a la polémica y por lo tanto con conclusiones que pueden parecernos todavía problemas abiertos, tiene el interés de plantear un análisis de la transición en términos más rigurosos que los que suelen hacerse. Indica también la intención de la revista por abrir, de manera permanente, la discusión sobre los caminos de la revolución latinoamericana, a partir de análisis específicos sobre los procesos sociales y políticos que están teniendo lugar en estos momentos en el continente.

La reciente publicación en español del manual de la Comintern sobre la insurrección armada, redactado por Piatnitski, Tujachevski, Ho Chi Ming y otros dirigentes bajo el nombre colectivo de "A. Neuberg", vuelve oportuna una reflexión crítica sobre las relaciones entre lucha armada y lucha política tal como fueron establecidas en los distintos períodos de la Tercera Internacional. Ben Brewster analiza los problemas técnicos y políticos que plantea la insurrección proletaria, en un nuevo contexto mundial caracterizado por el ascenso de la lucha de los explotados.

En cuanto al trabajo de Charles Bettelheim, constituye una aportación a los sugerentes temas analizados por Rossana Rossanda en su artículo "De Marx a Marx" incluido en nuestro Cuaderno no 23 sobre la Revolución Cultural china.

Pasado y Presente

La "larga marcha" al socialismo en la Argentina

I

Tras ocho años de silencio, PASADO Y PRESENTE vuelve a aparecer. Durante estos años se han producido cambios tan profundos en la estructura de nuestra sociedad y en las relaciones de las fuerzas políticas y sociales que determinaron, fundamentalemente desde 1969 en adelante, una etapa nueva en los enfrentamientos de clases en la Argentina.

Desde un punto de vista puramente económico, el dominio ejercido por el capital monopolista afiló los rasgos del capitalismo dependiente argentino. No obstante la complejidad de las mediaciones que opacan tales rasgos (entre otras la propia situación de estancamiento y de crisis generalizada; la excepcional extensión del capital competitivo en términos de empresas industriales pequeñas y medianas; los típicos ciclos cortos de nuestra economía, que dilapidan fuerzas reivindicativas, crean falsas esperanzas, etc.), el proceso abierto en 1955 fue despejando lentamente la escena y definiendo a los protagonistas centrales de la lucha social: la clase obrera y el capital monopolista.

La creciente pauperización de importantes sectores de las capas medias y la subordinación de otros a la órbita del gran capital, contribuyen a marcar más nítidamente esa línea de definición. El punto culminante de ese proceso lo constituye la fusión de los intereses monopólicos con el poder del Estado a partir de la llamada "Revolución Argentina", pero sus formas más embrionarias se manifestaban ya en 1955 y quizás antes, desde la crisis de 1952. En adelante, el hilo conductor de la historia del país pasa por la acumulación de poder económico y político en manos imperialistas, por el debilitamiento progresivo de la burguesía nacional, por el traspaso de las banderas antimperialistas a manos casi exclusivamente proletarias. Frente al cada vez más tenue antimperialismo reformista de las clases propietarias oprimidas por el gran capital aparece con relieves propios un antimperialismo revolucionario, protagonizado por las clases explotadas, que reclama una resolución socialista de la crisis argentina.

La nota básica de la Argentina de hoy es el predominio de las relaciones capitalistas de producción integradas al mercado mundial como una formación social subordinada y dependiente. Los dos términos que defi-

nen la lucha revolucionaria en esta sociedad que deseamos transformar son, pues, la explotación del trabajo por el capital y la dependencia de la nación con respecto de los centros imperialistas. Pero ese imperialismo, además de operar como factor externo apropiándose del excedente económico a través de los clásicos mecanismos comerciales y financieros, terminó por convertirse en el principal agente productivo interno. Decenas de miles de obreros trabajan en las fábricas tecnológicamente más avanzadas, pertenecientes al capital imperialista; fuertes contingentes de la llamada burguesía nacional se integraron al circuito del gran capital, sea como proveedores menores, sea como burguesía gerencial.

Este proceso se ha venido agudizando en los últimos años, desde que bajo Onganía y Krieger Vasena la política y la economía se confunden. Sus consecuencias comienzan a ser transparentes a partir del Cordobazo, primera eclosión del nuevo movimiento social revolucionario.

La dominación del capital imperialista como factor interno que controla los resortes más modernos de la economía nos indican que en la Argentina, país capitalista dependiente, la principal contradicción social, la matriz de la lucha de clases, no es la que opone a la burguesía con el proletariado, ni a la nación con sus colonizadores, sino aquella que concibe a la fuerza imperialista como un factor estructural enfrentada a los trabajadores fabriles. De esta definición de la contradicción social básica deducimos que la construcción de una fuerza obrera socialista, como eje unificador de todas las clases y capas explotadas, como vanguardia del antimperialismo revolucionario, no es ya una receta ideológica o una plausible esperanza utópica. Objetivamente, la sociedad argentina está madura para iniciar un proceso socialista y la clase obrera aparece como la única en condiciones de liderarlo.

II

El capitalismo, a escala mundial, atraviesa una crisis económica, social y política que no admite ser resuelta en los marcos del viejo ordenamiento. El mito de la "sociedad integrada", capaz de desarrollarse ad infinitum, manteniéndose no obstante inalterada en sus relaciones de clase, ha sido quebrantado por un cuestionamiento radical surgido de sus propias contradicciones internas y cuya nota distintiva es un malestar generalizado, una "crisis de hegemonía" que corroe la civilización burguesa e impugna las relaciones jerárquicas y burocráticas en la sociedad. Porque el capitalismo se fue revelando como un mecanismo irracional, incapaz de resolver de manera estable la contradicción entre las necesidades que el sistema suscita ininterrumpidamente y la imposibilidad de satisfacerlas con el desarrollo actual o con el desarrollo posible. Por primera vez en la historia el sistema capitalista aparece agotado, no porque sea incapaz de asegurar un desarrollo productivo o una creciente expansión económica, sino porque representa un obstáculo para la plena utilización de las potencialidades

existentes. El conjunto de problemas que los economistas y sociólogos burgueses atribuían a la inmadurez del capitalismo o a deformaciones coyunturales, factibles de ser superadas en el proceso mismo de generalización de las relaciones burguesas de producción, hoy se revelan en cambio como inherentes a su mecanismo de funcionamiento. La sociedad capitalista está sacudida por una crisis no precisamente de "crecimiento", sino de "madurez". Esta crisis no nace de la detención de los mecanismos de desarrollo, como se especuló durante años en la II Internacional con la teoría del "derrumbe del sistema" y en la III Internacional con una teoría en esencia semejante sobre la "crisis general del capitalismo". Nace precisamente del propio desarrollo y afecta directamente a los fundamentos del sistema, de modo tal que resulta imposible superar la situación sin una superación radical de tales mecanismos.

A diferencia de lo que podía ocurrir años atrás, la expansión económica en los marcos del sistema no constituye la base del progreso social, sino que por lo contrario lo compromete seriamente. La igualdad de ingresos, de posibilidades y de poder, el pleno empleo de la fuerza de trabajo, el mejoramiento de las condiciones de vida en los lugares de trabajo, de vivienda y en las ciudades, la instrucción y la cultura de masa, el desarrollo equilibrado de las regiones, o sea el conjunto de objetivos que parecían poder ser logrados por la llamada "sociedad de bienestar" y que constituían las propuestas de las distintas estrategias reformistas, no sólo no son alcanzados con el desarrollo económico, sino que resultan cada vez más lejanos. El sistema se asienta sobre un mecanismo económico-social compacto, gobernado por leyes siempre menos controlables, e impermeable por tanto a las tentativas de revertir sus tendencias fundamentales. Esta "impenetrabilidad" del sistema es la que explica el por qué de la quiebra de las estrategias reformistas en momentos de ascenso notable de las luchas obreras y populares en el mundo.

Esta característica del sistema es valida también para los países dependientes. La penetración imperialista genera y alimenta un mecanismo de subdesarrollo que adquiere proporciones siempre mayores. Se crea así un nudo de contradicciones que no puede ser resuelto sin una destrucción revolucionaria del nuevo bloque de poder surgido de la alianza del imperialismo, la gran propiedad agraria, la burguesía y las capas burocráticas del aparato del Estado. El fracaso de las concepciones reformistas ha dejado como saldo en Latinoamérica el reconocimiento de que el desarrollo de los países atrasados es *incompatible* con el desarrollo de conjunto del mundo capitalista al que están integrados. Esta incompatibilidad no está vinculada sólo a los conocidos mecanismos del intercambio desigual o a la transferencia de ingresos desde los países dependientes a los países centrales, sino en forma más sutil a la naturaleza misma de aquellas inversiones, a la penetración comercial de sus productos, al tipo de progreso técnico que exportan y de los consumos que inducen, de las que deriva inevitablemente la retracción económica y la disgregación social de los países dependientes. Sin una ruptura de la relación de dependencia y sin un rechazo radical del modelo de desarrollo de las áreas avanzadas, el "atraso" no se resuelve, sino que se agudiza hasta límites intolerables.

La experiencia de la acumulación a escala mundial demuestra que es errónea la tesis de Marx según la cual el capitalismo habría de unificar y homogeneizar al mundo. El imperialismo unifica creando y manteniendo el subdesarrollo, entendido éste no como negación absoluta de toda expansión económica sino como desarrollo desigual y combinado de las fuerzas productivas. Porque el subdesarrollo no es solamente "atraso"; no tiene una causa anterior y marginal de la acumulación capitalista mundial: es su componente directo. La otra cara de esa acumulación a escala mundial es la "proletarización" del mundo y la precipitación de las tensiones antagónicas en vastas regiones de la tierra: ninguna zona puede ya ser "inmadura" para la revolución; ningún proletario, de la ciudad o del campo, puede ya ser excluido. Construir una revolución que destruya la explotación del hombre por el hombre y que esté fundada en las masas no sólo es necesaria, sino también *posible*.

III

El sistema imperialista unifica el mercado mundial mediante el desequilibrio, pero este desequilibrio se presenta a su vez como un factor esencial para el cuestionamiento del modo de producción capitalista.

Es la existencia de sectores atrasados de la sociedad nacional e internacional lo que permite reconocer globalmente la forma de operar y el papel del imperialismo, del mismo modo que el mecanismo de estos sectores atrasados sólo es "legible" desde el sector del capitalismo avanzado. Reconocer el carácter unitario y desequilibrador del sistema capitalista de dominación significa, por esto, reconocer la existencia de *condiciones materiales* para la convergencia de las fuerzas revolucionarias en el mundo. Lo cual implica, si se quiere permanecer en el terreno del pensamiento de Marx, el rechazo de concepciones "tercermundistas" que separan y hasta enfrentan la revolución en los países periféricos de aquélla a realizar en los países capitalistas centrales.

A pesar de todos los mecanismos compensatorios con que el imperialismo posterga sus propias crisis internas, y no obstante el hecho de que el proletariado del capitalismo avanzado se beneficia con parte del excedente robado al tercer mundo, sigue siendo el proletariado el sujeto histórico de aquella convergencia, dado que es la expresión de la única contradicción verdaderamente insalvable del capitalismo en cuanto modo de producción cuyo mecanismo esencial es la relación de explotación del hombre por el hombre. Sobre esta contradicción, objetiva y material, se monta el cuestionamiento del sistema y por eso contradicción y cuestionamiento integran ambos el binomio que funda teórica y prácticamente la acción revolucionaria.

Sin embargo, aun cuando el proletariado constituye el soporte de la contradicción objetiva del sistema capitalista, no hay una coincidencia automática entre tal circunstancia y la toma de conciencia que haga de esa contradicción el elemento que posibilita y a la vez motiva la acción revolucionaria.

No coincide necesariamente el campo en el que resulta posible tomar conciencia y organizarse y el campo en el que la revolución debe producirse. Porque ni la dinámica objetiva del sistema, que vuelve siempre más indefinida la delimitación sociológica y política del proletariado, ni las actuales organizaciones políticas y sindicales, ayudan a la clase obrera a tomar conciencia de las contradicciones de la que es un soporte histórico. (Entendiendo por toma de conciencia no un mero acto intelectual de captación de una verdad cerrada y externa al proceso, sino el desarrollo de la capacidad de crítica teórico-práctica de la contradicción). De ahí que pueda afirmarse que siendo el proletariado en sí mismo la negación del sistema productivo capitalista pero no un sistema productivo distinto, resulta estar siempre *maduro* y al mismo tiempo *inmaduro* para sustituir la sociedad burguesa por otra. Esta ambigüedad básica explica por qué la sustitución del régimen capitalista por otro socialista implica necesariamente un trastocamiento, un "forzamiento" de la realidad, la destrucción de las tendencias "naturales" del sistema hacia su autoreproducción. Aquí está la diferencia radical que separa a todas las anteriores revoluciones, que dejaron intacto el modo de actividad y sólo trataron de lograr una nueva distribución del trabajo entre otras personas, de la revolución comunista, dirigida como señalaba Marx "contra el *modo* anterior de actividad".

Por lo tanto, el proletariado puede constituirse como clase *únicamente* a través de su lucha por la subversión de la sociedad burguesa, pero esta subversión no puede ser el resultado de la espontaneidad de una nueva clase, sino de una *actividad consciente y organizada* a través de la cual el proletariado puede encarar la complicada tarea de suprimirse a sí mismo como clase perpetuadora del antiguo régimen en el propio proceso de revolucionarización ininterrumpida del modo de producción capitalista.

Pero hablar de actividad consciente y organizada del proletariado (vale decir, de la parte más significativa de la masa de asalariados explotados por el sistema) supone necesariamente sustentar el criterio de que en las condiciones actuales de desarrollo del capitalismo, y en sociedades industrialmente desarrolladas, la Argentina incluida, la revolución no puede ser ya el resultado de una inevitable tendencia del sistema a su derrumbe económico, ni la prolongación de tendencias maduradas en la sociedad capitalista, ni la consecuencia inesperada de la desesperación o de la rebelión elemental, ni el producto de la acción de una "vanguardia organizada de la clase". Y esto no porque debamos excluir a priori la posibilidad de que en determinadas circunstancias de grave crisis política del sistema pueda tener éxito la acción de una minoría que se lance a la toma del poder. Sino por una razón mucho más profunda y que surge del análisis histórico del movimiento obrero mundial y de sus fra-

CeDInCI

casos: una toma del poder que fuera el resultado de la acción de minorías iluminadas, que actúan en nombre, por cuenta y sustituyendo a las masas, no podría estar en condiciones de resolver ninguno de los problemas históricos que legitiman una revolución en las condiciones específicas de aquellas sociedades. Hoy sabemos –y la crisis actual del socialismo nos lo está confirmando– que una "toma del poder" que no esté acompañada de una adecuada toma de conciencia de las masas está destinada a frustrar las intenciones más profundas y liberadoras de la política revolucionaria, estimulando la aparición de un nuevo poder colocado por encima de las masas y tanto o más autoritario que el capitalista.

Una fuerza que aspire a la conquista del poder del Estado podrá legítimamente definirse como socialista y revolucionaria sólo si se plantea al mismo tiempo transformar la estructura misma del poder político, si se lucha desde un comienzo por crear las condiciones más favorables para que desaparezca la división entre gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos. Socialismo y autoritarismo son conceptos excluyentes, aunque todas las experiencias socialistas conocidas aparezcan de una u otra manera como "autoritarias". Por que lo que está en cuestión en dichas sociedades es su socialismo, que significa más un rótulo que una realidad. Sin embargo, una acción política revolucionaria no puede menos que partir de lo existente, vale decir de sociedades donde la política es un campo específico de la realidad, donde el rol político de los sujetos tiene escasa relación con el social y la democracia delegada no es sino una forma de mistificación. Partiendo de esa realidad "despolitizada" de la sociedad burguesa, una perspectiva socialista sólo aparece como realizable si es capaz de estimular y asegurar la irrupción de las masas en la política, de repolitizar una realidad que aparece ante los hombres como "natural". No hay nada de natural, y por lo tanto de no político en fenómenos como las enfermedades mentales, la criminalidad, la desocupación, el atraso, las estratificaciones sociales, el rendimiento escolar, etc. No es cierto que la forma del maquinismo industrial, de la concentración productiva, de su técnica, de la escuela que forma esta técnica, de la ciencia y de la cultura que constituyen el basamento de esta escuela, sean *neutras* y por tanto no políticas; es falso creer que sólo basta asumirlas para ponerlas al servicio del proletariado. La "naturalización" de los hechos y la "neutralización" de los distintos campos de la actividad social son formas que utiliza la sociedad burguesa para despolitizar la realidad y mistificar su imagen. A través de ellas separa el campo de lo político y de lo social, divide al hombre en productor y ciudadano y lo arrastra hacia las más variadas formas de apatía política. Y por ello la primera acción subversiva a realizar es la de recuperar para la política todos aquellos aspectos del sistema social en la esfera privada y en la esfera pública (la familia, la escuela, la fábrica, etc.) que se presentan ante los hombres bajo la apariencia de aspectos no contradictorios, y por lo tanto no políticos.

La hipótesis de Marx partía de la afirmación de una democracia directa surgida de la liquidación de las relaciones de producción capitalis-

tas y de la unificación de la sociedad en un nuevo sistema productivo (el comunismo) basado en la gestión total y directa del producto social. Por ello implicaba no sólo la destrucción del Estado burgués sino también la extinción de toda forma de Estado o de poder político como momento separado de la administración social. En el modelo de la Comuna de París, Marx creía descubrir un proceso de progresiva extinción de la dimensión *política* en cuanto dimensión separada y opuesta al ser social. La política resultaba "negada" de un modo estrictamente marxista, o sea en el propio proceso de su "realización" y de su subsunción en la sociedad regulada. En el comunismo, política y sociedad coincidirían.

Esta hipótesis de Marx no se ha realizado hasta ahora en ninguna parte. Y por lo contrario, en aquellas sociedades que la adoptan como punto de partida parecen cada vez más lejanas las posibilidades de llevarla a la práctica. Sin embargo, el socialismo sólo puede ser pensado a partir de sus postulados; de otro modo, no tendría sentido. Unicamente una hipótesis que parta de la convicción de que es posible eliminar el antagonismo de clase y lograr un orden social armónico está en condiciones de dar los contenidos correctos a una estrategia de lucha *por* y *hacia* el socialismo, contenidos que, por otra parte, no son extraidos en el marxismo de modelos apriorísticos de sociedades perfectas, sino de la crítica y la negación de lo existente. De ahí que no obstante la crisis de las experiencias socialistas europeas esta hipótesis irrealizada de Marx siga siendo la matriz de la teoría y de la acción revolucionaria y que esté presente explícita o implícitamente en las luchas obreras en Occidente, en el nuevo curso checoslovaco, las rebeliones obreras de Polonia, la lucha contra la burocratización en Yugoslavia, la Gran Revolución Cultural china, el movimiento estudiantil y otros fenómenos de masa que caracterizan la historia del mundo en los últimos años. Nunca como hoy fue tan poderoso en las masas el sentimiento de rechazo por las jerarquías burocráticas y la aspiración a una sociedad igualitaria. Nunca como hoy estuvo tan generalizada la exigencia de un nuevo ordenamiento social ni se habló tanto de socialismo. El comunismo, como un mundo de libertad, de destrucción de las jerarquías heredadas o reproducidas en el período de transición, de extinción del trabajo en cuanto actividad ajena y alienadora del hombre, se ha convertido en una exigencia derivada del propio desarrollo social, en una premisa "material". Aparece frente al mundo como un "objetivo alcanzable por la humanidad", como un problema madurado por la propia realidad y no como una pertinaz evasión utópica de los hombres, secularmente sedientos de justicia y de igualdad.

El socialismo puede aparecer hoy como un problema maduro y como un programa político concreto porque el capitalismo a escala mundial ha creado las fuerzas y las condiciones necesarias para un nuevo modelo de organización social. Sin embargo, los mismos elementos que hacen madurar la necesidad y la posibilidad del socialismo, son los que permiten al sistema deformar y utilizar para sus fines la expansión de las fuerzas productivas (técnicas, roles profesionales, modelos de consumo,

formas ideológicas, instituciones), que llevan la impronta de las relaciones de producción dentro de las cuales se desarrollan. El socialismo no es por esto la consecuencia lógica e ineluctable del desarrollo "racional" de las fuerzas productivas, sino una nueva orientación del progreso que para hacerse realidad requiere de un salto cualitativo, de una *ruptura* revolucionaria que rechace el universo social de la burguesía e invierta totalmente los valores sobre los que ésta se sustenta. El comunismo, como ya lo había visto Marx, no es un grado superior del progreso histórico, sino aquella subversión de la historia que el capitalismo hizo posible; no es una nueva economía política, sino el fin de la economía política; no es el Estado justo, sino el fin del Estado; no es una jerarquía que refleja los diversos valores naturales, sino el fin de la jerarquía y el pleno desarrollo de todos; no es la reducción del trabajo, sino el fin del trabajo como actividad ajena al hombre y simple instrumento.

IV

Si la revolución socialista no se presenta hoy como la afirmación de una realidad nueva gestada en el interior de la vieja sociedad, si únicamente es concebible como un proceso de revolucionarización permanente de un universo productivo en definitiva ambiguo y contradictorio, la formación de un bloque de poder alternativo presupone la elaboración de un proyecto consciente, de una alternativa programática fundada en la transformación global del sistema y en la construcción, como proceso gradual pero de iniciación inmediata a la ruptura revolucionaria, de un nuevo orden social comunista. Dicha alternativa, que parte de una crítica radical y concreta de todas las manifestaciones de la actual sociedad burguesa dependiente, de su modo de producir, de consumir, de pensar, de vivir, debe estar presente en las luchas de las masas *antes* de la ruptura revolucionaria para que ésta se vuelva posible. Porque si es verdad que la revolución no es un resultado ineluctable y que en las condiciones del capitalismo moderno dejaron de tener validez las estrategias tradicionales de la izquierda que superponían la estrategia de poder de una vanguardia jacobina a la rebelión espontánea y elemental de las masas, no es concebible la formación de un movimiento de masas que cuestione al sistema en cada sector, sin un proyecto general alternativo que dé sentido a las luchas parciales y que eluda el peligro de la corporativización. Y aunque la elaboración de esa alternativa plantea un conjunto de problemas teóricos de difícil resolución es a las masas a quien corresponde en primer lugar resolverlas. Son ellas las que deben crear en el seno mismo de la sociedad capitalista un movimiento anticapitalista y unitario que agreda al sistema a nivel de sus estructuras sociales: la fábrica, la escuela, el barrio, la ciudad, las profesiones, etcétera. Sólo la

participación plena de las masas, adoptada como método permanente del movimiento, puede permitir resolver el problema de la organización política y la elaboración de una estrategia capaz de determinar una crisis general del sistema y de dar a ésta una resolución positiva.

Las luchas obreras y populares ocurridas en nuestro país fundamentalmente desde 1969 en adelante demuestran que la participación de las masas es la característica distintiva de la actual coyuntura, que los verdaderos protagonistas del proceso revolucionario han comenzado a sacudirse las ataduras con que el sistema impidió su expresión autónoma. Una nueva oposición social surge desde la fábrica, donde los obreros luchan contra la explotación y pugnan por reconstruir sus organizaciones de clase enfrentándose a los burócratas, los patrones y el Estado; desde la escuela, en lucha contra una institución "separada" de la sociedad que apunta a garantizar la reproducción de los roles sociales de la burguesía y la aceptación de la división capitalista del trabajo; desde los barrios y ciudades, contra un sistema cada vez más irracional de resolución de los problemas de la vivienda, del transporte y otros servicios, de la contaminación, etc.; desde las regiones marginalizadas y empobrecidas por la expansión del capital monopolista; desde todos aquellos lugares y sectores donde nuevas contradicciones acumulan tensiones y puntos de fracturas. Esta nueva oposición social fija su impronta a la crisis argentina, que ya no es tanto el producto de los viejos problemas heredados del "atraso" como la expresión de las tensiones creadas en la sociedad por un único mecanismo capitalista de desarrollo bajo dirección monopólica. Más que un estado pasajero de protesta económica –factible de ser absorbido con relativa facilidad por las clases dominantes–, el impulso de base que surge de las entrañas de la vida productiva y social revela a nuestro entender un elevado potencial de rechazo político de los desequilibrios. El crecimiento de la conciencia combativa de las masas no tiene un mero carácter económico-profesional, ni la exigencia de direcciones sindicales no "burocráticas" expresa únicamente el deseo de los trabajadores de perfeccionar los mecanismos de delegación de poder. Lo que está subyacente en las luchas contra la burocracia sindical, los desequilibrios, el autoritarismo patronal y del Estado, la opresión económica, política y social de las masas populares, es una nueva voluntad política, una nueva conciencia de rechazo de la realidad presente que reclama una restructuración total de la sociedad argentina. Es este nivel alcanzado por la lucha de clases el que permite explicarnos algunos rasgos distintivos de las luchas sociales de los últimos años, que han sorprendido al observador superficial por la aparente desproporción entre las reivindicaciones declaradas y los instrumentos de lucha empleados. En un período de crisis profunda de los instrumentos de mediación y de representación es natural, sin embargo, que aparezca bajo la forma de explosiones populares o de huelgas "salvajes" un descontento y una protesta mucho más generalizada que no logra concretarse a nivel colectivo en propuestas políticas adecuadas. Pero la extrema "contagiosidad" de tales movimientos, especialmente en zonas donde las contradicciones del capitalismo dependiente amenazan retrotraer la situación a etapas

anteriores, demuestra que lo que se está abriendo paso en la coyuntura actual es un rechazo de masas que cuestiona al propio sistema.

En la Argentina de 1973 la destrucción del capitalismo ha dejado de ser el sueño de unos pocos para convertirse en una necesidad económica, social y política del presente. Sólo una sociedad de nuevo tipo, socialista, podría estar en condiciones de recomponer, unificar y dar plena satisfacción a los requerimientos de conjunto de las fuerzas sociales liberadas por la crisis del sistema. Y no es casual que la maduración del rechazo popular a las contradicciones del capitalismo dependiente se haya expresado en el triunfo masivo en las elecciones del 12 de marzo de peronismo y de su propuesta de una sociedad socialista nacional. (El término "nacional" es lo suficientemente confuso como para que se amparen en él todas las expresiones internas del peronismo desde la extrema derecha a la extrema izquierda.)

Sin embargo, nos equivocaríamos si dejándonos llevar por un optimismo injustificado confundiéramos las consecuencias objetivas en lo social y en lo político de las luchas obreras y populares, con una consciente voluntad política antagonista al sistema. Es cierto que los comportamientos de las masas populares no corresponden a determinadas decisiones y planes de las clases dominantes, pero no podemos deducir de esta "no disponibilidad" de las masas la existencia en la clase obrera de una consciente voluntad política hacia la realización de objetivos de revolución socialista. Para que la "no disponibilidad" pueda convertirse en "antagonismo político" es preciso que exista una fuerza política (no importa la forma que adquiera su estructura organizativa) capaz de unificar todos los componentes de las luchas sociales en una estrategia común y capaz, por lo tanto, de definir claramente un programa de alternativa socialista. Y es precisamente la existencia de esa fuerza la que prueba que la situación política está colocada en el terreno del antagonismo y de que la no disponibilidad de las masas no podrá estar sujeta a las reacciones del propio sistema.

De ahí que podamos sostener que aun cuando desde el 11 de marzo se ha modificado profundamente la relación de fuerzas políticas y sociales, en un país maduro objetivamente para el socialismo como es la Argentina, no están presentes todavía las condiciones instrumentales para la instauración de un poder revolucionario socialista. No bastan en este sentido las invocaciones acerca de la "toma del poder". Hoy sabemos que el poder no se "toma" sino a través de un prolongado período histórico, de una "larga marcha", porque no constituye una institución corpórea y singular de la que basta apoderarse para modificar el rumbo de las cosas. El poder capitalista constituye un sistema de relaciones que es preciso subvertir en sus raíces para que una nueva sociedad se abra paso. En sociedades complejas como la nuestra la revolución socialista no puede ser un hecho súbito, sino un extenso y complicado proceso histórico que hunde sus raíces en las contradicciones objetivas del sistema, pero que se despliega como un cuestionamiento *del conjunto* de sus instituciones.

Se trata de crear una relación entre las luchas reivindicativas y las perspectivas políticas que posibilite en todos los niveles la construcción de

un bloque de fuerzas revolucionarias, inspirado en un programa anticapitalista y de construcción de una verdadera sociedad sin clases. Plantearse desde el presente de la lucha anticapitalista objetivos "comunistas" significa reconocer como ideas directrices del programa revolucionario la lucha contra la división capitalista del trabajo, por la igualdad económica y social de los hombres y por la gestión colectiva de la sociedad, superando a la democracia burguesa en cuanto forma mistificadora de la real naturaleza de clase de la sociedad capitalista. Las condiciones para que esta perspectiva comunista se traduzca en objetivos de luchas concretas surgen de las propias acciones obreras y populares, de algunos de sus objetivos y formas de lucha que iluminan las contradicciones de la hipótesis reformista y concurren a la formación de una alternativa revolucionaria. La homogeneización de aquellos elementos de las plataformas reivindicativas que crean las condiciones para una unificación a nivel social del movimiento anticapitalista es una tarea ardua, pero al mismo tiempo posible. No puede garantizarla una consigna política general, ya que ésta exige como condición previa para tener capacidad movilizadora, cierto desarrollo del movimiento de masas, que es precisamente lo que falta y se quiere lograr. Unificar los movimientos de luchas aparentemente tan diversos como los del campo y de la ciudad, de los ocupados y de los desocupados, de los obreros y de los estudiantes, de las villas miserias y de los intelectuales, no puede significar entonces convertirlos en simples correas de transmisión de objetivos políticos no suficientemente comprendidos por las masas y elaborados por un "Estado Mayor de la revolución". Este es el error fundamental de las corrientes extremistas que creen factible unificar la multiplicidad de acciones reivindicativas únicamente en el momento en que se tornan explosivas adosándoles la consigna, abstractamente política, de la toma del poder. En nuestra opinión, unificar el movimiento significa elaborar objetivos de lucha de masa que sean visualizables como comunes por los distintos componentes sociales y que para ser conquistados requieran de una ruptura del equilibrio político, y que, al mismo tiempo, tengan un valor prefigurador tal como para expresar acabadamente el potencial revolucionario de ese movimiento.

Sin embargo, en las luchas sociales desarrolladas en el interior del sistema capitalista están siempre presentes dos lógicas opuestas, una homogénea y otra antagónica al propio sistema. Del mundo concreto de las condiciones sociales específicas de los obreros, de los estudiantes, de los intelectuales, de la presión de las necesidades de las masas, nacen impulsos que cuestionan al sistema, pero aparecen también las respuestas con las que el sistema intenta "corporativizarlos" o sea encerrarlos en su campo específico, impidiendo que se socialicen. Politizar la lucha económica y socializar la lucha política de las masas es la única respuesta válida que puede ofrecer una estrategia revolucionaria a los peligros corporativos que acechan las luchas sociales. Porque es ilusorio pretender conservar la unidad de los trabajadores, por ejemplo, adhiriéndose a las reivindicaciones específicas de cada grupo, aceptando de hecho una tendencia a la fragmentación corporativa que es connatural al sistema. Y lo mismo ocurre con los demás sectores sociales. Para "politizar" las luchas obreras

no basta adosarle una sobrecarga cuantitativa sobre los objetivos sindicales, ni superponer a la lucha reivindicativa una propaganda política revolucionaria. Es preciso elaborar y experimentar plataformas reivindicativas y formas de organización y de lucha que intrínsecamente tiendan a construir la unidad de la clase, un sistema de alianzas, nuevas instituciones políticas-sindicales en la fábrica, y por lo tanto, estructuren un movimiento político de masas.

El surgimiento en los puntos nodales del poder económico real, en la organización de la producción y del trabajo, de un poder que cuestione en forma permanente el mecanismo sobre el que se asienta la explotación de los trabajadores, resultará ser así la expresión más acabada del grado de *autonomía* conquistada por la clase obrera. Una autonomía que rechaza el confinamiento corporativo en el ghetto de la fábrica y que parte de la lucha por el control social del proceso productivo para cuestionar la estructura social en su conjunto. La aparición de un poder obrero en la fábrica (ambiguo, transitorio, pero esencialmente autónomo) estará indicando que en la sociedad se opera un proceso de desplazamiento de las luchas del plano económico-reivindicativo al de la superestructura política y que en la práctica de la lucha de masas se delimita el terreno concreto para la unificación de estas masas en un movimiento *verdaderamente anticapitalista.*

El *punto de partida* de una acción que tenga por objeto la conquista de una plena autonomía política de la clase obrera debe por ello ser situada en la fábrica

a) porque en las condiciones actuales de la Argentina es ahí donde se están acumulando los elementos fundamentales de fricción con las estructuras institucionales del poder;

b) porque sólo en la fábrica el obrero mantiene su unidad de clase y su fisonomía en cuanto portador de valores que reclaman una organización radicalmente distinta del trabajo, de la educación, de la vida cotidiana, de la dirección de la sociedad. Excluido del campo de las relaciones de trabajo, el obrero no es sino un "consumidor" más, expoliado por la voracidad de un sistema cruel e implacable;

c) porque, en consecuencia, partir de la fábrica para llegar a la sociedad es el único camino que permite elaborar un discurso efectivamente socialista, y no una mera ideología justificadora de una nueva opresión social.

"Partir de la fábrica" para elaborar una estrategia socialista tiene para nosotros el valor de una fórmula paradigmática. A través de esta expresión sintetizadora se intenta fundar la necesidad de un desplazamiento radical de lo que hasta ahora ha sido la problemática clásica de la izquierda reformista o revolucionaria. Un desplazamiento no tanto de objeto como de método. Es preciso pensar *desde el interior de la propia clase*, desde los núcleos de la vida productiva y asociativa del país las experiencias de lucha, las instituciones y organizaciones políticas y sociales de la clase. Porque si la clase obrera es una realidad autónoma que crece y se realiza en las relaciones de producción no se puede pretender definirla desde una filosofía de la historia, que no es sino la historia de las organizaciones que

pretendieron dirigirla. La vinculación entre estructura de clase, relación de producción y propuesta organizativa, que constituye el canon de interpretación del materialismo histórico, resulta de ese modo sustituida por una visión puramente intelectualista que funda la alternativa revolucionaria en términos de "valores". A partir de esa visión la clase obrera será revolucionaria o reformista, habrá que abandonarla a su expresión "espontánea" o activarla desde el exterior con una vanguardia iluminada, pero en ambos casos es un mismo método idealista el utilizado. El problema de cómo hacer para que fuera la propia clase obrera la que instalara en el centro de su conciencia la preocupación por la conquista del poder *en la fábrica* y *en la sociedad*, quedó relegado en la tradición de un movimiento obrero mundial cada vez más obsesionado por la construcción de organizaciones "perfectas" y supuestamente a salvo de las ambivalencias propias de las fuerzas que se baten en la sociedad capitalista.

Sin embargo, es en el interior de la fábrica donde el mecanismo de valorización del trabajo reproduce *a la vez* la relación de explotación y los condicionamientos ideológicos con que se intenta someter a los trabajadores al autoritarismo y al despotismo patronal. Lo que explica por qué el rechazo del mecanismo capitalista de valorización comporta objetivamente el rechazo de los velos ideológicos con que se recubre. Cuando los obreros dejan de considerar como dadas las relaciones de trabajo existentes en la fábrica y cuestionan los salarios y las calificaciones, los horarios y los ritmos, aún sin ser demasiado conscientes de eso están cuestionando un uso capitalista de las máquinas, una concepción de la técnica y de la ciencia, un modelo de estructura productiva que la burguesía se empeña en presentar como "racional". La tarea fundamental de la acción obrera revolucionaria en el interior de las empresas es *volver consciente* este cuestionamiento latente, articulando una política reivindicativa y de poder vinculada al tema de fondo de la "condición obrera" que impulse a los trabajadores a liberarse de su subordinación al plan del capital y a la afirmación de un poder autónomo. Independientemente de la forma institucional que adopte, este poder permanecerá ambiguo mientras subsista el poder capitalista, pero será no obstante un factor decisivo para la maduración de una conciencia revolucionaria en los trabajadores.

La idea de autonomía de la acción obrera implica, por lo tanto, la necesidad de basar las luchas reivindicativas en la realidad concreta de la relación de trabajo, exaltando su potencial político, para plantearse la exigencia del control social sobre el proceso productivo y la creación de un poder –sindical, político y de gestión– capaz de cuestionar el poder capitalista *en la fábrica* y *en la sociedad*.

Con estas consideraciones no se quiere afirmar el carácter explosivo o revolucionario de las luchas en fábrica, para descalificar de algún modo el valor disruptivo de las luchas sociales en general. Tomando a la "fábrica" como ejemplo de acción autónoma de clase, queremos enfatizar que la lucha dentro de lo específico contra el modo capitalista de plantear los problemas de la ciencia, de la salud o de la instrucción, contra el modo capitalista de producir y de distribuir los bienes y servicios, en síntesis, contra el rol asignado a los hombres en la fábrica, en la escuela, o en las

distintas instituciones del sistema, adquiere en la actualidad un nuevo valor: 1º) porque crea en los grupos sociales un proceso de politización intensa; 2º) porque al chocar con la contradicción fundamental del trabajo alienado despierta en las masas un conjunto de necesidades sólo factibles de ser satisfechas en una nueva sociedad; 3º) porque estimula la búsqueda de instrumentos de contrapoderes sociales, produciendo de este modo una activización de masa, una voluntad y una difundida capacidad de autogestión, que son las condiciones insustituibles para la constitución de un *movimiento político de masas*.

Un movimiento articulado de este modo, o sea a través de una *soldadura a nivel social* del conjunto de tendencias implícitamente convergentes que rechazan la lógica del capitalismo, representaría una fuerza irreductible al poder integrador del sistema. Sería un eje a través del cual podría vertebrarse un nuevo bloque histórico revolucionario, capaz de sostener un programa de transformación de la sociedad y de convertirse en el núcleo de un antagonismo efectivo contra el sistema capitalista. Una estrategia reformista, en cambio, que superponga un discurso político-ideológico a un movimiento de lucha que en sus contenidos permanezca en el interior del sistema, gradualista y reivindicativo, será siempre incapaz de determinar una crisis general y más incapaz aún de ofrecer a la crisis una salida positiva. La experiencia de las luchas ocurrida en los últimos años en la Argentina condena al reformismo y a su probada incapacidad de alimentar cualquier movimiento de masa en torno a plataformas de lucha convincentes y movilizadoras. Concibiendo a las luchas sociales como movimientos de opinión orientados a presionar sobre las fuerzas políticas y las instituciones representativas del sistema, el reformismo lleva al movimiento a la impotencia. Porque lo que resulta de su política es un movimiento demasiado genérico y desarticulado como para permitir la participación de las masas, o demasiado instrumentalizado por los objetivos políticos de partido como para crear momentos verdaderamente unitarios. Para superar estas deficiencias el movimiento debe necesariamente escapar del andarivel reformista, pero sólo puede hacerlo si logra darse objetivos de poder y una estructura democrática de base que lo lleven a cuestionar permanentemente al sistema.

Resulta imposible, no obstante, pensar en la unificación política del conjunto de movimientos que nacen de la lógica concreta de una condición social dada sin la existencia de una estructura organizada del movimiento, capaz de elaborar plataformas, de coordinar iniciativas, de dirigir en todos los niveles las conquistas obtenidas, de vincular la lucha de los distintos sectores cada vez que la situación lo exija. El movimiento no puede quedar en un nivel amorfo, porque en ese caso no estaría en condiciones de resistir una fase de repliegue ni de soportar las tensiones que crean en su interior el enfrentamiento de las vanguardias. El espontaneísmo, que en un comienzo desempeñó una función positiva en la medida en que estimuló las experiencias de cuestionamiento del sistema y de gestión democrática de las luchas, se convierte ahora en el mayor de los obstáculos para su desarrollo; es el caldo de cultivo en el que prosperan las distintas vanguardias, que pugnan en el interior del movi-

miento por quien logra más adhesiones y militantes. La necesidad de una organización se vuelve imprescindible para que el movimiento crezca y no se disgregue.

Pero esta organización no puede ser ni la del sindicato ni la del partido. El sindicato se mueve institucionalmente dentro de un horizonte contractual que lo obliga a respetar ciertas compatibilidades. Colocar la lucha de masas en el interior de la fábrica bajo la dirección sindical exclusivamente significa debilitar la tendencia a la politización y a la generalización de la lucha obrera. Mejor dicho, la lucha se transfiere del campo contractual al político sólo al precio de abandonar el terreno decisivo de la batalla, la estructura productiva, para concentrarse en las reivindicaciones generales del obrero como "consumidor". Por otra parte, fuera de la fábrica el sindicato tiene una estructura burocrática semejante a la de los partidos y se presenta ante las masas como una representación delegada, ausnete de su control y privada de instrumentos de movilización.

En cuanto al rol de los partidos, tampoco ellos pueden sustituir la necesidad organizativa del movimiento de masa. Un partido implica siempre una determinada visión del mundo, una estrategia definida. Si asumiera la gestión de las luchas sociales de masa acabaría por comprometer su unidad, el carácter específico de un movimiento que deriva de una situación social particular, y que debe ser controlado por las propias masas. La luchas de fábrica y las luchas sociales, sin embargo, necesitan de un interlocutor político, porque sin la presencia en su interior de una teoría general de la sociedad, y de organizaciones políticas que la expresen, no podrían estas luchas configurar un movimiento en el que prevalezca la componente revolucionaria sobre la componente corporativa, y en el que dicha componente revolucionaria se convierta en un discurso crítico y positivo y en un proyecto consciente de alternativa a la sociedad burguesa. El partido, o en las condiciones presentes de la Argentina, las vanguardias en general, son esenciales para las luchas dentro y fuera de la fábrica para combatir su momento corporativo, estimular su desarrollo político, la toma de conciencia de los nexos generales y también para esbozar su desembocadura política a niveles más generales. Pero sólo pueden realizar esta labor orientadora *desde el interior de un movimiento de masa que debe ser esencialmente autónomo, unitario y organizado*. Aparece como necesaria a la propia lucha de masas una estructuración autónoma del movimiento que lo exprese y que le dé una base organizativa estable. Y esta estructuración no puede ser otra que la de una red de *comités* y de *consejos* (o sea, de organismos reivindicativos y políticos a la vez) que en cuanto órganos de democracia directa puedan ser controlados por las masas y expresen al conjunto de los sectores de lucha.

Es evidente que un movimiento de este tipo no puede crecer como un sistema de contrapoderes, que paulatinamente se fuera apoderando de un espacio social hasta un momento dado en que un cambio en la dirección política del Estado sancionara una "revolución" ya realizada en los hechos. El esbozo de un poder antagónico que avance en dirección opuesta a la del sistema está destinado inevitablemente a producir una crisis

política y social mucho antes que una alternativa haya madurado plenamente, puesto que no es posible una coexistencia entre la producción dirigida por estructuras capitalistas y el consumo dirigido según criterios socialistas. Y ésta es la razón de por qué el movimiento de masa tiene siempre un carácter cíclico, en cuanto realiza conquistas que si no encuentran luego una forma de generalización son reabsorbidas por el sistema. No se puede, por lo tanto, renunciar al carácter de salto cualitativo o "violento" del momento revolucionario, ni a la necesidad de una organización política de vanguardia, cuya estrategia, cuyas formas organizativas, cuyos objetivos inmediatos sean tales como para asumir los contenidos y las nuevas exigencias de la lucha a nivel de base y de masa. Pero lo que hay que tener en claro en que esta crisis revolucionaria no puede determinarse si en el propio seno de la sociedad capitalista no crece un contrapoder de masa, un cuestionamiento concreto y permanente de los distintos aspectos de la estructura social, que den lugar a nuevas tensiones, que definan propuestas alternativas, que formen nuevas capacidades de dirección, que produzcan un nuevo nivel de conciencia y de organización.

V

Según como sea el modelo de la sociedad que se quiera construir será la organización que se propone como instrumento para la revolución. Construir una fuerza socialista supone, pues, tener una imagen de la sociedad futura. Pero también tener en cuenta otra circunstancia: los condicionamientos histórico-sociales y el contexto nacional en los que esa tarea se plantea.

La dificultad en transformar una crisis orgánica, como la que vive la sociedad argentina, en crisis revolucionaria nos lleva a una conclusión obvia: las clases populares carecen todavía de una fuerza organizada que unifique sus movilizaciones anti-capitalistas, que organice (esto es, que dé permanencia) a sus rebeldías "espontáneas" para permitir que ellas superen la etapa de hostigamiento al enemigo y transformen sus movimientos en ofensiva estratégica. La constitución y fortalecimiento de esa fuerza aparece, pues, como la condición para que la "impasse" se resuelva, para que el proletariado y el resto de las clases populares pasen a desempeñar el "aspecto principal de la contradicción".

Con esta conclusión, sin embargo, no avanzamos todavía demasiado. Sobre ella hay coincidencias verbales en un amplio espectro que abarca desde los desprendimientos de la izquierda tradicional (el "clasismo" en todas sus variaciones) hasta el peronismo revolucionario. Necesariamente la temática abarca también a las organizaciones armadas, de la izquierda o del peronismo, que reivindican su acción como el paso más eficaz para construir una vanguardia inexpugnable que impida la estabilización del sistema y que conduzca a la victoria a las clases explotadas.

Pero definido este punto de encuentro, acordada esta coincidencia estratégica, la más feroz polémica estalla en el interior de ese terreno común: "sectarismo", "populismo", "doctrinarismo", "espontaneísmo" son los epítetos habituales intercambiados en una discusión encarnizada, en la que cada uno de los polos tiende a ver al otro como "enemigo fundamental".

Este enfrentamiento, en el que se agota buena parte del esfuerzo teórico y práctico de la militancia revolucionaria en la Argentina, tiene lugar, al fin de cuentas, por la existencia de una realidad "rebelde" que condiciona todo discurso político en nuestra sociedad: la identificación con el peronismo de la enorme mayoría de la clase obrera y, en general, de todas las clases explotadas.

La paradoja política que deben resolver los revolucionarios en la Argentina consiste en que manteniéndose –aquí como en cualquier parte– la necesidad de una fuerza que esté más allá de la inmediatez de la clase (es decir, una "dirección consciente" que a partir de la espontaneidad organice a las masas para fines socialistas) sus tareas deben realizarse en el interior de una clase obrera políticamente "situada". La relación entre un conjunto social y sus "organizadores" nunca es abstracta, siempre está especificada. Parafraseando a Gramsci, si en la Italia de los años veinte la "cuestión campesina" se expresaba como "cuestión vaticana" y como "cuestión meridional", es decir, que la presencia de una clase definida en términos económicos debía ser acotada, para poder operar políticamente con ella, en términos ideológicos y geográfico-culturales, en la Argentina de hoy la "cuestión obrera" no puede ser separada de la "cuestión peronista". Se trata de un dato, no de una teoría.

No hay entre nosotros relación directa entre "vanguardia ideológica" y "movimiento espontáneo" del sujeto histórico, como seguramente lo hubo en Rusia a principios de siglo, matriz empírica de la teoría clásica de la organización revolucionaria. Poco tiene que ver la clase obrera y la sociedad argentina contemporánea con la descripción que Lenin trazaba de la clase obrera y la sociedad rusa bajo el zarismo "con su relativamente embrionario desarrollo de los antagonismos de clase, con su virginidad política, con el estado de atraso y sojuzgamiento en que el despotismo policíaco mantiene a masas enormes, inmensas de la población" (*Obras*, T. VII, p. 39).

Esta "cuestión peronista", se vincula con una problemática generalizada en casi todas las sociedades dependientes: la existencia de poderosos movimientos nacional-populares cuya columna vertebral está constituida por la adhesión de las grandes masas obreras y campesinas. La eficacia de esos movimientos en Asia, Africa y América Latina tiene que ver, entre otras cosas, con el vacío dejado por el socialismo revolucionario en esas sociedades, sólo salvado en los casos de China e Indochina, en los que de hecho se violó la línea impuesta por la cúspide del movimiento comunista. El espacio que no cubrieron los destacamentos de la III Internacional fue llenado casi siempre por los movimientos nacionalistas, con lo que el alzamiento del mundo periférico, pronosticado por Lenin al final de sus días como el camino más eficaz para la revolución mundial se transformó en

CeDInCI

una ruta escarpada y sinuosa. A esta altura, no se trata de imaginar "lo que hubiera pasado si no hubiera pasado lo que pasó"; se trata de articular una dialéctica correcta entre movimiento de masas y práctica socialista que no niegue que el punto de partida político de los grandes sectores populares en la Argentina no es la "virginidad" de que hablaba Lenin, sino la adhesión al peronismo.

Discutir en detalle esa dialéctica es uno de los objetivos básicos de esta segunda etapa de PASADO Y PRESENTE, porque si la izquierda revolucionaria, que trata de superar el reformismo y el desconocimiento de la realidad nacional, yerra en la caracterización del peronismo y de la participación obrera en él, dicha superación será sólo verbal, propia de izquierdas que sólo se critican y superan a sí mismas, como en un laberíntico juego de espejos.

Si tuviéramos que agrupar las limitaciones *básicas* de los análisis que se reclaman marxistas sobre los movimientos nacional-populares, limitaciones que suelen reconocer un origen "economicista", incluiríamos las siguientes:

A. Superficialidad en caracterizarlos meramente como "astucia de la burguesía"; en verlos como *maniobra* de una fracción del Ejército o de un sector de las clases dominantes, lo que es, en todo caso, una sola cara del problema;

B. Consecuentemente, incomprensión de lo que esos movimientos significan como componentes de la "cultura política" de las masas (y en la Argentina claramente de la clase obrera industrial), en la medida en que esas grandes masas se han constituido políticamente *con* el movimiento y en tanto el mismo recoje además –a veces míticamente, esto es profundamente– una problemática real: la de la identidad de las masas como "pueblo-nación" en el contexto de una sociedad que es dependiente, aunque predominen en ella las relaciones capitalistas de producción;

C. Por fin, dificultad para percibirlos como un componente no arbitrario del camino de las masas hacia su autoconciencia, en el sentido de que la "espontaneidad imputada a las mismas no es simple movilización reactiva contra el sistema, como en la versión clásica, sino una experiencia sedimentada a nivel político e ideológico, que si no es todavía socialista tampoco podría ser calificada como "tradeunionista", en tanto se instala en el espacio de la lucha por el poder.

Todos estos temas, que exigen una redefinición de conceptos claves como los de "conciencia de clase", "espontaneidad", "vanguardia", "movimientos nacionales", "movimientos socialistas" y de las relaciones que deben establecerse entre ellos de acuerdo al contexto histórico específico plantean como objetivo básico de PASADO Y PRESENTE, la necesidad de analizar la originalidad del proceso de constitución de una fuerza socialista de masas en la Argentina, como un caso en que la relación "conciencia-espontaneidad" se muestra "impura" *en el que, por lo tanto, es necesario impulsar el desarrollo de una conciencia socialista a partir de las luchas de una clase políticamente situada en el interior de un movimiento nacional-popular.*

VI

¿Cómo caracterizar hoy al movimiento peronista? Desde su caída, en 1955, cumplió exitosamente un papel que otros movimientos nacional-populares de América Latina –el APRA, el MNR boliviano, el varguismo– resignaron a lo largo de las dos últimas décadas: constituirse en la principal interferencia a los planes políticos y económicos que el capital monopolista reservaba para la sociedad argentina. Esa continuidad, pensamos, debe ser adjudicada, fundamentalmente, a lo específico de su base social. Como otros movimientos de su tipo, el peronismo se erigió en la síntesis política de un conjunto de fuerzas sociales antimonopólicas y antimperialistas. Sin embargo su rasgo diferencial respecto a la gran mayoría de los movimientos populares que se desarrollaron en el mundo capitalista dependiente durante este siglo fue la presencia protagónica de la clase obrera. Esta se constituyó en el núcleo irreductible para la ofensiva contrarevolucionaria inaugurada con la caída de Juan Domingo Perón.

Pero al mismo tiempo –y precisamente por la orginalidad de su base social– el peronismo debe ser analizado desde otra perspectiva. No ya como la acumulación de un conjunto de fuerzas antimonopólicas, sino como un momento en el desarrollo de una alternativa política autónoma de la clase obrera. La historia de la clase obrera hacia su autoconciencia se funde con la del movimiento nacional-popular, porque es allí donde los explotados reconocen su único término de unidad y lealtad política. Desde este punto de vista, importa menos la vitalidad del peronismo como movimiento de resistencia antimperialista que el hecho de que ese movimiento representa una experiencia interna e ineludible de la clase obrera.

Los trabajadores han sido, por 25 años, el eje de esa gran fuerza resistente, han adquirido allí los principales rasgos de su cultura política, pero sobre la base de la subordinación a los sectores hegemónicos del movimiento. La comprensión de este fenómeno –el de la subordinación y la dependencia obrera– está asociada al surgimiento del peronismo revolucionario. Durante los últimos 17 años, las movilizaciones espontáneas, la violencia defensiva, la lucha de las organizaciones armadas y el voto fueron negociados por la burocracia dominante. Como respuesta a ello ha surgido en el interior del peronismo, un espectro de tendencias que se unen en un objetivo: la construcción de un instrumento organizativo que garantice el desarrollo de la lucha de las masas y el avance hacia una sociedad socialista. Al igual que fuera del movimiento –puesto que en este aspecto la polémica excede el corte entre peronismo e izquierda– las concepciones de Ejército Popular y de Partido ocuparon el escenario de la lucha ideológica.

Estos son, a nuestro entender, los rasgos que definen la originalidad del movimiento peronista. De un movimiento que, con el triunfo electoral del 11 de marzo dio los primeros pasos hacia una nueva etapa de su historia. Ese día, el peronismo actuó como síntesis política del conjunto de clases que se opusieron, desde 1966, al proyecto monopolista; cuantificó en las

urnas todo el odio acumulado por el pueblo frente al imperialismo y sus aliados internos. El pronunciamiento masivo que significó el voto, puso también al descubierto el error de quienes, desde una izquierda que salía de la crisis del reformismo y que había logrado una primera inserción en el movimiento de masas, propugnaron el voto en blanco, alentando una vana ilusión de pureza programática.

Si las jornadas que arrancan del cordobazo pusieron de relieve el surgimiento de un nuevo movimiento social en la Argentina, protagonizado a través de la movilización del proletariado industrial, del campesinado pobre, de la pequeña y mediana burguesía del interior, de los estudiantes; si ese movimiento social había puesto en marcha episodios gloriosos de resistencia y combatividad, la canalización de esa lucha a través de una fórmula presidencial mediocre y de candidatos en buena parte ligados a una concepción desarrollista, parecía un retroceso. ¿Frente a qué? Un retroceso frente a la *idea* de la revolución, pero no frente a sus posibilidades históricas, posibilidades que están marcadas por los comportamientos *reales* de las masas trabajadoras. En esas condiciones, el resultado electoral significó una derrota *política* contundente, arrasadora, de una camarilla que representaba los intereses políticos de los enemigos principales de la clase trabajadora y del resto de las clases y capas explotadas. Dicho triunfo representa el punto de partida para que la lucha de clases arranque de nuevos niveles, para que los sectores populares puedan lanzar en mejores condiciones, aprovechando el contraste que sufrió el enemigo, una etapa de ofensiva hacia la revolución socialista.

Porque está claro que la derrota política del capital monopolista no es, aún, su derrota social. El aluvión del 11 de marzo alcanzó y sobró para bloquear a la política del "Gran Acuerdo Nacional", para hacer replegar a sus protagonistas, para enterrar las ilusiones de continuismo.

Pero sería suicida pensar que las fuerzas vencidas no habrán de reagruparse tras la primera etapa de confusión. Más aún, no advertir que ese reagrupamiento habrá de incluir a fuerzas que participan de la coalición triunfante. Las elecciones derrotaron al Gran Acuerdo Nacional tal cual entendía al mismo la cúpula militar, tal cual ella lo quería instrumentar. Pero el GAN no sólo fue el intento mezquino de un pequeño sector continuista, o la táctica oportunista de un personaje ambicioso de poder personal sino también un pedazo de la historia de la burocracia política y sindical peronista y de buena parte de los sectores externos al peronismo que configuraron el FREJULI.

¿En qué consistió básicamente el GAN? En el intento de los grupos dominantes, expresión del sector imperialista y monopolista de la economía, de abrir cautelosamente las puertas del poder político, ofreciendo un acceso al mismo de nuevos contingentes de las clases propietarias. Esta vez, sin embargo, no se trataba sólo de la burguesía terrateniente; el rasgo más importante, implícito en el proyecto, es que suponía una salida negociada entre el capitalismo monopolista y la burguesía mediana más integrada a las modernas formas de producción impuestas por el imperialismo. Los pilares del proyecto debían ser el ejército y los sindicatos, acompañados por las burocracias políticas reformistas.

El eje de fondo de ese reacomodamiento político, su condición económico-social de posibilidad es la negociación de la dependencia, en el nuevo marco creado por los cambios en el mercado mundial. Y ese plan, aún cuando haya fracasado en su implementación por la camarilla desgastada que piloteó la última fase de la "Revolución Argentina", no ha sido cancelado, porque se halla en la lógica del razonamiento de la burguesía no monopolista, de la burocracia sindical, de las más importantes burocracias políticas y de las fuerzas armadas. El capital imperialista, por su parte, imposibilitado de maximizar sus intereses, aceptaría esa negociación como forma posible de "mal menor".

En esta encrucijada el FREJULI se choca contra sus límites. La dependencia negociada es el sustrato del esfuerzo que actualmente realizan las clases dominantes para fundar un nuevo sistema de dominación política. El mosaico de fuerzas del "nacional desarrollismo", que incluye al sindicalismo, a la burocracia política y a los sectores no peronistas del FREJULI, principalmente al frondicismo, tiene como eje a la burocracia sindical y como programa al pacto de la CGE-CGT: un tímido desarrollismo reformista pactado con los monopolios, en el que se instrumenta como principal ariete desmovilizador de la clase obrera a la burocracia sindical, mientras se mantiene en reserva el papel de las Fuerzas Armadas, como antídoto último de la "subversión".

Frente a este peligro, que no debe subestimarse, se halla todo el otro sentido del voto del 11 de marzo, como voto antimperialista y anticapitalista, como voto que rechaza toda negociación, como expresión política de la lucha llevada durante 17 años por el pueblo y acentuada con contenidos objetivamente socialistas a partir de 1966.

Este aspecto está básicamente representado, en el nivel organizativo, por la Juventud Peronista, por el sindicalismo combativo, por todos aquellos grupos que distinguen el gobierno del poder y que plantean, como consigna fundamental, que gobernar es movilizar. Una consigna cuya enorme justeza está dada por su capacidad de aunar, de sintetizar, la unidad política lograda por la clase trabajadora, capaz con ella de conseguir *su* gobierno, con la necesidad de avanzar a través de la movilización para que ese gobierno se transforme en poder. Esto es, de encontrar una identidad primaria en el gobierno (no fuera de él) y partir de esa identidad para profundizar en la lucha de masas las diferenciaciones de clase, internas al movimiento nacional.

En esta dirección, si gobernar es movilizar, movilizar es contribuir, con las masas, a la construcción de los núcleos de base que caminen efectivamente, de abajo hacia arriba, hacia el poder socialista. Porque el socialismo no se *despliega* a partir del impulso que le otorga una vanguardia incontaminada propietaria de la "verdad", sino desde *iniciativas socialistas* multiplicadas y articuladas que se generan en el movimiento de masas.

VII

La ofensiva hegemónica lanzada desde 1966 en la Argentina por el capital monopolista, y las luchas obreras y populares que aquélla contribuyó a desatar, estimularon el crecimiento de fuerzas revolucionarias externas al peronismo. Si bien es cierto que la base de sustentación de estos grupos de izquierda reside fundamentalmente en sectores de la intelectualidad y estudiantiles, y que sólo en la universidad tienen una real gravitación política, es cierto también que después de décadas la izquierda revolucionaria logró hacer pie en sectores de la clase trabajadora, algunos importantes, como lo testimonia la experiencia de Sitrac-Sitram, primero, y la de Smata, luego, en la provincia de Córdoba.

Desde 1969 Córdoba es el escenario en el que se condensan las experiencias más ricas de la izquierda revolucionaria no peronista. Rica por los éxitos que ahí puede contabilizar (esencialmente la conquista de direcciones sindicales en el sector más concentrado y avanzado del proletariado, pero además la creación de núcleos "clasistas" en una importante cantidad de empresas, talleres y oficinas de la ciudad) y rica también por sus fracasos. Sin embargo, el balance de esta experiencia aún está por hacerse.

El movimiento que sacude a las fábricas cordobesas ilumina con particular nitidez las contradicciones de la estructura sindical. Muestra que la subversión y la conquista de las organizaciones gremiales por obra de los trabajadores abre un campo de lucha y de elaboración política e ideológica que conduce indefectiblemente al desarrollo de tendencias socialistas. Pero fue necesario el golpe de junio de 1966 y el control por los sectores monopolistas de la economía del aparato del Estado, la destrucción de las formas parlamentarias y el intento de estructurar un bloque de poder que incluyera a la cúpula sindical, para que la clase obrera pudiera vislumbrar la centralidad política del sindicato, la necesidad de rescatarlo de manos de la burocracia sindical. *El "clasismo" aparece así básicamente como un profundo y complejo cuestionamiento de las estructuras sindicales en una coyuntura caracterizada por la radicalización extrema de las luchas obreras y la debilidad de los aparatos sindicales y políticos de la clase.*

La génesis de esta corriente, reiterada en cada nuevo conflicto de fábrica, reside en la lucha por la constitución de los trabajadores como clase enfrentados al poder patronal. Su sentido anticapitalista es anterior a cualquier programa que enarbole, porque está presente en la gestación misma del movimiento de masas obrero. Sin embargo, la movilización "clasista" es todavía pre-política en la medida en que no es capaz de controlar los efectos de su propia acción y trascender al conjunto de la clase y de la sociedad. La historia de Sitrac-Sitram es, en este sentido, aleccionadora. La sobrevaloración de las propias fuerzas, el menosprecio

de la capacidad de recuperación de las clases dominantes, la falta de claridad acerca de las fronteras políticas de la acción sindical y de su grado de especificidad, la ausencia de una política de alianzas en el plano sindical, llevaron a estos sindicatos a un progresivo aislamiento no sólo del conjunto de las organizaciones obreras cordobesas sino también de sus propias bases. Y este aislamiento era tanto más grave por cuanto se daba en un contexto de relativo avance de las luchas sociales en la ciudad y en otras partes del país.

El movimiento de masa protagonizado por los obreros del complejo Fiat encontró como interlocutores "naturales" a los grupos políticos socialistas: la izquierda revolucionaria, el peronismo de base y las organizaciones armadas. Estos grupos actuaron a modo de vanguardias externas y se fijaron como objetivo de su labor provocar una agudización acelerada del enfrentamiento del sindicato con los patrones, con el estado y las burocracias sindicales nacionales y locales. El mensaje ideológico revolucionario y socialista que estos grupos aportaban contó con el apoyo pleno del grupo dirigente de Sitrac-Sitram y con la aceptación del conjunto de los trabajadores de Fiat que se movilizaron bajo las grandes consignas de la democracia sindical, de la lucha contra la patronal y contra la dictadura militar.

Expresión directa de los intereses de las masas, la acción sindical fue en un comienzo más el resultado de la presión de las bases obreras radicalizadas que el producto de una estrategia coherente de una dirección. Porque, como es lógico, un reclamo constante a la participación creadora de las masas, una política de movilización permanente, desata un potencial de lucha que tiende a desbordar los marcos institucionales del sindicato y a desplazarse rápidamente al plano político. Convertido en un organismo político de movilización de las masas, el sindicalismo "clasista" se vio arrastrado por la vorágine de la lucha de clases, y por el peso determinante que tuvieron en la dirección del proceso las estrategias de las vanguardias externas, a menospreciar la insustituible componente institucional-contractual de todo organismo sindical y a confundir los planos específicos de las funciones sindicales y políticas.

En este sentido es preciso reconocer que ninguna de las tendencias socialistas que formaban el mosaico de fuerzas que alentaban la experiencia de Sitrac-Sitram demostró estar en condiciones de ayudarles a resolver los agudos problemas políticos surgidos de la acción sindical. Por el contrario, muchas veces contribuyeron a complicarlos trasplantando a los organismos de la clase obrera los enfrentamientos doctrinaristas que esterilizan su labor. Uno de los problemas esenciales era, sin duda, el de la relación de los sindicatos Sitrac-Sitram con el conjunto de los trabajadores cordobeses y sus organizaciones o, dicho de otro modo, el de cómo actuar para que la lucha de los obreros de Fiat no fuese aislada del resto de los trabajadores convirtiéndola en un fenómeno anómalo que la patronal y el Estado acabaría tarde o temprano por instrumentalizar o destruir.

Aquí fue donde el sindicalismo "clasista", estimulado por los grupos socialistas, cometió un grave error destinado a tener consecuencias negativas para la propia existencia de Sitrac-Sitram. Partiendo del criterio

correcto de que la única garantía válida contra la integración de los trabajadores está en la propia clase, en su movilización y en su lucha constante contra los patrones, el Estado y los burócratas, identificó erróneamente al conjunto de fuerzas sindicales y políticas que habían gestado y dirigido las luchas del proletariado cordobés desde 1966 en adelante con la burocracia sindical que había defendido y conciliado con la "Revolución Argentina". Atilio López y Agustín Tosco eran asimilados a Rucci, Kloosterman y otros capitostes del sindicalismo gansteril. Todos los dirigentes sindicales eran considerados burócratas que desconocían la voluntad obrera y con los cuales, por tanto, no debía establecerse ninguna política de aliados a corto o largo plazo. El plano de los acuerdos en el terreno sindical y reivindicativo estaba absolutamente predeterminado por la coincidencia política en torno a objetivos ideológicos últimos de la acción obrera o a consignas estratégicas de valor puramente propagandístico. Desde el exterior del propio movimiento reivindicativo de los obreros de Fiat se superponía a dicho movimiento un discurso político-ideológico socialista, que intentaba enfrentarse a los discursos "populistas" o "reformistas" de las demás direcciones sindicales. La necesidad de dar una perspectiva unificadora de orden estratégico y político a la lucha sindical de los obreros cordobeses intentaba ser resuelta mediante la radicalización de la acción sindical, no comprendiendo que esa perspectiva desbordaba el campo institucional del sindicato. Y este es el callejón sin salida en que vino a encontrarse el sindicalismo "clasista" de Fiat, porque si el espacio político abierto por las luchas obreras no es cubierto por nuevas formas organizativas de la clase que apunten a articular un movimiento político de masas, la lucha obrera no tiene solución. Expresión fiel del proceso de radicalización de los sentimientos de las masas, el sindicato autónomo, falto del oxígeno político necesario para alimentar la prolongación en la sociedad de las luchas que contribuyó a desatar en la empresa, se verá arrastrado a una prueba de fuerza contra los patrones y el Estado de la que muy difícilmente podrá salir triunfante a nivel de empresa, de taller o de sector.

Los dirigentes de Sitrac-Sitram comprendieron cabalmente este dilema, pero resolvieron apostar exclusivamente al proceso de maduración política de las bases obreras. Se negaron a admitir que este proceso no estaba separado de lo que ocurría en las direcciones sindicales y en la propia CGT cordobesa, a reconocer que los obreros respetaban a sus dirigentes y los aceptaban como tales. El campo de las fuerzas opuestas a las poderosas burocracias nacionales estaba dividido y se empeñaba en una lucha que era exterior a la propia dinámica del proceso. El "clasismo", en lugar de hacer propia la experiencia que se gestaba en otras instancias sindicales, se enfrentó a ellas pretendiendo destruirlas. Estimulado por las concepciones de los grupos de izquierda sobrevaloró sus propias fuerzas y las de las tendencias revolucionarias e imaginó que dos pequeños sindicatos podían ser la plataforma de lanzamiento de una alternativa socialista en el plano nacional. Un análisis político erróneo los llevaba a menospreciar la capacidad de recuperación política no ya de los sectores

monopolistas sino del conjunto de las clases dominantes que ensayaban con el apoyo de la cúpula militar una salida institucional a la crisis argentina que incluyera al peronismo.

El corto intervalo de vigencia política del sindicalismo "clasista" se extiende desde el comienzo de repliegue del capital monopolista —poco más o menos, el gobierno de Levingston— hasta la consolidación del proyecto lanussista. Fue el período en que la izquierda rodeaba a Sitrac-Sitram y hacía de la universidad la caja de resonancia de sus formulaciones políticas generales, en que agitaba la consigna de "ni golpe, ni elección, revolución". De ese modo, con una respuesta puramente propagandística, se colocaba a sí misma y al movimiento sobre el cual influía, fuera de las salidas políticas que intentaban articular los sectores populares. Aislado del conjunto de las fuerzas sindicales y políticas que se enfrentaban al gobierno y a los burócratas, despegado cada vez más de las que habían sabido ser, desde su nacimiento, la expresión más fiel y democrática, envuelto en las discusiones de las tendencias y grupos de izquierda que obnubilaron su análisis político, el grupo dirigente de Sitrac-Sitram intenta romper el cerco tendido por la patronal y el estado a través del plenario de gremios combativos convocado en Agosto de 1971. Pero si esta reunión tuvo una importancia excepcional no fue porque allí se arribaran a resultados positivos, sino por todo lo contrario: porque mostraba que eran ilusorias las esperanzas de superar el aislamiento en que se encontraba ya el "clasismo" mediante el apoyo que podían prestarles los grupos políticos de izquierda.

El fracaso político del plenario de gremios combativos mostraba que en el espectro de fuerzas sindicales denominadas "clasistas" y en los grupos políticos de izquierda que eran sus soportes ideológicos existía una lamentable confusión en torno a dos cuestiones que, nos parece, deben ser diferenciadas: a) la unidad de las izquierdas; b) la unificación política del movimiento de masas. Para resolver el segundo problema Sitrac-Sitram intentó, como paso previo, resolver el primero. La dirección sindical actuó como factor moderador del sectarismo de los diversos grupos buscando convertirse en la instancia unificadora de los diversos grupos enfrentados. Sin embargo, el problema que debía resolver el "clasismo" era otro, y mucho más importante para la suerte de la clase obrera, que el pantano doctrinarista en que los había embretado la izquierda. Era preciso esbozar una perspectiva de orden estratégico y político que estuviera en condiciones de compatibilizar el crecimiento de los sectores revolucionarios con la vigencia real del peronismo en la clase obrera como expresión de la unidad política del conjunto de la clase. El dilema era ¿cómo estimular una crisis revolucionaria sin hacer retroceder a la clase y a los sectores populares del punto de unidad política ya alcanzada? La propuesta del "clasismo" frente a este dilema que amenazaba (y amenaza) aislar a las fuerzas revolucionarias no peronistas fue la de apostar a la explosión espontánea de las masas. Visto desde el ángulo de la política, y no de la ideología, esta concepción llevaba a participar de la creencia de que hay un momento en la lucha de clases a partir del cual las clases dominantes no son ya capaces de

reagrupar sus fuerzas y encontrar salidas a la crisis, sin que exista una **fuerza organizada y una alternativa socialista que se les oponga.**

Pocos meses después de la destrucción de Sitrac-Sitram, los obreros mecánicos de Córdoba consiguen, esta vez mediante elecciones, recuperar su sindicato. La nueva conducción del SMATA aprovecha la experiencia del sindicalismo de fábrica de los obreros de Fiat y no comete los mismos errores. Participa de la CGT cordobesa y establece alianzas estrechas con los peronistas combativos y los "independientes". Esta alianza, aunque todavía no supera el terreno sindical, tiene un significado teórico y práctico trascendental para las luchas futuras del proletariado. Lamentablemente, los grupos de la izquierda revolucionaria no comprendieron la importancia que tenía para el proletariado argentino y para su unidad de clase el triunfo del Frente Justicialista de Liberación.

Sobreestimando la vinculación política de sus organizaciones con las masas obreras y trabajadoras en las grandes empresas industriales y en los lugares de concentración del proletariado rural, la izquierda revolucionaria pretendió proyectarse como una alternativa "clasista" frente a un peronismo cada vez más radicalizado en sus programas y en la dinámica electoral. Las masas demostraron que esa alternativa era puramente imaginaria, que las formulaciones votoblanquistas o las que defendían la necesidad de presentar candidatos obreros opuestos a los peronistas, no representaban sino una nueva vestidura detrás de la cual se oculta el recalcitrante vanguardismo de los grupos de izquierda. En este sentido, las elecciones son bastante aleccionadoras y muestran la fatuidad que significa fabricar políticas que no resultan de la experiencia de las luchas de masas.

De todas maneras, y a pesar de los errores cometidos por los grupos de izquierda en la caracterización de la coyuntura electoral, el bloque sindical conformado por los sectores hegemónicos de la CGT cordobesa forman una sólida barrera de contención (*la más sólida* imaginable en la actual coyuntura política) para las clases dominantes, porque a la vez que unifica el movimiento de masas aprovechando todo el vigor del movimiento nacional-popular, prepara las condiciones para el avance de la conciencia y organización autónoma de la clase obrera. De ese modo concreto anticipa la constitución de una nueva fuerza socialista, implantada profundamente en las grandes concentraciones obreras y capaz de unificar todos los componentes de las luchas sociales y políticas en una estrategia revolucionaria y socialista.

VIII

En el último ejemplar de PASADO Y PRESENTE, en 1965, decíamos: "Si los intelectuales no forman una clase social autónoma e independiente, sino que cada clase social se crea su propia categoría especializada de intelectuales, ¿cómo se plantea en el momento actual la creación por

parte del proletariado de una capa de intelectuales que contribuya a **otorgarle una plena autonomía ideológica, política y organizativa?** El hecho de que este problema siga sin resolución ¿no significa la quiebra de una forma de concebir la unidad intelectuales-clase obrera, clásica en la izquierda argentina? ¿Y no es esa forma la que sigue imperando en toda la discusión actual de la nueva izquierda acerca de los males del *espontaneísmo* peronista y la necesidad de una *vanguardia revolucionaria*? Cerrado el camino del Partido como única y concreta vía de aproximación a la clase trabajadora ¿qué posibilidades tienen los intelectuales de fundirse con la clase obrera? Todos estos problemas son antiguos pero adquieren nuevos aspectos y posibilidades de resolución en la sociedad moderna, como trataremos de demostrar en la segunda parte de nuestro trabajo."

Esta reaparición actual de PASADO Y PRESENTE supone "la segunda parte de nuestro trabajo", centrada en un objetivo: contribuir, desde nuestro plano, al proceso de discusión que se desarrolla actualmente en la sociedad argentina acerca de las condiciones nacionales de constitución de una fuerza revolucionaria socialista.

En medio de la segura irrupción de nuevas jornadas de lucha del pueblo, tras la derrota infligida a la dictadura el 11 de marzo, PASADO Y PRESENTE no pretende transformarse en un sustituto de la práctica política ni colocarse por encima de ella. Reivindica para sí, en cambio, un espacio que considera legítimo, aunque el mismo sea mucho más ideológico-político que político a secas: el de la discusión, abierta a sus protagonistas activos, de las iniciativas socialistas en el movimiento de masas, de los problemas que, en "la larga marcha", plantea cotidianamente la revolución.

Ediciones La rosa blindada

COLECCION EMILIO JAUREGUI

GEORG LUKACS
Lenin

VO NGUYEN GIAP
I. El hombre y el arma
II. Guerra del pueblo, ejército del pueblo
(Prólogo del Cdte. Ernesto Guevara)
III. Guerra de liberación –política/Estrategia/Táctica
IV. Fuerzas armadas revolucionarias y ejército de liberación

MAO TSE TUNG
I. El pequeño libro rojo
II. Cinco tesis filosóficas –Acerca de la práctica/Sobre la contradicción/Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo/¿De dónde provienen las ideas correctas? /Sobre la propaganda
III. Selección de escritos militares

ROSA LUXEMBURG
Crítica a la revolución rusa
(Prólogo de Georg Lukács)

ANTONIO GRAMSCI
Las maniobras del Vaticano

PHILIPPE SOLLERS
La teoría revolucionaria: Lenin y Mao Tse-Tung

COLECCION DE POESIA

RAUL GONZALEZ TUÑON
El violín del diablo
Miércoles de ceniza
La rosa blindada
Demanda contra el olvido
La calle del agujero en la media
Crónicas del País del Nunca Jamás
Poemas para el atril de una pianola

JUAN GELMAN
Gotán
Cólera buey
Fábulas
Relaciones

JAVIER VILLAFAÑE
El gran paraguas

EDUARDO ROMANO
Algunas vidas, ciertos amores

ATTILA JOSZEF
Poemas escogidos

HO CHI MINH
Poemas de la cárcel

MARCOS ANA - LUIS A. QUESADA - JESUS LOPEZ PACHECO
España a tres voces

Juan Carlos Portantiero

Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual

Estas notas forman parte de un intento de fundar, a partir del materialismo histórico, la relación específica que se plantea, en la Argentina actual, entre el desarrollo de las contradicciones en el nivel económico-social y en el nivel político-social*. El supuesto que opera detrás del análisis es que entre ambos niveles se manifiesta una diferencia de "tiempos" y que, por lo tanto, el "descubrimiento" de la contradicción principal en el plano económico-social no implica encontrar a la misma simultáneamente "desplegada" en el plano político-social. Esa diferencia de tiempo de la contradicción sólo es eliminada a través de un proceso histórico y ella es, precisamente, la tarea a resolver por toda estrategia revolucionaria correcta: la fusión de los tiempos disímiles de la contradicción sólo se consuma plenamente en el período de la revolución social.

El objeto del trabajo es, por lo tanto, el análisis de la coyuntura; el estudio de las *relaciones de fuerza políticas* en la sociedad argentina. Su finalidad, inscribirse en la discusión y, por medio de ella, en la práctica de

* El cuerpo fundamental de este artículo fue pensado y redactado antes de las elecciones del 11 de marzo. Las líneas básicas del análisis se mantienen inalteradas y ninguna de las conclusiones deben ser, a mi juicio, reformadas. La estrepitosa derrota política sufrida por el capital monopolista seis años después de su ascenso triunfal al poder en andas de la "Revolución Argentina", ha abierto una nueva fase en la lucha de clases que coloca, por primera vez en décadas, nuevamente a las fuerzas populares ante la posibilidad de revertir a su favor un proceso; de transformar una situación de defensiva, primero en equilibrio y luego en ofensiva. Pero ese proceso recién se abre: la avalancha de votos populares no sólo no alcanza por sí sola para tomar el *poder*, sino que tampoco permite excluir del *gobierno* a fuerzas antipopulares que actúan en su propio interior, las que intentarán ahora negociar la dependencia con el capital monopolista. El 11 de marzo el pueblo dispuso los funerales del proyecto más coherente elaborado por el capital monopolista, al derrocar a la camarilla militar que, claramente desde 1966, se había transformado en principal soporte político de la dependencia. Este es un hecho histórico, pero a partir de él otra historia debe nacer aún.

constitución de un bloque social de poder alternativo al dominante, que se consumará a través de un proceso en cuyo punto de llegada las contradicciones tal cual se dan en el plano económico-social coincidirán con las que aparecen en la escena política.

En el trabajo distinguiremos dos niveles conceptuales. A uno lo llamaremos el de las "clases sociales"; al otro, el de las "fuerzas sociales". El segundo no puede fundarse sino sobre el primero, pero su constitución supone un proceso histórico relativamente autonomizado.

El nivel que llamamos de las clases sociales marca "la relación de fuerzas sociales estrechamente ligadas a la estructura objetiva, independiente de la voluntad de los hombres". El de las fuerzas sociales marcaría "la fase más estrictamente política, que señala el neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas (. . .) la fase en la cual las ideologías ya existentes se transforman en partido"[1].

Con los conceptos de clase social y fuerza social así definidos se conectan, respectivamente, el de "alianza de clases" y el de "bloque de fuerzas", asociados entre sí de la misma manera que lo están los anteriores. Una alianza de clases supone una articulación de clases y fracciones de clase que el observador establece como "necesaria", al margen de la voluntad de los actores, a través de la adjudicación de "intereses objetivos" en términos de la contradicción en el nivel de la estructura de una formación económico-social. Las clases y fracciones así agrupadas conforman, por lo tanto, un específico "campo de interés".

El bloque de fuerzas supone, en cambio, un complejo proceso de constitución en el que interviene la conciencia y la voluntad de los actores sociales. Su escenario es la política y su objetivo el poder; allí, las clases sociales (y aun otros grupos que no podrían ser definidos rigurosamente como tales) actúan a través de fuerzas sociales, es decir, como producto de un intercambio entre objetividad y experiencia, entre estructura y superestructura, entre posición objetiva y organización voluntaria.

Tanto la alianza de clases como el bloque de fuerzas no son unidades indiferenciadas; en su interior operan también las contradicciones —aunque de grado secundario— y la relación entre los componentes no es simétrica: uno de ellos "domina" sobre el resto. Para marcar esa dominación en el nivel de los proyectos, de las fuerzas sociales, del bloque de fuerzas, cuyo campo de constitución es, como queda dicho, la política, reservamos el concepto de "hegemonía". Para el nivel de los intereses, de las clases, de la alianza de clases, cuyo campo de constitución es la economía, reservamos el concepto de "predominio".

En este sentido, la clase o fracción de clase que es predominante en su

[1] Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, 1972, pp. 71 y 72. La expresión acerca de que deben transformarse en partido, no tiene que ser tomada en sentido estricto: para Gramsci, un gran diario, por ejemplo, puede ser calificado como "partido" o "fracción de partido". Se trata de expresiones orgánicas que, a partir de intereses de clase, plantean las cuestiones en conflicto "no sólo sobre un plano corporativo, sino sobre un plano universal".

campo de intereses no es automáticamente hegemónica en el bloque de fuerzas. Esto es válido para cualesquiera de los dos polos de la contradicción principal. Así, la clase o fracción de clase predominante en el interior de las clases propietarias puede no ser hegemónica de las otras clases y fracciones pertenecientes a su mismo campo de intereses. En el otro extremo, la clase o fracción de clase sobre cuya explotación se funda principalmente la dominación puede no ser hegemónica de las otras clases y fracciones pertenecientes a su mismo campo de intereses.

Toda política orgánica de poder tiende a hacer compatible, en cada uno de los extremos, el predominio con la hegemonía. La asincronía, en uno como en otro, puede perdurar bastante tiempo: esa situación constituye una de las claves principales de la coyuntura política argentina.

Predominio económico y hegemonía política

El punto de partida de este análisis, al que se toma como dato, es el proceso de monopolización operado en la estructura productiva argentina.

En efecto, a partir de la década del 60 culmina un proceso de monopolización de los sectores fundamentales de la economía y de creciente control de las actividades productivas y financieras por parte del capital extranjero.

Dicho proceso instala como fracción de clase predominante en el interior de los grupos propietarios a la gran burguesía industrial, financiera y comercial monopolista, extranjera o asociada al capital extranjero, desplazando de su predominio tradicional a la gran burguesía agraria. Nuestra intención no es explicitar los mecanismos que operan en el interior de la estructura económica, a los que damos por supuestos, sino examinar la forma de inflexión de esos datos en los otros niveles de las relaciones sociales, particularmente el político.

El predominio de la fracción monopolista en el terreno de la economía supone la apertura de una nueva etapa que fija las leyes generales de movimiento y constitución de las fuerzas sociales, al redefinir los campos de interés común de las clases. Lo que interesa ver, precisamente, es la forma de pasaje entre predominio económico y hegemonía política, de modo tal, que lo económico funcione efectivamente en el análisis como "determinación en última instancia", es decir, como serie de parámetros que fijan los límites de variación posible de las relaciones de fuerza en los planos político e ideológico.

Una sociedad no aparece, obviamente, como una yuxtaposición de "niveles estructurales", sino como un entretejido de relaciones sociales, de comportamientos de actores sociales. Parecería redundante recordarlo, pero ante la ola de nominalismo estructuralista que tiende —al menos en su uso vulgar— a fetichizar los instrumentos analíticos como si fueran estructuras concretas, la reiteración no es inútil. La sociedad, recuerda Marx en su famosa carta de Annenkov de 1846, es "el producto de la actividad recíproca de los hombres". En la medida en que esa reciprocidad no está regulada por el azar sino que detrás de la misma opera una

legalidad que le otorga sentido, las distinciones analíticas que propone el materialismo histórico tienen la finalidad de hacer inteligible lo que en la representación aparece como un caos. Es a partir de esa necesidad de explicación que tiene sentido postular que "la sociedad no consiste en individuos sino que expresa la suma de las relaciones y condiciones en las que los individuos se encuentran recíprocamente situados"[2] y que vale la diferenciación entre los "niveles" de la realidad social (estructuras económica, política, ideológica), entendiéndolos como categorías analíticas, como dimensiones que ayudan a explicar la interrelación de las estructuras concretas. La reificación de las categorías conduce, en cambio, a una revitalización del reformismo —alimentado por una lectura autosuficiente del prefacio de Marx a la *Crítica de la Economía Política*— según el cual la historia sería "producto" de las estructuras, mientras la accion humana, la voluntad, la experiencia, quedan reducidas a un rol subordinado.

Siguiendo estos supuestos, la pregunta que, según Gramsci, surge como central en el marxismo, esto es, cómo de la estructura nace el movimiento histórico, queda sin respuesta. Paradojalmente, la "rigurosidad" en el tratamiento de las leyes que rigen la estructura puede transformarse así en virtual indeterminación para el campo de la política, sobre el que muy poco podría predecirse: por un camino sinuoso, el determinismo se convierte en espontaneísmo.

El nivel de análisis elegido para este trabajo es el de las relaciones de fuerza políticas, es decir, un espacio en el que operan fuerzas sociales, en el que los conflictos de clase aparecen transmutados como conflictos entre fuerzas, en el que las alianzas de clase buscan constituirse como bloque de poder a través de un proceso relativamente autónomo de la determinación estructural, de un proceso complicado que califica la discontinuidad existente entre estructura y superestructura.

Pero esta distancia, que funda la autonomía de la política, no significa que ésta gire en el vacío. El análisis en el nivel de la coyuntura supone una caracterización científica de la etapa económica y de sus consecuencias en el nivel de las clases sociales. El examen de lo político no puede realizarse a espaldas de lo económico: se asocia con él, en la medida en que aparece como condición para medir la desviación o la correspondencia entre los "tiempos" de la contradicción.

Una nueva etapa económica supone la definición primaria de nuevos actores sociales, a la vez que determina reajustes en los campos de interés. En un primer momento los nuevos protagonistas aparecen definidos objetivamente en el nivel de las clases; su representación social y política, sin embargo, se demorará. Durante todo un período el espacio de la política estará primordialmente ocupado por núcleos residuales, fuerzas sociales y grupos políticos demorados cuyas respuestas apuntan a preguntas planteadas durante la etapa anterior y que sólo en ella podían ser satisfechas. Estos rezagos que desvían o amortiguan las nuevas líneas de conflicto social planteadas por los cambios en la economía, pueden ser, en el corto plazo, factor principal de las decisiones políticas: desautorizadas históricamente en el nivel estructural, "vaciados" ya de contenido si se los observa desde el futuro, suelen manifestarse como protagonistas principales en el plano político presente.

Una situación en que los nuevos encuadramientos de clase no se encarnan en fuerzas sociales que se correspondan con ellas no es excepcional: una etapa se cierra primero en el plano económico-social que en el plano político.

Nuestra hipótesis central es que esa situación se da hoy en la sociedad argentina con un arrastre de casi dos décadas: desde mediados de los años cincuenta, cuando entra en crisis el ciclo de industrialización sustitutiva, al ritmo del cual se desarrollaron, durante veinte años, las fuerzas productivas en el país.

Nuestro punto de partida para el análisis de una sociedad y de una coyuntura es la lucha de clases. Desde la perspectiva del materialismo histórico sólo ese examen nos permite determinar la contradicción principal, las contradicciones secundarias o subordinadas y las relaciones entre ambas. Descubrir la contradicción principal supone, según Mao, "descartar la arbitrariedad subjetiva"; su dilucidación se mueve por lo tanto en el nivel objetivo, el de los campos de interés, el de las clases, sus enfrentamientos y sus alianzas. Gramsci calificará este momento como el primer grado en el análisis de la relación de fuerzas, "que puede ser medida con los sistemas de las ciencias exactas o físicas"[3].

Este nivel es fundante pero no agota el análisis de la realidad, no nos instala aún en el *espacio político* de la lucha de clases. "El desarrollo de los aspectos contradictorios en cualquier contradicción es siempre desigual", señala Mao, y esa desigualdad, que marca los aspectos principal y secundario de la contradicción, tiene que ver con la voluntad, penetrar en el nivel de las superestructuras. "En un proceso determinado o en una etapa determinada del desarrollo de una contradicción, el aspecto principal es A y el aspecto secundario es B, pero en otra etapa o en otro proceso, los papeles se invierten; este cambio está determinado por la extensión del crecimiento o disminución de la fuerza con que cada uno de los dos aspectos lucha contra el otro en el desarrollo de las cosas"[4]. Sólo el "esfuerzo de los revolucionarios", anota Mao, hará que las circunstancias desfavorables se truequen en favorables.

Estamos ya en el segundo grado gramsciano del análisis de la relación de fuerzas, el político, que valora, de acuerdo con Gramsci, "el grado de homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzado por los diversos grupos sociales". Es decir, entramos en el nivel de las fuerzas sociales, en el de la correspondencia, analizada como proceso, entre estructura y superestructura.

[2] Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, tomo 1, pág. 204, Buenos Aires, 1971.

[3] Gramsci, op. cit. pág. 71. La expresión la toma casi literalmente del Prefacio a la *Contribución a la crítica de la Economía política*, de Marx.

[4] Mao Tse Tung, *Sobre la contradicción*, en Obras Escogidas, tomo 1, pág. 356.

La contradicción principal en la Argentina

Es a partir del análisis de esa " realidad rebelde" que, en términos gramscianos conforma el primer grado de la relación de fuerzas, que puede determinarse objetivamente el "tipo" de sociedad (abarcando en la definición simultáneamente la "contradicción principal" y las "contradicciones secundarias" que operan en el nivel estructural), así como el "tipo de revolución" que tal sociedad puede plantearse con realismo.

Este análisis incluye, desde el momento en que el capitalismo es un sistema mundial, no sólo las relaciones sociales objetivas que predominan en el interior de cada sociedad nacional, sino los nexos que ligan a ésta con el sistema internacional capitalista, entendiendo a éste no como "la yuxtaposición de sistemas capitalistas nacionales", sino como una red integrada de relaciones cuyo eje es la acumulación a escala mundial[5].

La Argentina formaría parte, así, del conjunto de sociedades capitalistas dependientes. Decimos que es capitalista porque, tanto en la ciudad como en el campo, predominan abiertamente las relaciones capitalistas de producción, distribución, consumo e intercambio. Partiendo de este análisis de la lucha de clases en el plano social, la contradicción principal aparecería como contradicción entre fuerza de trabajo y capital, entre proletariado y burguesía, de acuerdo con el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y el tipo de relaciones de propiedad dominantes.

Pero añadimos que la sociedad argentina es dependiente, esto es, forma parte de los países llamados del "Tercer Mundo", insertados en una división internacional del trabajo establecida por las naciones imperialistas. La dependencia que oprime a la Argentina sería así "una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia"[6]. Para algunos, el significado de la dependencia sobre la sociedad argentina como totalidad sería de tal magnitud, que la contradicción principal se redefiniría como antagonismo entre Nación e Imperialismo.

En buena medida, tácita o explícitamente, la discusión de las estrategias políticas revolucionarias gira alrededor de esas posiciones extremas que, al ubicar ambas el eje de la lucha de clases en el marco nacional y no en el del capitalismo como sistema mundial, disocian alternativamente a los dos componentes de la definición, enfatizando sea el capitalismo como sistema nacional de estratificación o a la dependencia como sistema mundial de estratificación.

Lo correcto parece ser encontrar el punto en que ambas variables se articulan, tal como lo plantea la moderna teoría marxista de la dependencia: "la controversia —señala Amin— podrá superarse únicamente si se considera que la lucha de clases no se desenvuelve dentro de los cuadros nacionales, sino en el cuadro del sistema mundial"[7].

Empíricamente, para el caso argentino, que es un grado dentro de la escala del capitalismo dependiente, ese plano de articulación sólo puede encontrarse a través del examen de las características con que opera actualmente el capital imperialista, superada la etapa de dependencia con relación a Gran Bretaña y de crecimiento "hacia afuera" de las fuerzas productivas. Desde ese momento, ubicable muchas décadas atrás, el imperialismo dejó de ser un factor primordialmente "externo" para transformarse básicamente en "interno", en pivote estructural de la economía. La Argentina siempre ha sido una sociedad con escaso poder de decisión, pero esa subordinación, actualmente, se ha "interiorizado" mucho más, fusionando al imperialismo con la estructura productiva local más desarrollada: no estamos enfrentando solamente a una "bomba de succión" exterior al sistema sino a un componente interno, expresado en el control del capital extranjero sobre los centros más dinámicos de la actividad industrial, constituido así en factor decisivo para la expansión de las relaciones capitalistas de producción.

A partir de esta característica, la contradicción principal en la Argentina se establece por el antagonismo entre dos campos de interés, dos alianzas de clase, lideradas respectivamente por el capital imperialista enraizado en la estructura productiva y por la fracción del proletariado directamente explotada por él.

Extendiendo a la sociedad global la definición que Serge Mallet utiliza específicamente para el mundo obrero, esta contradicción entre burguesía monopolista y proletariado industrial, en el espacio de la fábrica dominada por el capital imperialista, constituiría —claramente desde los años 60— el "nudo estructural" de la sociedad, el terreno de constitución de las principales fuerzas en pugna.

Ambos sectores predominarían, a su vez, en el interior de sus campos de interés sobre otras clases o fracciones, por lo que un segundo paso en el análisis debe llevar a determinar empíricamente la composición específica de cada una de estas alianzas, así como las contradicciones secundarias que operan en el interior de cada una de ellas.

Pero todo esto, por más refinado que resulte el análisis (y está claro que cuanto más lo sea mejores podrán resultar a posteriori las conclusiones políticas) nos mantendrá todavía en el examen del nivel económico-social de la contradicción, sin relacionarlo con la diferencia de "tiempos" que lo alejan de los otros niveles. Lo que nos marcaría es "el grado de realismo y posibilidad de realización" (Gramsci) de las luchas políticas e ideológicas; es decir, la "determinación en última instancia" del movimiento de lo económico sobre el movimiento de las otras instancias.

Pasar de ese nivel al de las relaciones de fuerza políticas supone una discontinuidad, una ruptura: en el plano del examen de coyuntura decir

[5] Samir Amin, *L'Accumulation a l'echelle mondiale*, París, 1970, pág. 34.

[6] Ruy Mauro Marini, "Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora", en *Sociedad y Desarrollo*, nº 1, Santiago de Chile, 1972, pág. 37.

[7] Amin, op. cit. pág. 34.

que la contradicción principal en la Argentina actual se da entre proletariado y capital imperialista es sólo fijar un punto de partida no un punto de llegada, en tanto éste sólo puede hallarse en el espacio de la lucha concreta por el poder político. Pero, a la vez, la eficacia de esa lucha desde el punto de vista revolucionario no puede fundarse sin tomar como básico, como determinante, al nivel económico-social de la contradicción. No hay, en una palabra, posibilidad de constitución de un bloque social de alternativa destinado a reemplazar revolucionariamente al estado actual, sin un "descubrimiento" científico de las alianzas de clases que expresan campos de intereses antagónicos y del papel predominante que en una u otra de ellas tiene objetivamente una fracción de esas clases. Y esto, porque la base de toda estrategia eficaz es el logro de la correspondencia entre el nivel económico-social de la contradicción y el nivel político-social.

Esta relación entre niveles no siempre aparece articulada en la discusión política e ideológica de los grupos que en la Argentina se postulan como revolucionarios. La trabazón entre las dos instancias de la contradicción se disocia, sea en un socialismo que puede acertar en el pronóstico a largo plazo pero que se muestra ineficaz para operar en la coyuntura, o en un politicismo que puede acertar en la descripción del momento presente pero que, por desconocer toda ley que opere más allá de la realidad visible, resulta incapaz de proyectar una estrategia ofensiva a largo plazo.

El camino propuesto por el marxismo, cuando opera como teoría de la historia y como principio de dirección política, es otro: relacionar los dos niveles, establecer desde el punto de vista de la clase que lidera el campo objetivo de la revolución cuál es el grado de correspondencia que existe entre sus intereses y su actualización en el espacio de la política de poder. Y estudiar también el mismo proceso en el otro campo, relacionar predominio y hegemonía en el interior del otro bloque. Por ello, todo análisis de coyuntura (y una línea política no es otra cosa que eso) supone integrar el examen del sistema de contradicciones —de la lucha de clases— tal cual se da en la estructura (para definir así el "tipo" de revolución y las condiciones de constitución de las fuerzas sociales) con la especificación de los aspectos principal y subordinado de ese sistema de contradicciones, esto es, con la discriminación acerca de la relación de fuerzas políticas tal cual ella se da, que es lo que marca en definitiva la característica de la etapa. Es en ese sentido que el análisis de coyuntura fusiona sociología y política.

El empate hegemónico

Hemos considerado la contradicción principal en la Argentina de hoy como aquella que enfrenta al proletariado con el capital monopolista. Pero, especificando una definición política de la etapa actual, agregamos ahora que las líneas generales del proceso desde 1955 se encuadran dentro de lc que llamaríamos *fase de no correspondencia entre nueva dominación económica y nueva hegemonía política.*

Con esta definición nos ubicamos en el plano en que ya se articulan los niveles económico y político: el de la determinación del aspecto principal de la contradicción. El supuesto es que dicho aspecto está desempeñado en la coyuntura argentina por el conjunto de las clases dominantes y por las fuerzas sociales que las representan, las cuales, aunque con dificultades para resolver dentro de su bloque el problema de la hegemonía, se hallan en una etapa de ofensiva en la que por momentos aparecen —como resultado de las presiones de las clases dominadas y de las contradicciones que operan en el interior del bloque dominante— situaciones de equilibrio de fuerzas, que, como en el presente pueden dar lugar a un repliegue político del capital monopolista.

Todo este período, en el que la iniciativa política puede encuadrarse dentro de los intentos de la fracción monopolista del capitalismo por transformar su predominio económico en hegemonía, se resume en los siguientes rasgos característicos:

1. situación de ofensiva general de las clases dominantes;
2. fragmentaciones en el interior de ese bloque como resultado de la aparición de contradicciones de tipo secundario entre las clases y fracciones que lo integran;
3. proyección de esas fragmentaciones en el plano político (lucha por la hegemonía) a través de la aparición de proyectos alternativos y de división y reparto del control sobre distintos aparatos sociales (Fuerzas Armadas, Partidos Políticos, Burocracia Sindical, etc.);
4. situación de "empate hegemónico" —que en los momentos críticos asume formas de "vacancia hegemónica"— en el interior del bloque, aunque a la larga el proceso opere en favor de la fracción económicamente dominante —el capital monopolista— a un costo mayor que el esperado.

Esta descripción de los rasgos más característicos de la etapa está concebida a partir de las clases dominantes, porque su ofensiva marca el aspecto principal de la contradicción. Parecería, por lo tanto, que las clases dominadas no tienen ninguna presencia política y no ejercen, correlativamente, ninguna influencia en los desplazamientos que se operan en el poder, en la incapacidad que manifiesta el sector predominante para trasformarse en hegemónico.

La situación, por supuesto, no es esta ni teórica ni empíricamente. Todo análisis de coyuntura es análisis de una *relación* entre fuerzas dominantes y dominadas, en que el movimiento de unas supone el desplazamiento de otras. Por ello, si una etapa puede ser leída analíticamente desde dos ópticas, en la perspectiva de las clases dominantes y en la de las clases dominadas, siempre, en la realidad, una aparece como reverso de la otra, como pares que se condicionan mutuamente y que sólo analíticamente pueden ser aislados.

Cuando caracterizamos, por ejemplo, a la situación argentina como una situación de asimetría entre predominio económico y hegemonía política, estamos haciendo referencia, en términos de las clases dominantes, a la existencia de una situación de "crisis orgánica". Pero una situación de crisis orgánica es siempre, potencialmente, para las clases dominadas, una "situación revolucionaria". En este sentido, los rasgos de una y otra se complementan.

Para Gramsci, una crisis orgánica es aquella en que "los partidos tradicionales con la forma de organización que presentan, con aquellos hombres que los constituyen, representan y dirigen ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella"[8]. Esto origina una "crisis de autoridad" que tiende a reforzar "la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de las altas finanzas, de la iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes de las fluctuaciones de la opinión pública".

El punto de partida de una "situacion revolucionaria", según Lenin, se define por rasgos parecidos: "crisis en las alturas" y crecimiento de la movilización[9]. Pero lo que Lenin enfatiza en ese texto son las condiciones para que esa crisis de hegemonía, que desde la perspectiva de las clases dominadas conforma una situación revolucionaria, se transforme en crisis revolucionaria.

Nuestro esfuerzo se orientará hacia el enfoque de la situación en términos de crisis orgánica, es decir, *en un nivel en el que la presencia de las clases dominadas opera sólo en un segundo plano.*

En estos términos, una caracterización particularizada de la coyuntura actual se resumiría en estos rasgos:

1. Mantenimiento crónico de una situación de crisis orgánica que no se resuelve como nueva hegemonía por parte de la fracción capitalista predominante ni como crisis revolucionaria para las clases dominadas;

2. Predominio de soluciones de compromiso en las que "fuerzas intermedias", que no representan consecuentemente y a largo plazo los intereses de ninguna de las clases polares del "nudo estructural", ocupan el escenario de la política como alternativas principales, aun cuando su constitución sea residual y su contenido heterogéneo, inexpresivo de las nuevas contradicciones generadas por el desarrollo del capitalismo monopolista dependiente en la Argentina.

Con estos alcance tendría sentido una definición de la situación de hoy en el plano *político-social* como de "empate": "Cada uno de los grupos tiene suficiente energía como para vetar los proyectos elaborados por los otros, pero ninguno logra reunir las fuerzas necesarias para dirigir el país como le agradaría.[10] "

Nuestra hipótesis es que la raíz de esa situación se halla en que ninguna de las clases sociales que lidera los polos de la contradicción principal (capital monopolista/proletariado industrial) y que son por ello objetivamente dominantes en su respectivo campo de alianzas, ha logrado transformarse en hegemónica de un bloque de fuerzas sociales.

[8] Gramsci, op. cit. ag. 76.

[9] La definición de Lenin sobre "situación revolucionaria", en *Obras Completas*, tomo XXI, pág. 211/12, Buenos Aires, 1960.

[10] Torcuato Di Tella, "Inmovilidad o coexistencia en la Argentina", en James Petras y Maurice Zeitlin, *América Latina: ¿Reforma o Revolución?* , tomo 1, pág. 205, Buenos Aires, 1970.

Los contenidos de la "Revolución Argentina"

El golpe de Estado del 28 de junio de 1966 significa en la historia política argentina algo más que un mero relevo de gobierno por vía de la típica insurrección cuartelera latinoamericana: se trata del intento más decidido realizado hasta hoy por la fracción dominante en el nivel económico-social, para superar a su favor una situación de crisis orgánica y transformar ese predominio en hegemonía.

Su punto de partida es, en ese sentido, similar al del alzamiento militar ocurrido en Brasil en 1964. Los resultados, sin embargo, han sido distintos: mientras en Brasil el capital monopolista logró, a través de la consolidación de una oligarquía militar-industrial, superar la "crisis de autoridad", en la Argentina la crisis hegemónica se mantiene en los términos iniciales, aun cuando en el nivel económico el predominio del capital monopolista se haya acentuado desde entonces.

Pero esa potencia económica no pudo transformarse en potencia política; los nuevos grupos dominantes en el terreno de la producción no fueron capaces de crear nuevas fuerzas sociales estables que los representaran o de utilizar a su favor a las preexistentes. Su hegemonía sólo se expresó en la fase en que, dentro de la relación permanente violencia-consenso, predominó abiertamente la primera, es decir, hasta mediados de 1969. Pero cuando esa violencia engendró su réplica, la fórmula de poder, a diferencia del caso brasileño, se desequilibró. El intento por buscar, a partir de ese fracaso, nuevos mecanismos consensuales, tampoco tuvo éxito: hoy, en la escena política vuelven a dominar los desalojados en 1966, con lo que la situación de crisis orgánica que provocó el estallido de la "Revolución Argentina" sigue en pie, agravada para el capital monopolista por la participación que en el bloque político triunfante el 11 de marzo tienen fuerzas que representan abiertamente tendencias socialistas, fuerzas cuya movilización fue decisiva para la victoria electoral, pero cuyo nivel de organicidad es aún bajo.

Los protagonistas centrales de ese movimiento pendular sin triunfadores políticos netos son, en el primer nivel estructural, el capital monopolista extranjero o asociado con el imperialismo; el capital nacional y una rama particularmente importante de éste, la burguesía agraria. Políticamente estos grupos se han expresado predominantemente a través de cuatro actores: los Partidos Políticos, las Fuerzas Armadas, la Burocracia Sindical y una nueva conjunción que llamaremos el "Establishment", integrado por tecnócratas y por representantes directos del capital monopolista que, al margen de los partidos, asumen roles de élite política.

La coyuntura arranca con una ofensiva hegemónica del capital monopolista que se consolida, en el primer período de la "Revolución Argentina", durante el lapso que podríamos personalizar en la pareja Onganía-Krieger Vasena. En esa etapa, efectivamente, el predominio del capital monopolista se transformó en hegemonía dentro del bloque dominante, y el capital nacional y la burguesía agraria debieron supeditarse política-

mente a él. Ello se logró a través del establecimiento de una nueva fórmula de poder que arrasó con el régimen de partidos y lo suplantó con una coalición entre las Fuerzas Armadas y el Establishment, a la que se intentó agregar a la Burocracia Sindical.

Esta fórmula aparecía como la respuesta más coherente en el nivel de las fuerzas sociales para las necesidades que la lógica del desarrollo capitalista venía planteando desde tiempo atrás. Queremos decir con ello que los contenidos del movimiento de 1966 estaban ya larvadamente diseñados cuando encontró su techo, a mediados de la década del 50, el modelo de crecimiento capitalista vigente hasta entonces. A partir de ese momento la historia de las clases dominantes argentinas es la historia, zigzagueante, de la búsqueda de ajustes entre las nuevas condiciones económicas y las estructuras políticas.

Estas nuevas condiciones económicas suponen la necesidad de un proyecto de crecimiento a largo plazo caracterizado por cambios de orientación en la política frente al capital extranjero, frente a la promoción industrial y frente a la política laboral, tendientes a favorecer un modelo de acumulación adaptado al crecimiento de los sectores monopolistas.

Una orientación de ese tipo en los grupos predominantes de la burguesía es posible comenzar a detectarla,a partir de la crisis de 1952, como un intento dirigido desde entonces a concluir con la política distribucionista y con la ineficacia de las empresas surgidas al amparo del proteccionismo y del proceso inflacionario y a utilizar el poder del Estado para obtener el desarrollo de las economías externas requeridas por su propia dinámica de crecimiento, sólo posibles a través de una acción pública que incrementase las inversiones en obras de infraestructura y, por lo tanto, racionalizara el desempeño del Estado mediante la eliminación de gastos improductivos.

Ese proceso no encontró, durante años, sino ecos adormecidos en el poder político, siendo que, como en todo salto en el desarrollo capitalista, el papel a cumplir por el Estado resultaba una variable imprescindible. Finalmente, en 1966, como antes en 1930 y en 1943, fueron las Fuerzas Armadas quienes, encaramándose en el proceso de desarrollo del capitalismo, disolvieron las estructuras políticas anteriores y se transformaron en dinamizadoras de la nueva etapa.

Las Fuerzas Armadas completan así en 1966 un ciclo político cuya primera versión había estallado en 1955 con el derrocamiento del nacionalismo popular peronista, operado cuando tenían lugar los primeros síntomas de la crisis. Desde ese momento, es decir, desde el agotamiento del tramo industrializador sustitutivo de importaciones de manufactura liviana, se planteaban para el futuro del capitalismo en la Argentina dos alternativas básicas. Una, forzar la marcha llevada hasta entonces por el peronismo hacia un modelo de desarrollo basado en una sólida alianza entre el Estado y el capital nacional para estatizar los centros fundamentales de acumulación.

Otra, crear las condiciones para una nueva etapa del desarrollo capitalista en la Argentina, mediante la implementación de políticas que, acentuando la dependencia, fueran capaces de garantizarle a los sectores más concentrados el control de la economía.

Quedaba, por supuesto, una tercera y residual alternativa: la instrumentación de una política de compromisos constantes entre las clases y fracciones de clase dominantes por la que el Estado se transforma en una suerte de campo neutro donde todas ellas compiten, obteniendo beneficios inmediatos según la fuerza de su presión.

El derrocamiento del nacionalismo popular descartó la posibilidad de un desarrollo vía capitalismo de Estado, pero tampoco condujo al establecimiento de una nueva hegemonía mediante la cual el conjunto de las clases dominantes acatara la dirección del capital monopolista.

En primer lugar, porque en el nivel económico el proceso de predominio del capital monopolista no estaba aún consolidado y el poder de las otras fracciones de clase, en especial la burguesía agraria, era muy grande. En segundo lugar, porque la fórmula de poder se construyó alrededor del consenso que podían prestar los partidos políticos, ligados en su mayoría con los proyectos del capital nacional y la burguesía agraria.

Esta fórmula de poder, en la que los partidos políticos debían jugar un rol protagónico, fracasó: la llamada "Revolución Libertadora" de 1955 fue, quizás, el último intento orgánico de la burguesía agraria por mantener un rol hegemónico en el bloque dominante.

Sobre ese fracaso aparece, en 1958, la alternativa de Frondizi. Básicamente el gobierno de Frondizi es un capítulo del proceso de maduración de los intentos hegemónicos del capital monopolista y de afianzamiento de su predominio en el terreno económico, por el aliento dado entonces a la radicación de inversiones extranjeras.

En el plano político la etapa supone la emergencia, en la fórmula de poder que se busca instaurar, de nuevas fuerzas sociales: el "Establishment", que comienza a asumir roles importantes en el aparato del Estado, y la Burocracia Sindical. Entretanto, el sistema de Partidos Políticos es relegado a un segundo plano, hasta el punto que incluso se arrastra a una virtual disolución al propio aparato partidario oficialista: el "frondizismo" es mucho más "desarrollismo" que "radicalismo intransigente".

El intento de estabilizar una nueva fórmula de poder, sin embargo fracasó. En un plano, porque pese a permitir el avance del capital monopolista sobre las otras fracciones, buscó constituirse en factor unificador del conjunto de la burguesía. La hegemonía del capital monopolista supone el sacrificio de sectores de las clases dominantes; en la experiencia llevada a cabo entre 1958 y 1962 se trató, en cambio, de articular una política que mantuviera, simultáneamente, los niveles de protección para el capital nacional, que siguiera transfiriendo ingresos a la burguesía agraria y que garantizara altos beneficios para el capital monopolista.

Todo ello, en los hechos, se contrarrestaba y traía como consecuencia un acentuamiento de la ineficacia del sistema en términos de su funcionalidad para la fracción predominante. Como modelo, el propuesto por el "desarrollismo" quedó así como un intento pragmático de compromiso entre todos los grupos dominantes locales y el capital extranjero. A diferencia del ciclo de la "Revolución Libertadora", que sólo intentó resarcir a la burguesía agraria y al imperialismo de las pérdidas que le infligiera el nacionalismo popular, el frondizismo proyectó ir más allá y superar los

límites ya exhaustos de la industrialización liviana, mediante el pasaje a una etapa de desarrollo de ramas industriales más estratégicas. Pero ese objetivo sólo puede lograrse, en el cuadro de las relaciones capitalistas, entregándole al Estado las llaves de la acumulación o poniendo al Estado al servicio del capital monopolista. Al fracasar en sus objetivos económicos por su incapacidad para consolidar un proyecto consistente, el frondizismo fracasó también en la construcción del esquema del poder: no pudo satisfacer las necesidades que planteaba la coalición con la Burocracia Sindical ni con las Fuerzas Armadas, no satisfizo totalmente al "Establishment" y no logró construir una alternativa frente al sistema de Partidos Políticos que se le oponían desde la tribuna parlamentaria. Cuando a principios de 1962 fue desalojado, su legitimidad era nula y el vacío hegemónico se replanteaba. Quedaba como saldo, como soporte para la nueva etapa, el fortalecimiento de las posiciones económicas del capital monopolista. Pese a ello, los primeros pasos del régimen militar posfrondizista parecieron marcar una resurrección de la gran burguesía agraria. Duró poco: el ministerio de Economía de Federico Pinedo, en 1962, fue como el último estallido victorioso de una ofensiva de la vieja "oligarquía".

Tras ese episodio surge una suerte de "ensayo general" en el que dos de los protagonistas principales del movimiento militar de 1966 aprontan sus efectivos; la constitución de una nueva élite político-militar, el ascenso a funciones de gobierno de una burocracia formada por tecnócratas y asesores del capital monopolista, esto es, la coalición entre "Establishment" y Fuerzas Armadas que caracterizará el primer tramo de la "Revolución Argentina", tiene su anticipo en el gobierno de José María Guido, entre 1962 y 1963.

Pero esta élite no estaba, sin embargo, lo suficientemente fortalecida en 1963 como para otorgarle salida hegemónica a un proceso que en lo económico ya estaba maduro. Es sobre la base de esta reiteración de una vacancia, que los Partidos Políticos resurgen de sus cenizas y forjan el gobierno de Arturo Illia; tras ellos, el capital nacional y la burguesía agraria, sus tradicionales soportes históricos, recuperan posiciones perdidas y, entre 1963 y 1966, jaquean, a veces con éxito, al capital monopolista que carecía de expresión política estable.

Pero este triunfo de los Partidos Políticos y de las clases que son expresadas por ellos debía ser efímero: iba a contramano de la lógica de desarrollo capitalista, suponía un desfasamiento demasiado grande entre economía y política.

Los Partidos Políticos, como categoría institucional, suponen la vigencia de un sistema particular de toma de decisiones. Ese sistema incluye, básicamente, un escenario y determinadas condiciones para su constitución: el escenario es el parlamento y su condición de existencia la consulta electoral periódica. En la Argentina, dadas las características del reclutamiento de la "clase política", los partidos tienden a ser la expresión política predominante del capitalismo nacional, urbano y rural.

El parlamento es así una tribuna en la que confluyen múltiples intereses "particularistas", el único recinto en el que las clases y fracciones de

clase económicamente subordinadas en la alianza dominante pueden llegar a predominar políticamente. En esta suma de intereses "particularistas" expresados en el parlamento, se incluyen también los del capital monopolista, pero la condición para su coexistencia es el estado de compromiso permanente. Un compromiso que debe abarcar además, en alguna medida, a las clases populares, porque las consultas electorales periódicas suponen la asunción, aunque fuere retórica, de intereses "universalistas". En el parlamento, el capital monopolista es llevado a la mesa de negociaciones y su presencia en ella es subordinada. La elaboración de un proyecto hegemónico no pasa por su presencia en ese escenario: se desplaza hacia otros centros de decisión política: las Fuerzas Armadas, la tecnocracia ubicada en el aparato del Estado y la Burocracia Sindical, con la que está relacionada por el "toma y daca" del conflicto económico.

El proceso lleva a los Partidos Políticos y a las instituciones en que ellos actúan a girar en el vacío. Un resultado que en la Argentina no fue difícil de conseguir dada, por añadidura, la situación de proscripción política de las grandes masas populares que no se sentían representadas a través del sistema de partidos. Este hecho, sumado a la carencia de representatividad de los intereses económicamente predominantes, llevó en 1966 al completo desgaste institucional.

Cuando en junio de ese año los militares toman por asalto el poder y utilizan como una explicación de su alzamiento el deterioro de los partidos políticos, decían una verdad: su "crisis de autoridad" era total. La acumulación de capital, el incremento de la eficacia del sistema económico, la racionalización de las actividades públicas, eran demandas que se asentaban sobre la lógica del desarrollo capitalista: ellas imponían nuevas políticas, contradictorias con las aspiraciones de las masas populares y con los intereses de las clases económicamente subordinadas del bloque dominante. No estaba en la capacidad del sistema de partidos asumir esas tareas: es a ese cuello de botella político del desarrollo capitalista que el golpe de junio viene a poner fin.

A la búsqueda de una nueva hegemonía

El plan monopolista en la economía tiene como correlato, en la política, a un modelo de Estado autoritario que concentre el poder asociando los núcleos de decisión económica con los de decisión política. La nueva organización del capitalismo, en la que el Estado debe jugar un fuerte papel intervencionista como dinamizador de la economía, obligan a concentrar el poder fragmentado. El Parlamento —institución concurrencial en la que los partidos son portadores de las presiones de todas las fracciones en que se divide la clase dominante— pierde así vigencia: en ese mercado político, desfasado con respecto al mercado económico, los desplazados suelen ser los vencedores. La lógica del desarrollo monopolista no tolera ese desencaje entre economía y política: el Parlamento y los partidos, por ello, desaparecen o se subalternizan y en su lugar emerge la autoridad

presidencial y la presencia de los tecnócratas y aun de los propios gerentes del capital en las cúspides de la burocracia.

Esta ley se expresa en cada sociedad según características particulares. En la Argentina de 1966 fueron las Fuerzas Armadas sus agentes desencadenantes, al tomar el poder para garantizar, de hecho, las condiciones políticas de la dominación monopolista. Al lado de las Fuerzas Armadas, la nueva hegemonía quiso fundarse con el agregado de otras dos fuerzas sociales: el "Establishment" y la Burocracia Sindical. En esa asociación debía encontrarse una fórmula de poder que fuera expresiva, en el plano político, de la etapa capitalista monopolista dependiente. Pero este alineamiento nunca pudo estructurarse como una verdadera coalición, con lo que el proyecto hegemónico manifestó siempre extrema vulnerabilidad hasta estallar, por fin, en 1970: enfrentados a una fusión de contradicciones que abarcaba a fracciones desplazadas pertenecientes a las clases dominantes y al conjunto de las clases dominadas y que se expresaba en lo económico, en lo político y en lo ideológico, los soportes socio-políticos del plan monopolista vacilaron, volviendo a crear un vacío de autoridad.

En su discurso de marzo de 1967 anunciando la nueva política económica, Krieger Vasena, cabeza del "Establishment" asentado en el poder, había fijado los rasgos del proyecto y anticipado sus consecuencias sociales: "Lo que buscan las autoridades del país es evitar la transferencia de ingresos en gran escala de unos sectores a otros. *Dentro de cada sector se desea premiar a los más eficientes y que este premio sea el resultado de su propio* esfuerzo"[11].

El reinado del capital monopolista, entendido como proyecto racionalizador del sistema, supone —y ese era el sentido de las palabras de Krieger Vasena— la eliminación de lo periférico, de lo "artificial". Si la primera etapa de industrialización, a través de la sustitución de importaciones, permitió la coexistencia de distintas fracciones de las clases dominantes gracias a que, en el marco de un rápido crecimiento de las fuerzas productivas, todas tuvieron asegurado el acceso a una porción del mismo, la etapa monopolista supone, en cambio, tensiones y rupturas graves en el interior de los sectores propietarios.

No repetiremos acá un análisis de la implementación del plan monopolista en cuanto hace a sus mecanismos económicos, aspecto sobre el que existe ya una importante bibliografía: nuestro objeto son sus consecuencias sociales y por lo tanto la forma en que se redefinen campos de interés y se desplazan los puntos de ruptura políticos.

Si desde la perspectiva de los asalariados el plan monopolista trae aparejada una política de "shock" que desde sus primeros tramos rebaja brutalmente sus ingresos reales, en el interior de las clases dominantes la hegemonía de la fracción monopolista en la Argentina 1966 supuso una transferencia en la distribución de la plusvalía en perjuicio de la burguesía pequeña y mediana y de la llamada "oligarquía agropecuaria", proceso al que se superpuso un flujo constante de ingresos a favor del Litoral en detrimento del Interior.

[11] *Política Económica Argentina*, Buenos Aires, 1968, pág. 35.

Una política de tal modo agresiva, que busca quebrar una situación de "empate", no puede desatarse sino a través del respaldo de la violencia desnuda, montada sobre una estructura vertical, autoritaria del Estado. El supuesto teórico —en la medida en que la pura violencia no puede sostenerse como una situación "normal" en una sociedad compleja— es que los primeros "sacrificios", tras una etapa de disciplina forzosa pueden superarse a no muy largo plazo y crearse así las bases para una ampliación del consenso.

En efecto, es condición para la realización política del modelo, que los reajustes en el nivel económico lleven a una racionalización y "modernización" del sistema social, capaz de generar una rápida expansión de las fuerzas productivas, una acumulación de riqueza con la que se podrá "premiar" luego, selectivamente, a distintos estratos en términos de su comportamiento eficiente.

Este supuesto es el que le da sentido al esquema de los "tres tiempos" formulado en 1966 por los teóricos de la "Revolución Argentina". En realidad, el "tiempo económico", el "tiempo social" y el "tiempo político" por los que debía atravesar ordenadamente la sociedad, pueden ser traducidos como una sucesión ideal de dos etapas: en el modelo monopolista operaría primero un momento de Acumulación (de riqueza y poder) que supone el sostén del autoritarismo armado a la reestructuración económica en beneficio de los monopolios y un momento posterior de Distribución en el cual, diferencialmente, se repartirían entre otros sectores porciones de la riqueza acumulada y se regularían formas controladas de participación de esos sectores en el poder.

El plan monopolista organiza así una carrera contra el tiempo y su éxito o su fracaso dependen de la velocidad de movimiento de dos factores: el rechazo al proyecto por parte de los perjudicados y la recolección de los frutos del plan, para permitir los necesarios reajustes consensuales. En la Argentina el primer factor desbordó al segundo, obligando, desde mediados de 1969, a un repliegue del proyecto hegemónico monopolista, ante una convergencia de variables económicas, sociales y políticas que acumularon diversos puntos de ruptura. Los principales soportes político-sociales del plan de los monopolios, que podían acompañar al "Establishment" en la estructuración del nuevo proyecto hegemónico —las Fuerzas Armadas y la Burocracia Sindical— vacilaron frente a la marea de contradicciones concentradas: el "Cordobazo" hirió de muerte a esta primera versión de la hegemonía monopolista.

La nueva crisis política

Efectivamente, el "Cordobazo" del 29 de mayo de 1969 desnuda la fragilidad del nuevo proyecto hegemónico e inaugura, a nuevos niveles, otra etapa de crisis política. Pero la diferencia con 1966 es notoria: ahora la crisis es primordialmente social; supone un estado general de movilización de las clases populares, en el que aparecen formas orgánicas de contenido socialista como primera respuesta a las nuevas contradicciones sociales

argentinas. Es a partir del "Cordobazo" que la lectura de la crisis puede caracterizarse legítimamente no sólo en término de los conflictos en el interior de las clases dominantes, sino también como "situación revolucionaria" en la definición leninista: cuando las masas son empujadas "a una acción histórica independiente".

Por eso la crisis actual coloca en primer plano para las clases dominantes y las fuerzas sociales que las expresan, el problema del control de esa movilización, en tanto ésta es el embrión de un nuevo movimiento social que busca aún su expresión política orgánica. Por eso también, en esta etapa "pre-política" del nuevo movimiento social en que las fuerzas que buscan expresar los intereses de las clases populares se hallan fragmentadas en un mosaico de experiencias, no es "espontaneísta" considerar que la dirección socialista de un proceso se mide más por las posibilidades objetivas que tenga el mismo de alentar la movilización existente *en el interior* de las masas explotadas por el sistema capitalista dependiente, que por la perfección de los programas o la prolijidad de los métodos de organización.

Para las clases populares, la crisis que se abre en 1969 origina respuestas autónomas que, sin embargo, todavía hoy, se expresan más en el plano "social" que en el "político".

Para el capital monopolista la crisis obliga a rehabilitar el espacio de la política, en tanto es en él en donde aparecen como posibles todavía —aunque cada vez más limitadamente— tentativas de integración que el plano económico-social rechaza. Esa reivindicación de un escenario que en 1966 se creyó clausurado, equivale a la principal derrota del proyecto hegemónico del capital monopolista, aprovechada por las otras clases dominantes que habían sido subordinadas durante el primer tramo de la "Revolución Argentina".

El primer desertor en la aplicación de las formas "puras" de la dominación neocapitalista dependiente fue el propio aparato militar. Al asumir el poder en 1966, las Fuerzas Armadas justificaron la intervención en base al planteo de objetivos trascendentes, en términos de "empresa nacional". No se evocaron entonces —al menos de manera principal— necesidades de defensa del Orden frente a la Subversión, sino fines positivos: "modernizar" el país, encauzarlo hacia la "Grandeza" superando la parálisis a que lo habrían llevado las pujas facciosas, intersectoriales, encarnadas en los partidos políticos. Así lo razonaba la retórica del "Mensaje de la Junta Revolucionaria al Pueblo Argentino", emitido el 28 de junio de 1966: "Hoy, como en todas las etapas decisivas de nuestra historia, las Fuerzas Armadas, interpretando el más alto interés común, asumen la responsabilidad irrenunciable de asegurar la unión nacional y posibilitar el bienestar general, incorporando al país los modernos elementos de la cultura, la ciencia y la técnica, que al operar una transformación substancial lo sitúen donde le corresponde por la inteligencia y el valor humano de sus habitantes y la riqueza que la Providencia depositó en su territorio".

En la literatura militar de la época, el programa era presentado de manera más particularizada. Uno de los teóricos del golpe, que al asumir el nuevo gobierno fue designado secretario del Consejo Nacional de Seguridad, el general Osiris Villegas, consideraba que la "Revolución Argentina" debía encarnar un nuevo "proyecto nacional" destinado a reemplazar el vigente desde fines del siglo anterior. "Estamos viviendo —decía— la finalización del período de transición del país agrícola-ganadero, de estructura armónica dependiente, hacia el país industrializado". Y agregaba: "No puede trazarse una política fundada en el interés nacional si no se reconoce la situación argentina de país en vías de desarrollo. Este es un concepto económico que hace al tipo de estructura de producción que tiene el país. La política fundada en el interés nacional supone el esfuerzo acelerado para transformar esa estructura de producción en una similar a la de las sociedades industriales. Exige la construcción de industria básica, la promoción de las actividades de la nueva revolución industrial, de la energía nuclear, la electrónica o la cibernética. Reclama la revolución técnica en el campo. Supone, simultáneamente, un gran esfuerzo tecnológico que coordine los esfuerzos de la universidad, las empresas y el Estado en la tarea de modernización" [12].

Todo este "mesianismo" se resolvió con la asociación entre el Estado y el capital monopolista, como sustento de la modernización y la grandeza.

Pero esta sociedad no puede ser visualizada como un simple "arreglo" entre intereses inmediatos coincidentes. En la medida en que las Fuerzas Armadas constituyen una fuerza social, sus relaciones con el universo de las clases se hallan mediadas por la ideología. Como institución del Estado en la que la especificidad de sus funciones debe ser justificada en términos de las necesidades de la Nación y no de sus parcialidades, las Fuerzas Armadas siguen siempre una determinada "doctrina", que le otorga sentido a sus acciones y en la que tratan de socializar a sus cuadros. Es a través de esa ideología que puede reconstruirse la relación de las Fuerzas Armadas con otras fuerzas sociales y, por lo tanto, la coincidencia o disidencia con intereses de clase, expresadas como "proyecto".

Durante todo un largo período —especialmente a partir de los años 40— la doctrina militar predominante estaba basada en el concepto clásico de "Nación en Armas" y en la hipótesis de guerra provocada por un enemigo externo a las fronteras geográficas. Ponía énfasis, por lo tanto, no sólo en la necesidad de autosuficiencia económica —lo que derivaba en reclamos de proteccionismo industrial y de impulso a una industria pesada que pudiera resolver los problemas específicamente profesionales de abastecimiento— sino también en la necesidad de control nacional sobre el sistema de decisiones globales de la economía. Esto llevaba a reforzar los roles del Estado y a concebir la política económica como política de protección de la economía como un todo. El grueso de la literatura militar de esos años parte de un doble supuesto: no hay defensa nacional posible sin base industrial propia; esa base industrial no implica solamente crecimiento económico sino también el control estatal sobre las decisiones básicas de inversión.

12 Osiris Villegas, *Políticas y estrategias para el desarrollo y la seguridad nacional*, pag. 136, Buenos Aires, 1969.

Hacia los años 60 esa doctrina cambia. Tras un período de "vacío" en que las Fuerzas Armadas se desintegran en pugnas internas, un nuevo proyecto, cuyas condiciones organizacionales son planteadas por los llamados "azules" en 1962-63, reemplaza al anterior como dador de sentido para el comportamiento militar. La interconexión entre Seguridad y Desarrollo será desde entonces la nueva clave estratégica presentada por los militares como "empresa nacional".

El enemigo se ha "interiorizado"; el enfrentamiento básico tiene lugar dentro de las fronteras y la "guerra subversiva" es el nuevo tema de preocupación. La función principal de las Fuerzas Armadas es garantizar la Seguridad dentro de las fronteras. A partir de esto, si se mantiene el énfasis sobre la necesidad de crecimiento industrial —porque éste es un respaldo, al disipar tensiones sociales, de la seguridad— pasa a segundo plano el principio del control nacional sobre las decisiones económicas; no importa tanto quién dirige el desarrollo; lo decisivo es que la nación se modernice.

En 1966, el jefe del Estado Mayor General del Ejército planteó en una conferencia militar continental, estos principios. "El desarrollo puede definirse como la expresión de un conjunto de cambios en las estructuras mentales y en los hábitos sociales de un pueblo que lo pone en estado de aumentar en forma permanente su producto real global". "El desarrollo es a la seguridad lo que la causa al efecto, el origen a la consecuencia, lo principal a lo secundario. Sin desarrollo la seguridad es utopía, tanto en el orden particular o nacional como en el orden general o internacional"[13].

Estos cambios en la orientación estratégica de las Fuerzas Armadas, plegadas al esquema cosmopolita de "bipolaridad mundial" planteado por el Pentágono, que relega a los ejércitos de los países dependientes a funciones de policía interna, coinciden en la Argentina con la crisis del modelo de industrialización sustitutiva y con la consolidación de poderosos sectores oligopólicos en las ramas más dinámicas de la industria. En su urgencia por el Desarrollo como garantía de la Seguridad, las Fuerzas Armadas parecen encontrarse con la única posibilidad para sacar al país del estancamiento: poner en práctica las políticas diseñadas por el capital monopolista ya que, si no se plantea la alternativa de que sea el Estado quien tome en sus manos la responsabilidad principal del crecimiento económico, la tarea deberá recaer forzosamente en los sectores privados más poderosos y concentrados, los únicos que tienen la posibilidad de dinamizar un proyecto económico.

Este esquema funcionó satisfactoriamente en el primer período de la "Revolución Argentina", como lo señalara uno de los principales propagandistas civiles de la nueva coalición: lo que estaba consolidándose en la Argentina era "una oligarquía político-militar-empresaria, empeñada en asegurar el proceso de industrialización a través de grandes inversiones en

[13] El Discurso del general Juan N. Iavicoli, pronunciado en la Conferencia de Ejércitos Americanos reunida en Buenos Aires en noviembre de 1966, puede leerse en *Clarín* del 3 de noviembre de 1966.

la infraestructura y dispuesta a contener, por lo tanto, las prematuras presiones de los sectores populares"[14].

Pero este proceso no se desarrolló libre de tensiones, tensiones que sólo hubieran podido ser relegadas con la presencia visible de efectos económicos favorables, que permitieran el rápido pasaje del "tiempo económico" al "tiempo social".

En el tercer año de vigencia del plan, las Fuerzas Armadas se encontraron con que la suma de obstáculos políticos y sociales que imponía la "grandeza" por esa vía era tal, que determinaba costos demasiado elevados y, por añadidura, hacía más vulnerable aún la Seguridad.

Los reclamos del capital mediano y pequeño y de la burguesía agraria; las explosiones regionales que abarcaban zonas de desigual desarrollo económico, político y social; la situación de exasperación de los asalariados que desbordaba, en los hechos, los intentos conciliadores de la Burocracia Sindical y el descontento generalizado de la pequeña burguesía, expropiada políticamente y sometida a una creciente pauperización, crearon un acumulación de fuerzas opositoras al proyecto monopolista tan poderosa, abrieron una crisis social tan honda, que precipitó la fractura del monolitismo militar: a través de esas grietas se filtró el reclamo político de las otras clases propietarias, subordinadas desde 1966 al capital monopolista. Había fracasado la posibilidad de consolidar una oligarquía militar-industrial que hiciera compatibles los intereses de las Fuerzas Armadas con los de los grupos más concentrados de la industria y las finanzas, verdadera clave del proyecto hegemónico neo-dependiente, tal como lo certifica contemporáneamente el caso brasileño.

Desde ese momento la ecuación que relacionaba Seguridad con Desarrollo, depositando a éste en manos del capital monopolista, comenzó a perder sentido; la "Revolución Argentina" dejó de aparecer como realización de ese "proyecto nacional" que las Fuerzas Armadas se habían propuesto en 1966. El tema de la Seguridad, a secas, pasó a ser prioritario, para conjugarse a partir de entonces con modelos políticos de salidas institucionales, más que con modelos económicos de acumulación.

La mayor velocidad que adquirió la conjunción de intereses contrapuestos al plan, en relación con la lentitud en el pasaje del "tiempo de la acumulación" al de la "distribución", enajenó también al otro soporte prevista por el modelo neocapitalista de desarrollo: la Burocracia Sindical.

Uno de los presupuestos de la dominación del capital monopolista es el control de la fuerza de trabajo. Y si ese objetivo pasa por una primera etapa de disciplina forzosa asegurada por la violencia, reconoce una segunda, de "participación". La clave, para la primera fase, es la eficacia de la política de ingresos, esto es, el poner en marcha las mejores condiciones para la acumulación de capital a favor de los grupos más concentrados de la economía. "El eficiente funcionamiento de la política de ingresos —señalaba Krieger Vasena— es primordial para el desarrollo con estabilidad y

[14] Columna de Mariano Grondona, en *Primera Plana* del 12 de diciembre de 1967.

aun cuando aisladamente cada uno pueda pretender más de lo que le corresponde en esta transición, el gobierno ha de mantenerse inflexible ante presiones que, analizadas en conjunto y desde un plazo superior, no son atendibles".

En la segunda etapa, una vez sometida políticamente, la Burocracia Sindical, la orientación del Estado no consiste en procurar su desaparición o su debilitamiento institucional, sino su subordinación al plan del capital como un mecanismo consensual importante, como un reaseguro contra la movilización popular.

La estrategia del capital monopolista incluye como supuesto la posibilidad de promover la existencia de sectores obreros privilegiados que pueden conseguir que en las ramas industriales de más alta productividad se paguen salarios mayores que en aquellas con menor desarrollo tecnológico. De esta expectativa pudo participar un sector de la Burocracia Sindical, pero en realidad fue distinta; en el período 1966-68 el bloqueo salarial perjudicó tanto a unos como a otros, acentuando la homogeneidad de la clase obrera como grupo explotado por el capital[15]. Al cumplirse los dos años de la "Revolución Argentina" ninguna fracción dentro de los trabajadores podía ser computada como soporte objetivo de la coalición con que el capital monopolista buscaba fundar su hegemonía.

Sin embargo, en junio de 1966, al ser derrocado el gobierno legal, la Burocracia Sindical no ocultó un prudente entusiasmo. "El movimiento militar que el 27 de junio tomó el Poder —dice una declaración de la CGT del 29 de ese mes— constituye un hecho nuevo e históricamente asume una gran responsabilidad, ante la atenta expectativa que indiscutiblemente ha concitado en el país". Los primeros pasos del nuevo gobierno parecen, incluso, satisfacer algunas de sus esperanzas de coparticipar de la situación política creada, confirmando la impresión que podrían ser reconstruidos los lazos —rotos desde 1955— entre Burocracia Sindical y Fuerzas Armadas.

Ese clima duró poco, sin embargo. La primera ofensiva brutal descargada por los militares en el poder tendió a desmantelar drásticamente las zonas de "ineficiencia" del sistema económico: trabajo en los puertos, ferrocarriles, industria azucarera tucumana. El golpe, aún, era selectivo. La Burocracia Sindical trató de mantener las negociaciones, especulando con la posibilidad de ganar para sí a los sectores "nacionalistas" del elenco gubernamental y de las Fuerzas Armadas. Pero la designación de Krieger Vasena como ministro de Economía, a fines de 1966, desvanece todos los sueños: la presencia de ese gerente de los monopolios como arquitecto del plan económico de la "Revolución Argentina", confirma que las Fuerzas Armadas han decidido transformarse en sostén del neo capitalismo dependiente.

En marzo de 1967 la CGT se rinde frente a la fuerza militar y levanta un paro general de 48 horas. Pocos días después, recibe el golpe de gracia:

[15] Cfr. Mónica Peralta Ramos, *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina*, Buenos Aires, 1972, págs. 62 y 183.

Krieger Vasena liquida por dos años las convenciones colectivas de trabajo, estableciendo que durante ese período será el Estado quien fije los ingresos de los asalariados. La Burocracia Sindical pierde así toda influencia en el mercado de trabajo, viéndose compelida a ocuparse solamente de cuestiones mutuales o asistenciales. El arma poderosa que significaba discutir cada año los salarios y las condiciones de trabajo es quitada de sus manos.

A partir de ese momento y hasta la crisis social y política de 1969-70, la Burocracia Sindical, doblegaba por el Poder, se repliega. Un sector, el "vandorista" se aísla del gobierno, pero no lo combate. Otro, el llamado "participacionista", insiste en mantener lazos con las Fuerzas Armadas, a partir del supuesto de que éstas pueden ser aisladas del "Establishment". La pretensión resultó absolutamente vana. Entre 1966 y 1969 la homogeneidad de la coalición Fuerzas Armadas-"Establishment" fue casi perfecta y el papel adjudicado a la Burocracia Sindical era el de la subordinación: en la medida en que mantuviera la desmovilización de los trabajadores podía obtener, como categoría, concesiones aisladas, frutos de la corrupción que el Poder prodiga.

Hasta 1969, en que el proceso sufrió un viraje, la Burocracia Sindical fue, pasivamente, un instrumento del plan de los monopolios. Como la burguesía media, con la que ha fusionado su proyecto político, fue forzada al repliegue. Si en 1966 el total de jornadas perdidas por conflictos del trabajo fue de 1.912.826 (de los cuales 1.542.933 lo fueron en los seis primeros meses), en 1967 la cifra descendió a 244.844 jornadas y en 1968 a algo más de 23.500, el valor más bajo desde 1956.

Sólo el debilitamiento del Poder y la crisis política posterior al "Cordobazo", que tenderán a aislar al "Establishment" de las Fuerzas Armadas y a rehabilitar el peso de los Partidos Políticos y con él la influencia del viejo capitalismo urbano y rural, alentará nuevamente a la Burocracia Sindical. Para obtener un grado de consenso que ayude a dar salida a la crisis de 1970, cuando la violencia "pura" se había mostrado insuficiente como garantía de desmovilización, la Burocracia Sindical es nuevamente convocada. Rota la coraza de coerción con que los militares habían protegido la hegemonía del capital monopolista, las otras clases dominantes subordinadas entran en la mesa de negociaciones; deben ser aceptadas como partes.

A partir de allí crece otra vez la influencia política de la Burocracia Sindical, en tanto ella se transforma en el eje de coincidencias económico-sociales entre los representantes directos del capital nacional y los Partidos Políticos, expresadas en los sucesivos pactos programáticos entre la Confederación General Económica, la Confederación General del Trabajo y los principales Partidos Políticos. Esos pactos, en los que la Burocracia Sindical ha jugado un rol primordial, expresan las expectativas de reingreso al Poder de las clases propietarias subordinadas en 1966.

La Burocracia Sindical en la Argentina opera así su pasaje histórico de las posiciones del "reformismo obrero" a las del "reformismo burgués", insertándose explícitamente en el sistema del capital. Esta calificación que, en general, parece válida para el sindicalismo en casi todas partes

tiene, en el proceso social argentino, aspectos particulares que deben ser destacados.

En primer lugar parece necesario agregar que se trata de una de las instituciones con mayor poder en la sociedad civil; un poder que hace valer en el espacio político a partir de su número, de su capacidad de convocatoria y de su riqueza de recursos económicos.

Además, ese poder se ha fundado sobre características muy precisas de la historia posterior al derrocamiento del nacionalismo popular en 1955: la Burocracia Sindical ha debido asumir, desde entonces, dos papeles: el clásico, de negociación de las condiciones de venta de la fuerza de trabajo y otro "sui generis", determinado por la proscripción del peronismo, que transformó a los sindicatos en los principales representantes políticos de la clase trabajadora.

Ambos papeles —uno, "político"; otro, "profesional"— sólo se separan abstractamente: las condiciones concretas de funcionamiento del aparato sindical entrelazan permanentemente ambas funciones, tornando, a menudo, contradictorios a sus comportamientos. Por un lado, "profesionalmente", debe negociar con el Poder económico y político; por el otro, "políticamente", debe justificar su condición de columna vertebral del nacionalismo popular en un proceso que busca la restauración en el Poder.

En este andarivel peligroso que combina el diálogo con la oposición, aparece una determinación cuyo peso es decisivo para entender las actitudes de la Burocracia Sindical: la dependencia con relación al Estado, cualesquiera que sea el bloque de fuerzas que lo controle.

El peso del Estado sobre la Burocracia Sindical es enorme y las armas legales para controlar sus pasos abarcan todos los grados: desde la intervención lisa y llana por funcionarios gubernamentales hasta el ahogo económico por el bloqueo de sus fondos. Un eje decisivo de la actividad de la Burocracia Sindical pasa, por lo tanto, a través de sus relaciones con el poder político, para impedir que éste ponga en marcha medidas "disciplinarias", económicas o administrativas.

Todo ello obliga a que la Burocracia Sindical despliegue siempre una estrategia tendiente a coparticipar del poder; esto es, que busque, más allá de sí misma y de sus componentes corporativos, coaliciones con otras fuerzas sociales. Pasado el llamado período de la "resistencia peronista", toda la trayectoria política de la Burocracia Sindical se estructura con el objetivo de terminar con el "aislamiento" abierto en 1955 y recuperar su influencia sobre el aparato estatal, a través de la búsqueda de coaliciones con otras fuerzas sociales. Un jalón de ese proceso es la restitución que, en 1961, el "desarrollismo" en el poder efectúa de la CGT, intervenida desde 1955, devolviéndole a los dirigentes gremiales parte del poder de regateo político del que habían sido despojados tras el derrocamiento de Perón.

Esa política de alianzas desplazada por la Burocracia Sindical marca una clara línea de tendencia. El "modelo de sociedad" y las medidas económico-sociales que propugna la CGT desde los años 60 hasta la actualidad, no difieren virtualmente de los reclamos del capital nacional, agrupado en la Confederación General Económica. Un análisis de esas orientaciones nos llevaría a comprobar que el objetivo político de la Burocracia Sindical es recrear las condiciones que contribuyeron a la gestación de la coalición sobre la que se fundó el peronismo, a mediados de la década del 40: sus interlocutores principales para ese fin no pueden ser otros que los representantes del capital nacional y los grupos nacionalistas de las Fuerzas Armadas. En ese sentido, el "nacional desarrollismo" programático de la CGT supone algo más que un movimiento táctico o una decisión oportunista: es la forma específica en que la Burocracia Sindical busca asumir la representación política de las masas peronistas; es su proyecto histórico de largo plazo, el modo de su inserción en la política de poder. Todo ello, claro está, de manera insanablemente más mediocre que en 1945: ni esta burguesía es la de entonces, ni estas Fuerzas Armadas son las de entonces; ni esta Burocracia Sindical está inspirada en el reformismo movilizador de los dirigentes gremiales de la década del 40.

El proyecto hegemónico del capital monopolista no es el mismo que posee la Burocracia Sindical, ni siquiera por parte de quienes fueron llamados "participacionistas" y buscaron permanentemente la negociación con Onganía. Sin embargo, es un hecho que alentaron el golpe de 1966 y que se rindieron en la etapa más dura de la "Revolución Argentina", sin movilizar consecuentemente sus fuerzas. ¿Por qué esa complicidad con un proyecto que no compartían? Las razones, de diverso nivel, ilustran el complejo papel que la Burocracia Sindical cumple en la sociedad argentina.

Desde el punto de vista de sus proyectos políticos a largo plazo, ya descriptos, un elemento importante para explicar la tregua concedida es el carácter militar del gobierno de Onganía. Para el "nacional desarrollismo" de los sindicatos, las Fuerzas Armadas constituyen sus principales aliados; los copartícipes con quienes se busca negociar toda propuesta tendiente a reconstruir la coalición gobernante entre 1946 y 1955.

Otro elemento es la dependencia que la Burocracia Sindical tiene frente a quienes controlan el poder político, a fin de asegurar su supervivencia como institución. Basta la modificación de un artículo de un reglamento, para que la riqueza económica de los sindicatos se desintegre. Quienquiera que esté en el Poder puede lograr, siempre que lo controle efectivamente, alguna forma de "colaboración" de la Burocracia Sindical.

Pero esto sería insuficiente, porque omitiría el análisis de algunos aspectos específicos de la complicada trama de relaciones que se establecen entre la Burocracia Sindical —considerada ahora en su dimensión "profesional"— y el capital monopolista en momentos en que este sector consolida su hegemonía sobre el resto de las clases dominantes, subordinando a los sectores que la Burocracia Sindical estima como sus principales aliados políticos. El sindicalismo argentino, en tanto ha abandonado el "reformismo obrero" por el "reformismo burgués", ha integrado su suerte a la del capitalismo. El hecho de que, en el interior de esa elección, prefiera como garantía para sus intereses —no sólo sociales sino políticos— al modelo nacional-desarrollista de la burguesía media, que busca *negociar* la dependencia, no impide que esa actitud pueda ser relativizada coyunturalmente. Como la ofensiva hegemónica del capital monopolista arriba a

su punto más alto, acorazada tras todo el peso del poder militar, importantes sectores de la Burocracia Sindical, especialmente los ligados a las grandes empresas, partiendo de lo que perciben como "solidez" casi invulnerable del proyecto neo capitalista, tratan de negociar por su cuenta a fin de obtener el mejor partido posible de la nueva situación. Si el capital monopolista hubiera ganado la carrera contra reloj planteada desde 1966 entre el "tiempo de acumulación" y el "tiempo de distribución" y hubiera podido, por lo tanto, introducir cuñas objetivas de diferenciación en el interior de la clase trabajadora, es altamente probable que la Burocracia Sindical se hubiera fragmentado también, a partir de la contraposición de dos modelos distintos de participación en el desarrollo capitalista.

Pero, cuando el conjunto de la clase trabajadora estalla en movilización contra el sistema y plantea, borrosamente, la construcción de una nueva oposición social, haciendo trastabillar el "milenarismo" que Onganía buscó construir a través de la coalición entre Fuerzas Armadas y "Establishment" y obliga a un repliegue del capital monopolista en el plano político, la Burocracia Sindical retoma sus proyectos originales. Desde ese momento, en conjunción con los empresarios de la Confederación General Económica, subraya su autonomía frente al capital monopolista y se transforma en el núcleo social destinado a marcar los horizontes del reformismo rehabilitado tras la crisis de 1970:

Explícitamente desde entonces el programa económico-social conjunto de la CGE y la CGT unifica a todos los Partidos y busca transformarse también en vínculo de acercamiento con las Fuerzas Armadas, como propuesta reformista tendiente a fortalecer el Sistema político.

De retorno del fracaso hegemónico del capital monopolista, el sindicalismo es hoy el principal soporte para poner en marcha cualquier programa reformista de dependencia negociada entre el capital monopolista y el capital nacional, cuyos actores sociales principales deberán ser los Partidos Políticos, las Fuerzas Armadas y la Burocracia Sindical. El principal soporte, porque el acuerdo deberá basarse, ya no en una desmovilización de las masas a través de la violencia desnuda, sino en la posibilidad de controlar la movilización existente, a partir de instrumentar formas reformistas que permitan un mínimo consensual.

Los obstáculos para la "brasileñización"

El eje de sentido de este análisis de la crisis argentina, son las contradicciones secundarias, internas al capitalismo. La elección —ya ha sido señalado— no implica transmutar estos antagonismos en los principales en el nivel social, sino a marcar el peso predominante que los mismos efectivamente tienen aún en el espacio político. Lo que interesa destacar es la capacidad de resistencia política que, a través de distintas fuerzas sociales, tiene en la Argentina el viejo capitalismo urbano y rural frente al proyecto hegemónico neo dependiente.

La literatura económica, sociológica y política corriente sobre la dependencia en América Latina, tiende a enfatizar —casi siempre por la proximidad empírica que en relación a sus análisis teóricos tiene el caso brasileño— dos aspectos complementarios. Por un lado, la virtual desaparición,

como fuerza con capacidad de iniciativa política, de la burguesía no monopolista. Por el otro, la disolución de los movimientos populistas. Ninguna de esas dos proposiciones que, vistas por el historiador futuro pueden ser válidas, permiten explicar la coyuntura política argentina. Las fuerzas polares que se enfrentan en la contradicción social principal no tienen una expresión política eficaz, y ese escenario está primordialmente ocupado por representantes de proyectos que, residuales desde el punto de vista del desarrollo económico-social, acumulan un enorme poder de veto político aunque no tengan similar fuerza para poner en práctica sus decisiones. Este es el rasgo *político* que diferencia a la Argentina del resto de Latinoamérica, especialmente de los dos modelos "límite" que suelen utilizarse como punto de referencia para medir las relaciones entre las nuevas formas de dependencia imperialista y las fuerzas sociales locales: Perú y Brasil.

El caso brasileño es el más interesante para intentar un sumario análisis comparativo. Como hemos señalado, la "Revolución Brasileña" de 1964 y la "Revolución Argentina" de 1966 tienen puntos de partida similares: la voluntad de establecer un sistema burocrático-autoritario para instrumentar un desarrollo de las relaciones capitalistas bajo la hegemonía de la burguesía monopolista.

Sin embargo, a medida que el proceso fue desarrollándose en la Argentina, las dificultades para viabilizarlo aumentaron su intensidad hasta hacerlo fracasar políticamente. Si es cierto que la determinante de ese fracaso fue la resistencia activa de las clases populares, también lo es que el principal beneficiario político de la crisis es el reformismo burgués, expresado en los Partidos Políticos y en la Burocracia Sindical y sostenido en los límites que traza el proyecto posible de la burguesía no monopolista, económicamente a la defensiva pero políticamente a la ofensiva[16].

16 En realidad, desde los años 60 la ofensiva del capital monopolista ha tendido, con éxito, a integrar subordinadamente a la burguesía nacional en su circuito económico o condenarla a su desaparición. De acuerdo con estadísticas oficiales, más de once mil empresas quebraron en los últimos cinco años, debilitando el peso económico del capital nacional. Pero lo que interesa destacar, más allá de las habituales discusiones sobre la extinción de la burguesía nacional en la Argentina, es lo siguiente, dentro de la línea de razonamiento de estas notas: a) la existencia de una diferenciación contradictoria entre esos grupos y la burguesía monopolista, basada en *intereses;* b) la capacidad, en esa relación conflictiva, de oponer resistencias, de negociar transacciones. Es que, por encima de su peso económico (mucho mayor que el de similares fracciones de clase en otros países latinoamericanos), vale su peso social. Según la clasificación del Censo Industrial 1963-64, las empresas de las ramas industriales "mediana y escasamente concentradas", en las que predomina abiertamente el capital nacional y cuyo destino se liga al del mercado interno, producían el 43,6 % de los bienes industriales y ocupaban el 57,7 % del total de la mano de obra. Este último dato es muy importante en términos de peso social: puede ayudar a explicar la relación que la Burocracia Sindical mantiene con las organizaciones profesionales del empresariado nacional y los reiterados acuerdos a que han llegado para reclamar en conjunto modificaciones a la política estatal.

Entre 1967 y 1968, al cumplirse el primer trienio del golpe de Estado dado por los militares brasileños, una crisis similar a la que estalla en la Argentina en 1970 se instala en el sistema político de ese país. El año 1968 es, en Brasil, un año de escalada en la ofensiva de los perjudicados por la nueva situación: grandes movilizaciones estudiantiles, extensión de las luchas obreras, primera aparición de la guerrilla y consolidación de toda la oposición civil en el Frente Amplio, una coalición en la que confluye todo el sistema de partidos, desde los comunistas hasta Carlos Lacerda, para jaquear al poder militar.

El desenlace de ese proceso será, sin embargo, el fortalecimiento de la hegemonía del capital monopolista, a través de la consolidación de una oligarquía militar-industrial que barre totalmente a la oposición.

La respuesta que las Fuerzas Armadas pudieron dar entonces a la ofensiva combinada de los políticos tradicionales y del movimiento obrero y estudiantil, consistió en galvanizar aún más el aparato autoritario y forzar la marcha en la realización de los planes económicos neo dependientes. La decisión de volcar todo el peso del Estado a favor del modelo de capitalismo monopólico dependiente, fue lo que permitió el llamado "milagro": a costa de cada vez más marginalidad y diferenciación social y económica, de concentración de la riqueza y aumento de la miseria relativa de las grandes masas populares, el sistema probó su dinamismo, mostrando que sus límites no se hallan en las leyes de la economía sino en los movimientos del sistema político. Si el capital monopolista dispone del Poder necesario para desbaratar las primeras resistencias y acelerar la marcha en lugar de detenerla, puede conseguir éxitos en sus metas desarrollistas.

Esta decisión es la que no pudo implementarse en la Argentina: la crisis social y política de 1969-70 arrastrará a su caída al autoritarismo militar de Onganía y planteará, nuevamente, una situación de vacío hegemónico.

Aunque la dirección causal puede ser discutida, es un hecho que la crisis política de 1970 aparece como punto de partida de un descenso en los indicadores de crecimiento económico que habían manifestado un alza sostenida durante el bienio anterior, en el cual, además, habían descendido significamente las tasas de inflación. Como ha sido señalado, "el plan Krieger Vasena lleva a la economía argentina a un punto en el que, dadas las situaciones estructurales que condicionaron aquella coyuntura, la única alternativa al desorden económico es la continuidad del plan. Sin embargo, dicha continuidad implicaba acentuar aún más ferozmente la explotación de la clase obrera y la pauperización de la pequeña burguesía e irritar más también la situación de parte de los sectores dominantes, especialmente la oligarquía terrateniente"[17].

Es decir, que en 1970 la opción dinamica para el sistema hubiera sido, desde la lógica económica, la continuidad del plan, pero esa lógica chocaba contra techos políticos y sociales que no involucraban solamente a las clases populares sino que abarcaban a sectores de la burguesía, lo suficientemente poderosos políticamente como para frustrar la hegemonía monopolista.

Pero ese poder de resistencia, que contribuyó a desbaratar el plan de Krieger Vasena y que desembarcó a Onganía del Estado tiene, a su vez, límites para revertir el proceso; límites económicos, sociales y políticos que dificultan, hasta tornarla improbable, una asimilación del tipo de hegemonía consolidada en el Perú por la revolucion militar de 1968.

Entre junio de 1970, en que es derrocado Onganía, y marzo de 1971, en que toma el poder Lanusse, tiene lugar en la Argentina un paréntesis significativo: el breve período presidencial del general Levingston. El interés de ese lapso interno a la "Revolución Argentina" consiste en que, durante el mismo y a través del ministerio de Economía de Aldo Ferrer, el capital nacional llega al punto más alto, desde la caída de Perón en 1955, en sus intentos por influir sobre las decisiones del Estado.

Aunque finalmente fracasaron, Levingston-Ferrer buscaron poner en marcha un proyecto reformista que, en lo económico-social, aspiraba a asociar al capital nacional con el Estado. No se trataba de un proyecto nacionalista revolucionario de capitalismo de Estado, sino de una más módica "argentinización" de la economía, a través de la utilización del importante poder de compra del Estado y de una redistribución del crédito bancario que favoreciera a los empresarios nacionales.

La estructura de ese poder debía basarse en una coalición entre Fuerzas Armadas, Burocracia Sindical y la tecnocracia ligada a las organizaciones corporativas en que se agrupa el capital nacional, dejando fuera del proceso a los Partidos Políticos. Pero la clave para el funcionamiento de ese bloque era que las Fuerzas Armadas aceptaran transformarse en el eje dinamizador de un proyecto reformista que revirtiera el proceso de extranjerización de la economía.

Desde el punto de vista de las formas, el modelo propuesto recogía las iniciativas primeras de la "Revolución Argentina", en tanto marginaba al sistema de partidos y tendía a mantener desmovilizados a los sectores populares. Pero su contenido era diferente: así como las fuerzas Armadas habían sido el eje del proyecto neo dependiente, debían transformarse ahora en principal sostén de un proceso tendiente a permitir que la burguesía agraria y el capital nacional ganaran posiciones, en detrimento del capital monopolista, que debía dar un paso al costado y, en algunos aspectos, sufrir las consecuencias de medidas económicas que lo perjudicaban.

Un mes antes de ser derrocado, el gobierno adoptó decisiones que contrariaban concretos intereses de las grandes compañíaspetroleras extranjeras y de empresas como Bunge y Born y Deltec. Estas medidas, que efectivamente indicaban un desplazamiento en el interior de las clases dominantes a favor del capital nacional, no impidieron, sino en todo caso aceleraron, la crisis política.

El estado de movilización de las clases populares, en ascenso desde 1969, creció en intensidad cuando la economía, a fines de 1970, entraba

[17] Oscar Braun y Ricardo Kesselman, *Argentina 1971: estancamiento estructural y crisis de coyuntura*, Centro de Estudios de Economía Política, pág. 1, Buenos Aires, 1971.

en un nuevo período recesivo e inflacionario. El sistema de partidos, por su parte, acentuó su ofensiva contra un modelo político que lo excluía.

En medio de esa crisis de legitimidad, las Fuerzas Armadas cargaban ya con un desgaste suficiente como para que pudieran tener éxito los planteos tendientes a inducirlas para que se pusieran a la cabeza del proyecto reformista elaborado por la tecnocracia ligada al capitalismo nacional. La presencia de masas movilizadas había llevado ya a la cúpula militar a diseñar otro intento de desemboque para la crisis: la reconciliación con los Partidos Políticos y la Burocracia Sindical.

El tránsito fugaz de Levingston tiene similitud con el episodio que protagonizara, en Brasil, el general Alburquerque Lima, líder de la corriente llamada nacionalista del Ejército, finalmente desalojado de toda participación en el poder. La diferencia está en el proceso posterior al desenlace infeliz para las corrientes nacionalistas: en Brasil, del fracaso de ese intento resurgirá con más bríos el proyecto neo dependiente; en la Argentina se irá, trabajosamente, pactando un nuevo empate entre las clases dominantes.

Las salidas para la crisis

El vacío consecuente al fracaso del proyecto hegemónico del capital monopolista puso desde entonces en el primer plano las contradicciones internas del sistema capitalista dependiente, pero sobre el fondo de un crecimiento sostenido de la movilización social de las clases populares en la que el proletariado industrial introduce, con una fuerza inédita en la Argentina, la problemática socialista. Se trata, pues, de la crisis de un modelo hegemónico burgués, ante la presencia de una creciente movilización popular con fuertes elementos socialistas.

Es esta movilización la que provoca las dos respuestas orgánicas con las que las clases propietarias intentan reequilibrar el sistema político. Una respuesta es el transformismo y está ubicada a la "derecha" del sistema. Otra es el reformismo, colocada a la "izquierda". Ambas, aunque enfrentadas, pueden coexistir en un acuerdo que no significa homogeneidad absoluta, sino integración conflictiva entre "oficialismo" y "oposición" en el interior de un sistema político unificado.

El transformismo tiene como eje propulsor a las Fuerzas Armadas. El reformismo, a las direcciones de los grandes partidos políticos y a la Burocracia Sindical. Pero lo que interesa marcar es que el corte principal que separa a ambos proyectos no es el contenido de sus propuestas económico-sociales sino el de sus propuestas políticas. Concretamente, el punto de ruptura entre transformismo y reformismo se refiere al control de la movilización, aunque este problema político sea matriz de diferenciaciones subsecuentes en otros planos.

El derrocamiento de Levingston inaugura la tercera etapa de la "Revolución Argentina", cuyo signo es la dura negociación a fin de reconstruir las bases sociales del Poder, debilitado por la crisis política que sucede a las conmociones inauguradas por el "Cordobazo".

Esta tercera etapa se caracteriza por una inversión, propuesta por las Fuerzas Armadas, de la problemática inicial: ya no se planteará que la

solución política habrá de surgir como consecuencia natural, a largo plazo, del éxito de un modelo económico, sea éste el del capital monopolista (Onganía-Krieger Vasena) o el de la asociación del Estado con el capital nacional (Levingston-Ferrer). El orden de la secuencia se alterará en los proyectos oficiales: sólo la obtención de un mínimo de legitimidad podrá garantizar una solución económica. El objetivo es reconstruir el poder del Estado para todas las fracciones de las clases dominantes, otorgándole al sistema político el máximo posible de consenso, con el reaseguro de las Fuerzas Armadas a fin de garantizar, a través de la violencia, el control de la movilización. Este es el sentido del "Gran Acuerdo Nacional" proyectado, en nombre de la Seguridad del sistema, por los altos mandos de las Fuerzas Armadas. El modelo económico pasa a segundo plano frente al modelo político: interesa la Seguridad, a través de "unir a los adversarios y combatir a los enemigos", por encima del Desarrollo.

La doctrina militar disocia sus elementos claves y el período que arranca en abril de 1971 no puede identificarse con una orientación precisa en lo económico que vaya más allá de cierto pragmatismo básico. La disolución del ministerio de Economía es casi simbólica: parece refrendar que ese campo es un terreno abierto para la capacidad de presión de las clases y fracciones de clase.

La política ocupa el "puesto de mando"; el tema de la legitimidad del Poder aparece como central, y la "reconciliación" para obtener bases de consenso es planteada como objetivo supremo.

El elemento indispensable para la construcción de ese mínimo consensual que reconstruya la integridad del Estado, es la articulación de un acuerdo entre las Fuerzas Armadas, los Partidos Políticos y la Burocracia Sindical. El carácter de ese acuerdo y el contenido de las fuerzas sociales convocadas para ponerlo en práctica, determina, de hecho, un repliegue político del capital monopolista, que debe aceptar un pacto con el capital nacional en el espacio que menos controla, dada su virtual carencia de representación política partidaria directa: el de la escena electoral y parlamentaria.

Esta salida negociada, si no significa la derrota del capital monopolista, en tanto el desenvolvimiento de la economía sigue un rumbo relativamente autónomo que le permite acentuar su predominio en ese nivel, importa, en sentido contrario, la mayor victoria que, dadas las relaciones de fuerza políticas y el carácter subordinado de sus posiciones en el sistema económico, pueden conseguir los sectores dominantes no monopolistas. Esto es, reubicarse en el Poder Político, aun cuando su fuerza real solo alcance para restablecer una situación de empate y no para instrumentar un proyecto hegemónico alternativo capaz de potenciar un modelo económico dinámico.

La burguesía monopolista, al ser desautorizado en corto plazo el "modelo brasileño" de hegemonía, queda descolocada ahora en el abanico de posibilidades políticas y debe sacrificar su presencia antagónica a favor de conseguir una mínima consolidación del sistema de poder, que había sido virtualmente vaciado desde 1969 en adelante. Incapacitada para imponer su modelo, la reconciliación propuesta se le aparece como un mal menor

que, de todos modos, no llega a cuestionar su predominio en el mercado económico, aunque deba admitir la competencia con los otros sectores de la burguesía en el mercado político del sistema de partidos.

Todo el proceso protagonizado por las Fuerzas Armadas, los Partidos Políticos y la Burocracia Sindical tras la propuesta lanzada desde el Estado para la construcción de un "Gran Acuerdo Nacional", tiende a afirmar, como tendencia, los presupuestos básicos de esta tregua que las clases dominantes deben pactar para salir de la crisis política y colocarse en mejores condiciones para enfrentar la crisis social. Un problema, el de los métodos más idóneos para el control de la movilización, sobre el que se impostan luego determinaciones de clase, marca la cuota mayor de dificultades, que se traduce, incluso, en choques violentos, a partir de las discrepancias, que, como respuestas orgánicas a la situación, aportan el reformismo y el transformismo.

El transformismo es la ideología de las Fuerzas Armadas; la fórmula político-social que asume, en esta etapa de la crisis argentina, la doctrina de la Seguridad. Es el modo "realista" de la contra-insurgencia. Definimos en general al transformismo como un camino de salida para una situación de crisis orgánica en el que una de las fracciones dominantes propone un programa de mantenimiento del Orden que incluya la absorción de representantes de fuerzas dominadas. Esta absorción modifica las formas políticas de la dominación, pero no altera sus contenidos económico-sociales. Aunque utilice a cuadros reformistas para realizar sus fines, un sistema de tipo transformista intenta la superación de la crisis a través del rechazo de toda reforma orgánica.

En el caso argentino actual este proceso se especifica. El transformismo de las Fuerzas Armadas, como acuerdo con la Burocracia Sindical y los Partidos Políticos, parece dispuesto a aceptar ciertas reformas económico-sociales. Sus "límites de tolerancia" están básicamente en lo político, en el control de la movilización popular, en el manejo de la Seguridad. Las garantías que las Fuerzas Armadas exigían de las otras partes convocadas para el acuerdo, tuvieron un punto de arranque "máximo" —la candidatura de Lanusse a la presidencia constitucional— y parecen tener ahora un punto de llegada "mínimo": la coparticipación en el Poder, el control sobre la movilización a través de la violencia, la responsabilidad indelegable de garantizar la Seguridad contra "el enemigo interior". Es a partir de esto y no de la adhesión, como lo fuera en 1966, a un modelo económico explícito, que las Fuerzas Armadas se transforman en representantes indirectos del mejor programa posible, en las condiciones actuales para los monopolios; en el estrato protector que éstos tienen si el resto de las clases dominantes intenta aprovechar la movilización popular para recuperar posiciones perdidas en el sistema económico.

El reformismo, sustentado en los Partidos Políticos y en la Burocracia Sindical, expresa, en cambio, más directamente intereses económico-sociales. Su contenido es maximizar las metas del capital nacional frente al modelo de neo dependencia, a través de una asociación con el Estado que ponga en marcha un programa nacional-desarrollista y que permita negociar la dependencia. Su plataforma es la de los acuerdos entre la CGE y la

CGT: los puntos allí incluidos unifican a las burocracias políticas de los grandes partidos.

En estas condiciones se llega a las elecciones del 11 de marzo. Ese día, la fuerza del número se transforma en un hecho cualitativo: la multitudinaria votación a la coalición hegemonizada por el peronismo pone en cuestión también al "punto de llegada mínimo", aceptado por el transformismo militar tras haber asimilado el irremediable fracaso de los intentos de "constitucionalizar" la presidencia de Lanusse. Esta puesta en cuestión, en tanto paraliza la iniciativa política desplegada hasta entonces por las Fuerzas Armadas, significa el bloqueo más significativo sufrido por el proyecto hegemónico del capital monopolista, al sancionar su derrota en manos de la peor coalición posible para sus intereses, en las condiciones presentes.

Claramente, el mejor resultado para el capital monopolista de unas elecciones a las que había sido empujado, era lograr una fragmentación del poder que obligara a una negociación permanente entre reformismo (dividido casi por mitades entre oficialismo y oposición) y transformismo, aún cuando el primero mantuviera formalmente el control del sistema político. Esto es, una versión institucionalizada del Gran Acuerdo Nacional, bajo la supervisión de las Fuerzas Armadas. El aluvión de votos desbarató esas intenciones, planteando una ruptura grave de la continuidad proyectada.

Los comicios, dado el carácter rotundo del pronunciamiento, dejan virtualmente sin estrategia al transformismo y en un vacío político al capital monopolista. El bloque a instalarse pasa a ser liderado por fuerzas representativas de la burguesía no monopolista, básicamente las burocracias políticas, la Burocracia Sindical y las organizaciones representativas directas de los intereses del capitalismo nacional. En su interior, con una capacidad organizativa menor, pero expresando con nitidez las expectativas más profundas de la movilización popular posterior a 1969, coexisten tendencias socialistas, radicadas básicamente en la juventud y en el sindicalismo de oposición.

Finalmente, a la derecha, pero todavía en el exterior del sistema, expectantes, sin un liderazgo claro, se ubican las Fuerzas Armadas, envueltas en el fracaso político de su grupo dirigente, pero hasta ahora incapaces de revertir ese marginamiento provocado por la derrota.

Este gobierno, con contradicciones en su interior entre quienes postulan el "capitalismo nacional", quienes reclaman la movilización para el socialismo y aún aquellos otros que actúan como cuñas larvadas del capital monopolista; que no goza, además, de un sostén activo por parte de las Fuerzas Armadas sino de un consentimiento sólo pasivo, resultado de una derrota que no ha sido elaborada, necesita transformarse rápidamente en Poder, esto es, en alternativa hegemónica tras el fracaso del capital monopolista.

Es en este punto donde comienza a plantearse, como problema central, el de la capacidad de la coalición triunfante para poner en marcha una política de reformas orgánicas que pueda revertir el avanzado proceso de dependencia económica, cuando hoy, a diferencia de lo que sucedía en la

década del 40, ésta se asienta básicamente en el dominio desde el interior de la estructura productiva más avanzada.

La debilidad económica frente al capital monopolista de las clases que le dan contenido al liderazgo del nuevo proceso sólo podría ser compensada por una efectiva y profunda asociación con las Fuerzas Armadas que se resuelva en un proyecto de capitalismo de Estado, algo que en las actuales condiciones de monopolización de la economía argentina se acercaría peligrosamente —para la burguesía local y para las Fuerzas Armadas preocupadas por el "enemigo interior"— a una vía no capitalista de desarrollo.

Si el reformismo nacionalista fracasara en la consolidación de un proyecto hegemónico basado en la asociación entre el Estado y la burguesía no monopolista, o si limitara sus ambiciones a una mera negociación de la dependencia aprovechando las nuevas condiciones del mercado mundial, el retorno al empate y la continuidad de la situación de crisis social y política resultaría la previsión más verosímil. Mucho más, en tanto el capitalismo monopolista, que mantendría su predominio en el nivel económico forzaría nuevamente la búsqueda de la hegemonía en el bloque de poder.

Para las clases populares, el proletariado en primer lugar, el triunfo electoral de marzo significa el pasaje a una nueva etapa de lucha, que librará, obviamente, en condiciones mucho más favorables que las existentes desde 1955. Cualquier recrudecimiento de la crisis tiene, ahora, un dato suplementario, inexistente a mediadas de los años 60: la presencia de un nuevo movimiento social que, desde diferentes tiendas organizativas, pero básicamente ahora desde el interior del propio sistema político, plantea una redefinición de las salidas políticas en términos de su adecuación con la contradicción social básica generada por el desarrollo del capitalismo monopolista dependiente en la Argentina.

Rui Mauro Marini

La pequeña burguesía y el problema del poder: el caso chileno

La situación que produjo en Chile la formación de un gobierno de izquierda, a través de la vía electoral, ha llevado a que se planteara la posibilidad de transformar revolucionariamente la sociedad chilena mediante la utilización del aparato estatal existente, y de promover la sustitución gradual de ese aparato a medida que avanzara el proceso mismo de transformación social. Esto es lo que se ha designado como "vía chilena al socialismo". Conviene hacer aquí una precisión: al interior de la izquierda, nadie ha puesto en duda la necesidad de cambiar el actual orden jurídico y político, observándose un razonable consenso en que ello corresponde a lo que se llama, en la teoría revolucionaria, de "toma del poder" es decir, el reemplazo de la burguesía por el proletariado como clase dominante y la sustitución del Estado burgués por el Estado proletario. No es éste, por tanto, el punto de discusión. La especificidad de la "vía chilena" (término que engloba una amplia gama de posiciones)[1] estaría en que la toma del poder no procede, sino que *sigue* a la transformación de la sociedad; en otras palabras, es la modificación de la infraestructura social lo que, alterando la correlación de fuerzas, impone y hace posible modificar la superestructura. La toma del poder se realizaría así gradualmente y, en cierto sentido, pacíficamente, hasta el punto de conformar un nuevo Estado, correspondiente a la estructura socialista que se habría ido creando.

La discusión sobre si existe o no una vía chilena al socialismo sería irrelevante, si no implicara dos supuestos: primero, el de que Chile ha definido ya su camino de transición al socialismo; segundo, el de que el

[1] Esas posiciones tienen sus expresiones extremas en los planteamientos de lo que podríamos considerar como una corriente allendista en la izquierda, por un lado, y en los que han levantado dirigentes del Partido Comunista (en el cual, sin embargo, no tiene curso oficial la expresión "vía chilena"), por el otro; véase, por ejemplo, Allende, S., *Primer Mensaje al Congreso Nacional. 21 de mayo de 1971*, varias ediciones; Garcés, J. E., *Revolución, Congreso y Constitución. El Caso Tohá*, Santiago, Quimantú, 1972, Parte I, cap. IV, y Millas, O., "La clase obrera en las condiciones del gobierno popular", diario *El Siglo*, Santiago, 5 de junio de 1972.

carácter peculiar que asume hoy la lucha de clases en Chile tiene el status de un modelo radicalmente distinto y en cierta medida alternativo al que se ha presentado en otros países que lograron instaurar la dictadura del proletariado. En efecto, a la pregunta de si existe una vía chilena al socialismo, la respuesta sólo puede ser afirmativa: existen tantas vías al socialismo cuantos sean los pueblos que emprendan, bajo la dirección del proletariado, la tarea de destruir a la sociedad explotadora burguesa. Se puede en este sentido, hablar de una vía rusa, una vía vietnamita, una vía china, una vía cubana, una vía propia a los países de Europa oriental. Pero ninguna de ellas es en sí un modelo, todas se rigen por las leyes generales de la revolución proletaria, tales como la ciencia marxista las ha definido.

I

Veamos brevemente cómo se presenta, en la teoría marxista revolucionaria, el problema de la relación entre la toma del poder político y la transformación del modo de producción.

Es conocido el texto de Marx en el que afirma que "entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que *la dictadura revolucionaria del proletariado*"[2]. Si el término "corresponde" dejara alguna duda, el juicio que emite el mismo Marx sobre los intentos de implantar en Europa, en el siglo pasado, el sistema cooperativo es suficientemente perentorio como para despejarla:

"... la experiencia del período comprendido entre 1848 y 1864 —escribió— ha probado hasta la evidencia que, por excelente que fuese en principio, por útil que se mostrase en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos particulares y accidentales de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de esas miserias... Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y, por consecuencia, ser fomentada por medios nacionales". Concluyendo: "La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera"[3].

[2] "Crítica al programa de Gotha", en Marx y Engels, *"Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1966, t. II, p. 25, subrayado por Marx.

[3] "Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores", *Obra cit.*, t. I, p. 369.

Fue siguiendo esa línea de pensamiento cómo Lenin desarrolló la teoría revolucionaria estableciendo con precisión la relación entre la toma del poder y la transformación social, o sea, entre la revolución proletaria y la transición al socialismo. Esto, que motivó una de sus obras más célebres, *El Estado y la revolución*, es sintetizado por él de forma casi programática en un texto posterior, de 1919:

"La burguesía ha utilizado el poder estatal como instrumento de la clase capitalista contra el proletariado, contra todos los trabajadores. Así sucedió siempre en las repúblicas burguesas más democráticas. Sólo los traidores al marxismo han 'olvidado' esto.

"El proletariado debe derrocar a la burguesía (concentrando para ello 'brigadas de choques' políticas y militares, que sean bastante fuertes); debe arrebatarle el poder estatal para hacer que este instrumento funcione de acuerdo con sus objetivos de clase.

¿Y cuáles son los objetivos de clase del proletariado?

"Aplastar la resistencia de la burguesía.

"Neutralizar a los campesinos, y hasta donde sea posible atraerlos; por lo menos a la mayoría de sus elementos trabajadores, no explotadores.

"Organizar la gran producción maquinizada en las fábricas expropiadas a la burguesía y los medios de producción en general.

"Construir el socialismo sobre las ruinas del capitalismo"[4].

La práctica revolucionaria del siglo XX ha confirmado hasta ahora la teoría, aunque con toda la riqueza de matices con que la vida aplica sus propias leyes. Es oportuno, en este sentido, señalar las diferencias entre la revolución rusa y china, desde el punto de vista que nos preocupa, ya que ellas parecen representar casos extremos en la relación entre la toma del poder y la transformación social.

Es así como, en Rusia, la revolución asume el carácter de una insurrección armada, que golpea el nervio central del poder, el corazón mismo del Estado, e impone la dictadura del proletariado a todo el país[5]. En el texto de 1919 citado, probablemente su mejor trabajo en materia de estrategia político-militar, Lenin analiza el fenómeno y extrae de allí las leyes generales del proceso insurreccional. La transformación social apare-

[4] "Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado", en Lenin, *El problema del poder*, Santiago, Ediciones "El Rebelde", s/f., p. 72.

[5] Aunque no se plantee de inmediato extender el socialismo a todo el país. Esto, que aparece claramente en las tareas propuestas al campesinado ruso en la primera fase de la revolución, fue explicitado por Lenin en varios textos, en los que señala que la revolución proletaria, socialista, iniciada en los grandes centros urbanos en octubre de 1917, sólo llegó al campo un año después. Cfr., p. ej., *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Lenin, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1961, t. III, particularmente el capítulo intitulado "Servilismo ante la burguesía con el pretexto de 'análisis económico'".

ce, en esa perspectiva, como algo claramente posterior a la toma del poder.

La revolución china se lleva a cabo de otra manera. Lo último a caer son las grandes ciudades, donde tiene asiento el poder central. Durante más de dos décadas, el ejército popular combate en el interior del país, elevando poco a poco su poderío y el nivel de enfrentamiento, mientras extiende paulatinamente el alcance del poder rojo, que se va creando en las regiones liberadas. En éstas, se emprende el cambio de las estructuras productivas, destacándose las medidas de reforma agraria. Pareciera ser, a primera vista, que la toma del poder, la conquista del aparato estatal, constituye la culminación de un proceso en el que se había iniciado ya la transformación social.

En realidad, ello no es así. El carácter semifeudal de la sociedad y la autonomía política relativa de las regiones no permiten hablar, en el caso chino, de un Estado, en el mismo sentido que damos a la palabra al referirnos a Rusia. Junto a otras condiciones, la no integración económica y política de la sociedad china sirve incluso a Mao Tse-tung para formular la estrategia de la guerra civil revolucionaria (distinta a la insurrección, como forma de un proceso de toma del poder)[6]. Elemento central en ella era la creación, bajo el impulso del ejército revolucionario, del poder popular en las zonas liberadas, al cual cabía poner en práctica las medidas de transformación social. La caída del Estado central al final del proceso sólo se entiende, por tanto, si consideramos que ese Estado se constituía de núcleos de poder no integrados, que se podían tomar por separado.

Teoría y práctica van, pues, de la mano cuando se trata de establecer una determinada jerarquía entre los dos polos de la relación considerada: toma del poder —transformación social. El desplazamiento radical y —como subraya Lenin— violento de la burguesía por el proletariado en el poder político, como condición para llevar a cabo la transformación social, aparece así como un rasgo peculiar de la revolución socialista, que la diferencia netamente de la revolución burguesa. Es más: el único caso de revolución socialista en América latina, el de Cuba, se inscribe en la misma línea, aunque presente especificidades respecto a Rusia y China.

Cuando se trata de la revolución burguesa, se da la posibilidad, aunque sea teórica, del cambio político gradual y pacífico, sea por el hecho de que el capitalismo como modo de producción es la condición previa de existencia de la burguesía y precede a la sociedad política burguesa, sea porque las dos clases que pugnan entre sí por el poder se basan igualmente en la explotación de otras, lo que abre márgenes de acuerdo entre ambas. La situación del proletariado, cuya condición de existencia no es el socialismo sino el mismo capitalismo y que tiene como objetivo de clase la supresión de la explotación, plantea en un plano totalmente distinto el problema del enfrentamiento político y de la posibilidad de

6 Véase, p. eje., "¿Por qué puede existir el Poder Rojo en China? ", en Mao Tse-Tung, *Selecciones de escritos militares*, Pekín, Lenguas Extranjeras, 1967.

proceder al cambio social mediante adaptaciones o reformas en el modo de producción[7].

Es necesario, sin embargo, ir más allá de la relación que se puede establecer en general entre la toma del poder y la transformación del modo de producción y preguntarse cómo influye *prácticamente* la conquista del poder político en la lucha de clase del proletariado.

Entendido como capacidad coercitiva, el poder político en la sociedad capitalista se ejerce por la burguesía a través del Estado, con el fin de someter a su explotación de clase a los demás grupos sociales. Es por esta razón que la teoría marxista identifica el Estado con el aparato burocrático-represivo representado por el gobierno, la burocracia, los tribunales, las prisiones, la policía, las fuerzas armadas. Esa expresión material del poder burgués se completa con el derecho, el cuerpo de normas cuya infracción activa automáticamente el aparato estatal para forzar su cumplimiento e imponer sanciones.

Esta concepción del Estado —el Estado como esfera de la coerción, para decirlo con Lenin[8]— se diluye cuando se le borran los límites, hasta hacerlo coincidir con el sistema de dominación sobre el cual reposa. Es lo que han hecho recientemente Althusser y, en cierta medida, Poulantzas, cuando, recurriendo a algunas proposiciones de Gramsci, desarrollan el tema de los aparatos ideológicos del Estado: escuela, sindicato, partidos, iglesias, medios de comunicación de masas, familia[9]. Por esto nos parece útil distinguir entre el sistema de dominación, que incluye al conjunto de elementos en los que una clase basa su poder, y la expresión institucional de ese poder, el Estado, tomado como cúspide del sistema de dominación. El carácter más o menos autoritario que asume la dominación de clase reside precisamente en el grado de absorción por el Estado de las funciones sociales; o, para usar las expresiones de Marx, en el grado en que los intereses comunes que se contraponen a la sociedad como intereses superiores generales se incorporan directamente al aparato del Estado[10]. En el límite, encontramos a formas de Estado, como el Estado fascista, que coinciden realmente con el sistema de dominación; no obstante, se dan normalmente situaciones más complejas,en las que la vinculación al Estado de las instituciones que expresan esos intereses generales asume diferentes formas. Basta tener presente la posición de la escuela *vis-a-vis* del Estado en Francia y en Estados

7 Este tema, abordado por Rosa Luxemburg y Lukács, es objeto de comentario en mi "Reforma y revolución. Una crítica a Lelio Basso"', *Sociedad y Desarrollo*, Santiago, CESO, no 2.

8 "Insistiendo sobre los sindicatos, el momento actual y los errores de Trotski y Bujarin", en *Obras escogidas*, t. III, p. 580.

9 Véase Althusser, L., "Idéologie et appareils idéologiques d'Etat", *La Pensée*, Paris, junio 1970, y Poulantzas, N., *Fascismo y Dictadura*, México, Siglo XXI, 1971, cap. VII.

10 *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 143.

Unidos, por ejemplo, o la de los sindicatos en Brasil o México y en Chile o Argentina[11].

Es precisamente porque el Estado no es lo mismo que el sistema de dominación que la conquista del aparato estatal burgués se soluciona de golpe el problema del poder proletario. Fue lo que se vio con claridad en la experiencia de la revolución cultural china. Anteriormente, Lenin había insistido en la idea de que la posesión del aparato del Estado por el proletariado le servía a éste esencialmente para desarrollar en mejores condiciones su lucha de clases, afirmando: "... al conquistar el poder estatal, el proletariado no suspende su lucha de clases, sino que la prosigue en otra forma y por otros medios. La dictadura del proletariado es la lucha de clases de los proletarios con la ayuda de un instrumento como el poder estatal"[12]. Los textos de su último período están centrados en torno a la preocupación de profundizar y ampliar el poder proletario, mediante la incorporación directa de las masas trabajadoras a la gestión estatal.

La importancia que asume para el proletariado la posesión del aparato del Estado reside básicamente en la posibilidad que este le da de *cambiar la correlación social de fuerzas*, antes favorable a la burguesía, y volcarla en su favor. En otras palabras, de agrupar en torno a sí a las clases explotadas por el capital, condición *sine quae non* para la construcción del socialismo.

Ello se debe a que, en las estructuras sociales complejas que se ha desarrollado con base al modo de producción capitalista, cualquier sistema de dominación se funda siempre en una alianza de clases. El fenómeno es ya visible en los albores de la revolución burguesa, y fue justamente el carácter de la alianza de clases en que se apoyó la burguesía lo que le dio su especificidad al régimen burgués nacional. Es así como, en Inglaterra, el compromiso de 1689, que marca la culminación de la revolución burguesa, reúne en un solo bloque a la burguesía y la nobleza terrateniente, quedando en manos de ésta la gestión del aparato estatal en beneficio de la primera; conflictos como los que se produjeron en torno a la ley de cereales, a principios delsiglo XIX, corresponden a fricciones al interior del bloque dominante, que incidieron en las relaciones entre la burguesía y el proletariado[13]. En Francia, el grado de agudización de las contradicciones entre la burguesía y la clase terrateniente obliga a la primera a apoyarse en la pequeña burguesía, que llega incluso a dominar el aparato del Estado en el período jacobino[14]; la

11 Señalemos de paso que Lenin considera que sólo después de la toma del poder por el proletariado los sindicatos empiezan a convertirse en parte del aparato estatal. *Discurso en el II Congreso de los Sindicatos de Rusia, Obras completas*, B. Aires, Cartago, t. 28, pp. 420-427.

12 "Las elecciones...", *obra cit.*, p. 81.

13 Cfr. Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, T. I, cap. VIII.

14 Véase Poulantzas, N., *Clases Sociales y poder político en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1969, Parte II, cap. 4.

recomposición de la alianza entre la burguesía y los terratenientes cambiará posteriormente esa situación, afectando la forma del Estado, pero la fuerza de la pequeña burguesía impedirá la estabilización política y abrirá paso a la irrupción del proletariado revolucionario. Sólo la derrota de éste, en 1871, permitirá a la burguesía construir un sistema de dominación estable. En Alemania, el desarrollo del proletariado impedirá a la burguesía llevar a cabo su revolución política, y el compromiso que se establece entre ella y la nobleza feudal, en 1848, se hará en términos mucho más favorables a esta última que en Inglaterra[15].

Las revoluciones proletarias del siglo XX han mostrado que la situación que enfrenta el proletariado, respecto a la necesidad de contraer alianzas de clases para llevar a cabo su política, no es distinta. Lo específico en ellas está —por las diferencias ya señaladas entre las revoluciones burguesas y proletarias— en su imposibilidad de aliarse a la clase dominante y en el gran desarrollo de las clases o fracciones de clases que, sometidas al imperio del capital, constituyen sus aliados potenciales. Ello contribuye a explicar las dificultades y deformaciones que aquejan a los regímenes socialistas, del mismo modo como son las alianzas de clases lo que impidieron al capitalismo realizar en la forma más racional su modo de producción[16]. Pero en la óptica del tema que nos ocupa, plantea al proletariado la necesidad ineludible de forjar los instrumentos capaces de asegurar la atracción y la organización solidaria de esos grupos sociales.

Junto al partido y las organizaciones amplias de masas, el Estado es por excelencia el instrumento que sirve al proletariado para la consecu-

15 Ibidem. Engels había observado ya: "Parece ser una ley del desarrollo histórico el que la burguesía no pueda detentar en ningún país de Europa el poder político —al menos, durante largo tiempo— de la misma manera exclusiva con que pudo hacerlo la aristocracia feudal durante la Edad Media". *Del socialismo utópico al socialismo científico* en Marx y Engels, *obra cit.*, t. II, p. 107.

16 Es así cómo la propiedad privada de la tierra, aunque impida el desarrollo de una agricultura capitalista racional, constituye la contrapartida necesaria de la alianza entre la burguesía y la clase terrateniente. Conviene sin embargo, tener presente que esa alianza se inscribe en el marco de posibilidades abierto por el carácter contradictorio del modo capitalista de producción. Como lo indica Marx: "El conflicto entre el precio de la tierra como elemento del precio de costo para el productor y no como elemento del precio de producción para el producto... no es sino una de las formas en que se manifiesta siempre la contradicción entre la propiedad privada sobre el suelo y la existencia de una agricultura racional con una explotación normal de la tierra al servicio de la sociedad. Por otra parte, la propiedad privada sobre el suelo, y, por tanto, la expropiación de la tierra de manos del productor directo —es decir, la propiedad privada de unos, que implica la no propiedad de otros sobre la tierra— constituye la base del régimen capitalista de producción". *El capital*, obra cit., t. III, cap. XLVII, pp. 751-752. Sobre las implicaciones políticas de esta cuestión, véase mi discusión con Michel Gutelman en *Transición al socialismo y experiencia chilena*, CESO-CEREN, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1972.

ción de este propósito. La gran enseñanza de Lenin está en que no es intentando obtener el apoyo de la mayoría del pueblo como el proletariado puede tomar el poder, como sustentaban los oportunistas de su época al establecer su estrategia de la vía electoral, sino que es tomando el poder como el proletariado puede ganar para sí el apoyo de esa mayoría. Porque sólo el ejercicio del poder permite al proletariado demostrar prácticamente a las clases aliadas y a las capas vacilantes del pueblo su disposición y su capacidad para liberarlas de la opresión burguesa y la explotación capitalista, encaminándolas hacia la edificación de un modo superior de convivencia — el socialismo.

La transición al socialismo supone, por tanto, la dictadura del proletariado. Esta se entiende como la situación en la cual, detentando el poder político, el proletariado puede desarrollar en mejores condiciones su lucha de clase. En primer lugar, contra la burguesía, con el objeto de arrancar de sus manos las fuentes de riqueza que ella controla y ponerlas al servicio de todo el pueblo; en esta perspectiva, la dictadura del proletariado implica echar mano de la expropiación y de la violencia para quebrar la resistencia burguesa, apareciendo claramente como un poder coercitivo, que se ejerce sin limitación de ninguna especie. Las tesis que abogan por la lenta transformación del derecho, una vez consumada la toma del poder, ignoran de buena o mala fe la dureza del enfrentamiento que el proletariado debe librar, lo que exige no sólo romper la legalidad burguesa para poner de pie una legislación acorde con la construcción de la nueva economía, sino también recurrir a las leyes de excepción aún desde el punto de vista de la dictadura del proletariado. Estas leyes de excepción, de las que la privación de derechos electorales que se impuso en Rusia a la burguesía constituye un buen ejemplo[17], se orientan a romper el espinazo de la reacción burguesa y se definen por tanto en función del grado de resistencia que esta clase opone a la dictadura del proletariado. Es perfectamente admisible que se deroguen después, pero su aprobación en el momento oportuno corresponde a una necesidad imperiosa para que el proletariado pueda seguir avanzando en la aplicación de su política.

Pero la lucha de clase del proletariado, en el marco de su dictadura política, no se agota en la lucha contra la burguesía: en un segundo plano, y adquiriendo importancia creciente a medida que se debilita la reacción burguesa, se plantea también la lucha contra sus propias clases

17 "La cuestión respecto a la privación de los derechos electorales a la burguesía no la interpretamos de ningún modo desde un punto de vista absoluto, porque en el terreno teórico es perfectamente admisible que la dictadura del proletariado irá aplastando a la burguesía a cada paso, sin privarla, no obstante, de los derechos electorales. Desde el punto de vista teórico este se concibe plenamente, y de ahí que tampoco proponemos nuestra constitución como un modelo para los demás países. Decimos únicamente que el que concibe la transición al socialismo sin el aplastamiento de la burguesía no es socialista." Lenin, "Informe sobre el programa del Partido. Pronunciado el 19 de marzo", VIII Congreso del PC (b) de Rusia, 18-23 de marzo de 1919, en *Obras escogidas*, t. III, p. 191.

aliadas, con el propósito de guiarlas por el camino del socialismo. A diferencia de la situación anteriormente descrita, el método principal que utiliza el proletariado en este sentido no es la violencia, sino la persuasión y la educación política. Es lo que lleva a que la agitación y propaganda revolucionaria, después de la toma del poder, mantengan su posición de destaque entre los instrumentos de lucha utilizados por el proletariado y lo que exige la permanencia del partido proletario durante todo el tiempo que tome el tiempo de la transición, o sea, de la supresión de las clases. Aquí también aparece con nitidez la necesidad de proceder a una rápida transformación del derecho, ya que sólo entonces éste revela toda su potencialidad revolucionaria: de mero elemento de organización de la sociedad en un momento dado de su desarrollo, la ley se convierte en un instrumento de avanzada, que se adelanta a la situación existente y fija metas a ser alcanzadas. El derecho cumple así un papel no sólo ordenador, sino también educativo[18].

Puesta la cuestión en estos términos, se entiende por qué la toma del poder constituye el objetivo central de la lucha revolucionaria del proletariado y aparece como la condición primera para que este pueda enfrentar con éxito las tareas de transformación de la sociedad, es decir, de la transición al socialismo. La capacidad para generar su propia legalidad y aplicarla mediante la coersión y, en grado cada vez más significativo, la persuación (lo que distingue la dictadura del proletariado de la dictadura burguesa, que se basa esencialmente en la primera) aparece como una necesidad ineludible de la lucha de clase proletaria. Ello nos permite centrar ahora nuestra atención sobre como está planteado el problema del poder en Chile.

II

Tal como se presentaba en setiembre de 1970, el sistema de dominación chileno era el resultado inmediato de la recomposición de alianzas de

18 ". . .Si confiáramos en que la redacción de un centenar de decretos iba a cambiar la vida del campo, seríamos unos idiotas rematados. Mas si renunciáramos a señalar en los decretos el camino a seguir, seríamos unos traidores al socialismo. Estos decretos que en la práctica no han podido ser aplicados en el acto y en toda su integridad, han desempeñado un importante papel desde el punto de vista de la propaganda. . . Nuestros decretos son llamamientos, pero no al viejo estilo; 'Obreros, levantaos, derrocad a la burguesía'. No son exhortaciones a las masas, son llamamientos a acciones prácticas. *Los decretos son instrucciones que invitan a una acción práctica de masas.*" "Informe sobre el trabajo en el campo. Pronunciado el 23 de marzo", VIII Congreso. . . *Obra cit.*, p. 212, subr. Lenin. "Nuestros decretos acerca de las explotaciones campesinas son justos en el fondo. No tenemos motivos para retractarnos de ninguno de ellos ni para lamentarnos. Mas si los decretos son justos, *lo injusto es imponérselos por la fuerza a los campesinos. Ibid.* p. 214, subr. Lenin.

clases acaecida en la década de 1930. A grandes líneas, se asiste en aquel entonces a la culminación de un largo proceso de cuestionamiento de la dominación oligárquica, que incluía a la clase terrateniente y a la burguesía comercial y financiera, estrechamente asociadas al imperialismo. Esa dominación se rompe en los años 30 para reestructurarse de nuevo en torno a la vieja oligarquía y a las clases medias burguesas; se trataba de una solución de compromiso que no era específicamente chilena, sino que correspondía a las nuevas formas de dominación que, con la sola exclusión de Argentina emergían entonces en los países latinoamericanos de mayor desarrollo capitalista relativo.

Lo peculiar del caso chileno se debe a la situación de la pequeña burguesía en el nuevo esquema de alianza de clases y su posición *vis-a-vis* del Estado. No tanto porque la pequeña burguesía obtuviera allí ventajas y privilegios, ya que esto se dio también en otros países latinoamericanos, como México y aún Brasil: en todos ellos la pequeña burguesía, proporcionando las tropas de choque de las clases medias, desempeñó un papel relevante en la lucha política y entró a participar directamente de la gestión del aparato estatal, valiéndose de ello para cautelar sus intereses económicos. Ello fue sobre todo cierto para sus capas no propietarias, que mejoraron considerablemente sus oportunidades de empleo y sus condiciones de remuneración, gracias a la ampliación de los servicios públicos, así como el impulso industrializante recibido por la economía que hizo expandirse las ramas privadas de los servicios. En el México de Cárdenas o en el Brasil tenentista, del mismo modo que en el Chile del Frente Popular, se desarrolla entonces una amplia capa burocrática de extracción pequeñoburguesa.

Chile se distingue, sin embargo, de los demás países por el carácter que asume esa capa burocrática y la relación que ella establece con el conjunto de la clase de la cual provenía. Es así como, a diferencia de México, en donde esa capa utiliza su posición en el Estado para ascender a las filas de la burguesía, dando origen a lo que se ha llamado burguesía burocrática, o de Brasil, en donde, además de su subordinación efectiva a la burguesía[19], ella sufre una degradación progresiva, pasando a vegetar en los puestos subalternos del aparato estatal, la pequeña burguesía burocrática en Chile logra mantener la posición conquistada, sin que esto acarreara para ella el desprendimiento de su clase y su incorporación a la burguesía. Por el contrario, mantiene con ésta una relación de clase a clase, que se formaliza mediante algunos instrumentos básicos: la democracia parlamentaria, en el marco de la cual el conjunto de la pequeña burguesía podía hacer sentir su peso e imponer a la burguesía, necesitada de sus votos, el respeto a la alianza contraída; la expansión y el monopolio de los cargos públicos, y la garantía de movilidad vertical al conjunto de la clase, mediante la ampliación del sistema educativo[20]. En relación a éste, el último bastión bajo el control oligárquico, las universidades, fue finalmente conquistado a fines de la década del 60, en el marco de la contra-ofensiva desatada por la pequeña burguesía después de su repliegue en el período gubernamental de Jorge Alessandri.

La pequeña burguesía chilena llega así a conformar una verdadera capa política dirigente, que, respondiendo a los intereses de su clase, convierte a ésta en su conjunto en una clase de apoyo activa[21] al sistema de dominación vigente. No sorprende así su adhesión decidida a las instituciones y valores que ella misma ha ayudado a forjar y que le han resultado por lo general beneficiosas. El profesionalismo de las fuerzas armadas chilenas y su firme respaldo a la institucionalidad no son sino una manifestación de esa actitud de clase de la pequeña burguesía, una vez que el aparato armado del Estado quedó también virtualmente en sus manos[22].

19 Uno de los mecanismos mediante los cuales la pequeña burguesía sella en Brasil su alianza con la burguesía es la legislación que establece que los cargos públicos se llenan con base en el mérito, es decir, por concurso público. Como única clase letrada en la sociedad brasileña, la pequeña burguesía aseguraba así que esos cargos quedaban reservados para ella. Sin embargo, la norma sólo se aplicaba a los cargos inferiores, quedando excluidos los puestos de dirección y los cargos de confianza, que son los mejor remunerados. Para acceder a ellos, el pequeño burgués no podía accionar los resortes legales, sino que debía hacer méritos ante la burguesía; para mantenerlos, era forzado a convertir el desempeño de la función en una defensa permanente de los intereses burgueses.

20 Un libro reciente de James Petras, *Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno*, B. Aires, Amorrortu, 1971, aporta elementos útiles para analizar la situación de clase de la pequeña burguesía en Chile; véanse particularmente los capítulos 2 y 8, basados en encuestas efectuadas por Dale Johnson y Eduardo Hamuy, respectivamente. Como término de comparación, se puede tomar a Rangel Contla, J. C., *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana, 1895 a 1960*. México, Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Sociales, 1972.

21 Entendemos por clase de apoyo activa aquella que, sin participar directamente del bloque dominante, desempeña un papel activo en la alianza de clases en que se basa el sistema de dominación, sea en el sentido de contribuir ideológica y políticamente al afianzamiento de éste, sea en el de retirar de él beneficios para sí propia. La pequeña burguesía chilena asume esa posición en el sistema de dominación conducidas por sus capas dirigentes, las cuales llegan a asumir en este sistema el papel de fracción de clase reinante durante el período del Frente Popular. Sobre el concepto de clase reinante, véase Poulantzas, *Clases sociales. . .*, obra cit., Parte III, cap. 4., en especial p. 325.

22 Una encuesta realizada en Chile por Roy Allen Hansen, en 1967, para la Rand Corporation y otras instituciones norteamericanas, mostró, entre otras cosas, que el 51 % de los padres de 37 generales retirados entre 1952 y 1964 eran profesionales y gerentes y que los 5 mejores amigos de los militares entrevistados eran, en la proporción de un 86 %, profesionales y gerentes. Cit. por Cayuela, J., y Camilo Taufic, "Claves para la presencia militar", *Chile HOY*, Santiago, Nº 25, 1-7 de diciembre de 1972. Una versión inútilmente complicada de la tesis de la identidad entre las fuerzas armadas y la pequeña burguesía en Chile puede encontrarse también en Joxo, A., *Las fuerzas armadas en el sistema político de Chile*, Santiago, Universitaria, 1970.

La estrategia de la Unidad Popular sólo se explica en este contexto. Clase de apoyo activa del sistema de dominación, vinculada a la institucionalidad por sus intereses y su ideología, la pequeña burguesía chilena no constituía una fuerza social movilizable en torno a una política insurreccional. Se diferenciaba en ello de la mayoría de las capas medias latinoamericanas que, ocupando una posición francamente subordinada en el sistema de dominación, no experimentaban lealtad particular a éste, y que, enfrentadas a un grave deterioro de su situación económica, se polarizaban rápidamente alrededor de las corrientes políticas más radicalizadas. Es así como, en la mayoría de esos países (aunque de manera inconsecuente, como se da particularmente en Venezuela, Brasil y Bolivia), la pequeña burguesía evolucionará desde la crítica ácida al despilfarro, la incapacidad y la corrupción de las clases dominantes a una política siempre más hostil a éstas, que acaba por conducir a sus grupos de vanguardia a plantearse abiertamente el camino insurreccional.

Acogida a los privilegios que lograra crear para sí, la pequeña burguesía chilena se comporta de otra manera. Aún cuando se ve amenazada, como ocurrió después de las elecciones de 1958, resiste a la presión ejercida sobre ella por las fracciones más reaccionarias de la coalición dominante sin salirse del sistema vigente y, bien al contrario, tratando de utilizarlo para reforzar su capacidad de respuesta —lo que se concretó en el ascenso al gobierno de la Democracia Cristiana, en 1964. Esto, sumado al crecimiento de la votación de izquierda, mostraba que la pequeña burguesía había aprendido la lección del Frente Popular, ella misma producto de experiencias anteriores: valerse de la manipulación del movimiento de masas en el marco institucional para estrechar sus vínculos con la burguesía y fortalecer su posición política.

Sin embargo, aunque las maniobras de los sectores más reaccionarios de las clases dominantes amenazara realmente a la pequeña burguesía, la amenaza mayor que se cernía sobre ella provenía de la misma burguesía. Comprometida con un proceso de acumulación capitalista dependiente, ésta no podía en efecto escapar a la dinámica propia de ese proceso, la monopolización creciente de los modos de producción, la integración al capital extranjero a nivel mismo de la producción, el impulso a la producción de bienes suntuarios y la declinación relativa de la producción de bienes esenciales de consumo, que caracterizan a la acumulación dependiente, generaban presiones cada vez más fuertes por parte de la burguesía para readecuar la estructura del mercado; un elemento fundamental de esa readecuación está dada por la distribución regresiva del ingreso, lograda a través de la erosión de los sueldos y salarios[23]. Era, por tanto, inevitable que el gobierno democratacristiano abandonara de manera cada vez más ostensible su plataforma progresiva, que contemplaba la elevación de los niveles de consumo popular mediante reformas estructurales y una política redistributiva, en favor de la

23 Véase, para la fundamentación teórica de este punto, mi *Dialéctica de la dependencia*. Santiago, CESO, 1972, mimeo.

política antipopular propiciada por el gran capital nacional y extranjero. Además de herir duramente los intereses de las masas trabajadoras y agudizar las contradicciones interburguesas[24], el cambio de orientación de la política económica del gobierno de Frei resquebrajó gravemente la alianza entre la burguesía y la pequeña burguesía.

Se entiende así que esta clase iniciara un proceso de autonomización política frente a la burguesía, que se refleja en su comportamiento contradictorio a partir de 1967. Pasando por el intento de conformar una alternativa propia (que cirstalizará en 1970 en la candidatura de Radomiro Tomic), ese comportamiento presenta dos variantes extremas: de un lado, el desplazamiento hacia la derecha de algunos sectores, que van a buscar en la fracción más reaccionaria del bloque dominante una defensa contra la gran burguesía y acaban por quedar allí codo a codo con ésta, formando la base electoral de la candidatura de Jorge Alessandri; de otro lado, el fenómeno izquierdizante, que se expresa sea en la tentación de aliarse a las masas trabajadoras, para reafirmarse en el plano institucional, sea en la de romper sus lazos con la institucionalidad, lo que incidió en la clase de manera muy reducida pero no exacerbó a nivel de sus sectores de vanguardia, particularmente los estudiantes.

En esta perspectiva, la formación de la Unidad Popular corresponde a un reflejo del descontento de la pequeña burguesía, así como a una estrategia calculada para aprovechar la confusión reinante entre sus filas. Unida al ascenso del movimiento de masas y a los conflictos que oponían entre sí las capas burguesas, la situación de la péqueña burguesía creaba condiciones propicias para hacer estallar la crisis latente en el sistema de dominación vigente. Fue lo que efectivamente pasó cuando, para sorpresa de las clases dominantes y de su propia clase de apoyo, la izquierda logró introducir, en septiembre de 1970, una cuña en el aparato del Estado, desarticulando el elemento básico en la estructura del sistema dominante.

Es, por tanto, en las condiciones de la lucha de clases previas a setiembre de 1970 que debemos buscar la explicación para el fenómeno de la Unidad Popular. El deseo de la coalición electoral de izquierda de atraer o neutralizar sectores de la pequeña burguesía obligaba a tomar en consideración a la situación real de ésta: salvo una fracción muy minoritaria, el grueso de la clase procuraba encontrar una salida dentro del marco institucional. Este llevó a la coalición de izquierda a establecer claramente su compromiso con el sistema político vigente y más concretamente con las instituciones del Estado burgués, con el fin de no enajenarse el eventual apoyo de los sectores pequeño burgueses que buscaban una salida de izquierda.

Pero la marcha de la acumulación capitalista dependiente no había

24 No cabe aquí analizar en detalle ese proceso. Algunas precisiones pueden encontrarse en mi trabajo. *El sector industrial chileno*, Santiago, CESO, 1972, mimeo. Una versión ampliada del mismo está por publicarse en el CESO, bajo el título *La acumulación de capital y la crisis del sistema de dominación en Chile.*

golpeado tan sólo a la pequeña burguesía, sino también y con más fuerza aún al proletariado industrial y amplias capas populares no proletarias[25] pone a la coalición de izquierda en la necesidad de extremar sus posiciones programáticas. Ella se dará entonces explícitamente como objetivo la construcción del socialismo.[26]

Es así como la necesidad de forjar una determinada alianza de clases se expresa programáticamente en lo que vendrá a llamarse después "vía chilena al socialismo": la conquista gradual y pacífica del poder político, sin ruptura brusca del orden burgués, acompañada de la liquidación de las bases de la dominación imperialista, latifundista y monopólica, a través de medidas planteadas en la perspectiva de la construcción del socialismo.

Las dificultades implicadas en esa estrategia han estado siempre referidas a problemas que hacen al carácter mismo de la alianza de clases que ella quiere conformar; particularmente, respecto a la relación a establecer con las capas medias de la burguesía, cuyos intereses han sido recogidos en el programa (por ejemplo, a través del concepto de área privada de la economía). Este fue el sentido de la discusión que precedió a la formación de la coalición electoral, cuando, tomando como punto de referencia al FRAP y reflejando la radicalización que había experimentado después de 1964, el Partido Socialista le contrapuso la idea del Frente de Trabajadores, que implicaba en la práctica la exclusión del Partido Radical y de los sectores sociales que éste simboliza. Posteriormente a 1970, las divergencias surgidas en el seno de la izquierda, que enfrentaron primero al Partido Comunista y el MIR para entrar a polarizar después importantes corrientes al interior mismo de la Unidad Popular, han girado fundamentalmente en torno a esa cuestión.

La primera manifestación explícita de esas divergencias se dio poco después de las elecciones municipales de 1971, cuando se elevaron desde las filas del MIR, críticas a los criterios burocráticos y eficientistas puestos en práctica por el gobierno, así como a la subestimación de la movilización de los trabajadores que ello implicaba[27]. Iniciada en estos términos, y enfocándose inicialmente a la disyuntiva capitalismo de Estado-socialismo, esa crítica derivaría rápidamente hacia la raíz del problema planteado: el carácter de las alianzas de clases perseguida por el Partido Comunista y el MIR[28]. La cuestión volvió a presentarse con mas fuerza en la polémica entablada entre estas dos organizaciones, a principios de 1972, a propósito de la reforma agraria. Sin abandonar la línea que levantara anteriormente, en el sentido de que la UP excluía de la alianza de clases al proletariado no organizado y a las capas más pobres del semiproletariado, el MIR desarrolla más ampliamente la contrapartida de ese razonamiento: dicha exclusión correspondía a la alianza que la Unidad Popular establecía con la burguesía rural, y que la llevara a enmarcar su política en la ley democratacristiana de reforma agraria, limitando pues las expropiaciones de tierras a los fundos con más de 80 hectáreas de riego básico[29]. Un planteamiento similar se hizo respecto a la burguesía urbana. Secundariamente, esto ha suscitado discusiones relacionadas con el concepto de gran empresa y atinentes a qué sectores de la burguesía no se contemplarían ahora en la política de estatizaciones. Pero el argumento central del MIR ha sido el de que la Unidad Popular no ha proporcionado objetivos inmediatos de lucha a la mayoría del proletariado industrial, sino tan sólo al sector más organizado de la clase obrera, a los que abrió la perspectiva del área de propiedad social[30].

En lo fundamental, esas divergencias se deben a la imprecisión de las formulaciones de la Unidad Popular respecto al carácter de las relaciones a ser establecidas por el proletariado con las fuerzas sociales que se pretende agrupar en torno a él, en particular las capas medias. Ejemplo de esa impresisión es el uso indiscriminado del término "alianza", tomado muchas veces como sinónimo de compromiso. Esto no tiene una importancia meramente semántica: lo que trasparece, en esa confusión conceptual, es la dificultad que experimenta la Unidad Popular, en virtud de su heterogeneidad, para definir una clara jerarquía entre los sectores sociales aliados y los sectores a neutralizar, así como entre los intereses generales que el proletariado está en condiciones de asumir y aquellos que él se limita a respetar en virtud de la correlación de fuerzas existentes.

Es útil, en este sentido, recurrir a las enseñanzas de Lenin, particularmente las que se refieren a las relaciones entre el proletariado y el cam-

25 Entre 1960 y 1969, la participación de los salarios en el ingreso nacional bajó del 22,7 % al 20,7 % mientras la de los trabajadores por cuenta propia descendió del 21,8 % al 14,3 %. La pauperización de esta última categoría es aún más significativa si consideramos que su participación en la ocupación total se elevó el 20,4 % al 22,1 % en el mismo período. ODEPLAN, *Antecedentes sobre el desarrollo chileno*, Santiago, 1971.

26 Esa radicalización se hace sentir sobre todo en el Partido Socialista y responde en grado significativo por la consolidación y desarrollo del Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

27 Véase Díaz C. "Socialismo o Capitalismo de Estado", *Punto Final*, Santiago, Nº 131, 25 de mayo de 1971.

28 Véase Arredondo, J., "Los grandes ausentes: obreros no organizados", *Punto Final*, Nº 134, 6 de julio de 1971.

29 Véase *La política del MIR en el campo. Declaración del Secretariado Nacional.* Santiago, Ediciones "El Rebelde", s/f.

30 La polémica en torno al llamado "proyecto Millas" —en realidad, una definición de la política gubernamental hacia el área estatal— a principios de 1973, puso a descubierto que la mayor parte de las empresas intervenidas o requisadas por el Gobierno en sus dos primeros años de existencia correspondían más bien a empresas medianas y pequeñas, para las cuales no se preveía el paso al área estatal. Esto demuestra que los trabajadores que se movilizaban en la lucha diaria contra la burguesía no tenían consignas para levantar sino la de la estatización, que la UP había sin embargo reservado para ciertos sectores obreros de la gran industria. La situación habría sido distinta si tales consignas —como, por ejemplo, la del control obrero de la producción— hubieran existido.

pesinado en el curso de la revolución de 1917. En ellas se observa claramente que la alianza obrero-campesina en su sentido amplio expresaba de hecho una verdadera alianza con las capas pobres del campesinado (que Lenin caracterizaba como un semiproletariado) y un compromiso con las capas altas. Tanto era así que, en el marco de ese compromiso, los bolcheviques no se ataban las manos en la tarea de preparar y desarrollar la lucha entre ambas fracciones campesinas, dedicándose desde un principio a dividirlas y a organizar al campesinado pobre en forma en forma independiente. Por lo demás, la posición leninista frente a la pequeña burguesía campesina no implicó nunca el supuesto de que era necesario ganarla *antes* de la toma del poder, sino más bien que bastaba con neutralizarla; más aún, la conquista del aparato del Estado constituía una condición *sine qua non* para realizar en los hechos la alianza de clases, y no al revés. En otros términos, la toma del poder es una tarea que hace esencialmente al proletariado, la atracción de las capas medias constituyendo ya un problema de la revolución victoriosa[31].

Las condiciones en que se lleva a cabo el proceso chileno, y que no han permitido excluir a las elecciones parlamentarias burguesas como una de las formas que asume la lucha por el poder, confieren sin duda una mayor complejidad a la cuestión de las alianzas y compromisos. Pero ello no dispensa la necesidad de definiciones rigurosas. Menos aún permite poner a todas las clases y fracciones de clases que el proletariado debe ganar o neutralizar en un mismo pie de igualdad. En la práctica, sin embargo, es como se presentan los intereses de las capas medias burguesas en el programa de la Unidad Popular.

Conviene empero señalar que ello no ha dado lugar a que cristalizara en la U.P. un ala propiamente burguesa. La defensa de dichos intereses en el interior de la coalición política ha quedado en manos de las corrientes pequeñoburguesas de corte socialdemócrata y del Partido Comunista, que no se diferencia netamente de ellas. Esto se debe, en parte, al hecho de que las capas medias burguesas no han reaccionado favorablemente al proyecto de alianza que levantó la UP, por lo menos hasta ahora, pero también, y quizás principalmente, a la capacidad ya señalada que posee en Chile la pequeña burguesía para responder por la defensa ideológica y política de los intereses burgueses. Este último aspec-

31 Cfr. "Las elecciones. . ." o "La revolución proletaria. . ." ya citadas. Entre los muchos pasajes en que Lenin se refiere al problema, se podría destacar el siguiente: —"Sólo el proletariado puede derribar a la burguesía. Sólo el proletariado puede arrastrar tras de sí *a las masas* contra la burguesía. Sin embargo, de aquí no se deduce en modo alguno —creerlo constituiría el más grave error— que en la obra *posterior* de la edificación del comunismo, *una vez derribada ya la burguesía y cuando el poder político se encuentre ya en manos del proletariado*, podamos *prescindir* asimismo en adelante de los elementos medios, intermedios." *Informe sobre el trabajo en el campo*, obra cit., p. 205, subr. RMM. En cuanto al carácter de esa no prescindencia, Lenin lo aclara más adelante, definiéndolo fundamentalmente como de "neutralización"; cfr. p. 207. Véase también *Discurso en defensa de la táctica de la Internacional Comunista. 1º de julio*, III Congreso de la IC, *Obras escogidas*, t.III, pp. 671-679.

to ha quedado meridianamente claro con la incorporación de las Fuerzas Armadas al gobierno, después de la crisis de octubre de 1972.

La especificidad de la pequeña burguesía chilena, es decir, su capacidad como agenciadora del consenso entre las clases sobre el cual reposan las instituciones vigentes, se ha acentuado en el curso del período. Clase de apoyo activa en el sistema de dominación que entró en crisis en 1970, ella sigue apareciendo con la misma calidad en el proyecto levantado por la Unidad Popular para reemplazar ese sistema. En ambos casos, se la privilegia como aliado fundamental, lo que tiene como resultado acentuar la autonomización relativa que ella empezó a vivir durante la última década.

Si se observa la evolución reciente de la pequeña burguesía, se constata, en efecto, que ésta ha sido llevada a asumir cada vez más su papel de garante de la convivencia institucional entre las clases. Inicialmente, en el período que siguió inmediatamente al 4 de setiembre, la pequeña burguesía aparece relativamente neutralizada, lo que favorece la formación del gobierno de la Unidad Popular; después realiza un movimiento de desplazamiento hacia el campo de la izquierda, el cual tiene su culminación en las elecciones municipales de 1971; pero, desde mediados de ese año, corrige su posición y vuelve a asumir una actitud de creciente independencia. El surgimiento del fascismo —la forma por excelencia de la autonomización de la pequeña burguesía— fue una expresión parcial de ese fenómeno. Pero lo ha sido también la neutralidad mantenida durante un largo período por las fuerzas armadas y su intento de arbitrar los conflictos de clase desde el seno mismo del gobierno, lo que empieza a darse por ocasión del llamado "caso Tohá", en enero de 1972.

Una cosa, sin embargo, es la motivación subjetiva que informa el comportamiento político de una clase, y otra bien diferente las condiciones objetivas en que ella debe ejercerlo. Fue lo que quedó patente en el curso mismo de la crisis de octubre: entonces, el espejismo de la importancia primordial de la pequeña burguesía en la lucha de clases y la ilusión de autonomía que ella alimentaba se deshicieron bruscamente para dar paso a la realidad. Y la realidad es que la lucha de clases se libra en última instancia, y allí se decide, en torno al proletariado y la burguesía, en torno al trabajo y al capital. El carácter de apéndice de la reacción burguesa que el fascismo empezara a revelar desde agosto de 1972 se hizo patente en octubre, llevando a que la pequeña burguesía, celosa de su autonomía, desplazara hacia las Fuerzas Armadas sus ansias de liderazgo. Consumado el gabinete cívico-militar, los hechos posteriores pasarían a presentar una dinámica similar, con los militares esforzándose por mantenerse como una fuerza autónoma en el seno de gobierno e inclinándose cada vez más a asumir en la práctica la defensa de los intereses burgueses.

Es por tanto bajo el prisma de la contradicción fundamental que plantea la lucha de clases, y que pone frente a frente a la burguesía y el proletariado, que habrá que entender en qué términos está colocado hoy en Chile el problema del poder.

III

La situación particular por la que atraviesa el Estado chileno ha generado confusión en cuanto a su carácter, así como respecto a relación que con él mantiene el gobierno. Aunque sean pocos los que cuestionen abiertamente el carácter burgués del Estado, se observa la tendencia a considerar al gobierno como un cuerpo independiente de él y, en la práctica, como un Estado contrapuesto.

Ello aparece, por ejemplo, cuando se habla de una dualidad de poder en el seno mismo del Estado[32]. Se ignora así que el pretendido poder dual —el gobierno— extrae su legitimidad de la organización estatal vigente, como lo demuestra su generación por la vía electoral y su encuadramiento en el marco institucional creado en Chile por las clases dominantes. Se ignora también que el poder político de una clase no se expresa en la acción que lleva a cabo en su nombre un cuerpo de funcionarios, sino en la capacidad de coerción ejercida materialmente por la clase misma en el plano de las relaciones de producción y coadyuvada, esto sí, por las instituciones del Estado. Se ignora, en fin, que el carácter de esas instituciones cambia necesariamente cuando, al revés de expresar la voluntad de una minoría, expresan la de la mayoría del pueblo, caso en el cual ellas corresponden a la proyección a nivel del aparato estatal de las organizaciones populares de base.

La característica esencial del gobierno de la Unidad Popular consiste precisamente en su incapacidad para romper con una determinada fuente de legitimidad —la que le otorgó la democracia representativa burguesa, a través del proceso electoral— para basar su legitimidad en la organización masiva del pueblo. La desmovilización y la disolución progresiva de los Comités de Unidad Popular, creados durante la campaña electoral y a los que se pretendió hacer aparecer como órganos embrionarios de poder popular; la forma burocrática y verticalista por la cual la UP se enfrentó a los Consejos Comunales campesinos, a la participación obrera en la gestión de las empresas estatales, a las Juntas de Abastecimiento y Precios— todo ello ha configurado una política destinada a someter a las organizaciones del pueblo al aparato del Estado, al revés de enfrentarlas a éste como un poder alternativo en gestación. Con ello, el gobierno se afincó cada vez más en el Estado burgués, al revés de hacerlo en la movilización revolucionaria del pueblo. Es por esta razón que los órganos que se presentan hoy como embriones de poder dual, como los consejos comunales urbanos, los Cordones Industriales de Santiago y los Consejos Campesinos "formados por la base", se han constituido *al margen* del gobierno, aunque no en contra de él,

32 Cfr. Ramos, S., *Chile; ¿una economía de transición?* Santiago, CESO-PLA, s/f. cap. I-C.

y sus posibilidades de desarrollo están en razón directa a su grado de autonomía.

Por razones similares, no se puede tampoco caracterizar al gobierno de la UP como una dictadura legal del pueblo[33]. No se trata tan sólo de que ello involucra un equívoco teórico, similar al que llevó a Jruschev a aplicar al Estado soviético el concepto de "Estado de todo el pueblo", sino también de que el gobierno de la UP sólo es popular en el sentido de que se identifica con las aspiraciones del pueblo. Sin embargo, esa identificación no impide que siga siendo un cuerpo de funcionarios que actúa *en representación* del pueblo, y no sea la expresión directa del pueblo organizado ejerciendo funciones de gobierno.

Es, sin embargo, evidente que esas tesis no aparecen por acaso. Ellas reflejan una posibilidad real que se abrió para la clase obrera chilena y sus aliados, en setiembre de 1970, de constituir en el país lo que se podría llamar de "gobierno obrero proletario", para emplear un término marxista clásico. Conviene aclarar que, acogida por la Tercera Internacional, la expresión "gobierno obrero" no tiene ninguna connotación maximalista, diferenciándose claramente de la dictadura del proletariado, y no representa tampoco un concepto unívoco desde el punto de vista de clase. Es así como la Internacional comunista no sólo reconocía la existencia de gobiernos obreros que correspondían a formas camufladas de coalición entre la burguesía y dirigentes obreros contrarrevolucionarios, sino que contemplaba otras formas que, sin constituirse todavía en un elemento transicional hacia la dictadura del proletariado, podrían crear condiciones para ésta, en la medida en que avanzaran hacia la conformación de un gobierno obrero proletario. Este no podría ser otra cosa que un gobierno nacido "de la lucha de las propias masas y apoyado sobre órganos obreros aptos para el combate, creados por las más vastas capas de las masas obreras oprimidas"[34].

El hecho de que la UP no haya constituido un gobierno de esta naturaleza no significa empero que no se hayan dado las condiciones en Chile para marchar en esa dirección. El drama de Unidad Popular y de la izquierda en general ha resultado en una amplia medida de la percepción de esa posibilidad y de los obstáculos establecidos para su realización por la correlación de fuerzas a nivel de la sociedad, así como por el peso específico de la pequeña burguesía al interior de la coalición gobernante. Pero esa contradicción no se supera mediante el recurso a tesis como la del poder dual en el seno del Estado o de la dictadura legal del pueblo, que contribuyen más bien a enmascararla.

Como quiera que sea, la forma limitada en que la UP hizo cristalizar el objetivo del gobierno obrero ha permitido entrever el papel que éste debe tener en tanto que órgano de clase del proletariado revolucionario

33 Cfr. Labarca, E., *Corvalán 27 horas*, Santiago, Quimantú, 1972.

34 Véase la resolución sobre la táctica del IV Congreso de la Internacional, en *Theses, manifest et résolutions adoptés por los Ier. II. III et IVe Congrès de l'Internationale Comuniste*. París. Maspero, 1970, pp. 158-159, facsimil. [Próximamente en Cuadernos de P y P.].

en Chile. Las funciones que le corresponden consisten en dificultar a la burguesía el recurso al aparato de Estado para restañar las heridas abiertas en su sistema de dominación; hacer jugar contra las clases dominantes los instrumentos legales y materiales de que dispone, ejerciendo contra ellas un cierto grado de coerción que encuentra su límite en la supervivencia misma del aparato estatal burgués; promover una política encaminada a reforzar la capacidad orgánica del proletariado, así como a agrupar en torno a él a las demás clases capaces de conformar una alianza social revolucionaria; y favorecer por todos los medios la imposición del control de masas sobre la producción y la distribución de la riqueza.

El simple enunciado de esas funciones nos está mostrando que ese gobierno depara ya tareas que corresponden históricamente a los Estados proletarios. Evitemos empero el absurdo lógico: la existencia de esas funciones no quiere decir que se cuenta ya con un Estado de esa naturaleza, del mismo modo que el hecho de que al principio de todo proceso de transición al socialismo se haya verificado la desorganización del mercado y el surgimiento del acaparamiento, la especulación y el boicot no quiere decir que el que estos fenómenos se estén produciendo hoy en Chile demuestra la existencia de un proceso de transición. Las tareas de corte revolucionario que depara el gobierno obrero sólo pueden entenderse en la medida en que éste se define en tanto que elemento de transición *hacia la dictadura del proletariado*, es decir, si caracterizamos correctamente al período en que ellas se dan como un *período de lucha por el poder.*

Señalemos que el período que atraviesa Chile se caracteriza por la crisis del sistema burgués de dominación y se expresa en una exacerbación de la lucha de clases, a lo cual contribuye la desarticulación relativa del aparato de Estado. Ello corresponde a una amplia medida a una situación prerrevolucionaria, si se pretende conquistar el poder[35] . La posibilidad de contar con la posibilidad de usar una rama del Estado

35 La conceptualización de la situación prerrovolucionaria fue hecha por Lenin en varios de sus textos; su formulación más acabada se encuentra en *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo, Obras escogidas*, t. III, p. 427. Allí, tras señalar como rasgo fundamental de dicha situación a la crisis general de la sociedad, Lenin distinguía en ésta tres elementos: la decisión revolucionaria de la vanguardia obrera, la crisis política de las clases dominantes y la irrupción de las masas más atrasadas en la escena política. En algunos textos anteriores, había mencionado también como dato importante a las vacilaciones de las clases intermedias, que aparecen, en la formulación mencionada, asimiladas de hecho al segundo elemento. Aplicamos aquí el término "situación prerrevolucionaria" a aquel momento del proceso revolucionario en que esos elementos hacen su aparición o se encuentran en desarrollo, y el de "situación revolucionaria" al momento en que dichos elementos presentan un grado correlativo de madurez que permite arremeter contra el poder estatal burgués. El paso de un momento al otro es analizado por Lenin en *El marxismo y la insurrección, Obras escogidas*, t. II, y tiene su tratamiento más sistemático en *Las elecciones. . .* obra cit.

burgués para expropiar y reprimir a la burguesía, afirmar los órganos de poder popular e intensificar su acción aglutinadora sobre las clases potencialmente aliadas mejoran considerablemente la posición del proletariado para lograr ese objetivo. Pero es a la luz de esas tareas que el desempeño del gobierno de la UP debe ser evaluado. En otros términos, el parámetro para evaluar la acción del actual gobierno no es la construcción del socialismo, sino más bien la conquista del poder político. Es la revolución, no la transición, el eslabón por el cual hay que asir hoy la cadena del desarrollo político, para poder pasar al eslabón siguiente [36]

El hecho de que la lucha de clases plantee hoy como centrales a las tareas que hacen a la revolución no quiere decir empero que las cuestiones de la transición sean indiferentes al proletariado chileno; quiere decir tan sólo que es resolviendo las tareas centrales del período como se podrá encarar lo que aparece hoy como una posibilidad y llevarlo al terreno de las tareas prácticas. Por lo demás, no existe una muralla china entre los momentos de un proceso. Los órganos de combate que el proletariado crea en su lucha contra la burguesía son potencialmente sus órganos de poder: esta fue la gran enseñanza de los soviets. Las medidas que el proletariado adopta para hacer frente a la reacción burguesa son aquellas que le permiten operar la transformación de la sociedad: esta es la gran enseñanza que el proletariado chileno sacó de las jornadas de octubre.

La política no es todavía en Chile la expresión concentrada de la economía, en la acepción que le daba Lenin; este se reserva para aquel período en el cual, detentando el poder político, el proletariado se dedica a constuir una nueva economía sobre las ruinas de la precedente. Pero la política en Chile se centra cada vez más en torno a la economía; esto es así porque la burguesía misma eligió este frente de batalla y se muestra dispuesta a desmantelar su propia economía, para reconstruir sobre ella un sistema económico aún más represivo, explotador y divorciado de las necesidades de las grandes masas. Con ello, la burguesía hizo pasar a primer plano el problema del control de masas sobre la producción y la distribución. Es evidente que es ese control el que permitirá avanzar mañana hacia la dirección de esas actividades por las masas, lo que es rasgo fundamental del régimen económico socialista.

36 "Es necesario saber encontrar en cada momento el eslabón particular al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para sujetar toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente". Lenin, *Las tareas inmediatas del poder soviético, Obras escogidas*, t. II, p. 719. Bujarín señala al respecto, en su polémica con Trotski de 1924: —". . .la principal cualidad del método leninista. . . la real expresión de la dialéctica marxista - leninista reside en la capacidad para percibir las condiciones *peculiares*, el *pasaje* de una situación a otra, y para encontrar ese *eslabón importante* de la cadena al cual hay que asirse para dominarla en su conjunto". Bujarin. N. L., *Acerca de la teoría de la revolución permanente*, en *El gran debate (1924-1926). La revolución permanente*, Córdoba (Arg), Cuadernos de Pasado y Presente, Nº 34, 1972, p. 101.

Perderse hoy en día en disquisiciones sobre la vía chilena al al socialismo es pretender reemplazar con la utopía una realidad viva. Y la realidad viva de la lucha de clases en Chile está centrada como ha ocurrido siempre que la lucha de clases configuró una situación prerrevolucionaria, en torno al nudo gordiano de la toma del poder.

los libros

Para una crítica política de la cultura

Todos los meses

La crítica de los principales títulos aparecidos en lengua castellana escrita por especialistas en las más diversas materias.

La nómina de todos los libros publicados en Argentina, América Latina y España, distribuidos en el país y una breve reseña de cada uno.

Informaciones del mundo editorial.

Reportajes.

Números especiales dedicados a temas específicos.

Nº 23: Universidad y lucha de clases.
Nº 24: Uruguay: la estrategia de los tupamaros.
Nº 25: Psicoanálisis y política en la Argentina.
Nº 26: El imperialismo en la Argentina.
Nº 27: Los canales del gran acuerdo.
Nº 28: La crítica literaria en la Argentina.
Nº 29: Los discursos del poder.

Precio de la suscripción (12 números): **Argentina**, $ 45,60; **América**, U$S 10, vía aérea, U$S 15; **Europa**, U$S 12, vía aérea, U$S 18.
Cheques o giros a la orden de LOS LIBROS, Tucumán 1427, Buenos Aires, Argentina.

José Aricó

Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci

1. Iniciamos esta sección publicando algunos textos de Antonio Gramsci referidos a la experiencia de los consejos de fábrica turineses durante el llamado "bienio rojo" de 1919-1920. Excepto *Espontaneidad y dirección consciente*, que es una aguda reflexión sobre esta misma experiencia escrita en la carcel más de diez años después, el resto de los trabajos aparecieron como artículos en el semanario *L'Ordine Nuovo* y constituyen una de las expresiones más ricas y sugerentes del "movimiento sovietista" protagonizado por el proletariado europeo al influjo avasallador de la revolución bolchevique.

La tesis fundamental sostenida por la revista turinesa, de la que Gramsci era el principal animador, es a la vez un reflejo y un desarrollo teórico de una elaboración común a las organizaciones revolucionarias surgidas de la crisis de la socialdemocracia europea. Todas ellas consideraban al sistema de los consejos como un modelo general del estado socialista a construir, una forma de democracia superior a la liberal burguesa y la única compatible con una efectiva democracia obrera. La república consiliar se les aparecía como la forma de poder capaz de asegurar el tránsito más directo (y "menos doloroso", enfatizaba Lenin) al socialismo, en cuanto sistema social que se caracteriza por el autogobierno de los trabajadores y por la paulatina superación de la división de los hombres entre gobernantes y gobernados.

2. Durante los primeros años que sucedieron a la Revolución de Octubre, la idea de sovietismo estaba unida indisolublemente a la de comunismo y constituía el rasgo definitorio que distinguía a los comunistas de los socialdemócratas. ¿Podía introducirse el socialismo a través de un uso radical del parlamento y de las instituciones de la democracia liberal burguesa, o era necesario en cambio destruir tales instituciones y sustituirlas por un estado basado en las nuevas formas de la democracia proletaria que los consejos estaban expresando? El movimiento obrero europeo se dividió en torno a esta cuestión. Aquellos socialdemócratas más preocupados por la realización concreta del socialismo, como Kauts-

ky por ejemplo, llegaron hasta a reconocer la excepcional importancia de los consejos como *organismos de combate* del proletariado en la lucha por el poder, pero rechazaron la tentativa de transformarlos en *organos de poder*. No pertenecía a su horizonte teórico la idea de una "democracia directa", que en su opinión estaba absolutamente en contradicción con los requerimientos de una sociedad industrial moderna. La democracia consiliar estaba condenada —según ellos— a desembocar en la desintegración social y en la ineficiencia económica, o en el dominio incontrolado de un dictador o de una burocracia experta. El socialismo, por lo tanto, sólo era posible a partir de la utilización en favor del proletariado de las instituciones democrático-parlamentarias, consideradas como "neutras" y susceptibles de ser llenadas de un contenido distinto.

Para los comunistas, en cambio, el proletariado debía crear sus propias instituciones políticas de masa que posibilitaran su conversión en clase dirigente mediante el control de la estructura social y política y a través de una experiencia de democracia directa, prefiguradora de las nuevas formas socialistas de poder. Los consejos debían ser las células constitutivas de un nuevo poder estatal, capaz de incorporar a la mayoría de los trabajadores a una actividad autónoma y creadora. Sólo una organización como el consejo, en la que un grupo social se unificaba a partir de su condición inmediata en la fábrica, en la aldea campesina, en la unidad militar, etc., podía estar en condiciones de disciplinar permanentemente a las masas, educándolas en una nueva forma de gestión del poder. De ese modo, el consejo resultaba ser la base concreta (y no formal) en la cual las masas trabajadoras se educaban en el autogobierno y se capacitaban para constituirse en clase dirigente, destruyendo la máquina social y política del estado burgués. "Después de las experiencias revolucionarias de Rusia, Hungría y Alemania —afirma Gramsci— el estado socialista no puede encarnarse en las instituciones del estado capitalista, sino que es una creación fundamentalmente nueva con respecto a éstas y con respecto a la historia del proletariado[1]." No es suficiente sustituir el personal dirigente en el aparato del estado para transformarlo; la sociedad capitalista no admite una transformación real del poder en sus centros decisivos. Organizadas para asegurar la reproducción del sistema, las instituciones burguesas son irreductibles a una política que propugne la destrucción de la organización capitalista del trabajo, que cuestione el uso capitalista de la escuela, que intente superar la división de la realidad social en esferas independientes y autónomas de lo económico y lo político. El sistema capitalista, en suma, no admite una subversión tal de la sociedad que conduzca al cuestionamiento de la división entre poderes de decisión y tareas de ejecución, entre intelectuales y trabajadores manuales, entre gobernantes y gobernados. Aquí reside el límite infranqueable de "variabilidad" del sistema. En consecuencia, para el marxismo revolucionario, la consigna de la "conquista del estado" sólo puede significar una única cosa: "la creación de un nuevo tipo de estado, generado por la experiencia asociativa de la clase obrera, es decir por los consejos, y la sustitución por éste del estado democrático-parlamentario"[2].

[1] Antonio Gramsci, *La conquista del Estado* (véase *infra*).

3. De 1918 a 1921 la lucha por la instauración de gobiernos basados en el sistema de consejos impulsó el movimiento de masas más formidable que conociera la historia de la Europa moderna. Surgen consejos en Alemania, Hungría, Inglaterra, Italia, etc., que no logran, sin embargo, asumir el control total del aparato del estado. El fracaso de la revolución en Alemania y Hungría, la derrota del proletariado en Italia, luego de las ocupaciones de fábricas, etc., abre el camino para una recomposición conservadora y reaccionaria de las estructuras capitalistas desquiciadas por la irrupción de las masas obreras. Surgen regímenes fascistas en toda la Europa central y el movimiento obrero es aplastado sin piedad. La Rusia sovietista fue aislada y abandonada a sus propias fuerzas. El precio que tuvo que pagar para poder subsistir en medio del atraso de su vida rural y de la disgregación de su clase obrera a consecuencias de años de guerra civil, fue la decapitación del sovietismo. El frágil equilibrio instituido en 1917 entre las organizaciones del partido y del estado y los soviets se rompió iniciándose un proceso irreversible de vaciamiento de poder de las instituciones soviéticas, reducidas en adelante a la condición de envolturas formales de una dictadura ejercida primero por el partido y luego por un hombre, *en nombre* y *por cuenta* del proletariado. El sujeto del poder dejó de ser la clase obrera y su lugar fue ocupado por un nuevo estrato dirigente, detentador a la vez del control del aparato del partido y del estado. La burocracia "socialista" (sic), construyó un régimen a su imagen y semejanza y pugnó por perpetuarse en el poder, destruyendo implacablemente todos los obstáculos que pudieran interponérsele. Para ella, la transformación de un país atrasado en un país industrial era una tarea lo suficientemente grande como para justificar cualquier abuso de poder.

Es imposible analizar aquí el conjunto de circunstancias que posibilitaron la progresiva extinción de la democracia socialista en la URSS. Simplemente, vale la pena señalar que la desaparición del sovietismo condujo a una monstruosa distorsión del objetivo esencial del socialismo en la práctica política y a la sustitución del marxismo por una ideología justificadora, en la teoría. En adelante, ya no se trataba de crear las condiciones para superar la desigualdad política y social de los hombres estableciendo un sistema basado en el autogobierno de los trabajadores. El socialismo no era sino una mera prolongación superestructural de una base económica *ya revolucionada* por el traspaso al estado del conjunto de los medios de producción. La utopía comunista de una sociedad sin estado, dirigida por hombres emancipados de un poder político ajeno, resultaba postergada *sine die*.

4. En síntesis, el movimiento consiliar apareció en la década del veinte

[2] Antonio Gramsci, *La conquista del Estado* (véase *infra*).

como un intento de resolución de los problemas planteados por la crisis del capitalismo y de la socialdemocracia europea. "En la realidad contradictoria de la historia social europea, el sovietismo fue una experiencia valiosa y una gran idea-fuerza, la única que podía indicar el camino para evitar la restauración capitalista, la reconstitución de un sistema imperialista mundial y la recuperación de la dominación ideológica incontrastada de las élites del poder[3]." En cuanto indicaba un objetivo necesario para dar sentido real a la lucha anticapitalista, el movimiento consiliar posibilitó el surgimiento de una real vanguardia revolucionaria. Los consejos fueron las instituciones que permitieron a la vanguardia dejar de ser un órgano externo al proletariado y transformarse efectivamente en su parte más avanzada. Las masas entraban en contacto con esa vanguardia reflejando su propio grado de experiencia real, creando de ese modo las condiciones para superar la relación pedagógica abstracta y autoritaria que había caracterizado a la socialdemocracia.

La teoría de los consejos (que en tal sentido debe ser considerada como el componente esencial de la teoría marxista del estado), permite articular el pensamiento revolucionario con el concepto proletario de democracia, ofreciéndole una fórmula concreta de resolución práctica. La democracia obrera podrá tener vigencia sólo si el proletariado logra adueñarse de las condiciones y de la organización del aparato productivo. Recién entonces tendrá sentido hablar de la conquista del poder en la sociedad, dado que una clase obrera que no se haya emancipado de la división jerárquica del trabajo en la fábrica no podrá tampoco emanciparse de la división *capitalista* del trabajo en la sociedad, aunque como ocurre hoy en los países llamados "socialistas" haya sido abolida legalmente la propiedad privada de los medios de producción. Para el proletariado, conquistar la propia autonomía como clase significa subvertir la escala jerárquica impuesta por la división capitalista del trabajo humano, adueñarse de los instrumentos de producción y autodeterminar las condiciones y formas en que se crean los bienes necesarios a la sociedad. Es verdad que un proceso semejante presupone necesariamente la conquista del poder del estado y fue un mérito indiscutible de los bolcheviques rusos haber defendido tenazmente esta verdad frente a la socialdemocracia reformista. Pero la historia nos ha enseñado también que la conquista del poder no siempre es el umbral del socialismo.

El sistema de los consejos fue por ello la expresión histórica "concreta" de la aspiración del proletariado a la propia autonomía y a la conquista de una democracia obrera efectiva. Cuando la lucha obrera fue derrotada y comenzó el largo período de la estabilización del capitalismo, era lógico que la experiencia consiliar quedara sepultada en los recuerdos de los viejos militantes revolucionarios de la década del veinte y que la simple mención de la palabra *consejo* provocara malestar en los medios de izquierda oficial (tanto comunista como socialista).

[3] Massimo Salvadori, *Orígenes y crisis del sovietismo* en Cuadernos de Pasado y Presente, n. 33: *Consejos obreros y democracia socialista*, Córdoba, 1972.

Hoy, la recuperación del proletariado europeo, las luchas revolucionarias en los países dependientes, el malestar creciente en el interior de los países mal llamados socialistas, reflota nuevamente la temática y reclama de nosotros la reubicación histórica de una experiencia formidable de la clase obrera, que está unida indisolublemente a la esperanza de una vigencia real del socialismo en el mundo.

En el terreno teórico, la discusión acerca de los "consejos" tiene el privilegio de remitirnos necesariamente al punto nodal de entronque y de verificación de los problemas fundamentales de una estrategia y de una táctica revolucionarias: los problemas del aparato del estado y de sus centros decisivos de poder; de las relaciones entre democracia directa y democracia representativa; los distintos niveles en que se sitúa el movimiento real de las masas y la posibilidad de una síntesis social que los convierta en un verdadero bloque histórico de fuerzas revolucionarias; la democracia socialista y la necesidad de una pluralidad de instituciones para que aquella pueda expresarse plenamente otorgando a las masas el poder de control; finalmente, el problema del poder, de cómo tomarlo y de cómo mantenerlo.

5. Antonio Gramsci es, sin duda, en el ámbito del movimiento obrero europeo, el "traductor" más original y profundo de la experiencia sovietista. Hay dos artículos incluidos en nuestra selección, *Democracia obrera* y *El programa de L'Ordine Nuovo*, en los que se evidencia claramente el esfuerzo por traducir el "leninismo" a la realidad de la sociedad italiana de posguerra. Para Gramsci la importancia histórico universal de la Revolución de Octubre, y por lo tanto del leninismo, reside en haber recuperado y realizado prácticamente las conclusiones teóricas que Marx y Engels extrajeron de la experiencia de la Comuna de París y que el socialismo reformista había sepultado, o sea la tesis de que *la clase obrera no puede simplemente apoderarse de la máquina estatal y hacerla funcionar en su propio beneficio*. El hecho esencial de la revolución rusa "es la instauración de un nuevo tipo de estado: el estado de los consejos [. . .] Lo demás es pura contingencia"[4]. Ya en el segundo número del semanario, Gramsci apunta a una búsqueda que se concretará en la idea de los consejos de fábrica. "La historia de la lucha de clases —dice Gramsci— ha entrado en una fase decisiva después de las experiencias concretas de Rusia: la revolución internacional adquirió forma y cuerpo desde el momento que el proletariado ruso inventó (en el sentido bergsoniano) el estado de los consejos, excavando en su experiencia de clase explotada, extendiendo a la colectividad un sistema de ordenamiento que sintetiza la forma de vida económica proletaria organizada en la fábrica en torno a los comités internos y la forma de su vida política organizada en los círculos de barrio, en las secciones urbanas y de aldea, en las federaciones provinciales y regionales en que se articula el Partido Socialista[5]."

[4] Antonio Gramsci, *L'Ordine Nuovo*, Turín 1955, p. 142.

[5] *Ibid*,., p. 373.

En *Democracia obrera*, Gramsci encuentra una forma particular, no doctrinaria sino esencialmente política, de resolver esta preocupación por las formas propias en que se debe expresar el movimientò obrero en su lucha por el poder. Había que encontrar un camino de acceso que no fuese el producto del acto arbitrario de una organización que se autoproclame revolucionaria, un acto de jacobinismo que desemboque luego en una dictadura que sustituya y reprima a la propia clase obrera. "La revolución es comunista sólo si existe en las masas la voluntad de introducir en las fábricas el orden proletario, de hacer de la fábrica la célula del nuevo estado, de construir el nuevo estado como reflejo de las relaciones industriales del sistema de fábrica." La revolución social es un proceso histórico generado "desde abajo", desde la fábrica que es el núcleo esencial del proceso productivo en la sociedad capitalista. ¿Pero existía en Italia una institución obrera que fuera capaz de transformarse en órgano de poder y generadora de un nuevo estado? ¿Había un germen de gobierno de los soviets en Turín, que era la ciudad que concentraba a gran parte de la industria italiana? La originalidad del artículo *Democracia obrera* reside en haber respondido afirmativamente a esa pregunta, planteando el problema de las comisiones internas de fábrica como los órganos potenciales del poder proletario en un nuevo sistema de democracia obrera. En un discurso pronunciado tres días después de la aparición del artículo, se encuentran sintetizados los elementos fundamentales de la elaboración gramsciana: "Para que la revolución de simple hecho fisiológico y material se transforme en un acto político e inicie una nueva era es preciso que se encarne en un poder ya existente cuyo desarrollio estaba frenado por las instituciones del viejo orden. Este poder proletario debe ser emanación directa, disciplinada y sistemática de las masas trabajadoras obreras y campesinas. Es necesario por lo tanto sistematizar una forma de organización que absorba y discipline permanentemente a las masas obreras: los elementos de esta organización deben ser creados en las comisiones internas de fábrica, según las experiencias de la revolución rusa y húngara y según las experiencias pre-revolucionarias de las masas trabajadoras inglesa y norteamericana, que a través de la práctica de los comités de fábrica han iniciado la educación revolucionaria y el cambio de psicología que, según Karl Marx, deben ser considerados el síntoma más prometedor de la realización comunista. El prestigio que irradia el Partido Socialista debe ser dirigido a dar forma revolucionaria a esta organización, a convertirla en una concreta expresión del dinamismo revolucionario en marcha hacia las máximas realizaciones [. . .] Es preciso iniciar la educación concreta sovietista de la clase obrera convirtiéndola en experta constitucionalmente y capaz de ejercer la dictadura proletaria[6]."

Una vez lanzada la idea de la transformación de las comisiones internas en consejos obreros de fábrica, *L'Ordine Nuovo* se convierte en el

6 Discurso pronunciado en la Sección turinesa del Partido Socialista italiano el 27 de junio de 1919. Tomado de la introducción de Paolo Spriano a la antología del Ordine Nuovo (Turín 1963, pp. 42-43).

eje teórico y práctico de un movimiento de masas que se expande rápidamente por las fábricas de Turín. Sus redactores popularizaron en las asambleas obreras las experiencias sovietistas y contribuyeron a que el primer consejo obrero surgido en la fábrica Brevetti de Fiat fuera seguido por la constitución de organismos similares en la mayoría de las fábricas turinesas. Desde ese momento *L'Ordine Nuovo* fue el periódico de los consejos de fábrica. Su programa de acción hacía de él un centro propulsor de ideas que educaba a la clase en el espíritu internacionalista de la revolución europea, oriéntandola hacia la conquista de su plena autonomía como clase. Se establece así una relación entre espontaneidad y dirección consciente, entre masas y vanguardia absolutamente inédita en la tradición socialista italiana, caracterizada siempre por una concepción aristocrática, iluminista y tutelar de las masas proletarias.

Por primera vez en la historia del movimiento obrero italiano, dentro del proletariado de fábrica, en el seno mismo de la producción industrial, se plasma un proceso de autogestión de las masas, de creación de nuevas instituciones que se plantean el control obrero y que educan a la clase en la lucha revolucionaria y en la destrucción del orden capitalista. Entre *L'Ordine Nuovo* y los obreros que popularizaban sus ideas-fuerzas se estableció una dialéctica de dirección y espontaneidad fundada en el rechazo de la repetición mecánica de las verdades doctrinarias, que no confundía la política con las disquisiciones científicas o teóricas, que se aplicaba, como anota Gramsci, "a hombres reales, formados en determinadas relaciones históricas, con determinados sentimientos, modos de concebir, fragmentos de concepciones del mundo, etc., que resultaban de las combinaciones 'espontáneas' de un determinado ambiente de producción material . . . Este elemento de 'espontaneidad' no se descuidó ni se despreció: fue ***educado***, orientado, depurado de todo elemento extraño que pudiera corromperlo, para hacerlo homogéneo, pero de un modo vivo e históricamente eficaz, con la teoría moderna". Ninguna iniciativa era adoptada si antes no había sido ensayada en la realidad, si antes no se había sondeado a través de los más variados medios la opinión de los obreros. "Por ello nuestras iniciativas tenían casi siempre un éxito inmediato y amplio y aparecían como la interpretación de una necesidad sentida y generalizada y nunca como la fría aplicación de un esquema conceptual[7]."

6. La originalidad de *L'Ordine Nuovo* reside por lo tanto en el corte radical que estableció con la tradición positivista del socialismo italiano, en su capacidad de incorporar a la batalla teórica y política las nuevas experiencias internacionales y las corrientes de ideas que se inspiraban directamente en la revolución proletaria: del sorelismo al leninismo, del sindicalismo "industrial" de Daniel De Leon al anarquismo. Antes que un órgano de corriente política —del Partido Socialista, al que Gramsci y su grupo pertenecían en esos momentos— la revista fue el órgano

7 Antonio Gramsci, *Espontaneidad y dirección consciente* (véase *infra*).

teórico más importante del movimiento sovietista italiano. La "libertad" de pensamiento del grupo les permitió conducir una lucha concreta y efectiva contra la mentalidad paternalista de la dirección socialista, contra su tendencia a la esclerosis organizativa e intelectual. De ahí que la revalorización de la importancia de la espontaneidad revolucionaria y de la necesidad de educarla siguiendo un método que ensayaba en la acción la universalidad de una teoría, su grado de "traducibilidad" a un contexto histórico-geográfico distinto, fuera el blanco preferido de las críticas al grupo, acusado de "espontaneista" y "sindicalista".

La heterogeneidad ideológica del grupo animador del *Ordine Nuovo* constituía también otro motivo de crítica para los santones socialistas, acostumbrados a las viejas prácticas de la polémica retórica y banal. En torno a la revista se recompone un conjunto de fuerzas hasta entonces divididas por sus orientaciones y tradiciones ideales (anarquistas, socialistas, sindicalistas, etc.), que coinciden en la lucha contra el reformismo y el burocratismo de las direcciones sindicales, contra el sectarismo y la ceguera de los partidos políticos. Las diferencias de criterios y de tradiciones no impiden la colaboración de este "campo de fuerzas revolucionarias" que reconoce en los consejos surgidos en Europa y en Turín el punto de referencia ideal, el terreno natural de experimentación de sus proposiciones políticas. Este estilo de trabajo absolutamente original en la tradición política italiana, que tiene su matriz teórica en la concepción gramsciana de la unidad social de la clase obrera surgida de la fábrica, caracterizó al movimiento ordinovista en su lucha contra la visión sectaria de la relación entre las masas y la dirección política, le dio un tono iconoclasta que irritaba la poltronería intelectual de los Treves y los Turati. Polemizando con los dirigentes sindicales, temerosos de perder el control burocrático sobre sus afiliados, o con los dirigentes socialistas, acostumbrados a pensar en el partido como el único y legítimo centro de poder obrero, Gramsci defendía su idea-fuerza del proceso revolucionario como un proceso de masa. Y a quienes batían el parche sobre el "espontaneísmo" y el "sindicalismo" del *Ordine Nuovo*, Gramsci respondía que la única equivocación que había cometido la revista era la de "creer que la revolución comunista puede ser hecha sólo por las masas, y que no puede hacerla ni un secretario de partido ni un presidente de república a golpe de decretos. Parece ser que esta fue también la opinión de Karl Marx y de Rosa Luxemburg, y es hoy la de Lenin, todos los cuales son, para Treves y Turati anarcosindicalistas"[8].

Es verdad que el reconocimiento del valor de la acción espontánea de las masas obreras será una posición permanente de la revista y del pensamiento de Gramsci. Sin embargo, sería erróneo buscar en este reconocimiento una causa puramente ideológica, de raíz soreliana. El texto sobre *Espontaneidad y dirección consciente*, que aunque escrito varios años después es absolutamente coherente con los de la época ordinovista, evidencia claramente que, a diferencia de Sorel, Gramsci

[8] Antonio Gramsci, *L'Ordine Nuovo*, cit., p. 489.

concibe a la acción espontánea como un proceso ni arbitrario ni artificial, sino históricamente necesario, como un ***nivel*** de concreción de los sentimientos populares, surgido de la "experiencia iluminada por el sentido común". De ahí que entre "espontaneidad" y "dirección consciente", o sea entre las acciones aparentemente inorgánicas de las masas y la actividad educadora sistemática de un grupo dirigente, no haya una diferencia ***cualitativa***, sino meramente ***cuantitativa***, de grado y no de calidad. Uno y otro nivel son, para Gramsci, mútuamente reductibles. No hay una dirección única en el proceso histórico por la cual las luchas sociales deben sólo producirse a partir de las organizaciones preexistentes que las generen; la experiencia consiliar en Rusia y en Europa central estaba demostrando que eran las luchas sociales las que creaban en forma "espontánea" (vale decir, de manera imprevista) sus propias organizaciones. No es verdad entonces que la preexistencia de formas organizativas constituya un presupuesto para la acción de masa organizada; en la historia de las luchas sociales hay momentos de ruptura en los que surgen nuevos movimientos a través de los cuales las masas intentan resolver sus exigencias de orientación política y de organización. Son movimientos que resultan de las combinaciones "espontáneas" de un determinado ambiente de producción material, de la unificación de elementos sociales dispares. Es esta heterogeneidad, sin duda, la que impulsa a las organizaciones políticas a considerarlos como ciegos y por tanto rechazables, sin comprender que por el hecho mismo de surgir de un "determinado ambiente de producción material" tales movimientos no son arbitrarios ni artificiales, sino históricamente necesarios.

El movimiento de las consejos de fábrica, en particular, intentaba dar cuenta de un proceso real verificado en el desarrollo del sistema de fábrica. Como señala Gramsci en una nota de los *Cuadernos de la cárcel*, "el hecho de que una división del trabajo cada vez más perfecta reduzca objetivamente la posición del trabajador en la fábrica a movimientos de detalle cada vez más 'analíticos', de modo tal que a cada individuo se le escape la complejidad de la obra común, y en su conciencia su propia contribución se deprecie hasta parecer fácilmente sustituible a cada instante; el hecho de que al mismo tiempo el trabajo concertado y bien ordenado dé como resultado una mayor productividad 'social' y de que el conjunto del personal de una fábrica deba concebirse como un 'trabajador colectivo'; estos hechos *son los presupuestos del movimiento de fábrica que tiende a convertir en 'subjetivo' lo que ya se está dando 'objetivamente'*"[9].

Gramsci advierte que el proceso revolucionario no puede comprometer simplemente a los instrumentos de la superestructura del estado burgués, que las organizaciones tradicionales de la clase obrera como el partido y el sindicato tienen un carácter transitorio e históricamente determinado que las coloca "en el campo de la democracia burguesa" y que les veda la posibilidad de llevar adelante el proceso de homogeneización de la clase que las estructuras de la sociedad industrial están

[9] Antonio Gramsci, *Passato e Presente*, Turín 1952, p. 79, (cf *infra*).

facilitando a nivel de la fábrica. Plantearse el problema del poder significa para Gramsci plantearse la necesidad de nuevas organizaciones de fábrica y del control por la clase obrera del proceso productivo.

De la experiencia de los soviets rusos, alemanes y húngaros, de los *Shop Stewards Committees* ingleses, de los sindicalistas revolucionarios norteamericanos, de Lenin, Sorel, De Leon y otros, Gramsci recoge aquellos elementos ideológicos que le permiten sustentar teórica y prácticamente la lucha por la creación de nuevas instituciones de la clase obrera que reflejen la estructura industrial capitalista, que se desarrollen a partir de la fábrica, que sean expresiones de la vida en su interior y de la conciencia de "productor" subyacente en el obrero de fábrica. Creo que la coherencia teórica y práctica de Gramsci debe ser buscada aquí, en esta recuperación bastante original de la tradición de los grandes maestros revolucionarios a partir del "presente" de la acción histórica y de las necesidades que este presente plantea.

La recuperación de la fábrica y la importancia central de la acción en la estructura del sistema fijan sin duda la fuerza y la limitación del pensamiento del Gramsci "ordinovista". La fuerza, porque el reconocimiento de que el movimiento proletario debe expresarse bajo formas propias, debe dar vida a sus propias instituciones, no es sino otro modo de expresar la hipótesis marxiana que afirma que la emancipación de la clase obrera sólo puede ser obra de los mismos obreros[10]. Es esta hipótesis del crecimiento de la clase como sujeto político directo la que le permitía redimensionar el papel de las organizaciones políticas y sindicales y teorizar un proceso revolucionario cuyo eje estaría constituido por el propio proletariado en el acto mismo de gestión del proceso productivo. Cuando varios años después volvió a reflexionar sobre la experiencia ordinovista, Gramsci señaló que sus méritos esenciales habían sido: 1) haber sabido "traducir" en un lenguaje histórico italiano los principales postulados de la doctrina y de la táctica de la Internacional Comunista. Y en los años 1919-1920 esto significaba la consigna de los *consejos de fábrica* y del *control de la producción*, o sea la organización de masa de todos los productores para la expropiación de los expropiadores, para la sustitución de la burguesía por el proletariado en el gobierno de la industria y por lo tanto, necesariamente, del estado; 2) haber sostenido en el seno del Partido Socialista el programa *integral* de la Internacional Comunista, incluyendo también *la defensa del sistema de los consejos*, y no sólo algunas partes de este programa, como ocurrió con las demás corrientes que luego confluyeron con los ordinovistas en la formación del Partido Comunista italiano[11].

Sin embargo, esta recuperación de la fábrica es hecha a partir de una concepción más historicista que dialéctica, desde una perspectiva determinista de la evolución social en la que el consejo de fábrica aparece

[10] Consigna incorporada por Marx a los *Estatutos generales de la Asociación Internacional de Trabajadores.*

[11] Antonio Gramsci, *La costruzione del Partito Comunista*, Turin 1971, p. 51.

como un desarrollo "natural" y casi obligatorio del proceso productivo[12]. Hay una tendencia pronunciada —corregida en parte en los escritos posteriores— a concebir el proceso productivo no bajo su forma específica de organización *capitalista* de la producción en la que despotismo y racionalidad, por una parte, explotación y alienación, por la otra, representan binomios indisolubles, sino bajo una forma bastante más general, y de validez universal como modelo de organización en una sociedad comunista. "La unidad entre desarrollo técnico e intereses de la clase dominante —dice Gramsci— es sólo una fase histórica del desarrollo industrial, debe ser concebida como transitoria. El nexo puede disolverse; la exigencia técnica puede ser pensada concretamente al margen de los intereses de las clases dominantes, y aun más, unida a los intereses de las clases todavía subalternas[13]." Pero la nueva síntesis entre desarrollo técnico y clases subalternas, encarnada en el consejo de fábrica, no pone necesariamente en cuestión la organización capitalista de la producción sino apenas *su dirección*. Debido al crecimiento de las capas medias improductivas y a la transferencia de los poderes de decisión a las instituciones políticas del estado burgués, donde reina la corrupción y la mistificación de los antagonismos de clase, la sociedad industrial está amenazada de disgregarse. El proletariado es la única categoría social que puede evitar esa disgregación puesto que no puede vivir sin trabajar, "y sin trabajar metódica y ordenadamente". En la fábrica, se crea "la unidad psicológica de la clase proletaria" y se desarrollan los elementos que concluyen en la formación del "obrero colectivo"; es en la fábrica donde la clase obrera "deviene un determinado 'instrumento de producción' en una determinada constitución orgánica". Es por ello que el proletariado es el único capaz de revertir el proceso de disgregación social haciendo que el poder industrial retorne a la fábrica, que el sistema industrial sea depurado de la "banda de aventureros y de políticos mercenarios", para asegurar su traspaso a la sociedad comunista. Y sólo puede hacerlo encarnándose en una forma de poder que constituye la célula del nuevo estado proletario, la base del nuevo sistema representativo: el sistema de los consejos. Es esta opción de fondo en favor de la organización económica, de las exigencias productivas y de la primacía moral de la fábrica lo que lleva a Gramsci a privilegiar el consejo de fábrica frente al partido político y al sindicato profesional.

La aceptación acrítica del progreso tecnológico como neutral e independiente de la especificidad de la relación de producción y como motor del desarrollo de la sociedad, condujo a Gramsci a teorizar la posibilidad de un pasaje del viejo al "nuevo orden", salvando la continuidad histórica y dejando inmutable el centro estructural del despotismo, o sea la fábrica con su racionalidad capitalista, con su organización autoritaria, con su parcelización y alienación del trabajo. El proceso

[12] Cf. Leonardo Tomasetta, "I Consigli di fabbrica nel Gramsci ordinovista", en *Problemi del Socialismo*, n. 2/3, 1971, p. 222.

[13] Antonio Gramsci, *Passato e Presente*, loc. cit. (véase *infra*).

revolucionario qu él concibe acaba así por coincidir con una revolución como evolución[14].

Esta limitación del pensamiento del Gramsci ordinovista, que oscilaba entre el espontaneísmo controlado de Rosa Luxemburg y el centralismo organizado de Lenin, que no siempre lograba distinguir claramente los consejos como "órganos técnicos de la producción y del ordenamiento industrial" de los consejos como "órganos políticos de la clase obrera en lucha contra el capital", que poniendo el acento en el crecimiento de la clase como sujeto político directo, subestimaba la importancia de la formación y de la organización del partido histórico de la clase obrera, era también la limitación práctica del movimiento, como se evidenció bastante nítidamente cuando la realidad nacional demostró estar más atrasada que la vanguardia turinesa. Los consejos no pudieron resistir la ofensiva combinada de los patrones y del estado y fueron derrotados ante la indiferencia del Partido Socialista, la satisfacción apenas oculta de las direcciones sindicales y la pasividad del resto de la clase obrera italiana.

7. La derrota del movimiento consiliar y el acceso al poder del fascismo coincidió con la derrota del sovietismo en toda Europa, excepto Rusia, y obligó a un replanteo global de una estrategia hasta entonces de ofensiva. Gramsci fue sin duda el marxista "occidental" que más profundamente indagó sobre las causas de esta derrota y las lecciones que ella arrojaba. En 1919 sus concepciones se fundaban en la creencia de que el capitalismo habría de derrumbarse rápidamente y de que el movimiento de los consejos desembocaría en la dictadura del proletariado. La maduración en la clase obrera de una voluntad del poder, de una férrea disposición hacia la conquista del estado la mostraba como una clase hegemónica, o sea como el sujeto político directo del proceso revolucionario. Frente a ella, al partido le correspondía actuar como una vanguardia intelectual y moral, como unn *instrumento* de educación y de dirección política, de síntesis ideológica de una conciencia que no necesitaba de mediaciones puesto que surgía de la propia experiencia de la clase, de su autoidentificación como alternativa revolucionaria. Luego de la derrota del movimiento obrero, el acento se desplazará de la clase al partido, a la necesidad de la formación de un núcleo dirigente del proletariado italiano, capaz de soportar las duras condiciones impuestas por el fascismo y a la vez de crear, mediante una permanente labor de interpretación de la realidad, las bases para una nueva expansión de las energías proletarias. Sin embargo, la temática de la democracia obrera y de las instituciones propias de la clase recorre como un hilo rojo el conjunto de sus meditaciones. Se mantiene en lo esencial la exigencia de un "impulso de base", la intuición de la revolución como un proceso en el cual el proletariado se expresa a través de sus propios organismos de masa, autónomos, abiertos a todas las corrientes revolucionarias y prefiguradores de la nueva sociedad. Un elemento constante de su pensamiento, desde *L'Ordine Nuovo* hasta los *Cuadernos de la Cárcel*, es su hipótesis (de aliento

14 Cf. Leonardo Tomasetta, art. cit., p. 222.

luxemburguiano) del carácter no jacobino sino de masas, no tanto político como "social", del proceso revolucionario, el cual nace en los lugares de trabajo y se nutre ininterrumpidamente de los fermentos espontáneos de lucha que las condiciones contradictorias en que se desenvuelve la producción del capital tienden ineludiblemente a suscitar. Es esta concepción la que le impide compartir las posiciones ideológicas que caracterizaron a los partidos comunistas desde la muerte de Lenin. Aun cuando su atención se desplaza de la clase al partido, la hipótesis gramsciana de la organización revolucionaria es radicalmente distinta de la estalinista, instituida como teoría y práctica de la III Internacional.

Si el sujeto de la acción revolucionaria no es buscado en el interior de la clase, sino fuera, en una vanguardia política externa, ésta tiene en sí misma su principio de legitimación. La relación entre ser social y conciencia, entre clase y dirección política es puramente de "exterioridad": la verdad deja de estar en la experiencia de la clase para situarse en una conciencia teórica que permanece externa a ella. Se comprende entonces por qué una concepción "vanguardista" tiende siempre a criticar y denunciar toda acción espontánea de las masas y a establecer una relación pedagógica y abstracta con ellas. Lo paradójico es que el rechazo de la espontaneidad obrera, que no es sino una forma encubierta de negar el valor de su autonomía como clase que debe aspirar a la conquista de la hegemonía en la sociedad, desemboca en una inconsciente sumisión política al "espontaneísmo", mediante el expediente de distorsionar el significado real de los movimientos concretos de las masas. De ese modo, cada lucha por reivindicaciones parciales y hasta corporativas es considerada como expresión madura de una conciencia de clase ya existente sobre la cual basta insertar la acción revolucionaria de la "vanguardia".

Para Gramsci, al igual que para Rosa Luxemburg, o el Lenin sovietista de las tesis de Abril y de la Revolución de Octubre, el acento debe ser puesto en el agente social directo, en el proletariado, porque *únicamente así* se puede llegar a establecer una dialéctica entre clase y dirección política, entre partido y organismos de democracia obrera, que alimentada por una forma permanente de revolucionarización social[15] impida al partido convertirse en un cuerpo separado y *extraño* a la clase. Poner el acento sobre el proletariado significa colocar en primer plano la función *educativa* y de *dirección política* del partido a fin de elevar el grado de conciencia y de experiencia política de la clase o, dicho de otro modo, a fin de estimular su conversión en clase revolucionaria. Pero esta tarea es posible a condición de que no se intente comunicar *desde el exterior* la conciencia (cual si fuera el espíritu absoluto) a las masas. Si una organización política revolucionaria es colo-

15 Este es el elemento concreto que aporta el maoísmo y que significa un retorno a la idea marxiana de la "revolución en permanencia", de la sociedad comunista como radicalmente *distinta* y *destructiva* de la sociedad burguesa. Cf. al respecto los trabajos de Bettelheim que incorporamos *infra* y el número 23 de los Cuadernos de Pasado y Presente dedicado a: *La revolución cultural china*, Córdoba, 1971.

cada por la fuerza de los hechos en una relación de exterioridad con la clase, resultaría al fin inevitable su degeneración en una secta doctrinarista y políticamente ineficaz, en la sociedad burguesa, y en una nueva clase dirigente incontrolable y reaccionaria allí donde hubiera conquistado el poder. Sólo se puede llegar a ser dirigente *desde el interior* de la lucha de masas, puesto que es únicamente allí donde la fusión de la espontaneidad social con la dirección consciente crean los puentes que permite el pasaje del "saber al comprender y al sentir" y viceversa, y donde, con términos de Marx, el educador acaba también por ser educado[16].

8. La función propia de la organización política que *se da* el proletariado en su lucha contra el capitalismo es recoger, educar, disciplinar y generalizar los fermentos de espontaneidad de clase (que no son siempre los mismos, que implican distintos grados y niveles de dirección consciente en su interior, que no pueden ser analizados como si la historia, el espacio, la educación, los medios de comunicación de masa, etc., etc., no existieran), transformándolos en una voluntad colectiva que se exprese *autónomamente* como clase. Pero no puede hablarse de autonomía si la clase no se expresa y sólo puede hacerlo a través de sus propios órganos de democracia obrera. Es la organización la que media entre la clase y su conciencia, pero la experiencia histórica del proletariado ha demostrado que esa organización *no* puede ser identificada con el partido. La clase obrera, en su pasaje de fuerza de trabajo a clase revolucionaria, crea instituciones de diverso orden que desempeñan la función de defender sus intereses frente al capital (sindicatos, etc.) o de concentrar la experiencia teórica de sus luchas y la conciencia clara del antagonismo irreconciliable que divide a burguesía y proletariado (el partido político). Pero cuando la clase obrera se identifica a sí misma como *alternativa revolucionaria* aparece la necesidad de formas organizativas autónomas y unitarias, con la doble función de órganos de *contrapoder* en la sociedad capitalista y de instrumentos de formación de las masas en la autogestión socialista. A partir de estas organizaciones puede concebirse la formación de un nuevo bloque histórico revolucionario, que eluda las limitaciones de las estrategias con las que se intentó destruir el poder del capitalismo aquí y en el resto del mundo.

[16] Cf. el fragmento de Gramsci sobre el pasaje del saber al comprender y viceversa, del sentir al comprender y al saber, reproducido *infra*. En el fondo, constituye una glosa de la idea de Marx expuesta en la 3ª tesis sobre Feuerbach: "La teoría materialista del cambio de las circunstancias y de la educación olvida que las circunstancias las hacen cambiar los hombres y que el educador necesita a su vez ser educado. Tiene, pues, que distinguir en la sociedad dos partes, una de las cuales se halla colocada por encima de ella. La coincidencia del cambio de las circunstancias con el de la actividad humana o cambio de los hombres mismos, sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*. (Karl Marx, *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1970, p. 666).

Resulta difícil concebir el triunfo de una revolución socialista sin un previo desarrollo democrático del movimiento obrero, sin una construcción *desde la base* de órganos propios y autónomos. ¿Cómo encarar esta labor cuando la cúspide sindical reformista y burocrática (o directamente gansteril) es capaz de absorber o destruir los fermentos de democracia de base? ¿Cómo lograr que dichos fermentos desemboquen en organismos de impugnación del sistema sin que puedan ser aislados y destruidos? ¿Cómo establecer una dirección política que no sea la realización de un "proyecto exterior", sino la indicación de un objetivo aceptado por las masas, porque primero estuvo sometido prácticamente a la necesaria confrontación y crítica de sus motivaciones? ¿Cómo construir una fuerza capaz de sintetizar el potencial de lucha de las masas trabajadoras, superando las limitaciones teóricas y prácticas de las "vanguardias externas" a la clase? En las condiciones actuales de la lucha de clases en nuestro país, todos estos son problemas abiertos que exigen mucho más una dilucidación teórica y práctica (basada en la confrontación crítica de toda la experiencia socialista y revolucionaria) que la aplicación de supuestas fórmulas teóricas definitorias. Pero hay algo que la dureza de la lucha política tiende a hacer olvidar y que no obstante es lo único que puede dar sentido a una acción política de izquierda. Para que la destrucción de la sociedad burguesa desemboque en la liberación del proletariado y, con él, de la humanidad, para que una transformación radical resulte ser verdaderamente socialista y no un trágico regreso a nuevas formas de explotación social, es preciso partir de una hipótesis conductora, de una idea-fuerza que fije su impronta desde el comienzo de la lucha. Esa idea es la de la revolución como un proceso social, producto de la maduración de las masas que tienden a superar su condición de clases subalternas para asumir el control total de la sociedad. En este caso, reflexionar sobre la experiencia sovietista en general, y la de Gramsci en particular, sobre su visión de los consejos como instituciones políticas de las masas generadoras de un orden nuevo, tiene un enorme interés teórico y práctico también para nosotros, por cuanto nos ayuda a reformular y analizar desde una perspectiva original los problemas abiertos por la etapa actual de maduración de la conciencia de clase y de las luchas obreras en la sociedad argentina.

Gramsci y el bloque histórico

Hugues Portelli



Sobre el mismo tema:

Antonio Gramsci: *Antología*
Varios: *Gramsci y las ciencias sociales* (P y P no 19)
Varios: *Consejos obreros y democracia socialista* (P y P no 33)
Nicos Poulantzas: *Fascismo y dictadura*

siglo veintiuno argentina editores sa

Democracia obrera y socialismo

DEMOCRACIA OBRERA

Un problema se impone hoy con insistencia a todo socialista que tenga un sentido vivo de la responsabilidad histórica que recae sobre la clase trabajadora y sobre el partido que representa la conciencia crítica y activa de esa clase.

¿Cómo dominar las inmensas fuerzas sociales desencadenadas por la guerra? ¿Cómo disciplinarlas y darles una forma política que contenga en sí la virtud de desarrollarse normalmente, de integrarse continuamente hasta convertirse en armazón del estado socialista en el cual se encarnará la dictadura del proletariado? ¿Cómo soldar el presente con el porvenir, satisfaciendo las urgentes necesidades del presente y trabajando de manera útil para crear y "anticipar" el porvenir?

Esta nota quiere ser un estímulo para pensar y obrar; quiere ser una invitación a los obreros mejores y más conscientes para que reflexionen y, cada uno en la esfera de la propia competencia y de la propia acción, colaboren a la solución del problema, haciendo convergir sobre los términos de éste la atención de los compañeros y de las asociaciones. Sólo mediante una labor común y solidaria de esclarecimiento, de persuasión y educación recíproca nacerá la acción concreta de construcción.

El estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la clase trabajadora explotada. Unir entre sí estas instituciones, coordinarlas y subordinarlas en una jerarquía de competencias y de poderes, centralizarlas fuertemente, pero respetando las autonomías necesarias y sus articulaciones, significa crear desde ahora una verdadera democracia obrera, en contraposición eficiente y activa con el estado burgués, preparada ya desde ahora para sustituir al estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional.

El movimiento obrero está dirigido hoy por el Partido Socialista y por la Confederación del Trabajo; pero el ejercicio del poder social del Partido y de la Confederación se lleva a cabo, para la gran masa traba-

CeDInCI

jadora, indirectamente, por la fuerza del prestigio y del entusiasmo, por presión autoritaria y hasta por inercia. La esfera de prestigio del Partido se amplía diariamente, llega a estratos populares todavía inexplorados, suscita aceptación y deseo de trabajar provechosamente para la llegada del comunismo en grupos e individuos hasta ahora ausentes de la lucha política. Es necesario dar forma y disciplina permanente a estas energías desordenadas y caóticas, absorberlas, componerlas y potenciarlas, hacer de la clase proletaria y semiproletaria una sociedad organizada que se eduque, que haga una experiencia, que conquiste una conciencia responsable de los deberes que corresponden a las clases que llegan al poder del estado.

El Partido Socialista y los sindicatos profesionales no pueden absorber toda la clase trabajadora más que a través de una labor de años y de decenas de años. Tampoco se identificarán directamente con el estado proletario; en las repúblicas comunistas continúan subsistiendo independientemente del estado, como instituciones de propulsión (el partido) o de control y de realización parcial (los sindicatos). El partido debe continuar siendo el órgano de educación del comunismo, el foco de la fe, el depositario de la doctrina, el poder supremo que armoniza y conduce a la meta las fuerzas organizadas y disciplinadas de la clase obrera y campesina. Para poder desarrollar linealmente este criterio, el partido no puede abrir de par en par las puertas a la invasión de nuevos adherentes, no habituados al ejercicio de la responsabilidad y de la disciplina.

Pero la vida social de la clase trabajadora es rica en instituciones, se articula en múltiples actividades. Hay que desarrollar estas instituciones y estas actividades, organizarlas en conjunto, reunirlas en un sistema vasto y ágilmente articulado que absorba y discipline a toda la clase trabajadora.

La fábrica con sus comisiones internas, los círculos socialistas, las comunidades campesinas, son los centros de vida proletaria en los que hay que trabajar directamente.

Las comisiones internas son órganos de democracia obrera que hay que liberar de las limitaciones impuestas por los patrones, y a los que hay que infundir vida nueva y energía. Hoy las comisiones internas limitan el poder del capitalista en la fábrica y desarrollan funciones de arbitraje y disciplina. Desarrolladas y enriquecidas deberán ser mañana los órganos del poder proletario que sustituya al capitalista en todas sus funciones útiles de dirección y administración.

Desde ahora los obreros deberían proceder a la elección de vastas asambleas de delegados, seleccionados entre los compañeros mejores y más conscientes, bajo la consigna: "Todo el poder de la fábrica a los comités de fábrica", coordinada con esta otra: "Todo el poder del estado a los consejos obreros y campesinos".

Un vasto campo de propaganda concreta revolucionaria se abriría para los comunistas organizados en el partido y en los círculos de barrio. Los círculos, de acuerdo con las secciones de urbanas, deberían

hacer un censo de las fuerzas obreras de la zona, y convertirse en sede del consejo de barrio de los delegados de fábrica, en el ganglio que anuda y centraliza todas las energías proletarias del barrio. Los sistemas electorales podrían variar según la importancia de las fábricas; pero habría que procurar elegir un delegado por cada quince obreros divididos por categorías (como se hace en las fábricas inglesas), llegando, por elecciones graduales, a un comité de delegados de fábrica que comprenda representantes de todo el complejo del trabajo (obreros, empleados, técnicos). En el comité de barrio debería tenderse a incorporar también delegados de las otras categorías de trabajadores que habitan en la zona: mozos, cocheros, tranviarios, ferroviarios, barrenderos, empleados, dependientes de comercio, etc.

El comité de barrio debería surgir de *toda la clase trabajadora* habitante de barrio, como un órgano legítimo y autorizado capaz de hacer respetar una disciplina, investido con el poder, espontáneamente delegado, de ordenar el cese de inmediato e integral de todo trabajo en la zona.

Los comités barriales se ampliarían en comisariados urbanos, controlados y disciplinados por el Partido Socialista y por los sindicatos de oficio.

Este sistema de democracia obrera (integrado por organizaciones equivalentes de campesinos) daría forma y disciplina permanentes a las masas, sería una magnífica escuela de experiencia política y administrativa, encuadraría a las masas hasta el último hombre, habituándolas a la tenacidad y a la perseverancia, habituándolas a considerarse como un ejército en el campo de batalla que necesita una firme cohesión si no quiere ser destruido y reducido a esclavitud.

Cada fábrica constituiría uno o más regimientos de este ejército, con sus jefes, con sus servicios de coordinación, con su oficialidad, con su estado mayor, poderes delegados por libre elección, no impuestos autoritariamente. Por medio de asambleas celebradas dentro de la fábrica, por la constante obra de propaganda y de persuasión desarrollada por los elementos más conscientes, se obtendría una trasformación radical de la psicología obrera, se prepararía y capacitaría mejor a la masa para el ejercicio del poder, se difundiría una conciencia de los deberes y derechos del compañero y del trabajador, concreta y eficaz porque habría nacido espontáneamente de la experiencia viva e histórica.

Ya dijimos que estos rápidos apuntes sólo se proponen estimular el pensamiento y la acción. Cada aspecto del problema merecería un vasto y profundo estudio, dilucidaciones, complementos subsidiarios y coordinados. Pero la solución concreta e integral de los problemas de vida socialista sólo puede ser lograda por medio de la práctica comunista: la discusión en común, que modifica simpáticamente las conciencias unificándolas y colmándolas de activo entusiasmo. Decir la verdad, llegar juntos a la verdad, es cumplir acción comunista y revolucionaria. La fórmula "dictadura del proletariado" debe dejar de ser una mera fór-

mula, una ocasión para ostentar fraseología revolucionaria. El que quiera el fin, debe querer también los medios. La dictadura del proletariado es la instauración de un nuevo estado, típicamente proletario, en el que confluyen las experiencias institucionales de la clase oprimida, en el que la vida social de la clase obrera y campesina se convierte en sistema general y fuertemente organizado. Este estado no se improvisa: los comunistas bolcheviques rusos trabajaron durante ocho meses para difundir y concretar la consigna: "Todo el poder a los Soviets", y los Soviets eran ya conocidos por los obreros rusos desde 1905. Los comunistas italianos deben aprovechar la experiencia rusa y economizar tiempo y trabajo: la obra de reconstrucción demandará de por sí tanto tiempo y tanto trabajo que habrá que destinarle cada día y cada acto.

(Sin firma, escrito en colaboración por Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti, 21 de junio de 1919).

LA CONQUISTA DEL ESTADO

La concentración capitalista, determinada por el modo de producción, origina una correspondiente concentración de masas humanas trabajadoras. En este hecho hay que buscar el origen de todas las tesis revolucionarias del marxismo, hay que buscar las condiciones de la nueva modalidad proletaria, del nuevo orden comunista destinado a sustituir la modalidad burguesa, el desorden capitalista generado en la libre competencia y en la lucha de clases.

En la esfera de la actividad general capitalista, también el trabajador actúa en el plano de la libre competencia, es un individuo-ciudadano. Pero los puntos de partida de la lucha no son iguales para todos; la existencia de la propiedad privada pone a una minoría social en condiciones de privilegio, vuelve despareja la lucha. El trabajador está expuesto continuamente a riesgos mortales: su misma vida elemental, su cultura, la vida y el porvenir de su familia están expuestos a los vaivenes bruscos de las variaciones del mercado de trabajo. El trabajador trata entonces de salir de la esfera de la competencia y del individualismo. El principio de asociación y solidaridad se vuelve esencial para la clase trabajadora, cambia la psicología y la actitud de los obreros y campesinos. Surgen instituciones y organismos en los que dicho principio se encarna; sobre la base de éstos se inicia el proceso de desarrollo histórico que conduce al comunismo de los medios de producción y de intercambio.

El asociacionismo puede y debe ser reconocido como el hecho esencial de la revolución proletaria. Dependientes de esta tendencia histórica surgieron en el período precedente al actual (que podemos llamar período de la I y II Internacional o período de reclutamiento) y se desarrollaron los partidos socialistas y los sindicatos profesionales.

El desarrollo de estas instituciones proletarias y de todo el movimiento proletario en general no fue autónomo sin embargo, no obedecía a leyes propias inmanentes a la vida y a la experiencia histórica de la clase trabajadora explotada. Las leyes de la historia estaban dictadas por la clase propietaria organizada en el estado. El estado fue siempre el protagonista de la historia, porque en sus organismos se concentra la potencia de la clase propietaria; en el estado la clase propietaria se disciplina y se unifica, por sobre las disidencias y los choques de la competencia, para mantener intacta la condición de privilegio en la faz suprema de la competencia misma: la lucha de clases por el poder, por la preeminencia en la dirección y ordenamiento de la sociedad.

En este período el movimiento proletario fue sólo una función de la libre competencia capitalista. Las instituciones proletarias tuvieron que asumir una forma, no por ley interna, sino por ley extterna, bajo la enorme presión de acontecimientos y de constricciones dependientes de la competencia capitalista. Aquí tuvieron origen los conflictos íntimos, las desviaciones, vacilaciones y compromisos que caracterizan todo el período de vida del movimiento proletario anterior al actual, y que culminaron en el fracaso de la II Internacional.

Algunas corrientes del movimiento socialista y proletario propusieron explícitamente como hecho esencial de la revolución la organización obrera o por oficios, y sobre esta base fundaban su propaganda y su acción. El movimiento sindicalista [1] pareció, por un momento, ser el verdadero intérprete del marxismo, el real intérprete de la verdad.

El error del sindicalismo consiste en asumir como hecho permanente, como forma perenne del asociacionismo, el sindicato profesional con la forma y las funciones actuales, que son impuestas y no propuestas, y en consecuencia no pueden tener una línea constante y previsible de desarrollo. El sindicalismo, que se presentó como iniciador de una tradición libertaria "espontaneísta", fue en realidad uno de los tantos disfraces del espíritu jacobino y abstracto.

Estos son los errores de la corriente sindicalista, que no logró sustituir al Partido Socialista en el deber de educar para la revolución a la clase obrera. Obreros y campesinos sentían que, mientras la clase propietaria y el estado democrático-parlamentario dictasen las leyes de la historia, toda tentativa de evasión de estas leyes sería vana y ridícula. Es cierto que en la configuración general asumida por la sociedad con la producción industrial, cada hombre puede participar activamente en la vida y modificar el ambiente sólo en cuanto obre como individuo-ciudadano, miembro del estado democrático-parlamentario. La experiencia liberal no es inútil y no puede ser superada sino después de haberla

1 Gramsci se refiere aquí al anarco-sindicalismo. [N. del T.]

realizado. El apoliticismo de los apolíticos fue sólo una degeneración de la política: negar y combatir al estado es un hecho político tanto como intervenir en la actividad histórica general que se unifica en el parlamento y en las comunas, instituciones populares del estado. Varía la calidad del hecho político: los sindicalistas trabajaban fuera de la realidad, y por consiguiente, su política era fundamentalmente equivocada; los socialistas parlamentaristas trabajaban en el interior de las cosas, podían errar (cometieron frecuentes y graves errores), pero no se equivocaron en el sentido de su acción y por eso triunfaron en la ' competencia"; las grandes masas, que con su intervención modifican objetivamente las relaciones sociales, se organizaron alrededor del Partido Socialista, A pesar de todos los errores e imperfecciones, el partido logró, en última instancia, su misión: convertir en alguien al proletario que no era nada, darle una conciencia, darle al movimiento de liberación un sentido recto y vital que correspondía, en líneas generales, al proceso de desarrollo histórico de la sociedad humana.

El error más grave del movimiento socialista fue de naturaleza similar al de los sindicalistas. Participando en la actividad general de la sociedad humana en el estado, los socialistas olvidaron que su posición debía mantenerse esencialmente como crítica, como antítesis. Se dejaron absorber por la realidad, no la dominaron.

Los comunistas marxistas deben caracterizarse por una psicología que podríamos llamar "mayéutica". Su acción no es de abandono al curso de los acontecimientos determinados por la ley de la competencia burguesa, sino de espectación crítica. La historia es un continuo hacerse, por consiguiente es esencialmente imprevisible. Pero esto no significa que "Todo" sea imprevisible en el hacerse de la historia, que la historia sea el campo del arbitrio y del capricho irresponsable. La historia es al mismo tiempo libertad y necesidad. Las instituciones, en cuyo desarrollo y actividad se encarna la historia, nacieron y perduran porque tienen un deber y una misión para realizar. Surgieron y se desarrollaron determinadas condiciones objetivas de producción de los bienes materiales y de conciencia espiritual de los hombres. Si estas condiciones objetivas, que por su naturaleza mecánica son posibles de medir casi matemáticamente, cambian, cambia también la suma de relaciones que regulan y conforman la sociedad humana, cambia el grado de conciencia de los hombres; la configuración social se trasforma, las instituciones tradicionales se empobrecen, resultan inadecuadas para su deber, se vuelven obstruyentes y nocivas. Si en el hacerse de la historia la inteligencia fuese incapaz de adoptar un ritmo, de estabilizar un proceso, la vida de la civilización sería imposible: el genio político se reconoce en esta capacidad de apoderarse del mayor número posible de términos concretos, necesarios y suficientes para fijar un proceso de desarrollo; y en la capacidad de anticipar el futuro próximo y remoto y sobre la línea de esta intuición iniciar la actividad de un estado, jugar la suerte de un pueblo. En este sentido, Karl Marx fue sin duda el más grande de los genios políticos contemporáneos.

Los socialistas aceptaron muy a menudo la realidad histórica, pro-

ducto de la iniciativa capitalista; cayeron en el error psicológico de los economistas liberales: creer en la perpetuidad de las instituciones del estado democrático, en su fundamental perfección. Según ellos la forma de las instituciones democráticas puede ser corregida, modificada aquí y allá, pero puede ser fundamentalmente respetada. Un ejemplo de esta psicología estrechamente vanidosa está dado por el juicio despreciativo de Filippo Turati, según el cual el parlamento es al Soviet lo que la ciudad es a la horda bárbara.

De esta errónea concepción del devenir histórico, de la vieja práctica del compromiso y del "cretinismo parlamentario", nace la fórmula actual sobre la "conquista del estado".

Estamos persuadidos, después de las experiencias revolucionarias de Rusia, Hungría y Alemania, que el estado socialista no puede encarnarse en las instituciones del estado capitalista, sinó que es una creación fundamentalmente nueva con respecto a éstas y con respecto a la historia del proletariado. Las instituciones del estado capitalista están organizadas para los fines de la libre competencia: no basta cambiar el personal para orientar en otro sentido su actividad. El estado socialista no es todavía el comunismo, es decir, la implantación de una práctica y de una modalidad económica solidaria, sino el estado de transición que tiene el deber de suprimir la competencia con la supresión de la propiedad privada, de las clases, de las economías nacionales: este deber no puede ser cumplido por la democracia parlamentaria. La fórmula "conquista del estado" debe ser entendida en este sentido: creación de un nuevo tipo de estado, originado en la experiencia asociativa de la clase proletaria, y sustitución por éste del estado democrático-parlamentario.

Aquí volvemos al punto de partida. Dijimos que las instituciones del movimiento socialista y proletario del período precedente al actual, no se desarrollaron con autonomía, sino como resultantes de la configuración general de la sociedad humana dominada por las leyes soberanas del capitalismo. La guerra invirtió la situación estratégica de la lucha de clases. Los capitalistas perdieron la preeminencia; su libertad fue limitada; su poder, anulado. La concentración capitalista llegó al máximo desarrollo posible, realizando el monopolio mundial de la producción y de cambios. La correspondiente concentración de las masas trabajadoras dio una potencia inaudita a la clase proletaria revolucionaria.

Las instituciones tradicionales del movimiento se volvieron incapaces de contener tanta irrupción de vida revolucionaria. Su misma forma es inadecuada para la disciplina de las fuerzas concurrentes en el proceso histórico consciente. Estas no están muertas. Nacidas como funciones de la libre competencia, deben continuar subsistiendo hasta la supresión de todo residuo de competencia, hasta la completa supresión de las clases y de los partidos, hasta la fusión de las dictaduras proletarias nacionales en la Internacional comunista. Pero junto a éstas deben surgir y desarrollarse instituciones de tipo nuevo, de tipo estatal, que remplazarán las instituciones privadas y públicas del estado democrático-parlamentario. Instituciones que sustituyan a la persona del capitalista en las funciones administrativas y en el poder industrial, y realicen la autonomía del

productor en la fábrica; instituciones capaces de asumir el poder directivo de todas las funciones inherentes al complejo sistema de relaciones de producción y cambio que ligan las secciones de una fábrica entre sí, constituyendo la unidad económica elemental, que ligan las variadas actividades de la industria agrícola, que por planos horizontales y verticales deben constituir el armonioso edificio de la economía nacional y internacional, librado de la tiranía obstruyente y parasitaria de los propietarios privados.

Nunca el impulso y el entusiasmo revolucionario fueron más fervientes en el proletariado de Europa occidental. Pero parece que en el momento actual a la conciencia lúcida y exacta del fin no la acompaña una conciencia también lúcida y exacta de los medios adecuados para el logro de tal fin. Está muy arraigada en las masas la convicción de que el estado proletario debe estar encarnado en un sistema de consejos de obreros, campesinos y soldados. No se formó todavía una concepción táctica que asegure objetivamente la creación de este estado. Por eso es necesario crear desde ahora una red de instituciones proletarias, radicadas en la conciencia de las grandes masas, seguras de la disciplina y de la fidelidad permanente de las grandes masas, en las que la clase de los obreros y de los campesinos, en su totalidad, asuma una forma rica en dinamismo y en posibilidades de desarrollo. Es cierto que si hoy, en las condiciones actuales de organización proletaria, se verificase un movimiento de masas con carácter revolucionario, los resultados se consolidarían en una pura corrección formal del estado democrático, se resolverían en un aumento de poder de la cámara de diputados (a través de una asamblea constituyente) y en el ascenso al poder de los socialistas, charlatanes y anticomunistas. La experiencia alemana y austríaca debe servir de ejemplo. Las fuerzas del estado democrático y de la clase capitalista son todavía muy grandes: es necesario no ocultarse que el capitalismo se rige especialmente por la obra de sus sicofantes y de sus lacayos, y la simiente de tal progenie no ha desaparecido.

La creación del estado proletario no es, en resumen, un acto taumatúrgico: es también un hacerse, un proceso de desarrollo. Presupone un trabajo preparatorio de sistematización y propaganda. Necesita dar mayor desarrollo y mayores poderes a las instituciones de fábricas, ya existentes, hacer surgir otras similares en los pueblos, conseguir que los hombres que las compongan sean comunistas conscientes de la misión revolucionaria que la institución debe llevar a cabo. De otra manera todo nuestro entusiasmo, toda la fe de las masas trabajadoras no logrará impedir que la revolución se convierta miserablemente en un nuevo Parlamento de embrollones, de fatuos e irresponsables, y que sean necesarios nuevos y más espantosos sacrificios para el advenimiento del estado de los proletarios.

(12 de julio de 1919)

SINDICATOS Y CONSEJOS (I)

La organización proletaria que se reasume como expresión total de la masa obrera y campesina en las oficinas centrales de la Confederación del Trabajo, atraviesa una crisis constitucional similar por naturaleza a la crisis en la que vanamente se debate el estado democrático-parlamentario. La crisis es de poder y de soberanía. La solución de una será la solución de la otra, ya que, resolviendo el problema de la voluntad de poder en el ámbito de su organización de clase, los trabajadores llegarán a crear la estructura orgánica de su estado y victoriosamente la contrapondrán al estado parlamentario.

Los obreros sienten que el complejo de "su" organización se ha convertido en un aparato tan enorme que ha terminado por obedecer a leyes propias, implícitas en su estructura y en su complicado funcionamiento pero extrañas a la masa que conquistó conciencia de su misión histórica de clase revolucionaria. Sienten que su voluntad de poder no logra expresarse, en un sentido neto y preciso, a través de las actuales jerarquías institucionales. Sienten que también en su casa, en la casa que construyeron tenazmente, con esfuerzos pacientes, cimentándola con sangre y lágrimas, la máquina oprime al hombre, la burocracia esteriliza el espíritu creador y el diletantismo banal y verbalista trata en vano de ocultar la ausencia de conceptos precisos sobre la necesidad de la producción industrial y la total incomprensión de la psicología de las masas proletarias. Los obreros se irritan por estas condiciones de hecho, pero son individualmente impotentes para modificarlas; las palabras y la voluntad de cada hombre son muy poca cosa frente a las leyes férreas inherentes a la estructura funcional del aparato sindical.

Los líderes de la organización no se hacen cargo de esta crisis profunda y difundida. Cuanto más claramente se evidencia que la clase obrera no está integrada en forma coherente a su real estructura histórica, cuanto más claro resulta que la clase obrera no está encuadrada en una configuración que incesantemente se adapte a las leyes que gobiernan el íntimo proceso de desarrollo real de la propia clase, tanto más estos

líderes se obstinan en la ceguera y se esfuerzan por solucionar "jurídicamente" las disidencias y los conflictos. Espíritus eminentemente burocráticos, ellos creen que una condición objetiva, radicada en la psicología que se desarrolla en las experiencias vivas de la fábrica, puede ser superada con un discurso que mueva los sentimientos, y con un orden del día aprobada por unanimidad en una asamblea embotada por el estruendo y por la verborragia oratoria. Hoy ellos se esfuerzan por ponerse "a la altura de los tiempos" y, tanto por demostrar que son también capaces de "meditar con dureza", sacan a flote las viejas y deterioradas ideologías sindicalistas, insistiendo penosamente en establecer relaciones de identidad entre el soviet y el sindicato, insistiendo con constancia en afirmar que el sistema actual de organización sindical constituye ya la estructura de la sociedad comunista, representa el sistema de fuerzas en el que debe encarnarse la dictadura proletaria.

El sindicato, en la forma que existe actualmente en los países de Europa occidental, es un tipo de organización no sólo esencialmente distinto del soviet, sino muy distinto también del sindicato tal como viene desarrollándose en la República comunista rusa.

Los sindicatos de oficios, las Cámaras del Trabajo, las federaciones industriales, la Confederación General del Trabajo, constituyen el tipo de organización proletaria específica del período de historia dominado por el capital. En cierto sentido se puede sostener que son parte integrante de la sociedad capitalista, y tienen una función que es inherente al régimen de propiedad privada. En este período, en el que los individuos valen en cuanto son propietarios de mercancía y comercian con su propiedad, también los obreros han debido obedecer a las leyes férreas de la necesidad general y se convirtieron en comerciantes de su única propiedad: la fuerza de trabajo y la inteligencia profesional. Más expuestos a los riesgos de la competencia, los obreros acumularon su propiedad en "empresas" cada vez más vastas y organizadas, crearon un enorme aparato de concentración de carne de fatiga, impusieron precios y horarios y disciplinaron el mercado. Tomaron de fuera o seleccionaron de su propio seno un personal administrativo de confianza, experto en este género de especulaciones, capacitado para dominar las condiciones del mercado, capaz de estipular contratos, de evaluar los riesgos comerciales, de iniciar operaciones económicamente útiles. La naturaleza esencial del sindicato es competitiva, no comunista. El sindicato no puede ser instrumento de renovación radical de la sociedad: puede ofrecer al proletariado expertos burócratas, técnicos capaces en cuestiones industriales de índole general, pero no puede ser la base del poder proletario. El sindicato no ofrece ninguna posibilidad de selección de individualidades proletarias capaces y dignas de dirigir la sociedad, no se puede lograr de él los cuadros en que se encarnen el impulso vital, el ritmo de progreso de la sociedad comunista.

La dictadura proletaria puede encarnarse en un tipo de organización que sea específica de la actividad propia de los productores y no de los asalariados, esclavos del capital. El consejo de fábrica es la primera

célula de esta organización. Puesto que en el consejo todos los sectores del trabajo están representados proporcionalmente a la contribución que cada oficio y cada sector de trabajo da a la elaboración del objeto que la fábrica produce para la colectividad, la institución es de clase, es social. Su razón de ser está en el trabajo, está en la producción industrial, en un hecho permanente y no ya en el salario, en la división de clases, es decir, en un hecho transitorio y que precisamente se quiere superar.

Por eso el consejo realiza la unidad de la clase trabajadora, da a las masas una cohesión y una forma que tienen la misma naturaleza de la cohesión y de la forma que la masa asume en la organización general de la sociedad.

El consejo de fábrica es el modelo del estado proletario. Todos los problemas que son inherentes a la organización del estado proletario, son inherentes a la organización del consejo. Tanto en uno como en otro el concepto de ciudadano decae y es sustituido por el concepto de compañero: la colaboración para producir bien y con utilidad desarrolla la solidaridad, multiplica los lazos de afecto y fraternidad. Cada uno es indispensable, cada uno está en su puesto, y cada uno tiene una función y un puesto. Aun el más ignorante y retrasado de los obreros, el más vanidoso y el más "civil" de los ingenieros termina por convencerse de esta verdad en las experiencias de organización de fábrica: todos terminan por adquirir una conciencia comunista, por comprender el gran paso hacia adelante que la economía comunista representa sobre la economía capitalista. El consejo es el más adecuado órgano de educación recíproca y de desarrollo del nuevo espíritu social que el proletariado ha logrado extraer de la experiencia viva y fecunda de la comunidad de trabajo. La solidaridad obrera que en el sindicato se desarrollaba en la lucha contra el capitalismo, en el sufrimiento y en el sacrificio, en el consejo es positiva, permanente, está encarnada aun en el momento más descuidado de la producción industrial, está contenida en la conciencia gozosa de ser un todo orgánico, un sistema homogéneo y compacto que trabajando con fines útiles, produciendo desinteresadamente la riqueza social, afirma su soberanía, realiza su poder y su libertad creadora de historia.

La existencia de una organización en la que la clase trabajadora esté encuadrada con su homogeneidad de clase productora y que haga posible un espontáneo y libre florecimiento de jerarquías e individualidades dignas y capaces, tendrá reflejos importantes y fundamentales en la constitución y en el espíritu que anima la actividad de los sindicatos.

También el consejo de fábrica se basa sobre el oficio. En cada sección los obreros se dividen en equipos y cada equipo es una unidad de trabajo (de oficio): el consejo está constituido precisamente por delegados que los obreros eligen por oficio (equipo) de sección. Mientras el sindicato se basa en el individuo, el consejo se basa en la unidad orgánica y concreta del oficio que se realiza en el disciplinamiento del proceso industrial. El equipo (el oficio) siente que es distinto en el

cuerpo homogéneo de la clase, pero al mismo tiempo se siente como engranaje del sistema de disciplina y de orden que hace posible, con su funcionamiento exacto y preciso, el desarrollo de la producción. Como interés económico y político el oficio es parte inseparable y perfectamente integrada con el cuerpo de la clase; se diferencia como interés técnico y como desarrollo del instrumento particular que usa en el trabajo. Del mismo modo todas las industrias son homogéneas y solidarias en el fin de realizar una perfecta producción, distribución y acumulación social de la riqueza; pero cada industria tiene intereses distintos por cuanto mira hacia la organización técnica de su actividad específica.

La existencia del consejo otorga a los obreros la responsabilidad directa de la producción, los lleva a mejorar su trabajo, instituye una disciplina consciente y voluntaria, crea la psicología del productor, del creador de historia. Los obreros aportan al sindicato esta nueva conciencia y de la simple actividad de lucha de clase el sindicato pasa a dedicarse a la labor fundamental de imprimir a la vida económica y a la técnica del trabajo una nueva configuración, se dedica a elaborar la forma de vida económica y de técnica profesional que es propia de la civilización comunista. En este sentido los sindicatos, que están constituidos por los obreros mejores y más conscientes, logran el momento supremo de la lucha de clase y de la dictadura del proletariado: crean las condiciones objetivas para que las clases no puedan ya existir ni renacer.

Esto hacen en Rusia los sindicatos de industria. Fueron convertidos en organismos dentro de los que todas las empresas de determinada industria se amalgaman, se conectan, se articulan, formando una gran unidad industrial. El derroche de la competencia es eliminado, los grandes servicios administrativos, de abastecimiento, de distribución y de almacenamiento, son unificados en grandes centrales. Los sistemas de trabajo, los secretos de fabricación, las nuevas aplicaciones se vuelven inmediatamente comunes a toda la industria. La multiplicidad de funciones burocráticas y disciplinarias inherentes a las relaciones entre propiedad privada y empresa individual, se reduce a las puras necesidades industriales. La aplicación de principios sindicales a la industria textil permitió en Rusia una reducción de burocracia de 100 000 empleados a 3 500. La organización por fábrica ordena la clase (toda la clase) en una unidad homogénea y coherente que se adhiere plásticamente al proceso industrial de producción y lo domina para adueñarse en forma definitiva. En la organización por fábrica se encarna entonces la dictadura proletaria, el estado comunista que destruye el dominio de clase en las superestructuras políticas y en sus engranajes generales.

Los sindicatos de oficio y de industria son las sólidas vértebras del gran cuerpo proletario. Elaboran las experiencias individuales y locales, y las acumulan, logrando el equilibrio nacional de las condiciones de trabajo y de producción sobre el que se basa concretamente la igualdad comunista.

Pero para que sea posible imprimir a los sindicatos esta dirección positivamente clasista y comunista es necesario que los obreros dirijan

toda su voluntad y su fe hacia la consolidación y la difusión de los consejos, hacia la unificación orgánica de la clase trabajadora. Sobre este fundamento homogéneo y sólido florecerán y se desarrollarán todas las superiores estructuras de la dictadura y de la economía comunista.

(11 de octubre de 1919)

A LOS COMISARIOS DE SECCION DE LOS TALLERES FIAT, CENTRO Y PATENTES

¡Camaradas!

La nueva forma que ha tomado la comisión interna en vuestra fábrica con el nombramiento de los comisarios de sección y las discusiones que han precedido y acompañado esa transformación no han pasado inadvertidas por el campo obrero y patronal de Turín. Por una parte, se disponen a imitaros los obreros de otros establecimientos de la ciudad y de la provincia; por otra, los propietarios y sus agentes directos, los organizadores de las grandes empresas industriales, contemplan este movimiento con creciente interés, y se preguntan y os preguntan cuál será el objetivo al que tiende, cuál el programa que se propone realizar la clase obrera torinesa.

Sabemos que nuestro periódico ha contribuido a determinar ese movimiento. La cuestión se ha examinado en el periódico desde un punto de vista teórico y general, pero, además, se han recogido y expuesto en él los resultados de las experiencias de otros países, para suministrar los elementos del estudio de las aplicaciones prácticas. Pero sabemos que nuestro trabajo ha tenido valor sólo en la medida en que ha satisfecho una necesidad, ha favorecido la concreción de una aspiración que estaba latente en la conciencia de las masas trabajadoras. Por eso nos hemos entendido tan de prisa, por eso se ha podido pasar tan seguramente de la discusión a la realización.

La necesidad, la aspiración de la cual nace el movimiento renovador de la organización obrera que habéis comenzado, está, según creemos, en las cosas mismas, son una consecuencia directa del punto al que ha llegado en su desarrollo el organismo social y económico basado en la apropiación privada de los medios de cambio y producción. Hoy día, el obrero de fábrica y el campesino en el campo, el minero inglés y el *mujik* ruso, todos los trabajadores del mundo entero, intuyen con mayor o menor seguridad, sienten de modo más o menos directo la verdad

que habían previsto hombres de estudio, de la cual se cercioran cada vez más a medida que observan los acontecimientos de este período de la historia de la humanidad: hemos llegado al punto en el cual la clase obrera, si no quiere quedarse por debajo de la tarea de reconstrucción que está apuntada en sus hechos y en su voluntad, tiene que empezar a ordenarse de un modo positivo y adecuado a la finalidad que hay que conseguir.

Y si es verdad que la nueva sociedad se basará en el trabajo y en la coordinación de las energías de los productores, entonces los lugares en los que se trabaja, en los que los productores viven y obran en común, serán mañana los centros del organismo social y tendrán que ocupar la posición de las entidades directivas de la sociedad de hoy. Así como en los primeros tiempos de la lucha obrera la organización por oficios era la que más se prestaba a las finalidades defensivas, a las necesidades de las batallas por la mejora económica y disciplinaria inmediata, así hoy, cuando empiezan a dibujarse y cobran cada vez mayor consistencia en la mente de los obreros los objetivos de reconstrucción, es necesario que surja, junto a la primera y en sostén de ella, una organización por fábricas, verdadera escuela de la capacidad reconstructiva de los trabajadores.

La masa obrera tiene que prepararse efectivamente para conseguir el pleno dominio de sí misma, y el primer paso por ese camino consiste en disciplinarse lo más sólidamente en la fábrica, de modo autónomo, espontáneo y libre. No puede negarse tampoco que la disciplina que se instaurará con el nuevo sistema llevará a una mejora de la producción; pero eso no es sino la verificación de una de las tesis del socialismo: cuanto más conciencia de sí mismas toman las fuerzas productivas humanas, emancipándose de la esclavitud a la que el capitalismo querría verlas eternamente condenadas, cuanto más se liberan y se organizan libremente, tanto mejor tiende a ser el modo de su utilización: el hombre trabajará siempre mejor que el esclavo. Y a los que objetan que de este modo se acaba por colaborar con nuestros adversarios, con los propietarios de las industrias, contestamos que ése es, por el contrario, el único modo de hacerles sentir concretamente que el final de su dominio está cercano, porque la clase obrera concibe ya la posibilidad de *decidir por sí misma*, y decidir bien; aún más: la clase obrera cobra de día en día la certeza, cada vez más clara, de ser la única capaz de salvar al mundo entero de la ruina y la desolación. Por eso toda acción que emprendáis, toda batalla que se libre bajo vuestra guía, estará iluminada por la luz del objetivo último que está en los ánimos y en las intenciones de todos vosotros.

Por eso tendrán también un grandísimo valor los actos de importancia aparentemente pequeña en los que se manifieste el mandato que habéis recibido. Elegidos por grupos obreros en los cuales son todavía numerosos los elementos desorganizados, vuestra primera preocupación será, sin duda, la de hacer que entren en las filas de la organización; obra, por otra parte, que os será facilitada por el hecho de que ellos encontrarán en vosotros, hombres siempre dispuestos a defenderlos, a

guiarlos y a prepararlos para la vida de la fábrica. Vosotros les mostraréis con vuestro ejemplo que la fuerza del obrero está, toda ella, en la unión y en la solidaridad con sus compañeros.

También os corresponde velar porque se respeten en las secciones las reglas de trabajo fijadas por los sindicatos de oficio y aceptadas en los convenios, pues en este campo la más pequeña derogación de los principios establecidos puede a veces constituir una ofensa grave a los derechos y a la personalidad del obrero, cuyos defensores y custodios rígidos y tenaces seréis. Y como viviréis vosotros mismos constantemente entre los obreros y en el trabajo, podréis conocer las modificaciones que vaya siendo necesario introducir en los reglamentos, modificaciones impuestas por el progreso técnico de la producción y por la conciencia y la capacidad progresivas de los mismos trabajadores. De este modo irá constituyéndose una *moral* de fábrica, primer germen de la verdadera y efectiva legislación del trabajo, o sea, de las leyes que los productores elaborarán y se darán a sí mismos. Estamos seguros de que no se os esconde la importancia de este hecho, que es evidente para todos los obreros que han comprendido, con rapidez y entusiasmo, el valor y la significación activa de las fuerzas mismas del trabajo en el campo técnico y en el de la disciplina.

En el campo técnico podréis, por una parte, realizar un utilísimo trabajo de información, recogiendo datos y materiales preciosos para los sindicatos de oficio igual que para las entidades centrales y directivas de las nuevas organizaciones de fábrica. Cuidaréis, además, de que los obreros de la sección consigan capacidad creciente, y eliminaréis los mezquinos sentimientos de envidia profesional que todavía los tienen divididos y discordes; los acostumbraréis así para el día en el cual, sin tener ya que trabajar para los patronos, sino para ellos mismos, necesiten estar unidos y solidarios para aumentar la fuerza del gran ejército proletario del que son las células primeras. ¿Por qué no habríais de poder suscitar en la misma fábrica adecuadas secciones de instrucción, verdaderas escuelas profesionales en las que cada obrero, irguiéndose del cansacio que embrutece, pueda abrir la mente al conocimiento de los procesos de producción y mejorarse a sí mismo?

Es cierto que para hacer todo eso hará falta disciplina, pero la disciplina que pediréis a la masa obrera será muy distinta de la que el patrono imponía y pretendía basado en el derecho de propiedad que constituye en sí mismo una posición de privilegio. Vosotros os basaréis en otro derecho: el del trabajo que, después de haber sido durante siglos instrumento en manos de sus explotadores, hoy quiere redimirse, dirigirse a sí mismo. Vuestro poder, opuesto al de los patronos y sus oficiales, representará frente a las fuerzas del pasado las fuerzas libres del porvenir, que esperan su hora y la preparan, sabiendo que será la hora de la redención de toda esclavitud.

Y así los órganos centrales que surjan para cada grupo de secciones, para cada grupo de fábricas, para cada ciudad, para cada región, hasta un supremo Consejo Obrero Nacional, seguirán organizándose, intensifi-

cando la obra de control, de preparación y de ordenación de la clase entera para fines de conquista y de gobierno.

Sabemos que el camino no será breve ni fácil: surgirán muchas dificultades y se os opondrán, y para superarlas hará falta poner a contribución mucha habilidad, tal vez también apelar a la fuerza de la clase organizada, y habrá que estar siempre animados y empujados a la acción por una gran fe; pero lo que más importa, camaradas, es que los obreros, bajo vuestra guía y la de los que os imiten, consigan la certeza viva de caminar ya, seguros de la meta, por el gran camino del porvenir.

EL CONSEJO DE FABRICA

La revolución proletaria no es el acto arbitrario de una organización que se dice revolucionaria o de un sistema de organizaciones que se dicen revolucionarias. La revolución proletaria es un larguísimo proceso histórico que se verifica en el surgimiento y desarrollo de determinadas fuerzas productivas (que resumimos en la expresión: *proletariado*), en determinado ambiente histórico (que resumimos en las expresiones: *forma de propiedad individual, forma de producción capitalista, sistema de fábrica, forma de organización de la sociedad en el estado democrático parlamentario*). En una determinada etapa de este proceso, las nuevas fuerzas productivas no pueden ya desarrollarse y sistematizarse de manera autónoma dentro de los esquemas oficiales en los que se desarrolla la convivencia humana; en esta etapa determinada se produce el acto revolucionario, que consiste en un esfuerzo dirigido a romper violentamente estos esquemas, dirigido a destruir todo el aparato de poder económico y político, por medio de los cuales las fuerzas productivas revolucionarias estaban contenidas opresivamente, que consiste en un esfuerzo dirigido a vulnerar la máquina del estado burgués y a constituir un tipo de estado en cuyos esquemas las fuerzas productivas liberadas encuentren la forma adecuada para su desarrollo ulterior, para su expansión, en cuya organización éstas encuentren la ayuda y las armas necesarias y suficientes para suprimir a sus adversarios.

El proceso real de la revolución proletaria no puede ser identificado con el desarrollo y la acción de las organizaciones revolucionarias de tipo voluntario y contractual como son el partido político y los sindicatos profesionales: organizaciones nacidas en el campo de la democracia burguesa, nacidas en el campo de la libertad política, como afirmación y como desarrollo de la libertad política. Estas organizaciones, en cuanto encarnan una doctrina que interpreta el proceso revolucionario y prevé (dentro de ciertos límites de probabilidades históricas) el desarrollo, en cuanto son reconocidas por las grandes masas como un

reflejo de sí mismas y un embrionario aparato de gobierno que les pertenece, son actualmente y serán cada vez más los agentes directos y responsables de los sucesivos actos de liberación que toda la clase trabajadora intentará en el curso del proceso revolucionario. Pero aún estas organizaciones no encarnan este proceso, no superan al estado burgués, no abarcan y no pueden abarcar el múltiple pulular de fuerzas revolucionarias que el capitalismo desencadena en su proceder implacable de máquina de explotación y de opresión.

En el período de predominio económico y político de la clase burguesa el desarrollo real del proceso revolucionario se produce en forma subterránea, en la oscuridad de la fábrica y en la oscuridad de la conciencia de las multitudes enormes que el capitalismo ata a sus leyes: este proceso no es controlable ni documentable, lo será más adelante cuando los elementos que lo constituyen (los sentimientos, las pretensiones, las costumbres, los gérmenes de iniciativa y de hábitos) se hayan desarrollado y purificado con el desarrollo de la sociedad, con el desarrollo de la situación que la clase obrera viene a ocupar dentro del campo de la producción. Las organizaciones revolucionarias (el partido político y el sindicato profesional) nacen en el campo de la libertad política, en el campo de la democracia burguesa, como afirmación y desarrollo de la libertad y de la democracia en general, en un campo en el que subsisten las relaciones de ciudadano a ciudadano: el proceso revolucionario se desarrolla en el campo de la producción, en la fábrica, donde las relaciones son de opresor a oprimido, de explotador a explotado, donde no existe libertad para el obrero, donde no existe democracia; el proceso revolucionario se realiza donde el obrero es nada y quiere convertirse en todo, donde el poder del proletario es ilimitado, es poder de vida y muerte sobre el obrero, sobre la mujer del obrero, sobre sus hijos.

¿Cuándo decimos que el proceso histórico de la revolución obrera, que es inmanente a la convivencia humana en régimen capitalista, que lleva sus leyes en sí mismo y se desarrolla necesariamente por la confluencia de una multiplicidad de acciones incontrolables porque están creadas por una situación no elegida por el obrero y que no es previsible para él, cuándo decimos que el proceso histórico de la revolución obrera ha salido a luz, se ha vuelto incontrolable y documentable?

Decimos esto cuando toda la clase obrera se ha vuelto revolucionaria, no ya en el significado que ésta niega genéricamente de colaborar con las instituciones de gobierno de la clase burguesa, no ya en el sentido en que ésta representa una oposición en el campo de la democracia, sino en el sentido que toda la clase obrera, tal como se encuentra en una fábrica, inicia una acción que necesariamente debe desembocar en la fundación de un estado obrero, que debe necesariamente conducir a configurar la sociedad humana de una manera que es original en absoluto, de una manera universal, que abarque toda la Internacional obrera y en consecuencia toda la humanidad. Y decimos que el período actual es revolucionario porque constatamos que la clase obrera, en todas las

naciones, tiende a crear, tiende con todas sus energías —a pesar de los errores, las vacilaciones, los engorros propios de una clase oprimida, que no tiene experiencia histórica, que debe hacer todo nuevo— a crear en su seno instituciones nuevas en el campo obrero, instituciones con base representativa, construidas dentro de un esquema industrial; decimos que el período actual es revolucionario porque la clase obrera trata con todas sus fuerzas, con toda su voluntad, de fundar su estado. Esta es la razón por la que afirmamos que el nacimiento de los consejos obreros de fábrica representa un gran hecho histórico, representa la iniciación de una nueva era en la historia del género humano: gracias a esto el proceso revolucionario ha salido a luz, y entra en la etapa en la que puede ser controlado y documentado.

En la etapa liberal del proceso histórico de la clase burguesa y de la sociedad dominada por la clase burguesa, la célula elemental del estado era el propietario que en la fábrica explota para su provecho a la clase obrera. En la etapa liberal el propietario era también empresario e industrial: el poder industrial, la fuente del poder industrial estaba en la fábrica, y el obrero no llegaba a liberar su conciencia de la persuación de la necesidad del propietario, cuya persona se identificaba con la persona del industrial, con la persona del gestor responsable de la producción y en consecuencia también de su salario, de su pan, de su ropa y de su techo.

En la etapa imperialista del proceso histórico de la clase burguesa, el poder industrial de cada fábrica se separa de la fábrica y se concentra en un *trust*, en un monopolio, en una banca, en la burocracia estatal. El poder industrial se vuelve irresponsable y por consiguiente más autocrático, más despiadado, más arbitrario: pero el obrero, liberado de la sujeción del *capo*, liberado del espíritu servil de jerarquía, estimulado también por las nuevas condiciones generales en que se encuentra la sociedad a consecuencia de la nueva etapa histórica, el obrero realiza inapreciables conquistas de autonomía e iniciativa.

En la fábrica la clase obrera se convierte en un específico *instrumento de producción*, en una específica estructura orgánica; cada obrero llega *casualmente* a formar parte de este cuerpo constituido: casualmente por lo que atañe a su voluntad, pero no casualmente en lo que atañe a su meta de trabajo, puesto que él representa una necesidad específica del proceso del trabajo y de producción y sólo por eso es empleado, sólo por eso puede ganarse el pan: es un engranaje de la máquina-división del trabajo, de la clase obrera constituida en instrumento de producción. Si el obrero conquista conciencia clara de su *necesidad específica* y la pone como base de un aparato representativo de tipo estatal (es decir, no voluntario, contractual, por afiliación, sino absoluto, orgánico, que contemporiza con una realidad que es necesario reconocer si se quiere tener asegurados el pan, la ropa, el techo, la producción industrial): si el obrero, si la clase obrera hace esto, realiza un acto fundamental, inicia una historia nueva, inicia la era de los estados obreros que deberán confluir en la formación de la sociedad

comunista, del mundo organizado sobre la base y sobre el tipo de la gran fábrica, de la Internacional comunista en la que cada pueblo, cada parte de la humanidad, adquiere una figura en cuanto posee una determinada producción preeminente y no ya en cuanto está organizada en forma de estados y ha establecido fronteras.

Al construir este aparato representativo, en realidad, la clase obrera cumple con la expropiación de la primera máquina, del más importante instrumento de producción: la clase obrera misma, que se ha reencontrado, que tomó conciencia de su unidad orgánica y que en forma unitaria se contrapone al capitalismo. La clase obrera afirma así que el poder industrial, la fuente del poder industrial debe retornar a la fábrica, pone nuevamente a la fábrica, desde el punto de vista obrero, como el modo por el que la clase obrera se constituye en cuerpo orgánico determinado, como célula de un nuevo estado, el estado obrero, como base de un nuevo sistema representativo, el sistema de los consejos. El estado obrero, puesto que nace según una configuración productiva, crea ya las condiciones de su desarrollo, de su disolverse como estado, de su incorporarse orgánico a un sistema mundial, la Internacional comunista.

Como hoy, en el consejo de una gran fábrica, cada *cuadrilla* de trabajo (de oficio) se amalgama, desde el punto de vista proletario, con las otras cuadrillas de una repartición, cada momento de la producción industrial se funde, desde el punto de vista proletario, con los otros momentos y pone de relieve el proceso producido. Así, en el mundo, el *carbón* inglés se funde con el *petróleo* ruso, el *grano* siberiano con el *azufre* de Sicilia, el *arroz* de Vercellise con la *madera* de Estiria...en un organismo único, sometido a una administración internacional que gobierna la riqueza del globo en nombre de toda la humanidad. En este sentido el consejo obrero de fábrica es la primera célula de un proceso histórico que debe culminar en la Internacional comunista, no ya como organización política del proletariado revolucionario, sino como reorganización de la economía mundial y como reorganización de toda la convivencia humana, nacional y mundial. Cada acción revolucionaria actual tiene valor, es históricamente real, en cuanto accede a este proceso, en cuanto es concebida y es un acto de liberación de este proceso de las superestructuras burguesas que lo oprimen y lo aprisionan.

Las relaciones que deben mediar entre el partido político y el consejo de fábrica, entre el sindicato y el consejo de fábrica, se desprenden de esta exposición: el partido y el sindicato no deben ubicarse como tutores o como superestructuras ya constituidas de esta nueva institución, en la que toma forma histórica controlable el proceso histórico de la revolución; éstos deben ubicarse como agentes conscientes de su liberación y de la fuerza de comprensión que se resume en el estado burgués, deben proponerse la organización de las condiciones externas generales (políticas) en las que el proceso [de la] revolución tenga su máxima celeridad, en las que las fuerzas productivas liberadas encuentren la máxima expansión.

(5 de julio de 1920)

SINDICATOS Y CONSEJOS (II)

El sindicato no es esta o aquella definición de sindicato: el sindicato llega a ser una determinada definición y asume una determinada figura histórica en cuanto las fuerzas y la voluntad obreras que lo constituyen le imponen una dirección y otorgan a su acción los fines que son afirmados en la definición.

Objetivamente el sindicato es la única forma que la mercancía trabajo asume y puede asumir en el régimen capitalista, cuando se organiza para dominar el mercado: esta forma es un centro constituido por funcionarios técnicos (cuando son técnicos) de la organización, especialistas (cuando son especialistas) en el arte de concentrar y guiar las fuerzas obreras de modo de establecer con la potencia del capital un equilibrio ventajoso para la clase obrera.

El desarrollo de la organización sindical está caracterizado por estos dos hechos: 1) el sindicato engloba una creciente cantidad de efectivos obreros, incorpora a la disciplina de su forma una cantidad cada vez mayor de efectivos obreros; 2) el sindicato concentra y generaliza su estructura hasta colocar en una organización central el poder de la disciplina y del movimiento; se independiza de las masas que ha disciplinado, se pone fuera del juego de los caprichos, de las veleidades, de las volubilidades propias de las grandes masas tumultuosas. De esta forma el sindicato se vuelve capaz de concertar acuerdos, de asumir responsabilidades: de esa forma obliga al empresario a aceptar una legalidad en sus relaciones con el obrero, legalidad que está condicionada por la confianza que el empresario tiene por la *solvencia* del sindicato, por la confianza que tiene en la capacidad del sindicato para obtener el respeto a las obligaciones contraídas por parte de las masas obreras.

La implantación de la legalidad industrial fue una gran conquista de la clase obrera, pero no es la conquista última y definitiva: la legalidad industrial mejoró las condiciones materiales de vida de la clase obrera, pero esta legalidad no es más que un compromiso necesario de cumplir, que será necesario soportar hasta que las relaciones de fuerza sean desfavorables para la clase obrera. Si los funcionarios de la organización sindical consideran la legalidad industrial como un compromiso necesario pero no a perpetuidad, si hacen uso de todos los medios que el sindicato puede disponer para mejorar las relaciones de fuerza en sentido favorable para la clase obrera, si desarrollan toda la labor de preparación espiritual y material necesaria para que la clase obrera pueda, en un momento determinado, iniciar una ofensiva victoriosa contra el capital y someterlo a su ley, entonces el sindicato es un instrumento revolucionario, entonces la disciplina sindical es disciplina revolucionaria por

cuanto está orientada a hacer respetar por los obreros la legalidad industrial.

Las relaciones que deben mediar entre sindicatos y Consejo de fábrica tienen que ser considerados desde este punto de vista: del juicio que se da sobre la naturaleza y el valor de la legalidad industrial.

El consejo es la negación de la legalidad industrial, tiende a anunciarla a cada instante, tiende necesariamente a conducir a la clase obrera a la conquista del poder industrial, a convertir a la clase obrera en la fuente del poder industrial. El sindicato es un elemento de la legalidad, y debe proponerse hacerla respetar por sus miembros. El sindicato es responsable ante los industriales, pero es responsable ante los industriales en cuanto es responsable ante sus propios miembros: garantiza la continuidad del trabajo y del salario, es decir del pan y del techo al obrero y a la familia del obrero. El consejo tiende, por su espontaneidad revolucionaria, a desencadenar en todo momento la guerra de clases; el sindicato, por su estructura burocrática, tiende a que la guerra de clases no se desencadene nunca. Las relaciones entre las dos instituciones deben tender a crear una situación en la que no suceda que un impulso caprichoso del consejo determine un paso hacia atrás de la clase obrera, determine su desorganización, determine una situación por la que el consejo acepte y haga propia la disciplina del sindicato, y debe tender a crear una situación por la que el carácter revolucionario del consejo tenga influencia sobre el sindicato, sea un reactivo que disuelva la burocracia y el funcionamiento sindical.

El consejo quisiera salir en todo momento de la legalidad industrial: el consejo es la masa, explotada, tiranizada, obligada al trabajo servil, por eso pretende universalizar toda rebelión, dar valor y dimensión resolutiva a cada uno de sus actos de poder. El sindicato, como central responsable en concreto de la legalidad, pretende universalizar y perpetuar la legalidad. Las relaciones entre sindicato y consejo deben crear las condiciones por las que el abandono de la legalidad, la ofensiva de la clase obrera, suceda en el momento más oportuno, suceda cuando la clase obrera tenga el mínimo de preparación que se considera indispensable para vencer perdurablemente.

Las relaciones entre sindicato y consejo no pueden ser establecidas sobre otro vínculo que no sea éste: la mayoría o una parte representativa de los electores del consejo se organizan en el sindicato. Toda tentativa de vincular con relaciones de dependencia jerárquica a las dos instituciones no puede conducir más que a la destrucción de ambas.

Si la concepción que hace del consejo un simple instrumento de lucha sindical se materializa en una disciplina burocrática y en una facultad de control directo del sindicato sobre el consejo, el consejo se vuelve estéril como expansión revolucionaria, como forma de desarrollo real de la revolución proletaria que tiende espontáneamente a crear nuevas formas de producción y de trabajo, nuevas formas de disciplina, que tiende a crear la sociedad comunista. Puesto que el consejo nace dependiendo de la posición que la clase obrera ha venido conquistando en el

campo de la producción industrial, puesto que el consejo es una necesidad histórica de la clase obrera, la tentativa de subordinarlo jerárquicamente al sindicato determinaría tarde o temprano un choque entre las dos instituciones. La fuerza del consejo consiste en el hecho de que está estrechamente unido a la conciencia de la masa obrera, es la conciencia misma de la masa obrera que quiere emanciparse con autonomía, que quiere afirmar su libertad de iniciativa en la creación de la historia: toda la masa participa en la vida del consejo y siente que es algo gracias a esta actividad. En la vida del sindicato participa un número restringido de miembros; la fuerza vital real del sindicato radica en este hecho, pero también en este hecho hay una debilidad que no puede ser puesta a prueba sin gravísimo peligro.

Por otra parte si el sindicato se apoyase directamente sobre los consejos, no para dominarlos sino para convertirse en su forma superior, se reflejaría en el sindicato la tendencia propia de los consejos de escapar a cada instante de la legalidad industrial, de desencadenar en cualquier momento la acción resolutiva de la guerra de clases. El sindicato perdería su capacidad de contraer compromisos, perdería su carácter de fuerza disciplinaria y reguladora de las fuerzas impulsivas de la clase obrera.

Si los afiliados establecen en el sindicato una disciplina revolucionaria, si establecen una disciplina que aparezca ante los ojos de la masa como una necesidad para el triunfo de la revolución obrera y no como una servidumbre frente al capital, esta disciplina será aceptada indudablemente y será incorporada por el consejo, se convertirá en la forma natural de acción desarrollada por éste. Si la oficina del sindicato se convierte en un organismo de preparación revolucionaria, y así aparece ante la masa por la acción que logra desarrollar, por los hombres que lo componen, por la propaganda que desarrolla, entonces su carácter centralizado y absoluto será visto por las masas como una gran fuerza revolucionaria, como una condición óptima (y de las más importantes) para el éxito de la lucha empeñada a fondo.

Dentro de la realidad italiana, el funcionamiento sindical concibe la legalidad industrial como una cosa perpetua. Muy a menudo la defiende desde un punto de vista que es el mismo punto de vista del propietario. Ve sólo caos y arbitrariedades en todo lo que sucede dentro de la masa obrera: no universaliza el acto de rebelión del obrero frente a la disciplina capitalista como rebelión, sino como un acto material que puede ser trivial en sí y de por sí. Así sucedió que la historia del "impermeable del ganapán [*faccino*]" haya tenido la misma difusión y haya sido interpretado por la estupidez periodística del mismo modo que la historia de la "socialización de las mujeres en Rusia". En estas condiciones la disciplina sindical no puede ser más que un servicio rendido al capital; en estas condiciones toda tentativa de subordinar el consejo al sindicato no pueder ser juzgado más que como reaccionaria.

Los comunistas, en cuanto quieren que el acto revolucionario sea dentro de lo posible, conciente y responsable, quieren que la elección, en cuanto pueda ser una elección del momento de desatar la ofensiva obrera corresponda a la parte más consciente y responsable de esta

clase, a la parte que está organizada en el Partido Socialista y que más activamente participa en la vida de la organización. Por eso los comunistas no pueden desear que el sindicato pierda su energía disciplinaria y su concentración sistemática.

Los comunistas, constituyéndose en grupos organizados permanentes, en sindicatos y fábricas, deben llevar a los sindicatos y a las fábricas las concepciones, las tesis, la táctica de la III Internacional, deben influir sobre la disciplina sindical y determinar los fines, deben influir en las deliberaciones de los consejos de fábricas y convertir en conciencia y creación revolucionaria los impulsos hacia la rebelión que surgen de la situación que el capitalismo crea a la clase obrera. Los comunistas del Partido tienen el mayor interés, porque sobre ellos pesa la mayor responsabilidad histórica, de suscitar, con su acción incesante entre las distintas instituciones de la clase obrera, relaciones de compenetración y de natural interdependencia que vivifiquen la disciplina y la organización con el espíritu revolucionario.

(12 de junio de 1920)

DOS REVOLUCIONES

Toda forma de poder político no puede ser históricamente concebida y justificada sino como el aparato jurídico de un real poder económico, no puede ser concebida y justificada sino como la organización de defensa y la condición de desarrollo de un orden determinado en las relaciones de producción y distribución de la riqueza: este canon fundamental (y elemental) del materialismo histórico resume todo el conjunto de tesis que hemos tratado de desarrollar organizadamente en torno al problema de los consejos de fábrica, resume las razones por las cuales hemos ubicado como centrales y preeminentes, dentro del tratamiento de los problemas reales de la clase proletaria, las experiencias positivas determinadas por el movimiento profundo de las masas obreras por la creación, el desarrollo y la coordinación de los consejos. Por eso sostuvimos: 1) la revolución no es necesariamente proletaria y comunista sólo por proponerse y obtener la caída del gobierno político del estado burgués; 2) no es proletaria y comunista ni siquiera cuando se propone y obtiene la anulación de las instituciones representativas y la máquina administrativa a través de la que el gobierno central ejerce el poder político de la burguesía; 3) no es proletaria y comunista aunque la oleada de la insurrección popular deposite el poder en manos de hombres que se digan (y sean sinceramente) comunistas. La revolución es

proletaria y comunista sólo en cuanto implique liberación de fuerzas productivas proletarias y comunistas que han venido elaborándose en el seno mismo de la sociedad dominada por la clase capitalista, es proletaria y comunista en la medida en que logra favorecer y promover la expansión y la sistematización de fuerzas proletarias y comunistas capaces de iniciar el trabajo paciente y metódico necesario para construir un nuevo orden en las relaciones de producción y distribución, un nuevo orden sobre cuya base se vuelva imposible la existencia de la sociedad dividida en clases y cuyo desarrollo sistemático tienda a coincidir con un proceso de decadencia del poder de estado, con una disolución sistemática de la organización política de defensa de la clase proletaria que desaparece como clase para convertirse en la humanidad.

La revolución que se realiza en la destrucción del aparato estatal burgués, y en la construcción de un nuevo aparato estatal, atañe e implica a todas las clases oprimidas por el capitalismo. Esta es determinada inmediatamente por el hecho brutal que, en las condiciones de carestía resultantes de la guerra imperialista, la gran mayoría de la población (constituida por artesanos, por pequeños propietarios de tierras, por pequeños burgueses intelectuales, por masas campesinas muy pobres y también por masas proletarias atrasadas) no tiene ya ninguna garantía en lo que respecta a las más elementales exigencias de la vida cotidiana. Esta revolución tiende a tener con preeminencia un carácter anárquico y destructivo y a manifestarse como una ciega expresión de cólera, como un tremendo desencadenarse de furores sin objetivo concreto, que se estructuran en un nuevo poder de estado sólo cuando el cansancio, la desilusión y el hambre terminan por hacer reconocer la necesidad de un orden constituido y de un poder que lo haga respetar realmente.

Esta revolución puede organizarse en una pura y simple asamblea constituyente, que trata de curar las llagas inferidas al aparato estatal burgués por la cólera popular; puede llevar al Soviet, a la organización autónoma del proletariado y de las otras clases oprimidas, que no osan llevar adelante la organización, que no se atreven a tocar las relaciones económicas y en consecuencia se ven obligadas a retroceder por la reacción de las clases propietarias; puede llegar a la destrucción completa de la máquina estatal burguesa, y a la estabilización de un estado permanente de desorden dentro del que las riquezas existentes y la población van disolviéndose y desapareciendo desintegradas por la imposibilidad de toda organización autónoma; puede lograr establecer un poder proletario y comunista que se agote en repetidas y desesperadas tentativas para imponer por medio de la autoridad las condiciones económicas de su permanencia y de su afirmación, y al fin cae arrasado por la reacción capitalista.

En Alemania, Austria, Baviera, Ucrania, Hungría, se verificaron estos procesos históricos; la revolución como hecho destructivo no fue seguida por la revolución como proceso reconstructivo en sentido comunista. La existencia de las condiciones externas: Partido comunista, destrucción del estado burgués, fuertes organizaciones sindicales, armamento del proletariado, no fue suficiente para compensar la ausencia de esta condi-

ción: existencia de fuerzas productivas tendientes al desarrollo y a la expansión, movimiento consciente de las masas proletarias empeñado en sustanciar con el poder económico el poder político, voluntad en las masas proletarias de introducir en las fábricas el orden proletario, de hacer de la fábrica la célula del nuevo estado, de construir el nuevo estado como reflejo de las relaciones industriales del sistema de fábrica.

Por estas razones hemos sostenido siempre que el deber de los núcleos comunistas existentes en el Partido debe ser el de no caer en las alucinaciones particularistas (problema de la abstención electoral, problema de la constitución de un partido *verdaderamente* comunista) sino el de trabajar para crear las condiciones en la masa que permitan resolver todos los problemas particulares como problemas del desarrollo orgánico de la revolución comunista. ¿Puede existir un partido comunista (que sea partido de acción y no academia de teóricos puros y de politiqueros, que piensan *bien* y se expresan *bien* en materia de comunismo) si no existe en la masa el espíritu de iniciativa histórica y la aspiración a la autonomía industrial que deben encontrar su reflejo y su síntesis en el Partido comunista? ¿Y puesto que la formación de los partidos y el surgimiento de las fuerzas reales históricas de las que los partidos son el reflejo, no sucede de golpe, no sale de la nada, sino que se produce según un proceso dialéctico, la tarea mayor de las fuerzas comunistas no es la de dar conciencia y organización a las fuerzas productivas, esencialmente comunistas, que deberán desarrollarse y, expandiéndose crear la base económica segura y permanente del poder político en manos del proletariado?

Del mismo modo: ¿Puede el Partido abstenerse de la participación en las luchas electorales para las instituciones representativas de la democracia burguesa, si tiene el deber de organizar políticamente todas las clases oprimidas alrededor del proletariado comunista, y para obtener esto es necesario que de tales clases salga el partido de gobierno con sentido democrático, dado que sólo el proletariado comunista puede constituir un partido con sentido revolucionario?

En cuanto se convierte en el partido de confianza *democrática* de todas las clases oprimidas, en cuanto se tiene permanentemente contacto con todos los estratos del pueblo trabajador, el Partido comunista conduce a todos los estratos del pueblo a reconocer en el proletariado comunista la clase dirigente que debe sustituir en el poder del estado a la clase capitalista, crea las condiciones que hacen posible que la revolución como destrucción del estado burgués se identifique con la revolución proletaria, con la revolución que debe expropiar a los expropiadores, que debe iniciar el desarrollo de un nuevo orden en las relaciones de producción y de distribución.

Así, en cuanto se erige como partido específico del proletariado industrial, en cuanto trabaja para dar conciencia y dirección precisa a las fuerzas productivas que el capitalismo ha suscitado con su desarrollo, el Partido comunista crea las condiciones económicas del poder del estado en manos del proletariado comunista, crea las condiciones en las que

es posible que la revolución proletaria se identifique con la insurgencia popular contra el estado burgués, en las que esta insurgencia se convierte en acto de liberación de las fuerzas productivas reales que se fueron acumulando en el seno de la sociedad capitalista.

Esta serie distinta de acontecimientos históricos no es separada ni independiente; son momentos de un mismo proceso dialéctico de desarrollo, en el curso del cual las relaciones de causa y efecto se entrelazan, se invierten, se interfieren. La experiencia de las revoluciones ha mostrado cómo, sin embargo, después de Rusia, todas las otras revoluciones en dos tiempos fracasaron y el fracaso de la segunda revolucion precipitó a las clases obreras en un estado de postración y de envilecimiento que permitió a la clase burguesa reorganizarse fuertemente e iniciar la obra sistemática de sofocación de las vanguardias comunistas que trataban de reorganizarse.

Para los comunistas que no se contentan con rumiar monótonamente los primeros elementos del comunismo y del materialismo histórico, sino que viven en la realidad de la lucha y comprenden la realidad, tal como es, desde el punto de vista del materialismo histórico y del comunismo, la revoiución como conquista del poder social por parte del proletariado no puede ser concebida sino como proceso dialéctico en el que el poder político hace posible el poder industrial y el poder industrial hace posible el poder político; el Soviet es el instrumento de lucha revolucionaria que permite el desarrollo autónomo de la organización económica comunista que del consejo de fábrica llega al consejo central de la economía, que establece los planes de producción y de distribución y así logra suprimir la competencia capitalista; el consejo de fábrica, como forma de autonomía del productor en el campo industrial, y como base de la organización económica comunista, es el instrumento de lucha mortal para el régimen capitalista en cuanto crea las condiciones en que la sociedad dividida en clases es abolida y resulta *materialmente* imposible toda nueva división de clases.

Pero para los comunistas que viven en la lucha, esta concepción no queda confinada a pensamiento abstracto: se convierte en motivo de lucha, se convierte en estímulo para un mayor esfuerza de organización y de propaganda.

El desarrollo industrial determinó en las masas cierto grado de autonomía espiritual y cierto espíritu de iniciativa histórica positiva: es necesario dar una organización y una forma a estos elementos de revolución proletaria, crear las condiciones psicológicas de su desarrollo y de su generalización en medio de las masas trabajadoras a través de la lucha por el control de la producción.

Es necesario promover la constitución orgánica de un partido comunista, que no sea una colección de teóricos o de pequeños Maquiavelos, sino un partido de acción comunista revolucionaria, un partido que tenga conciencia exacta de la misión histórica del proletariado y sepa guiarlo hacia el logro de su misión, que sea el partido de las masas que quieren liberarse por sus propios medios, con autonomía, de la esclavitud política e industrial a través de la organización de la economía

social y no un partido que se sirva de las masas para tratar de hacer imitaciones heroicas de los jacobinos franceses. Es necesario crear, en la medida de lo que se puede obtener de la acción de un partido, las condiciones en las que no se den dos revoluciones, sino en las que la insurgencia popular contra el estado burgués encuentre las fuerzas organizadas capaces de iniciar la trasformación del aparato nacional de producción de instrumento de opresión plutocrática en instrumento de liberación comunista.

3 de julio de 1920

EL PROGRAMA DE L'ORDINE NUOVO

I

Cuando, en el mes de abril de 1919, tres, cuatro o cinco personas (de cuyas deliberaciones y discusiones aún deben de existir, puesto que se redactaron y escribieron en limpio, las actas, sí, señores míos, nada menos que actas... ¡para la historia!) decidimos empezar la publicación de esta revista *L'Ordine Nuovo*, ninguno de nosotros (o tal vez ninguno...) pensaba en cambiar la faz del mundo, renovar los cerebros y los corazones de las muchedumbres humanas, abrir un nuevo ciclo de la historia. Ninguno de nosotros (o tal vez ninguno, porque alguno hablaba fantasiosamente de tener 6.000 suscriptores en pocos meses) acariciaba ilusiones rosadas acerca del buen éxito de la empresa. ¿Quiénes éramos? ¿Qué representábamos? ¿De qué nuevo verbo éramos portadores? ¡Ay! El único sentimiento que nos unía en aquellas reuniones era el provocado por una vaga pasión, por una vaga cultura proletaria: queríamos hacer algo, algo, algo; nos sentíamos angustiados, sin orientación, sumidos en la ardiente vida de aquellos meses posteriores al armisticio, cuando parecía inminente el cataclismo de la sociedad italiana. ¡Ay! La única palabra nueva que realmente se pronunció en aquellas reuniones quedó sofocada. La dijo uno que era un técnico: "Hay que estudiar la organización de la fábrica como instrumento de producción; debemos dedicar toda la atención a los sistemas capitalistas de producción y de organización y debemos trabajar para que la atención de la clase obrera y la del partido se dirijan a ese objeto". Otro, que se preocupaba por la organización de los hombres, por la historia

de los hombres y por la psicología de la clase obrera, dijo también: "Hay que estudiar lo que ocurre en el seno de las masas obreras. ¿Hay en Italia, como institución de la clase obrera, algo que pueda compararse con el soviet, que tenga algo de su naturaleza? ¿Algo que nos autorice a afirmar: el soviet es una forma universal, no es una institución rusa, exclusivamente rusa; el soviet es la forma en la cual, en cualquier lugar en que haya proletarios en lucha por conquistar la autonomía industrial, la clase obrera manifiesta esa voluntad de emanciparse; el soviet es la forma de autogobierno de las masas obreras; existe un germen, una veleidad, una tímida incoación de gobierno de los soviets en Italia, en Turín?" Este otro, impresionado por una pregunta que le había dirigido a quemarropa un camarada polaco —"¿Por qué no se ha celebrado nunca en Italia un congreso con las comisiones internas de fábrica?"—, respondía en aquellas reuniones y a sus propias preguntas: "Sí, existe en Italia, en Turín, un germen de gobierno obrero, un germen de soviet; es la comisión interna; estudiemos esta institución obrera, hagamos una encuesta, estudiemos también la fábrica capitalista, pero no como organización de la producción material, porque para eso necesitaríamos una cultura especializada que no tenemos; estudiemos la fábrica capitalista como forma necesaria de la clase obrera, como organismo político, como 'territorio nacional del autogobierno obrero'". Esta era la palabra nueva; y fue precisamente rechazada por el camarada Tasca.

¿Qué quería decir el camarada Tasca? Quería que no se empezara ninguna propaganda directamente entre las masas obreras, quería un acuerdo con los secretarios de las federaciones y de los sindicatos, quería que se promoviera una asamblea con esos secretarios y se construyera un plan de acción oficial; de este modo el grupo de *L'Ordine Nuovo* habría quedado reducido a la dimensión de una irresponsable camarilla de presuntuosas pulgas labradoras*. ¿Cuál fue, pues, el programa de los primeros números de *L'Ordine Nuovo*? Ninguna *idea* central, ninguna organización íntima del material literario publicado. ¿Qué entendía el camarada Tasca por "cultura", quiero decir, qué entendía concretamente, no abstractamente? He aquí lo que entendía por "cultura" el camarada Tasca: quería "recordar", no "pensar", y quería recordar cosas muertas, cosas desgastadas, la pacotilla del pensamiento obrero; quería dar a conocer a la clase obrera, "recordar a la buena clase obrera italiana, que es tan atrasada, tan ruda e inculta, recordarle que Louis Blanc ha tenido ideas acerca de la organización del trabajo y que esas ideas han producido experiencias reales; "recordar" que Eugenio Fournière ha redactado un cuidado ejercicio escolar para servir bien calentito (o completamente frío) un esquema de estado socialista; "recordar" con el espíritu de Michelet (o con el bueno de Luigi Molinari) la Comuna de París, sin oler siquiera que los comunistas rusos, siguiendo las indicaciones de Marx, enlazan el soviet, el sistema de los soviets, con la Comuna de París, sin oler siquiera que las observaciones de Marx acerca del carácter "industrial" de la Comuna han servido a los comunistas rusos para comprender el soviet, para elaborar la *idea* del soviet, para trazar la línea de acción de su partido, una vez llegado a partido de gobierno. ¿Qué fue *L'Ordine Nuovo* durante sus primeros números? Fue una antología y nada más que una antología; una revista que igual habría podido nacer en Nápoles, Caltanisetta o Brindisi: una revista de cultura abstracta, de información abstracta, con cierta tendencia a publicar cuentitos horripilantes y xilografías bienintencionadas; eso fue *L'Ordine Nuovo* durante sus primeros números: un desorganismo, el producto de un intelectualismo mediocre que buscaba a fuerza de traspiés un puerto ideal y una vía de acción. Eso era *L'Ordine Nuovo* tal como se botó al agua a raíz de las reuniones que celebramos en abril de 1919, reuniones oportunamente registradas en acta y en las cuales el camarada Tasca rechazó, por no ser conformes a las buenas tradiciones de la morigerada y pacífica familia socialista italiana, la propuesta de consagrar nuestras energías a "descubrir" una tradición soviética en la clase obrera italiana, a sacar a la luz el filón del real espíritu revolucionario italiano; real porque era coincidente con el espíritu universal de la Internacional obrera, porque era producido por una situación histórica real, porque era resultado de una elaboración de la clase obrera misma.

Togliatti y yo urdimos entonces un golpe de estado de redacción: el problema de las comisiones internas se planteó explícitamente en el número siete de la revista. Una tarde, pocos días antes de escribir el artículo, expuse al camarada Terracini la línea del mismo, y Terracini expresó su pleno acuerdo con la teoría y con la práctica resultante; el artículo, con el acuerdo de Terracini y con la colaboración de Togliatti, se publicó, y entonces ocurrió todo lo que habíamos previsto: Togliatti, Terracini y yo fuimos invitados a celebrar conversaciones en los círculos educativos, en las asambleas de fábrica, fuimos invitados por las comisiones internas a discutir en reducidos grupos de responsables y administradores de las comisiones. Seguimos adelante; el problema del desarrollo de la comisión interna se convirtió en central, se convirtió en *la idea* de *L'Ordine Nuovo*; se presentaba como problema fundamental de la revolución obrera, era el problema de la "libertad" proletaria. *L'Ordine Nuovo* se convirtió, para nosotros y para cuantos nos seguían, en "el periódico de los consejos de fábrica"; los obreros quisieron a *L'Ordine Nuovo* (podemos afirmarlo con íntima satisfacción). ¿Por qué gustaron los obreros de *L'Ordine Nuovo*? Porque en los artículos del periódico encontraban una parte de sí mismos, su parte mejor; porque notaban que los artículos de *L'Ordine Nuovo* no eran frías arquitecturas intelectuales, sino que brotaban de nuestra discusión con los mejores obreros, elaboraban sentimientos, voluntades, pasiones reales de la clase obrera

* Por "pulgas labradoras" (expresión construida según el dicho del refranero: "aramos, dijo la pulga, e iba encima del asno") se traduce la frecuente frase gramsciana "mosche cocchiere", literalmente "moscas cocheras", presumiblemente inspirada en alguna tradición del tipo de la recogida en el refrán castellano, y acaso precisamente en la fábula de La Fontaine que habla de una mosca cochera (*Le Coche et la Mouche, Fables*, livre VII, nº IX).

torinesa que habían sido exploradas y provocadas por nosotros, porque los artículos de *L'OrdineNuovo* eran casi el "acta" de los acontecimientos reales vistos como momentos de un proceso de íntima liberación y expresión de la clase obrera. Por eso los obreros quisieron a *L'Ordine Nuovo*, y así se formó la *idea* de *L'Ordine Nuovo*. El camarada Tasca no colaboró en esa formación, en esa elaboración; *L'Ordine Nuovo* desarrolló su *idea sin su voluntad y al margen de su "aportación" a la* revolución. Y en eso veo la explicación de su actual actitud y el "tono" de su polémica; Tasca no ha trabajado esforzadamente para llegar a "su concepción", y no me asombra que esa concepción haya nacido tan torpemente, porque no la ama, ni que trate el tema con tanta grosería, ni que se haya puesto a actuar con tanta desconsideración y tanta falta de disciplina interior para volver a darle el carácter *oficial* que había sostenido y puesto en acta el año anterior.

II

En el número anterior he intentado determinar el origen de la posición mental del camarada Tasca respecto del programa de *L'Ordine Nuovo*, programa que había ido organizándose, de acuerdo con la real experiencia que teníamos de las necesidades espirituales y prácticas de la clase obrera, en torno al problema central de los consejos de fábrica. Como el camarada Tasca no participaba de esa experiencia, y como era incluso hostil a que se realizara, el problema de los consejos de fábrica se le escapó completamente en sus reales términos históricos y en el desarrollo orgánico que, aun con algunas vacilaciones y errores comprensibles, había ido cobrando en el estudio que desarrollamos Togliatti, yo mismo y algunos otros camaradas que quisieron ayudarnos; para Tasca el problema de los consejos de fábrica fue problema sólo en su aspecto aritmético: fue el problema de cómo organizar inmediatamente *toda* la clase de los obreros y los campesinos italianos. En una de sus notas polémicas, Tasca dice que sitúa en un mismo plano del Partido Comunista, el sindicato y el consejo de fábrica; en otra, muestra no haber comprendido el significado del atributo "voluntario" que *L'Ordine Nuovo* aplica a las organizaciones de partido y de sindicato, pero no al consejo de fábrica, entendido como forma de asociación "histórica", de un tipo que hoy sólo puede compararse con el del estado burgués. Según la concepción desarrollada por *L'Ordine Nuovo* —la cual, precisamente para ser una concepción, se organizaba en torno a una idea, la idea de libertad (y concretamente, en el plano de la creación histórica actual, en torno a la hipótesis de una acción autónoma revolucionaria de la clase obrera)—, el consejo de fábrica es una institución de carácter "público", mientras que el partido y el sindicato son asociaciones de carácter "privado". En el consejo de fábrica el obrero interviene como productor, a consecuencia de su carácter universal, a consecuencia de su posición y de su función en la sociedad, del mismo modo que el ciudadano interviene en el estado democrático-parlamentario. En cambio, en el partido y en el sindicato el obrero está "voluntariamente", firmando un compromiso escrito, firmando un "contrato" que puede romper en cualquier momento: por ese carácter de "voluntariedad", por ese carácter de "contractual", el partido y el sindicato no pueden confundirse en modo alguno con el consejo, institución representativa que no se desarrolla aritméticamente, sino morfológicamente, y que en sus formas superiores tiende a dar el perfil *proletario* del aparato de producción y cambio creado por el *capitalismo* con fines de beneficio. El desarrollo de las formas superiores de la organización de los consejos no se formulaba, por eso mismo, en *L'Ordine Nuovo* con la terminología política propia de las sociedades divididas en clases, sino con alusiones a la organización industrial. Según la interpretación desarrollada por *L'Ordine Nuovo*, el sistema de los consejos no puede expresarse con la palabra "federación" ni con otras de significación análoga, sino que sólo puede representarse trasladando a un centro industrial entero el complejo de relaciones industriales que vincula en una fábrica un equipo de obreros con otros, una sección con otra. El ejemplo de Turín era para nosotros un ejemplo plástico, y por eso se dijo en un artículo que Turín era el taller histórico de la revolución comunista italiana. En una fábrica, los obreros son productores en cuanto colaboran ordenados de un modo exactamente determinado por la técnica industrial, el cual es (en cierto sentido) independiente del modo de apropiación de valores producidos. Todos los obreros de una fábrica de automóviles, sean metalúrgicos, albañiles, electricistas, carpinteros, etc., asumen el carácter y la función de productores en cuanto son igualmente necesarios e indispensables para la fabricación del automóvil, en cuanto que, ordenados industrialmente, constituyen un organismo históricamente necesario y absolutamente indesmembrable. Turín se ha desarrollado históricamente como ciudad de un modo que puede resumirse así: por trasladarse la capitalidad a Florencia y luego a Roma y por el de que el estado italiano se ha constituido inicialmente como dilatación del estado piamontés, Turín se ha quedado sin la clase pequeño-burguesa cuyos elementos dieron el personal del nuevo aparato italiano. Pero el traslado de la capitalidad y ese empobrecimiento repentino de un elemento característico de las ciudades modernas no determinaron la decadencia de la ciudad; ésta, por el contrario, empezó a desarrollarse nuevamente, y el nuevo desarrollo ocurrió orgánicamente a medida que crecía la industria mecánica, el sistema de fábricas de la Fiat. Turín había dado al nuevo estado su clase de intelectuales pequeño-burgueses; el desarrollo de la economía capitalista, arruinando la pequeña industria y la artesanía de la nación italiana, hizo afluir a Turín una compacta masa proletaria que dio a la ciudad su figura actual, tal vez una de las más originales de toda Europa. La ciudad tomó y mantiene una configuración concentrada y organizada naturalmente alrededor de una industria que "gobierna" todo el movimiento urbano y regula sus salidas: Turín es la ciudad del *automóvil*, del mismo modo que la región de Vercelli es el organismo económico caracterizado por el *arroz*, el Cáucaso por el *petróleo*, Gales del

Sur por el *carbón*, etc. E igual que en una *fábrica* los obreros cobran figura ordenándose para la producción de un determinado objeto que unifica y organiza a trabajadores de metal y de madera, albañiles, electricistas, etc., así también en la *ciudad* la clase proletaria recibe su figura por obra de la industria predominante, la cual ordena y gobierna por su existencia todo el complejo urbano. Y así tambén a escala nacional, un pueblo toma figura por obra de su exportación, de la aportación real que da a la vida económica del mundo.

El camarada Tasca, lector muy poco atento de *L'Ordine Nuovo*, no ha captado nada de ese desarrollo teórico, el cual, por lo demás, no era más que una traducción, para la realidad histórica italiana, de las concepciones del camarada Lenin expuestas en algunos escritos que ha publicado *L'Ordine Nuovo* mismo, y de las concepciones del teórico americano de la asociación sindicalista revolucionario de los [industrial] W[orkers of the] W[orl], el marxista Daniel De León. En efecto: llegado a cierto punto, el camarada Tasca interpreta en un sentido meramente "comercial" y contable la representación de los complejos económicos de producción que se expresa con las palabras "arroz", "madera", "azufre", etc.; en otra ocasión se pregunta qué relaciones ha de haber entre los consejos; en otro ve en la concepción proudhoniana del taller destructor del gobierno el origen de la idea desarrollada en *L'Ordine Nuovo*, pese a que en el mismo número del 5 de junio en el que se imprimieron el artículo *El consejo de fábrica* y el comentario al congreso sindical, se reprodujo también un extracto del escrito sobre la Comuna de París, en el cual Marx alude explícitamente al carácter *industrial* de la sociedad comunista de los productores. En esa obra de Marx han encontrado De León y Lenin los motivos fundamentales de sus concepciones, y sobre esos elementos se habían preparado y elaborado los artículos de *L'Ordine Nuovo* que el camarada Tasca, repitámoslo, ha mostrado leer muy superficialmente, precisamente por lo que hace al número en el que se originó la polémica, y sin ninguna comprensión de la sustancia ideal e histórica.

No quiero repetir para los lectores de esta polémica todos los argumentos ya desarrollados para exponer la idea de la libertad obrera que se realiza inicialmente en el consejo de fábrica. He querido aludir sólo a algunos motivos fundamentales para demostrar cómo ha ignorado el camarada Tasca el proceso íntimo de desarrollo del programa de *L'Ordine Nuovo*. En un apéndice que seguirá a estos dos breves artículos analizaré algunos puntos de la exposición de Tasca, porque me parece oportuno aclararlos y demostrar su inconsistencia. Pero hay que aclarar en seguida un punto: a propósito del capital financiero, Tasca escribe que el capital "alza el vuelo", se separa de la producción y planea, etc. Toda esa confusión de alzar el vuelo y planear como . . . papel moneda no tiene relación alguna con el desarrollo de la teoría de los consejos de fábrica; lo que nosotros hemos observado es que la *persona* del capitalista se ha separado del mundo de la producción, no el capital, aunque éste sea financiero; hemos observado que la fábrica ha dejado de estar gobernada por la persona del

propietario, para serlo por el banco a través de una burocracia industrial que tienden a desinteresarse de la producción del mismo modo que el funcionario estatal se desinteresa de la administración pública. Ese punto de partida nos sirvió para un análisis histórico de las nuevas relaciones jerárquicas que han ido estableciéndose en la fábrica, y para afirmar el cumplimiento de una de las condiciones históricas más importantes de la autonomía industrial de la clase obrera, cuya organización de fábrica tiende a hacerse con el poder de iniciativa en la producción. Lo del "volar" y "planear" es una fantasía bastante desgraciada del camarada Tasca, el cual, aunque se refiere a una reseña suya del libro de Arturo Labriola sobre el *Capitalismo*, publicada por el *Corriere Universitario*, con lo que intenta demostrar que se ha "ocupado" de la cuestión del capital financiero (y obsérvese que Labriola sostiene precisamente una tesis contraria a la de Hilferding, que ha sido al final la de los bolcheviques), muestra, en cambio, en los hechos que no ha comprendido absolutamente nada y que ha levantado un frágil castillo de cartas sobre un cimiento hecho de vagas reminiscencias y palabras vacías.

La polémica ha servido para demostrar que las críticas que dirigí al informe Tasca están muy fundadas: Tasca tenía una formación muy superficial sobre el problema de los consejos y una invencible manía de formular "su" concepción, de iniciar "su" acción, de abrir una Era Nueva para el movimiento sindical.

El comentario al Congreso Sindical y al hecho de la intervención del camarada Tasca para conseguir la aprobación de una moción de carácter ejecutivo se debió a la voluntad de mantener íntegramente el programa de la revista. Los consejos de fábrica tienen su ley en sí mismos, no pueden ni deben aceptar la legislación de los órganos sindicales, a los que precisamente tienen que renovar de modo fundamental, como finalidad inmediata. Del mismo modo, el movimiento de los consejos de fábricas quiere que las representaciones obreras sean emanación directa de las masas y estén vinculadas a éstas por un mandato imperativo. La intervención del camarada Tasca como ponente en un congreso obrero y cuya solución imperativa habría debido obligar a la masa misma, era algo tan contrario a la orientación ideal de *L'Ordine Nuovo* que la áspera forma de nuestro comentario estaba perfectamente justificada y era una obligación absoluta.

(14 y 18 de agosto de 1920.)

ESPONTANEIDAD Y DIRECCION CONSCIENTE

Se pueden dar varias definiciones de la expresión "espontaneidad", porque el fenómeno al que se refiere es multilateral. Hay que observar, por de pronto, que la espontaneidad "pura" no se da en la historia: coincidiría con la mecanicidad "pura". En el movimiento "más espontáneo" los elementos de "dirección consciente" son simplemente incontrolables, no han dejado documentos identificables. Puede por eso decirse que el elemento de la espontaneidad es característico de la "historia de las clases subalternas", y hasta de los elementos más marginales y periféricos de esas clases, los cuales no han llegado a la conciencia de la clase "para sí" y por ello no sospechan siquiera que su historia pueda tener importancia alguna, ni que tenga ningún valor dejar de ella restos documentales.

Existe, pues, una "multiplicidad" de elementos de "dirección consciente" en esos movimientos, pero ninguno de ellos es predominante ni sobrepasa el nivel de la "ciencia popular" de un determinado estrato social, del "sentido común", o sea de la concepción del mundo tradicional de aquel determinado estrato. Este es precisamente el elemento que De Man contrapone empíricamente al marxismo, sin darse cuenta (aparentemente) de que está cayendo en la misma posición de los que, tras describir el folklore, la hechicería, etc., y tras demostrar que estos modos de concebir tienen una raíz históricamente robusta y están tenazmente aferrados a la psicología de determinados estratos populares, creyeran haber "superado" con eso la ciencia moderna y tomaran por "ciencia moderna" los burdos artículos de las revistas de difusión popular de la ciencia y las publicaciones por entregas. Este es un verdadero caso de teratología intelectual, del cual hay más ejemplos: los "hechiceristas" relacionados con Maeterlinck, que sostienen que hay que recoger el hilo de la alquimia y de la hechicería, roto por la violencia, para poner a la ciencia en un camino más fecundo de descubrimientos, etc. Pero De Man tiene un mérito incidental: muestra la necesidad de estudiar y elaborar los elementos de la psicología popular, históricamente y no sociológicamente, activamente (o sea, para transformarlos, educándolos, en una mentalidad moderna) y no descriptivamente como hace él; pero esta necesidad estaba por lo menos implícita (y tal vez incluso explícitamente declarada) en la doctrina de Ilici*, cosa que De Man ignora completamente. El hecho de que existan corrientes y grupos que

* Lenin.

sostienen la espontaneidad como método demuestra indirectamente que en todo movimiento "espontáneo" hay un elemento primitivo de dirección consciente, de disciplina. A este respecto hay que practicar una distinción entre los elementos puramente "ideológicos" y los elementos de acción práctica, entre los estudiosos que sostienen la espontaneidad como "método" inmanente y objetivo del devenir histórico y los politicastros que la sostienen como método "político". En los primeros se trata de una concepción equivocada; en los segundos se trata de una contradicción inmediata y mezquina que trasluce un origen práctico evidente, a saber, la voluntad práctica de sustituir una determinada dirección por otra. También en los estudiosos tiene el error un origen práctico, pero no inmediato como en el caso de los políticos. El apoliticismo de los sindicalistas franceses de preguerra contenía ambos elementos: era un error teórico y una contradicción (contenía el elemento "soreliano" y el elemento de concurrencia entre la tendencia anarquista-sindicalista y la corriente socialista). Era, además, consecuencia de los terribles hechos de París de 1871: la continuación, con métodos nuevos y con una teoría brillante, de los treinta años de pasividad (1870-1900) de los obreros franceses. La lucha puramente "económica" no podía disgustar a la clave dominante, sino al contrario. Lo mismo puede decirse del movimiento catalán, que no "disgustaba" a la clase dominante española más que por el hecho de que reforzaba objetivamente el separatismo republicano catalán, produciendo un bloque industrial republicano propiamente dicho contra los terratenientes, la pequeña burguesía y el ejército monárquico. El movimiento torinés fue acusado al mismo tiempo de ser "espontaneísta" y "voluntarista" o bergsoniano (!). La acusación contradictoria muestra, una vez analizada, la fecundidad y la justeza de la dirección que se le dio. Esa dirección no era "abstracta", no consistía en una repetición mecánica de las fórmulas científicas o teóricas; no confundía la política, la acción real, con la disquisición teorética; se aplicaba a hombres reales, formados en determinadas relaciones históricas, con determinados sentimientos, modos de concebir, fragmentos de concepción del mundo, etc., que resultaban de las combinaciones "espontáneas" de un determinado ambiente de producción material, con la "casual" aglomeración de elementos sociales dispares. Este elemento de "espontaneidad" no se descuidó, ni menos se despreció: fue *educado*, orientado, depurado de todo elemento extraño que pudiera corromperlo, para hacerlo homogéneo, pero de un modo vivo e históricamente eficaz, con la teoría moderna. Los mismos dirigentes hablaban de la "espontaneidad" del movimiento, y era justo que hablaran así: esa afirmación era un estimulante, un energético, un elemento de unificación en profundidad; era ante todo la negación de que se tratara de algo arbitrario, artificial, y no históricamente necesario. Daba a la masa una conciencia "teorética" de creadora de *valores históricos* e institucionales, de fundadora de estados. Esta unidad de la "espontaneidad" y la "dirección consciente", o sea, de la "disciplina", es precisamente la acción

política real de las clases subalternas en cuanto política de masas y no simple aventura de grupos que se limitan a apelar a las masas.

A este propósito se plantea una cuestión teórica fundamental: ¿puede la teoría moderna encontrarse en oposición con los sentimientos "espontáneos" de las masas? ("espontáneos" en el sentido de no debidos a una actividad educadora sistemática por parte de un grupo dirigente ya consciente, sino formados a través de la experiencia cotidiana iluminada por el sentido común, o sea, por la concepción tradicional popular del mundo, cosa que muy pedestremente se llama "instinto" y no es sino una adquisición histórica también él, sólo que primitiva y elemental). No puede estar en oposición: hay entre una y otros diferencia "cuantitativa" de grado, no de cualidad: tiene que ser posible una "reducción" por así decirlo, recíproca, un paso de los unos a la otra y viceversa. (Recordar que Kant quería que sus teorías filosóficas estuvieran de acuerdo con el sentido común; la misma posición se tiene en Croce; recordar la afirmación de Marx en *La Sagrada Familia*, según la cual las fórmulas de la política francesa de la Revolución se reducen a los principios de la filosofía clásica alemana.) Descuidar —y aun más, despreciar— los movimientos llamados "espontáneos", o sea, renunciar a darles una dirección consciente, a elevarlos a un plano superior insertándolos en la política, puede a menudo tener consecuencias serias y graves. Ocurre casi siempre que un movimiento "espontáneo" de las clases subalternas coincide con un movimiento reaccionario de la derecha de la clase dominante, y ambos por motivos concomitantes: por ejemplo, una crisis económica determina descontento en las clases subalternas y movimientos espontáneos de masas, por una parte, y, por otra, determina *complots* de los grupos reaccionarios, que se aprovechan de la debilitación objetiva del gobierno para intentar golpes de estado. Entre las causas eficientes de estos golpes de estado hay que incluir la renuncia de los grupos responsables a dar una dirección consciente a los movimientos espontáneos para convertirlos así en un factor político positivo. Ejemplo de las Vísperas sicilianas y discusiones de los historiadores para averiguar si se trató de un movimiento espontáneo o de un movimiento concertado: me parece que en las Vísperas sicilianas se combinaron los dos elementos: la insurrección espontánea del pueblo siciliano contra los provenzales —ampliada con tanta velocidad que dio la impresión de ser simultánea y, por tanto, de basarse en un acuerdo, aunque la causa fue la opresión, ya intolerable en toda el área nacional— y el elemento consciente de diversa importancia y eficacia, con el predominio de la conjuración de Giovanni da Procida con los aragoneses. Otros ejemplos pueden tomarse de todas las revoluciones del pasado en las cuales las clases subalternas eran numerosas y estaban jerarquizadas por la posición económica y por la homogeneidad. Los movimientos "espontáneos" de los estratos populares más vastos posibilitan la llegada al poder de la clase subalterna más adelantada por el debilitamiento objetivo del estado. Este es un ejemplo "progresivo", pero en el mundo moderno son más frecuentes los ejemplos regresivos.

Concepción histórico-política escolástica y académica, para la cual no es real y digno sino el movimiento consciente al ciento por ciento y hasta determinado por un plano trazado previamente con todo detalle o que corresponde (cosa idéntica) a la teoría abstracta. Pero la realidad abunda en combinaciones de lo más raro, y es el teórico el que debe identificar en esas rarezas la confirmación de su teoría, "traducir" a lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no al revés, exigir que la realidad se presente según el esquema abstracto. Esto no ocurrirá nunca y, por tanto, esa concepción no es sino una expresión de pasividad. (Leonardo sabía descubrir el número de todas las manifestaciones de la vida cósmica, incluso cuando los ojos del profano no veían más que arbitrio y desorden.)

(ca. 1931)

EL TRABAJADOR COLECTIVO

En la exposición crítica de los acontecimientos posteriores a la guerra y de las tentativas constitucionales (orgánicas) por salir del estado de desorden y de dispersión de las fuerzas, mostrar cómo el movimiento de valorización de la fábrica[1], en contraste (o mejor autónomamente) con la (de la) organización profesional, correspondía perfectamente al análisis que del desarrollo del sistema de fábrica se hace en el primer volumen de la *Crítica de la economía política*[2]. El hecho de que una división del trabajo cada vez más perfecta reduzca objetivamente la posición del trabajador en la fábrica a movimientos parciales siempre más "analíticos", de modo tal que al individuo se le escapa la complejidad de la obra común, y en su propia conciencia su contribución se deprecia hasta aparecer como fácilmente sustituible en todo momento; el hecho de que al mismo tiempo el trabajo concertado y bien ordenado da una mayor productividad "social" y que el conjunto de la maestranza de una fábrica debe concebirse como un "trabajador colectivo", ambos hechos constituyen el presupuesto del movimiento de fábrica que tiende a convertir en "subjetivo" lo que se da "objetivamente". ¿Qué quiere decir en este caso objetivo? Para el trabajador individual, "objetivo" es el encuentro de las exigencias del desarrollo técnico con los intereses de la clase dominante. Pero este encuentro, esta unidad entre el desarrollo técnico y los intereses de la clase dominante es sólo una fase histórica del desarrollo industrial y debe ser concebido como transitorio. El vínculo puede disolverse; la exigencia técnica puede ser pensada en forma concreta como separada de los intereses de la clase todavía subalterna. La evidencia de que tal "escisión" y nueva síntesis esté madura históricamente lo demuestra el hecho mismo de que tal proceso es comprendido por la clase subalterna, la cual deja por ello de ser subalterna, vale decir muestra una tendencia a salir de su condición de

1 Se refiere al movimiento de los Consejos de fábrica, promovido por la revista *L'Ordine Nuovo* en 1919.

2 Se refiere al tomo primero de *El capital*.

subordinada. El "trabajador colectivo" comprende ser tal, y esto ya no sólo en cada fábrica, sino en esferas cada vez más amplias de la división del trabajo nacional e internacional y de esta conciencia adquirida ofrece una manifestación externa, política, precisamente en los organismos que representan la fábrica como productora de objetos reales y no de beneficios.

(ca. 1931)

PASAJE DEL SABER AL COMPRENDER, AL SENTIR Y VICEVERSA, DEL SENTIR AL COMPRENDER, AL SABER

El elemento popular "siente", pero no siempre comprende o sabe. El elemento intelectual "sabe" pero no comprende o, particularmente, siente. Los dos extremos son, por lo tanto, la pedantería y el filisteísmo por una parte, y la pasión ciega y el sectarismo por la otra. No se trata de que el pedante no pueda ser apasionado; al contrario, la pedantería apasionada es tan ridícula y peligrosa como el sectarismo y la demagogia más desenfrenados. El error del intelectual consiste en creer que se puede *saber* sin comprender y, especialmente, sin sentir ni ser apasionado (no sólo del saber en sí, sino del objeto del saber), o sea que el intelectual pueda ser tal (y no un puro pedante) si se halla separado del pueblo-nación, vale decir, sin sentir las pasiones elementales del pueblo, comprendiéndolas y por lo tanto explicándolas y justificándolas por la situación histórica determinada; vinculándolas dialécticamente a las leyes de la historia, a una concepción del mundo superior, elaborada científica y coherentemente: el "saber". No se hace política-historia sin esta pasión, sin esta vinculación sentimental entre intelectuales y pueblo-nación. En ausencia de tal nexo, las relaciones entre el intelectual y el pueblo-nación son o se reducen a relaciones de orden puramente burocrático, formal; los intelectuales se convierten en una casta o un sacerdocio (el llamado centralismo orgánico).

Si las relaciones entre intelectuales y pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos —entre gobernantes y gobernados—, son dadas por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no mecánicamente, sino de manera viva), sólo entonces la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; sólo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea el "bloque histórico".

(ca. 1931)

El único voto clasista es el voto al FREJULI (Declaración de la Comisión de apoyo y movilización Córdoba, marzo 1973)

El imperialismo y sus aliados nacionales son los enemigos fundamentales de nuestro pueblo. Desde que la camarilla militar se apoderó del gobierno en 1966, se acentuó el proceso de sometimiento al imperialismo; el llamado "proyecto monopolista" cuya representante más conocido fue Krieger Vassena implica la desaparición de la mediana industria y el dominio de la gran industria y de la banca por los capitales internacionales, fundamentalmente el norteamericano. Las consecuencias para la inmensa mayoría de la población ya se conocen: constante encarecimiento del costo de vida, cierre de empresas, desocupación.

La dictadura militar es el brazo armado del imperialismo, de la oligarquía y de los grandes capitales vinculados al imperialismo. Desde 1955 ejerce la más desembozada violencia contra el pueblo, contra sus organizaciones sindicales y políticas con el objeto de frenar la lucha contra los proyectos de sometimiento y explotación.

El enemigo fundamental del imperialismo y la camarilla militar que se ha apoderado del poder para defender mejor sus intereses es la clase obrera. Desde 1955 la clase obrera acaudilla la resistencia al régimen; a partir del cordobazo esta resistencia se ha ido acentuando hasta producir terror en los generales dueños del poder. Estos fueron sucediéndose unos a otros hasta parir ese engendro que se llama Gran Acuerdo Nacional, cuyo objetivo es crear una fachada de poder formal detrás del cual puedan seguir aplicando su política de entrega sin "desgastarse" en la acción política. El pico más alto de la violencia desatada por la dictadura para aplicar su proyecto fue la infame matanza de Trelew.

La clase obrera, por sus propios intereses de clase, por la combatividad y el heroísmo desplegado en estos años de violencia es el legítimo caudillo de la lucha nacional contra la dictadura, lucha en la cual participan el proletariado agrario, los campesinos pobres y medios, la pequeña burguesía y los estudiantes.

En su gran mayoría esta clase obrera que acaudilló las pequeñas grandes luchas por la liberación es peronista. El peronismo, visto desde la clase obrera, es la forma política que asumió la clase en su lucha para transformar la sociedad; fue y es, por lo tanto, un momento del proceso revolucionario argentino.

Las conquistas obtenidas por las masas peronistas antes de 1955, la resistencia indoblegable que esas masas opusieron a su fragmentación, a su reincorporación al sistema, son los ejemplos más claros de que el peronismo es la fuerza fundamental del proceso revolucionario de liberación en nuestro país.

La agudización de la crisis y, en consecuencia, de la lucha de clases, ha hecho que surjan en el peronismo y fuera del peronismo, grupos revolucionarios que sostienen la necesidad de transformar en un sentido socialista la estructura económica-social de nuestro país, como única salida de la crisis a que ha sido llevado por las clases sociales explotadoras vinculadas con el imperialismo.

Por esta causa, el peronismo está transformándose de un movimiento nacional y popular acaudillado esencialmente por la burguesía nacional en un movimiento cuyos objetivos fundamentales son la revolución socialista y al que encabeza el proletariado. Este proyecto llevará, más tarde o más temprano, el enfrentamiento entre el peronismo de las masas, el peronismo de los explotadores, con el peronismo burgués. El papel que desempeñará la izquierda peronista en este proceso tendrá una importancia esencial para la liberación nacional y la construcción de un país socialista.

La izquierda no peronista está formada por pequeños grupos de militantes que buscan insertarse en la clase obrera y cuyos éxitos, a partir de la radicalización de las luchas populares, en especial del Cordobazo, tienen una gran significación para el movimiento revolucionario. Estas fuerzas de izquierda sólo han prosperado masivamente, hasta la actualidad, en los sectores pequeño burgueses (universidad, profesionales) con la importante excepción de la experiencia en Sitrac-Sitram y actualmente en Smata de Córdoba, donde las masas peronistas, eligieron para sus direcciones sindicales a cuadros revolucionarios no peronistas, pero cuyo valor como dirigentes los hace acreedores del reconocimiento de la clase.

Pareciera, por otra parte, que vivimos el momento excepcional en que están creándose las condiciones para que las organizaciones de izquierda se encuentren cada vez más con el sujeto de la revolución: el proletariado peronista.

Este proletariado no tiene que dejar de ser peronista para convertirse en revolucionario, porque el movimiento obrero peronista es parte de ese proceso revolucionario como tal. Pensar lo contrario es creer que el proceso de la revolución está en manos de iluminados, de minorías capaces de suplantar a las masas.

El suelo básico de la revolución son las masas, y las organizaciones que se han dado, se dan y se darán estas masas son múltiples. La profundización del proceso revolucionario no implica, por lo tanto, la incorporación al movimiento peronista de los revolucionarios no peronistas, ni para los revolucionarios peronistas, dejar de ser peronistas; la tarea a todos los niveles es profundizar la lucha, ampliarlas, organizarlas para asegurar el triunfo de la revolución. Quienes piensan que la clase obrera debe dejar de ser peronista para ser revolucionaria se equivocan y, objetivamente, contribuyen a retardar el proceso.

Las elecciones de marzo serán el escenario de una lucha feroz entre la

camarilla militar en el gobierno y el proletariado peronista, cualquiera sea la actitud que este adopte, ya sea el voto por sus candidatos o, si se los proscribe, el voto por otro candidato o la abstención. La izquierda peronista y la no peronista se enfrentan a esta encrucijada: hacerle el juego al gobierno manteniéndose al margen de esta lucha *política* repitiendo la constante actitud de una izquierda que le niega legitimidad a la lucha de los obreros peronistas o participar, desde distintas perspectivas y movimientos, en esta lucha de clases contra sus enemigos fundamentales.

El voto con la clase obrera no implica crear ilusiones en el proceso eleccionario ni en aquellos candidatos peronistas que no representan a la clase obrera. Todo el mundo sabe, por otra parte, que estas elecciones son una artimaña de la reacción para salir del atolladero político en que se encuentra y que ni antes ni después del comicio van a aceptar desprenderse del poder; al poder habrá que arrebatárselo en una lucha larga en que el proletariado acaudillará a todo los sectores interesados en un movimiento de liberación nacional. El plan de la reacción, por otra parte, es una jugada a la que se ha visto obligada por la continua resistencia popular y que, por consiguiente, tiene doble filo: el pueblo puede desbaratar la maniobra y profundizando en la lucha de clases, realizar un gran avance hacia la revolución.

No se trata, como algunos peronistas de derecha quieren hacer creer y algunos no peronistas de izquierda de afirmar que si ganan los candidatos peronistas ya todo terminó y que el país entrará en una etapa de paz y progreso:

— Si ganan los candidatos peronistas se abrirá un intenso proceso de lucha de clases, y en este período la clase obrera tendrá que enfrentar no sólo a los sectores reaccionarios incrustados dentro del peronismo; continuará en otras condiciones la lucha contra la camarilla militar, contra el capitalismo, contra la oligarquía, contra los jerarcas sindicales, etc.

— Si el peronismo es proscripto o si no se le entrega el poder, la clase obrera continuará su lucha a un nivel políticamente más profundo; al cerrarse la salida electoral el pueblo, necesariamente, buscará todos los caminos posibles para una lucha de liberación que sólo podrá concluir con la victoria.

— Cualquier gobierno no peronista que suba se encontrará sometido a una intensa movilización de clase: la crisis económica que día a día somete a la mayoría del pueblo a condiciones de vida espantosas se profundizará y por consiguiente recrudecerá la lucha.

Cualquiera sea el resultado de este proceso de institucionalización la lucha de clases se intensificará hasta alcanzar niveles aún desconocidos.

La izquierda que no vote junto a la clase obrera peronista le hace el juego, objetivamente, al gobierno en su lucha contra la clase. En este caso la izquierda prefiere un voto programático, ajeno a la realidad, en lugar de un voto clasista. Y en esto reproduce el viejo esquema de la izquierda burguesa "idealista", culta, que siempre estuvo al margen o enfrentada a una clase obrera "inculta", populista.

Las elecciones son una lucha feroz (no la única, ni la definitiva, por supuesto), en la que se enfrenta la camarilla militar por un lado y por el otro la clase obrera peronista. De allí que todo lo que reste fuerzas al peronismo favorece los planes del gobierno el cual no por casualidad ha prohijado a diversas agrupaciones cuyo único objetivo es atomizar el electorado.

Para cualquier movimiento, grupo o partido revolucionario, el voto no peronista es un voto inocuo y que, en la lucha concreta entablada aquí y ahora, le hace el juego a la reacción.

El sentido del voto peronista no está dado por ninguno de los candidatos sino por la participación masiva de la clase obrera, por sus aspiraciones, sus deseos, sus objetivos reales. Por eso es ridículo afirmar que votar por el peronismo es votar por Solano Lima porque votar por el peronismo es votar con la clase obrera en favor del proceso revolucionario; y también es ridículo decir que el voto no peronista representa el cordobazo y a todos los mártires de la lucha contra la dictadura. Decir esto es escamotear la verdad; el cordobazo solo tiene un dueño y este es el proletariado, las masas populares; la clase obrera vota por el peronismo, porque el peronismo de los obreros es el cordobazo y es una lucha que no comienza hoy sino que tiene décadas y centenares de mártires caídos por su causa. *No se pueden dar vuelta las cartas sobre la mesa.*

Frente al imperialismo y sus sirvientes nacionales, en especial la dictadura militar que explota y masacra a nuestro pueblo, el proletariado votará masiva, homogéneamente en una batalla que preludia luchas cada vez más intensas por la liberación nacional y por una patria socialista.

Agradecemos a Siglo XXI Argentina Editores S.A., Siglo XXI Méjico S.A., Siglo XXI España S.A., Editorial Estrada S.A., Editorial Tiempo Contemporáneo S.A., Editorial Río de la Plata S.R.L., Schapire Editor S.R.L.; la confianza que nos dispensan al encomendarnos la composición tipográfica en frío, diagramación y películas para sus libros.

Centrograf

Centro de servicio gráfico
Riobamba 436 • 8º-16 • 46-1734

Ben Brewster

Insurrección y poder dual

Los años 1928-1935 son famosos en la historia de la Comintern como "Tercer período", o período de "clase contra clase", del "socialfascismo" y de la lucha conjunta de los partidos comunistas en Europa y en los EEUU. por hundir a los estados burgueses democráticos y fascistas, en un aislamiento total respecto de cualesquiera otras fuerzas políticas. Esta lucha resultó ser un fracaso rotundo en todas partes. Cuando se produjo el viraje hacia la posición del frente popular, en el Séptimo Congreso Mundial, todos los partidos de Europa parecían haber musitado "Nunca más". Desde 1935, las consignas y estrategias dentro de las que el movimiento comunista condujo la lucha contra el capitalismo han sido defensivas: el frente popular, la unidad antifascista, la democracia de avanzada, la lucha por la paz y el socialismo, la coexistencia pacífica, etcétera. Se abogara o no explícitamente por el "camino pacífico hacia el socialismo", la lógica de la política postergaba siempre la toma del estado burgués para un futuro indefinido, y la lucha inmediata se reducía a la lucha económica entre el mundo socialista y el capitalista. El papel de las masas en los países capitalistas era, esencialmente, impedir que dichos países interrumpieran esa competencia con una guerra contra los estados socialistas. La violencia se desterraba a los países subdesarrollados y coloniales; en los países avanzados se había convertido en atributo de la burguesía y de sus aliados fascistas. Cualquier impulso proletario de violencia sólo podía ser defensivo. Por desastroso que fuera el tercer período y por necesarias que resultaran las posiciones defensivas en los últimos años de la década del treinta, estas políticas, en última instancia, habían originado, cuanto más, una postergación indefinida de la toma proletaria del poder y, para peor, un completo debilitamiento del concepto de dictadura del proletariado además de la tendencia a suavizar las distinciones entre comunismo y socialdemocracia. Dos generaciones de militantes comunistas carecen de conocimiento o experiencia de una lucha de clases agresiva y revolucionaria, y la hegemonía del movimiento comunista sobre el resto de la

izquierda revolucionaria ha significado que los no comunistas no pudieran escapar a la impronta de esta mentalidad[1].

En los últimos diez años, sin embargo, se ha revaluado esta experiencia, particularmente por los jóvenes, a la luz de los éxitos de las revoluciones violentas en Cuba, Argelia y Vietnam, y del fracaso (o sólo limitado éxito) de las estrategias electorales de los partidos comunistas en la mayoría de los países, y de las otras formas no violentas de lucha como el CND en Inglaterra y el movimiento de derechos civiles en EEUU. Las clásicas lecciones del marxismo-leninismo sobre la necesidad de una lucha violenta entre el proletariado y sus aliados, por un lado, y la burguesía imperialista, por el otro, han sido reasumidas mediante la lectura de los trabajos de Mao Tsé-tung, del Ché Guevara y de Régis Debray. Para los marxistas del movimiento estudiantil, del movimiento de liberación negro, del movimiento antibelicista en los EEUU., etcétera, la necesidad de un derrocamiento violento del Estado burgués es, ahora, más o menos axiomática[2]. La lenta guerra del pueblo, la guerrilla y el foco son los conceptos que han catalizado esta revitalización de la tradición del marxismo revolucionario, después de treinta años de letargo. En China, Vietnam y Cuba las fuerzas revolucionarias enclavaron, por sí mismas, centros de poder popular y los defendieron con medios militares. En China y en Cuba, estas bases tenían cierta integridad territorial; en Vietnam popular, el control imperialista varía con la presencia y ausencia de las fuerzas imperialistas. Estas áreas, entonces, se extienden en el curso de una lucha prolongada hasta que el Estado opresor se desmorone y el territorio entero ceda a la revolución.

El problema, por supuesto, es el de la relación de estas luchas revolucionarias y sus conceptos estratégicos con la revolución en los países metropolitanos e imperialistas. Algunos militantes se limitaron a esperar que el mundo socialista armado logre la rendición de los debilitados bas-

[1] Los comunistas, por supuesto, aportaron las fuerzas más significativas en todas las luchas defensivas militares y proletarias desde 1935, en España, en la resistencia europea, etcétera. Pero las consignas defensivas bajo las cuales se libraban estas luchas facilitaron que estas experiencias heroicas fuesen apropiadas ideológicamente en favor de los intereses del revisionismo. La manipulación del PCI respecto del mito de la resistencia italiana es el ejemplo clásico de ello.

[2] Quizás sea menester insistir, todavía, en que esa "violencia" no significa necesariamente una prolongada guerra a muerte ni se basa en el argumento psicologista de que "la clase dominante no cederá sin lucha". En última instancia, toda dominación burguesa, democrática o fascista, depende del mantenimiento por parte de las clases dominantes de un balance favorable de fuerza física, de su monopolio de los legítimos medios de violencia. Toda revolución proletaria implicará una confrontación de fuerza física entre ambos bandos, aun si la burguesía, al encontrarse descalificada militarmente en la crisis, cediera sin serio combate (como sucedió en Petrogrado, en octubre de 1917). Semejante vuelco en la relación de fuerzas del poder militar sólo puede lograrse mediante la democratización de los medios de la violencia. Armas para el pueblo es una de las demandas esenciales de cualquier revolución proletaria, ayer, hoy y mañana.

tiones imperialistas, del mismo modo que el campesinado revolucionario logró la rendición de las ciudades en China; por lo tanto, restringieron su actividad a luchas de solidaridad. La mayoría, sin embargo, intentó aplicar los nuevos conceptos a las contradicciones dentro de los mismos países capitalistas avanzados. El sector rural metropolitano es insignificante para la economía imperialista, y el control territorial ejercido por la moderna policía del Estado es extremadamente eficiente, de modo que la estrategia del enclave rural es, de manera evidente, inaplicable. Unos pocos grupos de estudiantes, en Japón, intentaron una aplicación literal, con los resultados predecibles. Aun en países semidesarrollados como Brasil o Argentina, con sus amplias extensiones rurales, la maquinaria estatal ha demostrado ser demasiado eficaz, la red policial demasiado densa, para el establecimiento exitoso de bases rojas o focos de guerrilla. De ahí la tendencia a adoptar la estrategia de la guerrilla urbana: en Brasil y Uruguay y en minorías nacionales enclavadas en países imperialistas metropolitanos: Quebec, Irlanda del Norte y el país Vasco.

La guerra del pueblo y la propaganda armada

Pero este cambio geográfico de la guerra rural del pueblo a la guerrilla urbana no es sólo un viraje táctico capaz de enfrentar las diferentes situaciones en los estados capitalistas; también implica un cambio fundamental en los propios conceptos estratégicos, reconocido algunas veces, pero no siempre, por los defensores de las actividades de la guerrilla urbana. Es éste el cambio de la guerra del pueblo a la propaganda armada. Aun en el caso especial de Vietnam, donde las fuerzas populares no tienen bases estables en el país, el FLN organiza al pueblo entero, clandestinamente, en un sistema social diferente: el poder popular es ejercido por las masas, la dictadura del proletariado es un hecho. Esto es más verdadero aún en los casos de Cuba y China. Pero, la guerrilla urbana, hasta en sus puntos culminantes —probablemente Casbah en 1958 y Caracas en 1963—, padece el problema de toda organización terrorista: los imperativos de seguridad interna exigen una estructura incapaz de organizar a las masas, cuya actividad, aun cuando se identifiquen estrechamente con la guerrilla, que no es siempre el caso, se reduce a la resistencia pasiva[3]. Ni siquiera un teórico que advierte con tal clarividencia la distinción entre propaganda armada y guerra del pueblo como Pierre Vallières, del FLQ, procura un análisis de la transición entre ambas[4]. La propaganda armada inspira y expresa el

[3] Por supuesto, se trata aquí de la crítica del marxismo-leninismo respecto del terrorismo, y no debe de confundirse con las objeciones liberales o pacifistas. Lenin no derramó una lágrima por las víctimas de la violencia de los narodnikes. Simplemente insistió en que la organización de las masas era condición previa de una revolución proletaria.

[4] Véase "Revolutionary Strategy and the Role of the Vanguard", *Leviathan* vol. 1, nº 6, octubre/noviembre 1969. Aunque sin firma, este documento se basa ampliamente en un discurso de Vallières.

odio de las masas por sus opresores y puede procurarles un sentido de la solidaridad. Pero no satisface al núcleo de la organización en caso de que este beneficio ideológico haya de traducirse en una conquista política del poder del Estado. Y las dificultades sociales y psicológicas de la organización[5] terrorista clandestina significan que dichas organizaciones raramente son capaces de establecerse durante cualquier lapso contra la resuelta actividad policial, y sus fracasos pueden dejar a las masas en peor situación que cuando entraron en contacto con ellas. La guerra de guerrilla urbana no debiera menospreciarse, y sus contribuciones a la revolución en los países imperialistas metropolitanos y dependientes puede ser muy importante, pero, por sí sola, no puede constituir la vanguardia revolucionaria que conducirá al proletariado y a sus aliados al poder. No es, por tanto, una traducción de los conceptos de la guerra del pueblo a países avanzados.

Por supuesto, la tradición marxista-leninista en Occidente antes de 1935 no consideró a la revolución en la forma de una prolongada lucha de guerrilla. Marx, y especialmente Engels, habían advertido claramente el potencial revolucionario de la guerra del pueblo[6], pero no pretendían ni esperaban que la revolución, en los países capitalistas avanzados, adoptara esa forma. Mas bien, confiaban en una crisis política provocada por las contradicciones internas del régimen o por la creciente fuerza electoral de los partidos proletarios que procurara la oportunidad de una insurrección rápida y relativamente no sangrienta. En este sentido, eran herederos de una tradición de la insurrección que tenía origen en Babeuf; diferían de los intérpretes de esa tradición entre sus contemporáneos, como fue el caso de Blanqui, en cuanto insistían en la participación activa del proletariado organizado y no confiaban en la iniciativa de una sociedad secreta conspirativa. Esta tradición regía también el pensamiento bolchevique en lo concerniente al problema de la revolución[7], y la práctica de la Comintern hasta el período del frente popular. Dicha tradición es la que ha desaparecido desde 1935. La reafirmación de las clásicas tesis marxistas-leninistas respecto de la dictadura del proletariado y la necesidad de la revolución armada exigen que la tradición de la insurrección sea reexaminada. De ahí la importancia de la publicación inglesa de *La insurrección armada*[8] de A. Neuberg.

5 Véase Régis Debray: "Latin America, the long March", NLR 33, sept. oct. 1965, pp. 47-8.
[Véase en español, "El castrismo: la gran marcha de América Latina", en *Pasado y Presente*, nº 7-8, octubre 1964-marzo 1965. *N. del E.*]

6 Véase particularmente Engels: "Der Niederlage der Piemontesen", Marx-Engels: *Werke* Bd. 6, pp. 387-8.

7 Ver, v.g., Lenin: "Lessons of the Moscow Uprising", *Selected Works in Three Volumes*, Vol. 1, pp. 608-15; "Marxism and Insurrection", Vol. 11, pp. 404-9.

8 A. Neuberg (v.g. Piatniski, Tujachevski, Ho Chi Minh, Wollenterg y otros) *Armed Insurrection* NLB 1970. En español, *La insurrección armada*, Ediciones La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1972. Esta edición reproduce la primera versión en español publicada en 1932 por Editorial Roja, de Madrid. *N. del E.*

La insurrección armada

La insurrección armada fue publicada por primera vez en alemán en 1928, bajo un falso sello suizo, y traducida al francés en 1931. Es un manual del arte de la insurrección para los partidos comunistas europeos. Consiste en dos capítulos teóricos acerca del lugar de la insurrección en la política de la Tercera Internacional y su ilegítima supresión en la sustentada por la Segunda Internacional (después de 1914); en referencias a las insurrecciones de Reval (1924), Hamburgo (1923), Cantón (1927), y Shanghai (octubre de 1926, febrero de 1927 y marzo de 1927); en capítulos sobre los problemas generales de estrategia y de táctica de la insurrección, desde la subversión de las fuerzas armadas de las clases dominantes a "cómo levantar una barricada"; finalmente, en un capítulo sobre el trabajo militar entre los campesinos. Una nueva introducción escrita por Erich Wollenberg, uno de los autores originales, explica cómo llegó a escribirse dicha obra.

Esta escueta descripción revela una cantidad de hechos notables en relación con el libro. Primero, el análisis concreto opera con una serie de insurrecciones que tuvieron lugar durante los cuatro años previos a su publicación, todas las cuales fueron, en realidad, serios fracasos. Esto se explica, en parte, por el hecho de que el libro intentaba, según la sección Agitprop [agitación y propaganda] de la Comintern que fue quien lo redactó, remplazar y actualizar un volumen anterior (*El camino de la victoria* de Alfred Langer), pero también, agrega Wollenberg, porque las descripciones de los fracasos, al par que valiosas en el nivel científico como las de los éxitos, eran menos urticantes ideológicamente, y por lo tanto, era más probable que el libro escapara a la censura[9]. Las mismas consideraciones dirimieron otra decisión: el seudónimo del autor y del editor. La Comintern hubiera podido producir el material de este libro en calidad de documentos internos para el número relativamente pequeño de cuadros que se esperaba que lo leyera y estudiara. Sin embargo, un libro

9 No es sorprendente que la prensa burguesa en este país haya saludado su nueva publicación como una demostración de la futilidad de la política de la insurrección. El libro, en verdad, será de poca utilidad para quien pretenda reforzar su debilitada fe en la revolución: no alienta ideológicamee, revela las dificultades científicamente. Gramsci aplicó la frase de Romain Rolland, "pesimismo de la conciencia, optimismo de la voluntad", al marxismo: el libro de Neuberg representa sólo la primera mitad de la prescripción, como deliberado acto de política. Los cuadros a los que se dirigía el libro tendrían que conseguir su optimismo de la voluntad en algún otro lugar. Algunos marxistas, por el contrario, han sugerido que determinados autores de este libro deben de haber estado motivados por el secreto deseo de desacreditar a los partidos de la Comintern mediante la revelación de su incompetencia. Pero, de hecho, Neuberg discretamente ignora algunas de las más desastrosas aventuras de esos años —v.g., la Acción de Marzo en Alemania, en 1921, el incidente de la Catedral de Sofía de 1923; cualquiera fuere la negligencia de la conducta de los partidos en los ejemplos discutidos, todos fueron serias tentativas de insurrección de las cuales podrían extraerse valiosas lecciones para el futuro.

en apariencia publicado normalmente, aun proscripto, constituía, de manera obvia, una evidencia menos perjudicial contra un militante en cuyo poder fuera encontrado que un archivo de documentos mimeográficos, de la Comintern. Y el nombre alemán del autor y el editor "suizo" significaban que la URSS no podría ser acusada de interferir en los asuntos de otro país. De acuerdo con el prefacio de Wollenberg, los autores, de hecho, incluían al propio Wollenberg (entonces Jefe del Buró Militar del Instituto Marx-Engels en Moscú), Piatnitski (Secretario Organizador de la Comintern), Unschlicht (enlace entre el Estado Mayor del Ejército rojo y la Comintern), Kippenberger (organizador de la insurrección de Hamburgo), Tujachevski (previamente Jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo) y Ho Chi Minh (entonces Vicepresidente de la Krestintern [Internacional Campesina Roja]). Los textos parecen haber sido escritos en momentos diferentes, entre 1924 y 1928, y fueron revisados por Togliatti (entonces jefe de la división Agitprop de la Comintern). Togliatti (probablemente) también escribió una introducción en nombre de la Comintern y en ella criticaba alguna de las tesis sostenidas en el libro (incluida en esta edición como un apéndice).

El levantamiento de Reval

Como todas las descripciones concretas se organizan del mismo modo, la síntesis de una —el levantamiento de Reval (Capítulo 3)—, mostrará cómo opera el libro. Una sección inicial se ocupa de la situación política en Estonia, en 1924 —la economía y la moneda habían sufrido un colapso, con la consecuencia de desempleo masivo; los partidos dirigentes se encontraban minados por la corrupción y las disputas internas; el propio ejército estaba desmoralizado hasta el punto de la ineficacia, y la única respuesta del gobierno era la represión contra trabajadores y campesinos que incluia un juicio público de 149 comunistas. A pesar de la represión, la clase trabajadora asumía una actitud agresiva y estaba dispuesta a la guerra civil, al par que muchos campesinos, pequeños burgueses urbanos y soldados, simpatizaban con la causa proletaria. La sección siguiente se ocupa de los preparativos militares con miras a la insurrección. El Partido Comunista los inició en la primavera de 1924. organizó patrullas de tres hombres de defensa autónoma que se coligaban en grupos de diez y, luego, en compañías y batallones a medida que avanzaba el año. En diciembre de 1924 se contaba con cuatrocientos hombres armados, aunque sus armas eran pobres y las municiones escasas. Las tropas leales al gobierno, en la misma Reval, se reducían a sólo ochocientos hombres; del resto, se esperaba que buena parte de ellos podrían ser convencidos de pasarse al lado revolucionario. Algunos años de trabajosa agitación en el ejército habían dado su fruto, aunque los efectos se habían debilitado por un reciente cambio de tropas. El partido decidió lanzar la insurrección por sorpresa el primero de diciembre, sin agitación alguna de masas ni golpe general hasta que los puntos clave de la ciudad hubieran sido tomados por las escuadras de combate. Se les asignaron tareas a los tres batallones:

1) desarmar a los oficiales cadetes, apoderarse del depósito de armas y de la estación de ferrocarril; 2) desarmar a la policía de reserva, tomar la división de tanques y aire, sita justamente en las afueras de la ciudad, y al Regimiento 10; 3) capturar los centros administrativos, la oficina de telégrafos, el parlamento, la estación Báltica y liberar a los prisioneros políticos. La sección siguiente es una descripción detallada del curso de la insurrección. Por razones de secreto, las órdenes para el lanzamiento de la insurrección no se formularon hasta una hora antes de su comienzo. Pero resultó imposible reunir a mucho más de la mitad de los hombres, en las escuadras de combate, a tiempo, o informarlos adecuadamente sobre sus complejas tareas. El resultado fue que el primer batallón sólo logró la captura de la estación de ferrocarril y sus miembros sobrevivientes se dispersaron. El segundo batallón tuvo éxito en la toma de los cuarteles del Regimiento 10, pero no pudo volcar a las tropas a la insurrección, porque la patrulla de combate implicada era absolutamente desconocida para ellas. La división de aire fue rápidamente dominada y se plegó a la revolución, pero, en lugar de dirigirse inmediatamente hacia el centro de la ciudad, la patrulla de combate esperó en el aeroparque la llegada de órdenes, hasta que fue demasiado tarde. De modo que resultaron vencidos y capturados por fuerzas contrarrevolucionarias. El tercer batallón capturó el edificio del parlamento pero no dio con el primer ministro por desconocimiento del lugar. Los ataques al ministerio de guerra y a la cárcel fracasaron.

La insurrección comenzó a las 4 hs. Alrededor de las 11 hs. las tropas contrarrevolucionarias habían aplastado completamente el último foco de resistencia. La última sección del libro de Neuberg se titula "Causas de la derrota". Describe aquí seis errores "en materia de organización y de táctica": 1) sobrestimación del grado de desmoralización de la guarnición y de la fuerza de la organización militar del partido; 2) el plan superaba la cantidad de hombres disponibles, tendría que haberse seleccionado un número menor de objetivos; 3) las escuadras eran incapaces de reaccionar ante la victoria o el fracaso en sus tareas; 4) las escuadras no siempre eran capaces de manejar sus armas; 5) el reconocimiento era inadecuado; 6) el enlace era inadecuado. Pero, arguye que muchos de esos errores, o todos, han de esperarse en una insurerección (la confusión e incompetencia de la insurrección de Octubre son bien conocidas). El verdadero error residía en otro lugar: "La circunstancia decisiva en el resultado de la insurrección ha sido que los pequeños grupos de obreros revolucionarios, organizados militarmente, que han desencadenado la insurrección, se han mantenido aislados del grueso del proletariado. . . La masa de la clase obrera de Reval fue espectadora desinteresada del combate. He aquí el hecho que ha tenido una importancia decisiva". Dicho aislamiento no era el resultado de la torpeza de las masas, por el contrario, era creado por la deliberada elección de tácticas del partido. "El partido había exagerado la importancia del factor militar en la insurrección, subestimando la del movimiento revolucionario de masas" (p. 91). Este error afectó aun a los detalles de las tácticas de insurrección. Para ilustrarlo utilizará una cita que ejemplifica la precisión y concreción de la discusión, y sustenta la pretensión de Wollen-

berg de que este estudio, como la mayoría de los otros en el libro, se basa en las descripciones de testigos oculares: "Es ingenuo pensar que el batallón del décimo regimiento, sin contar con soldados comunistas, se pondría activamente al lado de los insurgentes ante el requerimiento de nueve obreros desconocidos. Imaginad la escena: a las cinco y cuarto de la mañana, en la oscuridad, el batallón duerme y es despertado por un grupo de hombres, insignificante y desconocido por todos los soldados, que afirma que ha estallado la insurrección e invita al batallón a ponerse al lado de los insurgentes. Los soldados no ven esta insurrección por ninguna parte; las calles están vacías, no hay obreros en ellas. No sabían nada de los preparativos de la insurrección. ¿Qué conducta podía esperarse de ellos? El batallón, como podía suponerse, permanece neutral hasta recibir más noticias" (p. 88).

Hamburgo, Cantón, Shanghai

En Hamburgo, en 1923, los errores fueron el reverso de esto: la insurrección en la propia Hamburgo fue relativamente exitosa y contó con el apoyo activo de la masa, pero el partido no intentó extenderla al resto de Alemania; después de unos pocos días aplazó la misma insurrección de Hamburgo. "Siendo fiel al marxismo, no está permitido tocar retirada desde que la insurrección ha comenzado y ha logrado éxitos importantes. Y menos aún habiendo sido emprendida la insurrección por directivas del partido. 'Con la insurrección no se juega' (Marx)" (pp. 114-115). Cantón, a su vez, fue diferente: "En Cantón, pudieron hacerse dueños del poder... gracias a la presencia de fuerzas contrarrevolucionarias insignificantes. Pero esto sólo fue cierto en Cantón. En la totalidad de la provincia de Kwantung, la correlación de fuerzas era claramente desfavorable para los insurgentes" (p. 138). Las dos primeras insurrecciones de Shanghai fueron fracasos técnicos, pero en la tercera, "la tesis de Marx acerca de que 'la insurrección es un arte' se puso en práctica del modo más ejemplar. Esta victoria del proletariado de Shanghai costó el precio de dos fracasos previos. Las masas aprenden con la experiencia. La experiencia de los conflictos anteriores había demostrado la necesidad, mucho tiempo antes de la insurrección, de una preparación cuidadosa y sistemática para la batalla decisiva; la necesidad de asegurar que dicha batalla fuera dirigida solamente por el partido del proletariado. En la tercera insurrección de Shangai, el Partido Comunista chino hizo excelente uso de esa experiencia" (p. 158). Pero, después de la victoriosa insurrección, Chiang Kai-shek asesto un golpe contrarrevolucionario y derrumbó al gobierno de los trabajadores de Shanghai. "Aunque siguió una línea básicamente correcta respecto de la organización, preparación y ejecución del levantamiento, el Partido Comunista chino (o más bien su dirección) siguió una línea incorrecta *vis-à-vis* del Kuomintang: subestimó el papel revolucionario del proletariado, y siguió considerando al Kuomintang como un todo indiferenciado y a la burguesía nacional entera como una fuerza revolucionaria, cuando, de hecho, una fracción de esa burguesía y, por lo tanto, del Kuomintang (su

ala derecha) se había volcado abiertamente al campo de la contrarrevolución y anhelaba unirse tanto a las fuerzas indígenas de la reacción como al imperialismo extranjero" (p. 159). [Hemos modificado ligeramente la versión española. — N. del E.] El Partido Comunista "seguía considerando al proletariado como una fuerza auxiliar y no como el dirigente de la revolución democrática" (p. 159).

Estos últimos ejemplos son de especial interés porque el "error" que implican es ya un lugar común. La historia subsiguiente de la revolución china ha revelado que, aunque la prescripción acerca de la actitud del PCCH respecto del KMT se justificaba, la correcta estrategia revolucionaria no consistía en apoyarse esencialmente sobre el proletariado en cuanto fuerza revolucionaria, sino en volverse hacia el campesinado y en cambiar la táctica de la insurrección urbana por la rural, de modo que la guerra del pueblo se basara en el campesinado. Dicha solución es sugerida por el comentario de Neuberg sobre el fracaso de la insurrección de Cantón, pero no fue adoptada por la Comintern (el pesimismo del libro en relación con la situación china es criticado en la introducción de la Comintern, p. 284), [de la edic. inglesa. En esp. véase pp. 34-35]. Esto conduce a una agradable lectura del libro por parte de la burguesía: la historia de la revolución china demuestra que la insurrección urbana es fútil, puesto que el éxito sólo se logró en China a través de la guerra del pueblo rural. Como esta última, también, es irrealizable en los países imperialistas avanzados, la revolución, en consecuencia, es allí imposible. Pero el "error" de Neuberg es, de hecho, al mismo tiempo más y menos grave que esto. Más grave porque es un error conceptual, no empírico; simultáneamente menos grave porque, como error universal, indica la ausencia de un concepto que no se relaciona simplemente con los diferentes contextos empíricos de China y Occidente, sino que ayuda a clarificar el problema de la insurrección y la revolución a lo largo de todo el mundo.

Todas las conclusiones que he citado se relacionan con un único problema: la relación entre la lucha política y la militar —entre la lucha de clases y "la insurrección como arte". En Reval, el problema era el del orden temporal —la lucha de clases fue deliberadamente acallada en las semanas que precedieron a la insurrección con el propósito de aumentar las probabilidades de la sorpresa militar. El resultado fue que el proletariado se sorprendió tanto como las clases dominantes. En Hamburgo, el problema residió en la integración local y nacional. El partido, en lugar de organizar las insurrecciones o, aún, un movimiento general de solidaridad con Hamburgo, esperó a comprobar si esto sucedía espontáneamente. En China, el problema era la relación entre la lucha nacional democrática en alianza con la burguesía en el KMT y la insurrección de las masas urbanas de Cantón y Shanghai; y de mayor alcance, el problema del campo y la ciudad, el de la relación con las masas campesinas (problema que no era ignorado por Neuberg ni por la Comintern). El mismo tema emerge una y otra vez en los últimos capítulos del libro. Neuberg señala que el pueblo no puede tener inicialmente ventaja militar sobre las fuerzas contrarrevolucionarias, por lo menos hasta después

de una agitación más intensiva en el ejército y del entrenamiento militar por el partido. Esta ventaja debe de conseguirse al arrastrar a las masas a la lucha y al armarlas con armamento capturado en los albores del combate y, de este modo, al aislar a las fuerzas remanentes de las clases dirigentes.

Poder dual

A través de todo el libro de Neuberg, estas tareas son atribuidas al Partido Comunista. El partido tanto prepara y organiza a las masas para la insurrección como dirige la propia insurrección. Pero un partido bolchevique no puede reclamar nunca la organización de las masas oprimidas en su totalidad. Precisamente, porque representa los intereses del proletariado como un todo en su lucha contra el capital, no puede organizar ese todo que es el proletariado, al abandonar a las otras clases oprimidas, en un sistema político burgués o preburgués. El Estado burgués, ya sea fascista o democrático, está estructurado precisamente para impedir la representación directa de los intereses del proletariado y de los oprimidos. No hay lugar en la sociedad burguesa donde los representantes de los intereses de las masas oprimidas puedan ser los representantes de las masas organizadas mismas. El partido bolchevique sólo puede reclamar la organización de la *vanguardia* del proletariado. De ahí que la conducción de la insurrección tenga locación anómala dentro de un Estado burgués o preburgués. En la medida en que se trata de un problema técnico (un "arte", en la famosa frase), le compete al partido en cuanto instancia con la más clara percepción de su necesidad. Pero, no puede ser iniciada *políticamente* de manera directa por el partido. El partido tiene que luchar para que las masas del pueblo adopten la táctica de la insurrección. Esto es lo que sucedió en Rusia en octubre de 1917. La insurrección no fue conducida por el Comité Militar del partido bolchevique, sino por el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado. Por supuesto, este cuerpo, establecido originariamente por los mencheviques antes de que los bolcheviques obtuvieran la mayoría de los soviet de Petrogrado, estaba copado enteramente por los bolcheviques, en octubre, y la planificación de la insurrección fue realizada por estos últimos. Pero, la insurrección en sí misma fue un acto del soviet de Petrogrado, es decir del pueblo de Petrogrado. Esto revela el concepto ausente en el libro de Neuberg: la existencia de instituciones del Estado proletariado simultáneamente con el Estado burgués que ha de ser derrocado, o sea el *poder dual*[10]. Las instituciones del Estado en las cuales las masas del pueblo se encuentran directamente representadas constituyen una condición previa de la insurrección. En Rusia, en 1917, el poder dual adoptó la forma de soviets, y la insurrección fue la culmi-

[10] Aflora en una oportunidad, cuando critica al Partido Comunista alemán por no haber exigido la formación de soviets en Hamburgo —pero sólo después de que la insurrección hubiera sido lanzada— (véase p. 115).

nación relativamente no sangrienta de un período de agitación comunista en estos soviets. En el resquebrajado Estado feudal de China, por el contrario, el poder dual sólo era posible mediante la construcción y defensa de bases rojas armadas en el campo, de modo que el proceso de insurrección tenía una extensión enorme y continuaba durante todo el período del poder dual. Pero opera el mismo principio. Era una forma diferente de poder dual que Mao descubrió en Hunan en 1927.

¿En qué medida esta omisión de un concepto afecta el valor del libro de Neuberg? Mucho, en cuanto el problema es el de las condiciones políticas de la insurrección. El problema político básico en los países imperialistas, en la actualidad, es la forma que puede adoptar el poder dual. Aún si dicho problema hubiera sido abordado de modo no tan escueto en el libro de Neuberg, probablemente tendría que haber sido repensado hoy a la luz de los cambios ocurridos en el imperialismo en las últimas cuatro décadas. Pero, en la medida en que concierne a la cuestión de que "la insurrección es un arte", el efecto es mucho más suave. Reconocimiento, entrenamiento militar, agitación entre las tropas, planeamiento de contingencias y tácticas militares, son todas tareas que todavía incumben a un partido revolucionario, por las razones ya adelantadas. El libro de Neuberg es todavía valioso en tal sentido, aunque como es obvio, en cualquier tentativa de utilizar sus prescripciones, han de observarse los desarrollos técnicos en la lucha callejera y en el control de multitudes que se han producido desde 1920. Pero la consideración de dichos problemas no debe llevar a un tecnicismo delirante o aventurero. Para renovar la tradición de insurrección de la Comintern debemos comenzar por criticarla, y las críticas fundamentales no han de dirigirse a los aspectos técnicos, que estaban muy desarrollados en esa tradición, sino a los políticos, que nunca estuvieron enunciados con claridad respecto de los países imperialistas después de la muerte de Lenin. El valor del libro de Neuberg, en la actualidad, no es tanto el de un manual como el de un anticuado trabajo teórico a partir de cuya crítica puede desarrollarse una nueva teoría política de la revolución en las metrópolis imperialistas.

LIBROS PARA LEER SIN VUELTAS

¿CHILE, SI? , Ted Córdova-Clarre
El análisis más agudo y actual del proceso chileno por un periodista que vuelca en este libro lo que no cabe en la crónica diaria.

MANUAL DEL BUEN ARGENTINO, Cayetano Bollini
La apoteosis del lenguaje paródico en una genial revisión irónica de todos los lugares comunes de la Argentina liberal.

PARA LA LIBERACION DEL SEGUNDO SEXO, Selección y prólogo de Otilia Vainstok
Un panorama profundo y al día del movimiento de liberación femenina en sus vertientes más politizadas y su enfoque desde su perspectiva latinoamericana.

LAS TUMBAS, Enrique Medina
Séptima edición del suceso editorial del año: el ácido testimonio novelado de la mala vida en los "reformatorios".

Ediciones de la flor
Uruguay 252 - 1º B

LA INSURRECCION ARMADA

A. Neuberg

Bajo el nombre de *A. Neuberg* se amparó un colectivo de trabajo dirigido por *Osip Piatnitsky* en 1928 (que entre otros incluía a *Tujachevsky, Ho Chi Minh* y *Wollenberg)* destinado a elaborar un manual sobre la teoría y la práctica revolucionarias a partir de las insurrecciones de Cantón, Shangai, Hamburgo y Reval y de las tareas realizadas entre las masas campesinas por la misma época. Desconocido casi desde sus primeras ediciones a comienzos de la década del 30, se constituye hoy en un inestimable aporte histórico documental por las valiosas lecciones que de él pueden extraerse.

Ediciones LA ROSA BLINDADA

CeDInCI

Charles Bettelheim

La dialéctica en Mao

I. Carta sobre Mao

He leído con sumo interés el artículo sobre "el marxismo de Mao"*(*Il Manifesto, agosto* 1970) Creo que toca algunos puntos esenciales para la caracterización de aquello que, a mi entender, con justeza puede llamarse la "tercera etapa" del marxismo.

Particularmente importante me parece el cuestionamiento de una cierta concepción de las relaciones entre la base económica y las superestructuras ideológicas y políticas. En 1968, Yves Duroux había criticado esta concepción, definiéndola como el "modelo de la casa". En efecto, tal modelo no es sino una metáfora, que ha permitido (y permite) recuperar algunos objetos de análisis y ordenarlos; desde este aspecto resulta útil. Pero no tiene ningún fundamento ni importancia teórica. Y cuando se intenta hacerlo funcionar teóricamente (es decir, más allá de los límites descriptivos que le son propios [1]) se incurre en consecuencias ideológicas peligrosas, capaces de ocultar los datos fundamentales del materialismo dialéctico e histórico.

Uno de los peligros derivados del empleo pseudo-teórico de este "modelo", y de las relaciones de dependencia y autonomía que él evoca entre base y superestructura, reside en que presupone la

* El artículo de Rossana Rosanda, "El marxismo de Mao", que motiva las observaciones de Bettelheim fue publicado en el Nº 23 de cuadernos de Pasado y Presente dedicado a la revolución cultural china. [P. y P.].

[1] Como toda metáfora es ambigua, y por lo tanto ampliamente abierta a una diversidad de interpretaciones. Se puede hacer uso de ella sólo en cuanto se conocen sus límites y por lo tanto no se es prisionero de ella. Así, Mao Tse-tung puede rehusarse a esperar el mítico momento en el que las fuerzas productivas habrán alcanzado un nivel tal en el que sea "posible" transformar profundamente la superestructura. Mientras que la práctica estaliniana la toma al pie de la letra y remite continuamente a una fase sucesiva la transformación de las relaciones ideológicas. De esa manera se bloquea la rebelión de las masas contra las relaciones de autoridad y sujeción, de dominio y obediencia, dentro de las cuales se reproducen las relaciones de producción capitalista [N. de B.].

existencia de una "base" animada de una "dinámica propia", que chocaría con las "resistencias" de una superestructura existente fuera de la base e independientemente de ella. Este modelo aisla de tal modo un "espacio económico" y al mismo tiempo lo privilegia, pero no en el sentido por el que Marx hace de la economía el elemento en última instancia fundamental, si bien en el sentido de la economía burguesa —la cual refleja a su modo las experiencias de auto-reproducción del capital— separando y privilegiando "la esfera de las necesidades y de la riqueza". Es por esta razón que partiendo de dicho modelo se es inducido fácilmente a pensar que el desarrollo de las fuerzas productivas "garantiza" de por sí la transformación de las relaciones de producción, olvidando lo esencial, que es el enfrentamiento de clases.

Me parece fuera de discusión que el "modelo de la casa" tuvo un peso considerable en la lucha ofreciendo un disfraz de cientificidad a diversas tendencias pretendidamente marxistas. Implícita o explícitamente, él subyace tanto en la ideología socialdemócrata como en la política estaliniana. Subyace también en quienes consideran que el desarrollo del capitalismo y sus crisis económicas conducen de por sí, casi espontáneamente, a la revolución socialista. Un "catastrofismo económico" de este tipo no fue extraño —y no por casualidad— a la teoría y a la práctica de la III Internacional, pudiéndoselo rastrear en la base de la indiferencia que ésta mantuvo frente al crecimiento del fascismo.

De hecho, el "modelo de la casa" remite a la pareja feuerbachiana "individuos y sus fuerzas/condiciones de existencia", que se traduce en la ecuación "progreso/obstáculos". El primer término de esta pareja (que es el equivalente de "fuerzas productivas") aparece, aquí como único *motor*, a cambio y en el puesto de la lucha de clases. Este modelo remite a un cierto *tipo de relaciones* pero no contiene un concepto explícito de aquello a lo que está ligado, corresponde por tanto sobre todo a un marco de referencia antes que a una teoría; de ahí que, partiendo de tal modelo pueda ser fundada una concepción "ideológica" del progreso.

Sin embargo, a propósito de la cita de un pasaje de Marx en el *Prólogo* a *Contribución a la crítica de la economía política*, me parece necesario precisar que, aunque el texto no lo explicite, las relaciones de producción no son concebidas aquí simplemente como relaciones "entre los hombres" (que podrían ser interpretadas, de manera reduccionista, como relaciones "intersubjetivas") sino relaciones que se establecen entre los hombres, por un lado, y los medios de producción, por el otro. Esta es por cierto una hipótesis de Marx, como lo prueban también otros pasajes.

Además, el término de "superestructura" designa aquí las relaciones "políticas y jurídicas", que —como se sabe— para Marx constituyen las "formas". En el texto la ideología es especificada como un "conjunto de formas"; algunas líneas después, se habla precisamente de "formas ideológicas". Pero el conjunto de estas formas está articulado sobre las "relaciones de producción".

Igualmente importante, y directamente ligada a la precedente, me parece la tesis relativa a la presencia del modo de producción capitalista en las sociedades de transición. Pienso —y he tratado de demostrarlo en algunos trabajos precedentes— que esa es determinante en la teoría y en la práctica de la "lucha entre las

dos clases" y "entre las dos vías". A mi entender, sería interesante formularla en parte de manera diferente a cómo lo hacen ustedes, diciendo que la dictadura del proletariado y la supresión de la forma jurídica de la propiedad privada *no bastan para destruir las estructuras fundamentales del modo de producción capitalista* y que esta destrucción —y por tanto también la de las formas y de las prácticas ideológicas que corresponde a estas estructuras fundamentales— es precisamente el objetivo de la lucha de clases en la fase de la dictadura del proletariado. La verdad de esta tesis se encuentra confirmada, entre otras cosas, por el papel desarrollado por la "acumulación originaria", concebida en la Unión Soviética como un medio para la "construcción del socialismo" aunque de hecho ha consolidado al conjunto de las estructuras capitalistas todavía presentes en la formación social después de Octubre.

Es justo recalcar también que "Mao tiende a liquidar el tema de la inmadurez de la revolución [...] tema del cual siempre se derivó la teoría de la necesidad de una vanguardia externa al proletariado" [2]. En mi opinión se debía ir más allá de esta formulación, ya que Mao Tse-tung hace más que "tender" a rechazar el tema, de la inmadurez de la revolución y el de la necesidad de una vanguardia exterior. Una relación de *exterioridad* es absolutamente incompatible con las concepciones de Mao, y sobre esto volveré luego. Estas implican, en efecto, no una relación dialéctica entre teoría y práctica, sino su separación y la dominación de la primera sobre la segunda, reproduciendo el esquema de las clases dominantes, que tratan de establecer y de apropiarse del monopolio de la teoría. Por el contrario Mao Tse-tung, como Marx, reconoce que la teoría sigue siempre a la práctica, aunque siendo necesaria para la transformación de la práctica. La consigna "partir de la masas y volver a las masas" expresa en el plano político la exigencia de la *primacía* de la práctica. Esta exigencia fue siempre ocultada por una cierta tradición marxista de la cual la socialdemocracia alemana, aun antes de 1914, y Kautsky en particular, fueron sus representantes más coherentes. A mi entender, un cierto modo de formular la relación entre partido y masas (modo que tiene evidentemente raíces sociales e históricas precisas) parte del abandono de la primacía de la práctica. Agregaré que algunas de las fórmulas utilizadas por Lenin en *¿Qué hacer?* y precisamente cuando se refiere en forma explícita a Kautsky, parecen poner a la teoría por encima de la práctica y al partido por encima de las masas. La práctica leninista, así como otros textos posteriores de Lenin, rectifican dichas formulaciones, pero son precisamente éstas las que resultaron en cambio privilegiadas por la práctica estaliniana, que pone al partido por encima de las masas como sede de gestación imaginaria de toda verdad y de toda sabiduría. Me parece también importante señalar, como ustedes lo hacen, una línea

[2] Bettelheim se refiere a la traducción francesa (aparecida en *Les Temps Modernes* de diciembre de 1970-enero de 1971: "la démarche de Mao *tend, en fait, à en finir* avec le theme de l'immaturité de la révolution", mientras que el texto italiano era: "Mao, *in sostanza, liquida* il tema e la giustificazione della inmmaturita della liquidazione". [En español, habíamos traducido: "Mao liquida el tema y el justificativo de la 'inmadurez' de la revolución."]

de demarcación extremadamente neta entre las concepciones de Mao Tse-tung y las tendencias "tercer-mundistas" que ven en los llamados "países subdesarrollados" momentos "marginales, abandonados por el desarrollo" como un fenómeno esencialmente de "retraso", mientras que esos son el *producto* de la dominación imperialista, que los ha *transformado* e *integrado* en el sistema imperialista mundial, en cuyo seno aquellos cumplen una función muy determinada de reserva en materias primas a bajo precio. Es esto lo que vuelve "maduras" para la revolución a las masas de esos países, sean ellas *proletarias* en el sentido riguroso de la palabra, o proletarizadas, y por lo tanto capaces de transformarse en agentes de una política proletaria. Existen dos puntos sobre los cuales, en cambio, me parece que vuestras formulaciones exigen una discusión. El primero concierne a la asimilación de la dialéctica que opera en Mao Tse-tung a una "dialéctica hegeliana con los pies en la tierra". Indudablemente es correcto enfatizar que la naturaleza material de la contradicción principal en Mao significa que la dialéctica que subyace en este tipo de contradicción tiene "los pies en la tierra"; pero esto no significa que se trate de una simple "subversión" de la dialéctica hegeliana. Significa que se trata de *otra* dialéctica, de una dialéctica *diferente*.

Una de las categorías esenciales de la dialéctica hegeliana es, en efecto, *la negación de la negación*, que conduce al tercer momento, la *síntesis*. Pero el momento de la síntesis sólo tiene sentido para el idealismo. Este consiste, en definitiva, en *negar la negación misma conservando aquello que fue negado* (operación posible, evidentemente, sólo para el idealismo). Para la dialéctica materialista, en cambio, no se trata sólo de *negar* sino de *destruir*. La negación materialista *no conserva aquello que fue negado: lo destruye*, para construir en su lugar algo *radicalmente suyo*. Y la tesis marxiana de la *Umwaelzung*, que —como ustedes recalcan— es una de las tesis fundamentales de Mao Tse-tung, en oposición con las tesis sobre la "continuidad", defendidas por diversas corrientes que se definen, no obstante, como marxistas. Creo que es muy importante romper totalmente con la fórmula de la simple "subversión" de la dialéctica hegeliana, ya que su uso corre el riesgo de reproducir, bajo otra forma (una forma "invertida", el contenido idealista de la dialéctica hegeliana: un concepto subvertido es un concepto que se conserva, que permanece.

En la polémica sobre la dialéctica iniciada en China en 1964, es decir en la lucha entre las dos tesis "uno se divide en dos" y "dos se unen en uno", la segunda tesis es falsa precisamente porque es hegeliana. Y es hegeliana no en cuanto no remite a realidades *materiales y sociales* (esa remite a estas realidades, en particular a las realidades sociales constituidas por la burguesía y el proletariado), sino porque la *negación* que pone en movimiento es una falsa *negación*, puesto que no es *destrucción de lo negado* sino su recuperación en una síntesis "nueva". En este aspecto dicha dialéctica permanece como idealista y tiende a clausurar al proletariado el camino de la destrucción de la burguesía y del capitalismo. De hecho, se podría decir, con una *boutade*, que en la concepción hegeliana de la negación de la negación, es *la negación misma la que resulta negada*.

Y para concluir, un punto que me parece particularmente importante discutir. Ustedes afirman

que "el hecho de recurrir a las masas es la característica específica, esencial de la revolución cultural", entendiendo por esto que tal recurso constituye "la diferencia fundamental entre esta revolución y las fases anteriores de la batalla política de Mao". Por mi parte, creo que en esta formulación sus afirmaciones no son exactas. Me parece (evidentemente en conexión con lo afirmado antes acerca de la relación entre teoría y práctica y sobre el papel del partido revolucionario marxista-leninista) que el reconocimiento de la necesidad de recurrir a las masas, y la práctica de esta apelación a las masas, no es una característica *específica* de la revolución cultural, sino la característica *general* de la acción del Partido Comunista chino y del pensamiento de Mao Tse-tung. En cada etapa de la revolución china, el papel determinante es desempeñado no por el partido, sino por las masas; en cada etapa, el papel del partido es el de "concentrar las ideas justas de las masas" para restituírselas bajo una forma elaborada; en cada etapa el partido y sus miembros deben someterse a la crítica de las masas: en ningún momento el partido puede pretender "sustituir a las masas". Estas deben siempre *liberarse por sí mismas*. Ello significa que la relación entre partido y masas debe ser una relación de interioridad y no de exterioridad. He aquí porqué en la revolución china el partido es mucho más un núcleo dirigente que una *vanguadia*.

Esta relación de interioridad ha permitido al PCC ser el *instrumento* de la dictadura del proletariado porque gracias a él el partido *puede no separarse* de las masas y por lo tanto *constituir realmente al proletariado* —fuerza social unificadora de las masas populares— *en clase dirigente*.

Aquí hay una diferencia fundamental con respecto a la forma adquirida por la dictadura del proletariado en la URSS. Esta estaba constituida por la *combinación* entre el poder de los soviet (los soviet fueron el *instrumento* de las masas) y el papel dirigente del partido, constituido esencialmente por una vanguardia que se colocaba por encima de las masas, separada de éstas, aun cuando establecía con ellas una "relación de expresión" (en el sentido de que expresaba sus aspiraciones). Tal combinación era necesariamente inestable. Y dadas las condiciones históricas, desembocó finalmente en un PCUS que, afirmando la primicia de la teoría, terminó por sobreponerse al poder soviético, sin convertirse él mismo en un instrumento. Es así como dejó de existir la dictadura del proletariado en la URSS, ya que ésta, según la fórmula de Lenin, no puede ser otra cosa que *la organización del proletariado en clase dirigente*. La experiencia histórica parece mostrar que el elemento dominante de la dictadura del proletariado es necesariamente el partido dirigente; sólo éste puede ser organizado en torno a una línea proletaria y funcionar según el principio del centralismo democrático. He aquí por qué el carácter proletario del poder, aunque dependa de las formas de organización del estado, se basa ante todo en la existencia de relaciones democráticas proletarias, ya sea entre el partido y las masas (lo cual remite al concepto de línea de masas), como dentro del partido. Este tipo de relaciones no se traduce principalmente en "estatutos organizativos": sólo puede desarrollarse a través de una prolongada lucha de clases, y es consolidado en forma permanente a través de las luchas concretas dirigidas contra la separación de los

aparatos del poder y de las masas. El tipo de relaciones que el PCUS ha establecido con las masas, y las existentes en su seno, contribuyeron en cambio progresivamente a reconstruir lo que la Revolución de Octubre había destruido. En primera instancia, pudo cumplir este papel de reconstrucción porque él mismo se había separado de las masas en cuanto se había constituido precisamente en "vanguardia", detentadora por definición de la línea teórica. En segunda instancia, y más profundamente, pudo cumplir este papel porque la relación que él había establecido con las masas tendía a reproducir el tipo de relación característico de un aparato social de dominación de clase. Y es esto lo que permitió a la burguesía recuperar el poder en el seno del PCUS.

El hecho de recurrir permanentemente a las masas me parece por tanto la contribución más decisiva de la teoría y de la práctica de la revolución proletaria. Esta recurrencia —expresada por el concepto de "linea de masas"— es al mismo tiempo un "retorno" a las posiciones fundamentales de Marx, de las cuales se habían alejado tanto la práctica y la teoría de la socialdemocracia, como las de un pseudo-leninismo que había "olvidado" lo esencial de la práctica efectiva de Lenin, y se aferraba dogmáticamente a algunos de sus textos —precisamente a los que terminan por transformar al partido en "amaestrador" de las masas, primero en sentido pedagógico, luego en sentido mucho más profundo [3].

Lo que me parece verdadero en vuestra afirmación es la determinación de que lo específico y propio de la revolución cultural consiste en la *amplitud sin precedentes de la apelación a las masas*. Una amplitud tal que precisamente las divergencias internas del partido fueron expuestas ante las masas en vinculación directa con sus luchas concretas, lo que permitió a las masas decidir a través de una *práctica social real* y no de manera falsamente abstracta. Esto constituye, a mi entender, una etapa histórica decisiva en el desarrollo del papel de las masas en relación al partido. Y es sabido que esta etapa deberá ser seguida por muchas otras, destinadas a hacer crecer esta presencia de las masas como protagonistas, a través de la asimilación práctica, por parte de ellas, de la teoría.

En conclusión, me parece importante enfatizar dos cuestiones estrechamente vinculadas. En primer lugar, la concepción que Mao tiene de la *relación* entre partido y masas, concepción que no reduce, sino todo lo contrario, el papel *fundamental* de un partido marxista-leninista en la lucha por el socialismo. En segundo lugar, el concepto de *dictadura del proletariado* se ve restituido por Mao Tse-tung a su significado real, completamente obliterado por la praxis estaliniana (es decir, la afirmación de que esta dictadura es también necesariamente la *más amplia democracia para las masas populares*, o sea para todo el pueblo, el proletariado y las clases que combaten a su lado y están interesadas en el socialismo, o sea para la enorme mayoría de la población). La dictadura, en cuanto represión, debe ser ejercitada sólo sobre un pequeño grupo, mientras que las más vastas masas populares deben disponer de la más completa libertad de expresión y manifestación, *comprendida la libertad de equivocarse*. Las masas populares deben liberarse por sí

[3] En el original *"maître" des masses*, en la doble acepción de "maestro" y "patrón".

mismas y aprender de ellas mismas. Aprender no significa escuchar las lecciones de un maestro, por sabio y advertido que él sea o se crea, sino *extraer lecciones de la experiencia*. Políticamente, son dos puntos decisivos ya que, por las conocidas razones históricas, el concepto de dictadura del proletariado ha sido deformado groseramente, y el término utilizado para designar una dictadura ejercida sobre las masas, mientras que su contenido es rigurosamente diverso. La revolución china nos recuerda que la dictadura del proletariado no es otra cosa que la *democracia proletaria*.

Estas son algunas observaciones que me pareció útil comunicarles, porque en mi opinión permiten ampliar las tesis por ustedes sostenidas.

II. La dialéctica de la destrucción en Mao

Releyendo el texto de mi carta publicada en el número 1-2 de enero-febrero de 1971 del *Manifesto*, me parece oportuno agregar dos observaciones complementarias:

I

La primera se refiere a la diferencia entre el papel que desempeña la negación en la dialéctica de Hegel y aquello que constituye el aspecto dominante de la dialéctica, tal como la concibe Mao Tse-tung.

Afirmar que la dialéctica de Mao no implica una *negación* que no significa una *conservación* de lo negado, tiene un doble significado:

1) por un lado significa que puede darse un tipo de negación que sea al mismo tiempo ilusoria y *real*. Esta negación, "colocada sobre sus pies", o sea concebida en términos materialistas, es la utilizada por Marx en la *Introducción* de 1857 a la *Crítica de la economía política*. Pero es sobre todo en *El Capital* donde Marx muestra su funcionamiento. Dicha negación, en efecto, constituye el núcleo de *todo proceso de reproducción*, ya que éste representa una "cadena sin fin" de negación de la negación, una "repetición indefinida". El método de exposición de *El capital* permite captar la realidad de la *negación-conservación* así operante; él revela la presencia de este tipo de negación no sólo a nivel del proceso de producción sino también del proceso de circulación en cuanto momento de la reproducción.

Así, Marx demuestra cómo la *separación* entre proletariado y medios de producción es *negada* en el proceso de circulación del capital; en él la fuerza de trabajo se transforma en su *contrario*, en capital variable; bajo tal forma la fuerza de trabajo se *une* a los medios de producción. Esta *negación* de la separación de los productores directos y de los medios de producción permite no obstante *conservar la relación de separación* característica del modo de producción capitalista, ya que el proletariado surge del proceso de producción tan privado de los medios de producción como lo estaba antes de entrar en él, mientras que el capital surge acrecentado con una plusvalía. Esta es la figura que Marx llama "el doble movimiento" de la reproducción capitalista [1].

[1] Cf. sobre este punto, K. Marx, *El capital*, libro I, séptima sección, los dos últimos parágrafos del capítulo XXIII sobre la reproducción simple.

Por otra parte, lo que escribí en la carta precedente significa que el materialismo histórico reconoce la existencia de otro tipo de negación, distinta de la que opera en el proceso de reproducción: es decir una *negación-destrucción* que está en el fondo de todo *proceso revolucionario*. Este tipo de negación constituye el *aspecto dominante* de la dialéctica materialista, aún cuando Marx no haya expuesto de manera sistemática su movimiento.

Una de las contribuciones esenciales de Mao Tse-tung a la filosofía es la de haber esclarecido cómo esta negación-destrucción se realiza a través de un *desplazamiento* de la contradicción principal y del aspecto principal de la contradicción. Y este *desplazamiento* constituye el aspecto dominante del *movimiento histórico*, mientras que la negación-conservación (que opera en el proceso de reproducción) no implica directamente ningún movimiento histórico: es una "eternización", como dice precisamente Marx tanto en la *Introducción a la crítica de la economía política de 1857* como en su análisis de la reproducción del capital.

La distinción entre estos dos tipos de negación remite a dos tipos de dialéctica. La primera es la de un *movimiento aparente* y se podría denominar "dialéctica de la circularidad". Es la dialéctica idealista que opera en Hegel y que le permite afirmar que "en la naturaleza nada nuevo ocurre bajo el sol" [2]. Y esta dialéctica es la que Hegel pugna por conservar, con suma dificultad, en su filosofía de la historia, donde se ve obligado a introducir la imagen de la *espiral*, en sustitución de la del *círculo*, cuando explica que la "superación" (*Aufheben*) es también "conservación" (*Erhalten*) [3]. Y es esta misma "dialéctica de la circularidad" la que con cierta ironía utiliza Marx bajo forma materialista en su análisis de la "eternización" y de la "reproducción". Lo hace con ironía, ya que cuando recurre a este tipo de dialéctica afirma "alimentarse" de Hegel. Pero la ironía de Marx se refiere aparentemente al uso idealista que puede hacerse de esa dialéctica; en realidad, versa fundamentalmente sobre el carácter subordinado de la dialéctica de la reproducción con respecto a la que opera en el proceso revolucionario.

Para precisar lo anteriormente expuesto, debemos enfatizar que la dialéctica marxista reconoce la *realidad* de las dos negaciones y sólo su articulación permite explicar el conjunto del movimiento histórico. Mientras que la negación-conservación (que rige la dialéctica de la circularidad) opera en los procesos de reproducción, la negación-destrucción (que rige la dialéctica revolucionaria) opera en los procesos de transformación. Toda *transición* es el producto de estos dos procesos (reproducción y transformación) pero este producto no es una *síntesis*, es una articulación de dos tipos de negación, *bajo la hegemonía* del proceso de transformación.

Como lo ha demostrado Mao, la dialéctica del *movimiento real* no produce ningún tipo de "síntesis" ("fusión de dos en uno"); produce una serie de "desplazamientos". En la historia de las formaciones sociales, el motor de los desplazamientos es la *lucha de clases*: las transformaciones de las relaciones de fuerza entre las clases son las que, en el curso del tiempo, determinan desplazamientos que hacen suceder una contradicción principal a otra (por ejemplo, la contradicción burguesía-proletariado a la contradicción nobleza-campesinos) y que desplazan el aspecto principal de la contradicción (el proletariado se convierte en el aspecto principal de la contradicción burguesía-proletariado, cuando instaura su poder). La dialéctica de Mao Tse-tung remite siempre a una totalidad compleja y estructurada sobre una dominante, que implica una pluralidad de contradicciones [4]. A la pluralidad de contradicciones corresponde un desarrollo desigual de las mismas; a su vez, esto hace posible la existencia de una contradicción principal y de contradicciones secundarias, de un aspecto principal y de un aspecto secundario de las contradicciones, lo que torna necesarios los "desplazamientos" [5].

Una de las características esenciales de la dialéctica materialista es precisamente el hecho de que ella reconoce la desigualdad de las contradicciones, y esto le permite comprender cómo en el seno de una totalidad estructurada existe siempre una contradicción dominante, la contradicción principal, a su vez determinada como tal por la existencia de contradicciones secundarias [6]. A nivel del análisis del movimiento de las contradicciones es indispensable distinguir claramente entre los dos tipos de dialéctica, cuya articulación constituye la dialéctica matelista. Es indispensable, por lo tanto, no olvidar nunca la situación *subordinada* de la dialéctica de la circularidad en relación a la de la transformación. El hecho de privilegiar la primera puede inducir a no llevar a fondo un proceso revolucionario. El modo radicalmente diferente con que la práctica soviética y la china consideran a la "cultura" burguesa ilustra los efectos políticos de estas dos concepciones de la dialéctica, que remiten en última instancia a posiciones de clases distintas.

Para concluir esta primera observación, quisiera precisar todavía un punto: cuando se dice que el proceso de transformación no remite a una "síntesis" sino a una

[2] Cf. G. W. F. Hegel, *Philosophie der Weltgeschichte*, Erster Band, Leipzig, Meiner Verlag 1920, p. 48.

[3] *Ibidem*.

[4] Cf. sobre este punto Louis Althusser, *Pour Marx*, Maspero, París, 1965, p. 161 ss. En este texto, Althusser muestra que la "contradicción simple", la contradicción "a dos términos", es decir la contradicción hegeliana, se encuentra siempre situada en Marx y en Mao en un complejo estructurado "ya dado". Toda "categoría simple" supone la "existencia de un conjunto estructurado en la sociedad"; como lo demuestra Marx, "la simplicidad no es, en estas condiciones específicas, sino el producto de un proceso complejo". Althusser se refiere a la *Introducción de 1857;* el análisis que ofrece de él autoriza una lectura del texto gracias a la cual se ve cómo el uso que hace Marx de la dialéctica de la "negación de la negación" está referido a los "elementos simples" que son el resultado de un proceso complejo, a punto tal que la dialéctica de la "negación de la negación" ocupa necesariamente un puesto secundario.

[5] Cf. sobre este punto, Mao Tse-tung: *Acerca de la contradicción*.

[6] Como dice justamente Althusser: "... las contradicciones secundarias son esenciales para la existencia de la contradicción principal ... constituyen realmente su condición de existencia, exactamente como la existencia de la contradicción principal es su condición de existencia" (*Ibidem*, p. 211).

destrucción de lo que ha sido negado (y se agrega que esta es una de las tesis fundamentales del materialismo histórico, que se opone a las concepciones de la "continuidad" existentes en el seno de diversas corrientes que se dicen marxistas), significa que allí donde se produce el desplazamiento, se produce la *ruptura* de ciertas *relaciones* y de ciertas *hegemonías*. En la realidad social, estas rupturas no son jamás el producto de un movimiento lineal y homogéneo; son el resultado del desarrollo desigual de las contradicciones. Esto modifica la relación de las fuerzas sociales y crea en ciertos momentos (en una determinada coyuntura) las condiciones favorables para la "condensación" de las contradicciones. A través de tales condensaciones se produce la subversión de algunas relaciones y hegemonías preexistentes.

Las rupturas determinadas por la condensación de las contradicciones no hacen "desaparecer" inmediatamente los elementos que primero estaban en relación; modifican más o menos radicalmente el modo con el que estos elementos actúan los unos sobre los otros y, por consiguiente, las condiciones en los cuales éstos se reproducen, tanto a escala ampliada progresista (adquiriendo cada vez más peso), como de manera regresiva. En otros términos, lo que se destruye no son los elementos presentes sino su *modo de combinarse*: al viejo modo se le sustituye, a través de la lucha de clases, un modo de combinación nuevo, y de aquí deriva la nueva estructura de las relaciones en la que estos elementos se encuentran insertos. Se comprende así por qué una revolución no destruye inmediatamente la posibilidad de una contrarrevolución, esto es de un desplazamiento que ponga de nuevo en posición dominante a una clase a la que un desplazamiento revolucionario precedente había hecho pasar a una posición subalterna, ya que tal desplazamiento no la había inmediatamente "destruido".

Dado que la destrucción tiene por objeto las relaciones, las dominancias, los modos de combinarse, *es también reconstrucción*, restructuración de la totalidad compleja que constituye una formación social. Las rupturas que intervienen en la estructura social no pueden, precisamente por la complejidad que las caracteriza, modificar simultáneamente todas las relaciones; de ahí la continuidad también del proceso revolucionario, la necesidad de una *revolución ininterrumpida*.

Las rupturas que las diferentes formas de lucha de clases provocan en el complejo social son siempre rupturas parciales; esta es la razón fundamental por la cual toda *transición* es una mezcolanza de procesos de reproducción y de procesos de transformación. Mao Tse-tung enfatiza la complejidad de los procesos reales cuando atrae la atención sobre la necesidad de distinguir entre contradicción fundamental, contradicción principal y contradicción secundaria o, también, entre contradicciones antagónicas y no antagónicas. También aquí se puede encontrar una diferencia radical entre materialismo histórico y hegelismo.

Este último supone la existencia de totalidad homogéneas al punto tal que cada "parte" es expresión de la totalidad, y cada modificación parcial es también una modificación global y progresista. Para el materialismo histórico, en cambio, el todo social es un complejo articulado sobre una dominante, los procesos de reproducción y de transformación se entrecruzan allí necesariamente y ninguna transformación parcial está en condiciones de determinar por sí sola la transformación del complejo social; para esto la dominancia de un nuevo modo de producción no puede ser sino el resultado de una lucha continua que fragmenta sucesivamente, gracias a los desplazamientos de la contradicción principal, los diferentes procesos de reproducción. La revolución cultural proletaria en China ilustra la necesidad de esta continuidad de la lucha: contrariamente a las ilusiones que pudieron nacer al día siguiente de la Revolución de Octubre, el pasaje del dominio del modo de producción capitalista al del modo de producción comunista es necesariamente el producto de una serie de *rupturas*, y nunca el resultado de una *única ruptura*.

II

La segunda observación tiende a precisar la importancia de algunas formulaciones de mi carta anterior a propósito de la dictadura del proletariado.

El carácter transitorio de la fase socialista explica por qué la dictadura del proletariado exige esencialmente la existencia de *dos aparatos sociales distintos y articulados*: el partido, cuya función dominante es ayudar a las masas a revolucionar las relaciones sociales, y el aparato del estado, cuya función dominante es la de garantir la defensa de las condiciones de reproducción de las relaciones sociales existentes, comprendidas —dentro de ciertos límites— las relaciones aún no transformadas de la actividad revolucionaria de las masas.

Para que la transición prosiga en el camino del socialismo, es necesario que el partido domine el aparato del estado y ayude a las masas no solamente a "controlarlo", sino también a *garantir su extinción*, que en ningún caso puede ser espontáneo. La función principal del partido es de índole revolucionaria e ideológica; ser el motor de una revolucionarización permanente. En la medida en que el partido cumple correctamente con esta función, las relaciones ideológicas, económicas y políticas son transformadas, gracias a la serie de rupturas producidas por la lucha de clase proletaria.

La función de revolucionarización de las relaciones sociales no puede corresponder al aparato del estado, ya que éste *tiende siempre*, mucho más que el partido, a estar *separado* de las masas, a colocarse por encima de ellas. El aparato del estado es fundamentalmente la forma política del poder burgués. Esto vale también para un aparato de tipo soviético, como Lenin lo había visto claramente en ciertas fases entre febrero y octubre de 1917, cuando exigía al partido bolchevique no poner más en primer plano la consigna de "todo el poder a los soviets", porque el partido bolchevique no estaba aún en condiciones de lograr una mayoría en los consejos obreros y campesinos, y por lo tanto esta consigna habría adquirido un carácter reformista. La función de revolucionarización de las relaciones sociales no puede corresponder tampoco a las masas desorganizadas, es decir "organizadas" espontáneamente. En efecto, las *formas de organización* no son jamás otra cosa que la realización de relaciones ideológicas; así, hasta que no sean enteramente destruídas las relaciones ideológicas heredadas de las sociedades de clase, las formas de organización *espontáneas* de las masas reproducen la *división* existente en su seno, división que está conforme a las exigencias de dominio sobre ellas por parte de las clases explotadoras. Para que las masas puedan desplegar su rol revolucionario y para que el proletariado pueda constituirse en clase

dominante, la *unidad* entre proletariado y masas es necesaria; y esta unidad no puede ser realizada sino en torno a la *ideología proletaria*. Sólo esta ideología permite, en efecto, formular la perspectiva de la *desaparición de las diferencias de clase*. La realización social de la ideología proletaria es el partido del proletariado.

El rol esencial del partido del proletariado es por lo tanto el de guiar a las masas en la lucha por la transformación revolucionaria del mundo y *por su propia transformación revolucionaria*. Esta transformación culmina en el *desarrollo* de la ideología proletaria y en la apropiación de ésta por parte de las masas a través de la lucha de clases.

La revolución de las relaciones sociales exige por lo tanto la acción de un partido proletario, unido a las masas y capaz de dirigirlas no colocándose por encima de ellas sino manteniéndose presente en su seno. El carácter proletario del partido no proviene, evidentemente, del hecho de que se proclame como tal; depende de la ideología que el partido realiza en sus prácticas concretas y en primer lugar del modo en que se desarrollan sus relaciones con las masas. Un partido sólo puede ser proletario si el aspecto principal de sus relaciones con ellas no adquiere la forma de un *dominio-subordinación*, separando a quienes dominan de los dominados. El rol dirigente del partido frente a las masas populares sólo puede consistir en ayudarlas a hacer el balance de su propia experiencia; a distinguir en sus ideas e iniciativas entre lo que va en el sentido del socialismo y lo que va en el sentido del socialismo y lo que allí se convierte en un obstáculo, a los fines de centralizar las ideas justas y unificar la acción de las masas en torno a iniciativas que permitan, simultáneamente, avanzar en el camino del socialismo y garantir la apropiación de la ideología proletaria por parte de estratos cada vez más amplios. El rol propio de la teoría, de la que el partido proletario es el portador, consiste en distinguir entre lo que va en el sentido del socialismo y lo que va en el sentido del capitalismo, de distinguir entre contradicciones secundarias y contradicción principal, por consiguiente, de contribuir a una justa solución de las contradicciones, que es el único modo de *unificar* las batallas políticas e ideológicas. El aparato del estado no puede jadesarrollar *principalmente* este tipo de rol ideológico. Su misma existencia implica la posibilidad de una represión, así como de una intervención que *tienda* a reproducir las divisiones a las que el proletariado estuvo sometido históricamente, comenzando por las divisiones territoriales y nacionales.

En última instancia, sólo porque el centralismo democrático es la única política dominante posible de un partido proletario, puede dicho partido ser el aparato dominanje de la dictadura del proletariado, el verdadero órgano del poder proletario. A condición, claro está, de seguir una *línea de masa*, que es la forma desarrollada del centralismo democrático. A propósito del partido chino, Mao Tse-tung escribe precisamente: "En todo el trabajo práctico de nuestro Partido, toda dirección correcta está basada necesariamente en el principio: 'partir de las masas para volver a las masas'. Esto significa recoger las ideas (dispersas y no sistemáticas) de las masas y sintetizarlas (transformarlas, mediante el estudio, en ideas sintetizadas y sistematizadas) para luego llevarlas a las masas, difundirlas y explicarlas, de modo que las masas las hagan suyas, perseveren en ellas y las traduzcan en acción, y comprobar en la acción de las masas la justeza de esas ideas..."[7].

El rol dominante del partido exige que mantenga con el aparato del estado relaciones al mismo tiempo de interioridad y de exterioridad, debiendo estas últimas permitir al partido, cuando sea necesario, ayudar a las masas a rebelarse contra la reproducción de las relaciones burguesas por medio del aparato del estado. Del mismo modo, las relaciones de interioridad del partido con las masas deben permitir a los elementos proletarios del partido llamar a las masas a rebelarse contra aquellos de entre sus miembros que se colocan en posiciones burguesas y conducen al partido al camino capitalista.

Lo ya expuesto conlleva también importantes implicaciones en lo que concierne al contenido del concepto de "toma del poder". En efecto, en la medida que el concepto de "poder del proletariado" designa el pasaje del proletariado a la hegemonía política, en la medida que él la ejerce esencialmente no a través del aparato del estado sino del aparato del partido, el momento decisivo de la instauración del poder no es la "toma del poder del estado" (que fundamentalmente permanece como una forma burguesa del poder político), sino la *destrucción* del viejo aparato del estado (destrucción que se verifica gracias a la dominancia del partido cuando éste reconstruye con la ayuda de las masas un aparato estatal subordinado a éstas y a él mismo). Mientras una revolución proletaria no arribe a esta destrucción-reconstrucción, ella permanece encerrada en las formas políticas burguesas. Desde este punto de vista, la revolución china ha superado algunas fases que la Revolución de Octubre apenas había abordado. Me parece que una de las contribuciones decisivas de la revolución china al desarrollo del marxismo, contribución que se ha vuelto particularmente visible después de la revolución cultural, es precisamente la de haber sido capaz —en parte por razones históricas concretas, en parte por razones teóricas— de dar una justa solución al problema de fondo de la transición socialista, problema que consiste en el puesto y en el rol respectivo de las masas, del partido y del estado en el ejercicio de la dictadura del proletariado.

[7] Mao Tse-tung: *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección.*

CUADERNOS DE
PASADO Y PRESENTE

Publicación periódica mensual
Director: José Aricó

1/ **Karl Marx,** Introducción general a la crítica de la economía política
2/ **Claude Lévi-Strauss,** Elogio de la antropología
3/ **Paul A. Baran,** Excedente económico e irracionalidad capitalista
4/ **Louis Althusser,** La filosofía como arma de la revolución
5/ **Ernesto Che Guevara,** Escritos económicos
6/ **Varios autores,** Francia 1968: ¿Una revolución fallida?
7/ **Varios Autores,** Teoría marxista del partido político
8/ **Badiou-Althusser,** Materialismo histórico y materialismo dialéctico
9/ **Gorz-Macció,** Sartre y Marx
10/ **Varios Autores,** Teoría marxista del imperialismo
11/ **Cesare Luporini,** Dialéctica marxista e historicismo
12/ **Varios Autores,** Teoría marxista del partido político II
13/ **Rosa Luxemburg,** Huelga de masas, partido y sindicatos
14/ **Varios Autores,** La revolución palestina y el conflicto árabe-israelí
15/ **Varios Autores,** El marxismo de Trotski
16/ **Varios Autores,** El joven Lukács
17/18 **Evgeni Preobrazhenski,** La nueva económica
19/ **Varios Autores,** Gramsci y las ciencias sociales
20/ **Hobsbawm-Marx,** Formaciones económicas precapitalistas
21/ **Nicolai I. Bujarin,** El imperialismo y la economía mundial
22/ **Kuron-Modzelewski,** Revolución política o poder burocrático. I. Polonia
23/ **Varios Autores,** La revolución cultural china
24/ **Varios Autores,** Imperialismo y comercio internacional
25/ **Vladimir I. Lenin,** Contra la burocracia
26/ **Varios Autores,** China: revolución en la Universidad
27/ **León Trotski,** El nuevo curso / Problemas de la vida cotidiana
28/ Los bolcheviques y la Revolución de Octubre
29/ **Nicolai I. Bujarin,** Teoría económica del período de transición
30/ **Marx-Engels,** Materiales para la historia de América Latina
31/ **Nicolai I. Bujarin,** Teoría del materialismo histórico
32/ **Varios Autores,** La división capitalista del trabajo
33/ **Varios Autores,** Consejos obreros y democracia socialista
34/ **Trotski-Bujarin-Zinoviev,** El gran debate (1924-1926). I La revolución permanente
35/ **Rosa Luxemburg,** Introducción a la economía política
36/ **Stalin-Zinoviev,** El gran debate (1924-1926). II. El socialismo en un solo país
37/ **Marx-Engels,** Textos sobre el colonialismo
38/ **Varios Autores,** Teoría marxista del partido político III
39/ **Varios autores,** El concepto de "formación económico-social"
40/ **Varios autores,** Modos de producción en América Latina
41/ **Gyorgy Lukács,** Revolución socialista y antiparlamentarismo
42/ **Anton Pannekoek,** Lenin filósofo
43/ Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista
44/ **Varios Autores,** Clase obrera, partido y sindicatos

siglo veintiuno argentina editores sa

CeDInCI

EDICIONES CALDEN

COLECCION **EL HOMBRE Y SU MUNDO**

1. — **Jean Paul Sartre**
La trascendencia del Ego

2. — **Brecht - Grosz - Piscator**
Arte y sociedad

3. — **Lucien Goldmann**
Marxismo, dialéctica y estructuralismo

4. — **Karl Marx**
Textos sobre Hegel
Roger Garaudy
El pensamiento hegeliano

5. — **Althusser - Lacan - Foucault**
Claves del estructuralismo

6 — **Ludwing Feuerbach**
La filosofía del futuro
Karl Marx
Tésis sobre Feuerbach

7. — **Jean T. Desanti**
Fenomenología y praxis

8. — **J. J. Rousseau**
El origen de las lenguas
Jacques Derrida
La lingüística de Rousseau

9. — **Jean Hyppolite**
Introducción a la filosofía de la historia de Hegel

10. — **Paul Klee**
Teoría del arte moderno

11. — **Maurice Godelier - Lucien Seve**
Lógica dialéctica y análisis de las estructuras

12. — **Maurice Blanchot**
La ausencia del libro
Nietzche y la escritura fragmentaria

13. — **Antonin Artaud**
Escritos revolucionarios 1923-1946



ACERCA DE UNA TEORIA DE LA INSURRECCION

TEORIA DE LOS PROCESOS INSURRECCIONALES CONTEMPORANEOS
EMILIO LUSSU

Colección Ciencias Sociales:
El proceso ideológico
Althusser, Levi-Strauss, Schaff y otros

Conducta, estructura y comunicación
Eliseo Verón

Ciencias Sociales:
Ideología y realidad nacional
Eliseo Verón, Alain Touraine y otros

Teoría de la comunicación humana
P. Watzlawick y otros

Comunicaciones:
Lo verosímil
La semiología
Análisis estructural del relato
Los objetos
Análisis de las imágenes

Ciencias de la conducta:
Interacción familiar
Bateson, Jackson y otros

Tácticas de poder de Jesucristo
Jay Haley

Trabajo crítico:
Cien años de soledad: una interpretación
Josefina Ludmer

Introducción a la literatura fantástica
Tzvetan Todorov

Polémica sobre realismo
Lukács, T. W. Adorno y otros

EDITORIAL TIEMPO CONTEMPORANEO
Viamonte 1453 / Bs Aires.

El capital
KARL MARX

Libro primero

El proceso de producción del capital

VOLUMEN 1, "Mercancía y dinero" "La transformación del dinero en capital" y "La producción de la plusvalía absoluta"

Un esfuerzo editorial sin precedentes, donde en 14 volúmenes de bolsillo, se ofrecerá al público latinoamericano una versión fiel de la obra máxima del pensamiento universal.
La magnitud del trabajo sólo pudo ser posible por haberse contado con la colaboración decidida de nuestras entidades hermanas de México y España que, junto a nosotros, coeditarán la nueva edición en español de esta nueva traducción de la obra cumbre de Karl Marx.

siglo veintiuno editores

CeDInCI



Fascistas

y frívolos, autocensurados y censurados, algunos medios no comentan nuestros libros. Esto nos obliga a derrochar en publicidad, en vez de hacer más y mejores libros.

En **"Apuntes para la militancia - Peronismo crítico"**, J. W. Cooke analiza: "... las figuras consulares, las logias diversas, los técnicos del desarrollismo, tocadores de mandolina, los ejecutivos, los delatores, los técnicos en guerra psicológica, cazadores de brujas, los sabios diplomados en el pentágono, oligarcas, pequeños burgueses rebosantes de buenas intenciones, con malas intenciones, voceros de los servicios de informaciones, astrólogos, y en fin, todo ese conglomerado de los que están prendidos a alguna de las mil tetas del imperialismo". Prólogo y estudio preliminar de E. Duhalde y R. Ortega Peña.

"Antología de la violencia", de Idea Vilariño, contrapunto entre Fanon y McNamara, Ascasubi y Platón, la Biblia y Celedonio Flores, García Márquez y Lenin, Che Guevara y Esteban Echeverría, Chico Buarque de Holanda y los Tupamaros.

"Estado y derecho socialista" sin la pegadura de etiquetas, de que nunca ha andado escasa la propaganda burguesa, un equipo de especialistas da respuesta al interrogante: ¿Qué es un Estado socialista? ¿Cómo se gobierna? ¿La familia? ¿Control popular? ¿Propiedad privada? ¿Candidatos?

"Helder Cámara": Escritos: empeñado en cuerpo y alma en la lucha por las poblaciones marginadas.

COLECCION MIRA

AKKACHE AHMED
Capitales extranjeros y liberación económica
La experiencia argelina

ALUMNOS DE BARBIANA
Carta a una profesora

BUDEISKY CLARA
El retornismo oligárquico

COOKE J. W.
Apuntes para la militancia

DUVERGER M. / BRIDIER M.
Apogeo y declinación del sistema parlamentario
La evolución del poder

ENGELS FEDERICO
El origen de la familia, la propiedad privada y el estado

FANON FRANZ
Piel negra, máscara blanca

GILA MIGUEL
Un poco de nada

MANDEL ERNST
La burocracia

MANDEL ERNST
Construir el partido

MARX CARLOS
Trabajo asalariado y capital

MARX CARLOS
Los orígenes del capitalismo

SCHILLING PAULO
Helder Cámara - escritos - notas

TUPAMAROS (M. L. N.)
Actas Tupamaras

VILARIÑO IDEA
Antología de la violencia

VARIOS AUTORES
Estado y derecho socialistas

SCHAPIRE EDITOR S.R.L.
Uruguay 1249 - T. 44-0765 - Buenos Aires - Argentina

CeDInCI

aut aut

RIVISTA BIMESTRALE
DI FILOSOFIA E DI CULTURA
diretta da ENZO PACI

n. 128 marzo-aprile 1972

Enzo Paci, **La presenza nella "Fenomenologia dello spirito"** di Hegel; Giairo Daghini, **Genesi e funzione della forma denaro in Marx**; Bruno Bezza, **Bibliografia sullo sviluppo economico delle forze produttive in URSS del 1917 al 1932**; Giampiero Comilli-Roberta Tomassini, **Psicanalisi e bisogno: risposte a Fornari**; Enzo Paci, **Variazioni su Cattaneo**; Enzo Paci, **Federalismo**.

LAMPUGNANI NIGRI EDITORE
Distribuzione LA NUOVA ITALIA Editrice, piazza Indipendenza 29, 50129 Firenze.

PROBLEMI DEL SOCIALISMO

F. Z., **Un dibattito sulle tesi di Frank**; A. Córdova, **Il capitalismo sottosviluppato** di A. G. Frank; G. Arrighi, **Struttura coloniale e struttura di classe nell'analisi del sottosviluppo**; A. G. Frank, **Dalla dipendenza all'accumulazione. Una risposta ai miei critici**; P. Leon, **Un tentativo di ricostruzione del meccanismo di sviluppo**; H. Alavi, **Lo Stato nelle società poscoloniali**; A. Ferrero, **Note sul cinema, l'alienazione e el "progressismo"**; F. Tortora, **Le recenti vicende delle ACLI**; S. De Santis, **Le contradizioni del "caso cileno"**; M. Galletti, **Medio Oriente: terrorismo e veritá storica.**

Redazione: via della Dogana Vecchia, 5 - 00186 Roma
Amministrazione: Marsilio Editori, piazza De Gasperi, 41 - 35100 Padova
L. 1.700 - abbonamento annuo: L. 4.000 - ccp n. 9/3597 int. a Marsilio Editori

Franz Schurmann y Orville Schell

CHINA IMPERIAL
CHINA REPUBLICANA
CHINA COMUNISTA

Los tres volúmenes que componen esta colección cubren el pasado y el presente de China. Sin embargo, forman un todo; los dos primeros no son precisamente precedentes cronológicos del tercero, sino, más bien, proporcionan material que explica en parte la actitud de la China actual. La historia es algo más que un mero pasado o causa última; es la estructura del presente.

fondo de cultura económica
Sucursal para Argentina
Suipacha 617, Buenos Aires

SOCIEDAD Y DESARROLLO

Departamento de Estudios Socio-Económicos (CESO)
UNIVERSIDAD DE CHILE

Nº 3 — Julio-Septiembre 1972 — Trimestral

La cuestión agraria en Chile

CRISTOBAL KAY y PETER WINN: La reforma agraria en el gobierno de la U. P.

SILVIA HERNANDEZ: El desarrollo del capitalismo en el campo chileno.

JOSE BENGOA: Movilización campesina; análisis y perspectivas.

SERGIO GOMEZ: El rol del sector agrícola y la estructura de clases.

DAVID LEHMAN: La agricultura chilena y el período de transición.

Revolución, marxismo y ciencias sociales

RUY MAURO MARINI: Razón y sin razón de la sociología marxista

THEOTONIO DOS SANTOS: La lucha legal y la estrategia revolucionaria de masas según Engels.

JOSE LUIS MENDEZ: El Poder Negro en las ciencias sociales.

CARLOS TABLADA: Marxismo y social democracia.

Crítica - Crónica - Reseña de Libros

Redacción y Administración: Av. España 620, Santiago, Chile

Librería Galerna

Tucumán 1425, Tel. 45-9359, Buenos Aires

ALGUNOS LIBROS RECIBIDOS DE CHILE

CEREN: **SOBRE LA JUSTICIA EN CHILE**
Godoy: **ESTRUCTURA SOCIAL DE CHILE**
I.C.I.R.A.: **EL HOMBRE Y LA TIERRA EN AMERICA LATINA**
Almeyda: **SOCIOLOGISMO E IDEOLOGISMO EN LA TEORIA REVOLUCIONARIA**
Ramos: **CHILE: UNA ECONOMIA DE TRANSICION**
Gramsci: **ANTOLOGIA**
Maitelard: **LA MUJER CHILENA EN UNA NUEVA SOCIEDAD**
Harnecker-Uribe: **CUADERNOS DE EDUCACION POPULAR (del Nº 1 al Nº 11)**
Jobet: **EL PENSAMIENTO TEORICO Y POLITICO DEL PARTIDO SOCIALISTA**
Jobet: **EL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE (2 tomos)**
Novoa: **LA BATALLA POR EL COBRE**
M.A.P.U.: **EL CARACTER DE LA REVOLUCION CHILENA**
M.A.P.U.: **OCTUBRE 72, EL PARTIDO ANTE LA OFENSIVA FASCISTA**
M.A.P.U.: **EL SEGUNDO AÑO DEL GOBIERNO POPULAR**
Kautsky: **ORIGENES Y FUNDAMENTOS DEL CRISTIANISMO**
Lechner: **LA AYUDA EXTERNA EN LA ESTRATEGIA IMPERIALISTA**
Garcés: **REVOLUCION, CONGRESO Y CONSTITUCION: EL CASO TOHA**
Mariguella: **LA GUERRILLA EN BRASIL**
Cademartori: **LA ECONOMIA CHILENA**
Maira: **CHILE: DOS AÑOS DE UNIDAD POPULAR**
CESO-CEREN: **TRANSICION SOCIALISMO Y EXPERIENCIA CHILENA (simposium)**
Gott: **LAS GUERRILLAS EN AMERICA LATINA**
Parker: **LA NUEVA CARA DEL FASCISMO**
Varios: **DETERMINACION DE LA PRACTICA CIENTIFICA**
Varios: **PRACTICA CIENTIFICA Y PRACTICA SOCIAL**

REVISTAS PERIODICAS

CESO-PLA: **SOCIEDAD Y DESARROLLO Nos. 1 y 2**
CEREN: **CUADERNOS DE LA REALIDAD NACIONAL Nos. 13, 14 y 15**
UTE: **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD TECNICA DEL ESTADO Nos. 10 y 11/12**

Solicite listas de novedades al Tel. 45-9359 o en Tucumán 1425, Capital.

CeDInCI

No nos presentamos ante el mundo oponiéndole doctrinariamente un principio nuevo y diciéndole: "Esta es la verdad, arrodíllate". Deducimos de los principios mismos del mundo otros nuevos. No le decimos: "Apártate de tus luchas, que no tienen sentido, nosotros te daremos la verdadera consigna de lucha". Sólo le mostramos por qué lucha, ya que la conciencia de esa lucha es algo de lo que se tiene que apropiar, quiéralo o no.

Marx, carta a Ruge de setiembre de 1843

CeDInCI